

Viveca STEN

No culpable



MAEVA | NOIR

Viveca STEN

No culpable

Traducción:
GEMMA PECHARROMÁN



MAEVA

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos

<http://www.maeva.es/guias-lectura>

Índice

Cubierta

Portadilla

Mapa del archipiélago de Estocolmo

Mapa de Sandhamn

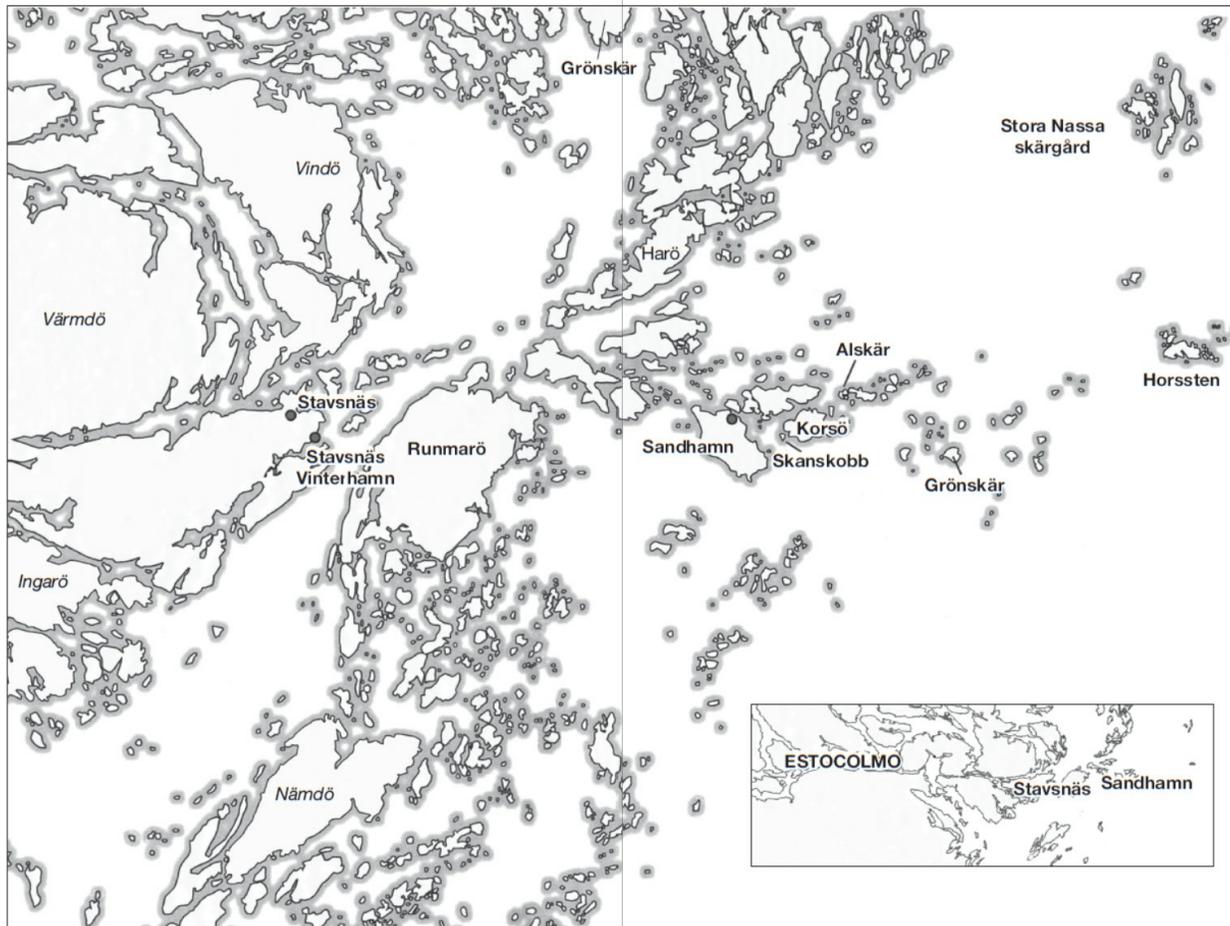
No culpable

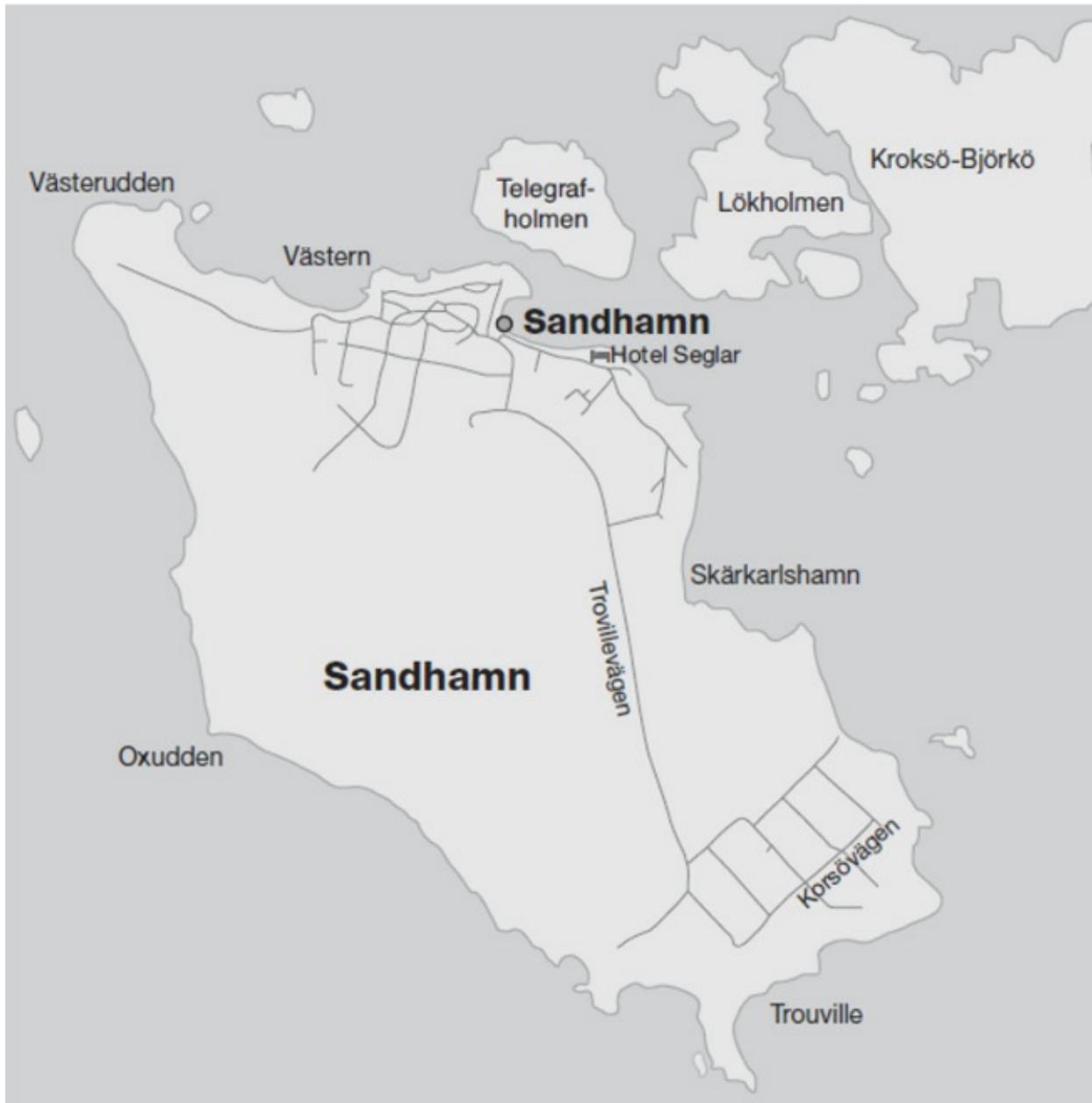
Agradecimientos

Notas

Créditos

Para Leo, el animador de la familia





La isla de Sandhamn es un pintoresco enclave del archipiélago de Estocolmo, formado por un conjunto de 24.000 islas, que está situado frente a la capital sueca y que se ha convertido en una zona muy turística. A principios del siglo XVIII, el archipiélago tenía una población de 2.800 personas, en su mayoría pescadores. Hoy, los habitantes del archipiélago, que cuenta con más de 50.000 casas repartidas en las distintas islas, se reparten entre veraneantes y residentes que, en su mayor parte, trabajan en Estocolmo.

Originalmente, la isla se llamaba Sandön, «isla de la Arena», y Sandhamn era el nombre de un asentamiento situado en el noreste.

Las islas que forman el archipiélago son muy populares entre los aficionados a la navegación, y son un escenario ideal para una novela de misterio como *No culpable*.

Sábado, 4 de noviembre

Marianne se detuvo en la entrada. Los zapatos estaban tirados por el suelo de cualquier manera. Instintivamente, se agachó y los colocó en su sitio, en orden, unos al lado de los otros. Luego se percató de que faltaban las botas de Lina, unas Timberland de color claro.

Se asustó. ¿No había vuelto a casa la noche anterior?

Recogió pensativa un gorro de un rincón. Su hija dejaba sus cosas por todas partes. El desorden era total. Al menos, podría haber llamado si pensaba dormir fuera de casa.

¿Y si le había ocurrido algo?

Ese pensamiento le oprimió el corazón. Marianne inspiró profundamente para serenarse.

Se podía haber caído de la bicicleta y haberse hecho daño. Era fácil caerse de la bicicleta en esa época del año. Los estrechos caminos de guijarros estaban muy resbaladizos en otoño. Le había advertido a Lina que fuera con mucho cuidado cuando salió hacia Trouville, a casa de los Hammarsten.

La inquietud se fue adueñando de Marianne sin que ella lo pudiera remediar. Parecía como si se le desbocara el corazón, los latidos eran cada vez más fuertes. Todo a su alrededor empezó a dar vueltas.

¡Tranquilízate!, se dijo a sí misma. Respira.

Con las piernas temblando, se dirigió a su acogedora cocina de estilo rústico y se sentó en una silla. En verano pintaron las sillas de la cocina, al sol, en el embarcadero. Lina la había ayudado. Recordó que se estuvieron riendo porque Lina se manchó el biquini de pintura.

Marianne se levantó y sacó un vaso del armario de encima del fregadero para beber un poco de agua. La respiración se volvió más regular. Naturalmente, Lina se habrá quedado en casa de los Hammarsten. Eso tenía que ser. ¿Dónde iba a estar si no?

El silbido familiar de la cafetera sobre la placa de la cocina la calmó. Sí, se tomaría tranquilamente una taza de café y a las ocho llamaría a Hanna Hammarsten para que le confirmara si Lina se había quedado a dormir en su casa sin avisar.

Eso era lo que solían hacer las chicas jóvenes.

Luego intercambiaría con Hanna unas risas comprensivas, como suelen hacerlo las madres cuando sus hijos se comportan de manera despreocupada e irresponsable.

Después ella sonreiría, avergonzada de sí misma y de la angustia que había pasado, y más tarde Lina le diría que era el prototipo de madre sobreprotectora.

–Deja ya de preocuparte, mamá –podía oírla–. No seas así. Ya soy mayor, ¿es que no lo entiendes?

Hanna comprendería perfectamente cómo se sentía. Todas las madres se preocupan. Sobre todo si tienen hijas. Es lo normal.

Marianne siempre había pensado que cuando Lina fuera mayor se acabarían las noches en vela y los sobresaltos nocturnos. ¡Qué equivocada estaba! Ahora, cuando no se podía dormir hasta que Lina llegaba a casa, añoraba aquel tiempo en que su hija era pequeña, cuando lo peor que podía sucederle era que se despertara después de una pesadilla. Bastaba con un abrazo o, tal vez, un biberón. Y si ninguno de los dos remedios funcionaba, se la llevaba a la cama, donde solía quedarse dormida enseguida. La recompensa, ciertamente, consistía en unos despiadados empujoncitos en la espalda durante toda la noche, pero aquello no era nada comparado con la inquietante angustia de los últimos años.

El café estaba listo.

Miró otra vez el reloj. Las ocho menos cuarto. A las ocho llamaría. Ni un minuto más tarde. Era algo temprano, pero no podía esperar más.

Su taza preferida, una de cerámica de color azul, estaba en la fila delantera del armario. Solo con verla tuvo la sensación de que todo volvía a la normalidad. Dos terrones de azúcar, un buen chorro de leche y el café estaba listo. Sabía dulce y fuerte, justo como a ella le gustaba, lo que la hizo sentirse mucho mejor.

Se rio de sí misma. ¿Qué se había imaginado en realidad? ¿Qué podía pasar en Sandhamn, una isla que Lina conocía como la palma de su mano? Podía llegar a casa con los ojos cerrados.

Entre Trouville, al este de la isla, y su casa en el pueblo había poco más de dos kilómetros. ¿Qué podía ocurrir en un trayecto tan corto?

Tomó un sorbo de café y meneó la cabeza. Se había alarmado sin necesidad. No era la primera vez que Lina se quedaba a dormir en casa de su mejor amiga y se olvidaba de llamar. Probablemente, se le había hecho tarde y estaba demasiado cansada para volver a casa. Lo más sencillo era quedarse a dormir en la de Louise. Sobre todo cuando fuera estaba tan oscuro como boca de lobo. No había ningún tipo de alumbrado y la mayoría de las casas permanecían cerradas durante el invierno. Aunque era el puente de Todos los Santos, apenas se veía gente que hubiera venido a pasar esos días festivos en la isla.

Marianne, pensativa, no dejaba de remover el café con la cuchara. El azúcar se había quedado en el fondo. Echó una ojeada a la vieja cocina de leña que había heredado de su madre y que decidieron conservar cuando renovaron la casa. El rescoldo del día anterior se había apagado durante la noche, pero aún estaba templada. Era impresionante lo bien que conservaba el calor.

Se levantó para echar leña y encender un fuego. En otoño, y especialmente en invierno, era agradable desayunar oyendo el crepitar del fuego. El frío podía llegar a ser cortante cuando soplaban los vientos del norte... Era una suerte que hubieran conservado la antigua cocina de leña y las antiguas chimeneas del comedor y del salón.

Volvió a mirar el reloj. Faltaban tres minutos para las ocho. No pudo aguantar más. Descolgó el auricular y marcó el número.

—¿Sí? —Una voz medio adormilada respondió a la tercera señal. Era Hanna. Marianne enseguida se arrepintió. La había despertado sin motivo.

—Hola, soy Marianne. Perdona que te moleste. Solo quería preguntarte si Lina está en vuestra casa. No volvió a casa anoche y no ha llamado, claro. Ya sé que es ridículo, pero quería asegurarme de que no le ha pasado nada.

Se hizo un silencio al otro lado del auricular.

Duró solo un segundo, pero fue muy significativo. Las dificultades respiratorias de Marianne volvieron.

—¿Lina? No está aquí. Se fue anoche a las diez. ¿No está en casa? —En la voz de Hanna se percibía su asombro—. Espera, voy a asegurarme.

—Sí —susurró Marianne—. Por favor, mira a ver.

Hanna dejó el auricular y se alejó. Marianne apretaba el teléfono con tanta

fuerza que le dolían los dedos.

Al momento volvió Hanna.

–Lo siento mucho –le dijo–. No está aquí. Louise dice que cuando terminó la película volvió a casa en la bici. ¿Estás segura de que no se ha metido en la cama?

Marianne fue incapaz de responder. Intentaba articular alguna palabra, pero la lengua no le obedecía. Se le nubló la vista.

¿Dónde estaba su hija?

Viernes, 22 de febrero

–¿Pasas los veranos en Sandhamn? Tengo un conocido allí.

La joven continuaba hablando sin advertir que su interlocutora no mostraba ningún interés en seguirle la conversación.

Nora Linde se arrepentía de haberse dejado convencer para asistir a la fiesta que había organizado un médico compañero de Henrik. Su marido había desaparecido inmediatamente para saludar a unos conocidos y allí estaba ella, esforzándose por mantener una conversación con una desconocida a la que le sacaba como mínimo diez años. Llevaba el cabello castaño escalado, un corte muy a la moda, y una minifalda que realzaba sus esbeltas piernas.

A su lado, Nora se sentía vieja y ajada.

Ya ni se acordaba de la última vez que fue al gimnasio, y su melena tipo paje llevaba tiempo pidiendo a gritos un corte. Diez años con hijos pequeños y un trabajo a jornada completa en el departamento jurídico de un banco habían dejado su huella. Y Henrik, su marido, dedicado a su carrera de médico, que antepone su pasión por las regatas a compartir con ella las tareas del hogar, no había ayudado precisamente a aliviar su situación.

El vestido negro que llevaba no era nuevo ni estaba de moda, pero no se había sentido con fuerzas para esmerarse más. En cualquier caso, no por Henrik.

Durante los últimos meses, el matrimonio Linde había mantenido una relación tensa y distante. El motivo era la decisión de Nora de quedarse con Villa Brandska, la casa que Signe Brand, la vecina que había sido como una segunda abuela para ella, le había legado en su testamento. Cuando Henrik insistió en venderla para poder comprarse una casa más grande y más elegante en Saltsjöbaden, localidad en la que residían, ella se negó.

Después de pasar todo el otoño de morros, habían llegado a convertirse en

enemigos cordiales que hacen lo posible por guardar las apariencias y que continúan comportándose como de costumbre: iban juntos a los partidos de fútbol de Adam, a ver jugar al tenis a Simon, y fingían que no pasaba nada. Estaban instalados en un vacío emocional, que había funcionado durante un tiempo pero que no podían prolongar mucho más.

—Perdón, ¿qué me decías? —le preguntó Nora, con la esperanza de no parecer demasiado antipática. Aquella agraciada chica no tenía la culpa de que ella y su marido ya no se llevaran bien.

La chica le respondió con una amplia sonrisa.

—No te preocupes. Sé que a veces me enrolló demasiado. Decía que conozco a alguien de Sandhamn. O mejor dicho, lo conoce mi mejor amiga, que es quien me ha invitado esta noche. Se llama Marie. Es enfermera.

—¿Ah, sí? —Nora hizo cuanto pudo para parecer interesada. Bebió un sorbito de su cóctel rosado y asintió con la cabeza animándola a que siguiera.

—Marie está saliendo con un chico que tiene casa allí. El archipiélago es realmente muy bonito, ¿verdad? De todos modos, la cuestión es que la casa es suya y de su mujer.

—¿Su mujer?

La joven puso cara de remordimiento.

—Ay, tal vez no debería haber dicho nada. —De repente parecía insegura—. El chico de Marie sigue casado, pero está a punto de separarse. Si no lo ha hecho antes, es solo por los niños.

—Hay que ver —dijo Nora, a la vez que se preguntaba qué podía decir que no sonara como una estupidez.

La conversación era grotesca. ¿Qué le respondes a alguien que revela la aventura amorosa de su mejor amiga con un hombre casado a una persona absolutamente desconocida?

—Marie está enamoradísima. Él es un verdadero bombón, moreno, guapo... Además, es médico, ¿no está mal, eh? —Le guiñó expresivamente un ojo a Nora y bebió copiosamente de su copa.

—¿Médico? —repitió Nora.

—Sí, médico. Un auténtico chollo.

—¿Cómo se llama?

—No debería charlar sobre esto, porque Marie dice que él quiere mantenerlo todo en secreto hasta que hable con su mujer, pero no creo que pase nada por contártelo.

–No –convino Nora–. ¿Qué va a pasar? –De pronto sintió la necesidad de conocer el nombre.

–Se llama Henrik. Es radiólogo en el hospital de Danderyd. –La joven sonrió a Nora y volvió a llevarse la copa a los labios.

En la televisión finalizó la sintonía de la cabecera del programa *En busca del asesino* y apareció en pantalla el rostro familiar de Hasse Aro. Detrás de él se veía la sala donde los colaboradores de la redacción trabajaban cada uno en lo suyo.

–Bienvenidos de nuevo –saludó con gesto grave–. Vamos a dedicar el último reportaje de la noche al caso de la joven desaparecida en Sandhamn. –Eché una ojeada a sus papeles y continuó–. Lina Rosén desapareció una noche fría y tormentosa del pasado otoño. La pequeña isla de Sandhamn, en los límites exteriores del archipiélago, apenas cuenta con ciento veinte habitantes, aunque cada verano la invaden más de cien mil turistas. Es un paraíso estival conocido por sus hermosas playas y sus espectaculares regatas.

Se aclaró la voz y la cámara se fue acercando a su rostro. Su semblante parecía serio, y el tono de voz, desolado.

–Aún hoy, a los habitantes de la isla los sigue atormentando el misterio de la desaparición de Lina.

En la pantalla apareció la fotografía de una joven guapa, de unos veinte años. Era rubia, con el pelo largo y estaba sentada en una tumbona. La camiseta blanca resaltaba su bronceado y sonreía alegremente a la cámara. Al fondo se divisaban unas rocas y una playa de arena. Parecía que se encontraba en una terraza cercana al mar.

–La última vez que los padres de Lina vieron a su hija fue el viernes tres de noviembre del pasado año. Su hija se disponía entonces a salir para ir a visitar a una amiga que vive en el sureste de la isla, en Trouville, una zona residencial de casas de veraneo. Según hemos podido saber, la joven partió en bicicleta de regreso a su casa a las diez de la noche, aproximadamente. Luego desapareció sin dejar rastro. Pese a los enormes esfuerzos realizados por la Policía, todavía no ha sido hallada.

Entonces, la pantalla mostró una vista panorámica de la entrada al puerto de Sandhamn. La cámara se fue deslizando desde el edificio de madera que

albergaba la posada, pasando por el muelle antiguo, hasta llegar al edificio rojo del Real Club de Vela de Sandhamn, construido en 1887.

No se veía un alma. El quiosco del puerto, donde en verano las colas solían alargarse en zigzag, había echado la persiana metálica de color gris. A lo largo del paseo marítimo, las tiendas estaban cerradas a cal y canto, aseguradas con sólidos candados. Una sensación de desolación lo cubría todo, como recuerdo de que las operaciones de búsqueda de la joven habían sido infructuosas.

Luego la cámara se fue acercando a una casa blanca y la voz en *off* de un locutor describió el hogar de Lina Rosén. La familia era natural de Sandhamn y la vivienda había sido propiedad de los Rosén desde hacía generaciones. La cámara se alejó lentamente de la casa para ofrecer una vista panorámica desde el bosque hasta las pistas de tenis, de donde arrancaba el camino que conducía a Trouville. El camino por el que Lina iba pedaleando la noche en que desapareció.

Hasse Aro apareció en pantalla y se volvió hacia un policía de unos cuarenta años que se había colocado a su lado. Era un hombre alto y ancho de espaldas, con el cabello rubio y corto. Parecía simpático y la sonrisa le había dejado una tupida red de arrugas alrededor de los ojos.

—Thomas Andreasson es inspector de la Policía Criminal en la comisaría de Nacka y ha estado vinculado al caso desde la denuncia de la desaparición de Lina Rosén. ¿Qué puedes contarnos?

El policía carraspeó.

—Los padres de Lina encontraron su bicicleta el día de Todos los Santos, es decir, al día siguiente de su desaparición. La búsqueda se prolongó durante varios días, sin que lográramos hallar ningún rastro de ella.

—¿Contó la Policía con la ayuda de voluntarios?

—Sí, los habitantes de la isla realizaron un esfuerzo extraordinario. Muchos se apuntaron como voluntarios y organizamos batidas formando cadenas humanas para peinar toda la isla.

—¿Cómo es posible que alguien desaparezca en una isla tan pequeña como Sandhamn?

En el rostro de Thomas se dibujó una expresión de desánimo. Emitió un ligero suspiro antes de responder.

—Tienes razón, parece imposible que haya ocurrido. Pero lo cierto es que

no hemos encontrado ninguna pista que pueda explicar dónde está Lina después de los casi cuatro meses que ya han pasado desde su desaparición.

—¿Podría haberse ahogado?

—Es una posibilidad. Como tú mismo has dicho, durante aquellos días, una gran tormenta se abatió sobre la isla. Si por algún motivo se hizo a la mar en un bote, es muy posible que este se fuera a pique. Ahora le pedimos a la ciudadanía que se ponga en contacto con la Policía si han visto cualquier cosa que pueda ayudarnos en la búsqueda. La investigación ha llegado a un callejón sin salida.

Hasse Aro miró directamente a la cámara.

—Rogamos a quien pueda facilitar cualquier información sobre la desaparición de Lina Rosén que se ponga en contacto con nosotros o con la Policía lo antes posible. Sus padres han prometido una recompensa a quien aporte una pista decisiva.

Empezó a sonar la sintonía de la cabecera del programa mientras un rótulo en la parte inferior de la imagen informaba de que se trataba de una reposición y que ya no era posible llamar para ofrecer ninguna pista.

Thomas Andreasson se recostó en el sofá de su piso de Gustavsberg, en las afueras de Estocolmo. Apuró despacio el café que quedaba en la taza mientras pensaba en el programa que acababa de ver en la tele.

Lina Rosén había desaparecido de la faz de la tierra aquella noche del mes de noviembre. Era un día lluvioso y soplaban un viento huracanado, una de esas tormentas que azotan con tanta frecuencia las islas exteriores del archipiélago. Pasaron varios días antes de que el viento amainara y el mar recuperara su azul habitual.

Cuando fueron conscientes de la gravedad de la situación, ya habían pasado casi dos días. Los padres de Lina la buscaron primero por su cuenta y no se pusieron en contacto con la Policía hasta el sábado por la tarde. La normativa legal ordenaba que no se podía activar ningún dispositivo policial hasta que no hubieran transcurrido al menos veinticuatro horas de la desaparición. La experiencia demostraba que, en la mayor parte de los casos, los jóvenes desaparecidos se encontraban en casa de algún amigo y se olvidaban de avisar a sus padres. De ahí que la respuesta que recibieron los

padres de Lina fue que lo más probable era que su hija aparecería al día siguiente. Cuando el dispositivo de búsqueda se puso en marcha con todos los medios disponibles, se había perdido un tiempo precioso.

Se enviaron un gran número de policías al archipiélago con órdenes de peinar toda la isla, además de varios perros policía. Sin embargo, la tormenta tuvo consecuencias desastrosas para los trabajos de búsqueda. Las intensas precipitaciones hicieron poco menos que imposible que los perros pudieran encontrar algo. La lluvia había limpiado eficazmente todas las huellas y todos los olores, la isla estaba tan limpia como si la hubieran fregado con agua y jabón.

Bajo el azote de la lluvia, Thomas y sus colegas registraron todos los rincones de Sandhamn junto a la desesperada familia de Lina, sus amigos y sus vecinos. Al final, Thomas convenció a los padres, exhaustos, para que se fueran a casa a descansar. La madre estaba tan pálida que parecía que se iba a derrumbar en cualquier momento. Era mejor que la Policía pudiera concentrarse en su trabajo, razonó Thomas. Y además, alguien debía estar en casa por si aparecía Lina. Los padres aceptaron de mala gana.

Thomas aún recordaba el viento cortante que se les metía por debajo de la ropa, y los dedos de las manos y de los pies congelados. La temperatura rondaba los cero grados, pero el frío procedente del mar provocaba que soplara un viento húmedo y desapacible. Las copas altas de los pinos se habían doblado de tal manera bajo la tormenta que las ramas viejas aún crujían.

Recorrieron las playas empleándose a fondo. Peinaron el bosque con ayuda de los voluntarios, desde el cabo de Västerudd hasta Trouville. La búsqueda prosiguió entre los búnkeres sellados de la Segunda Guerra Mundial y en los alrededores de las casas de veraneo, cerradas durante el invierno. Cuando existía el más mínimo atisbo de sospecha, investigaban a fondo. No escatimaron ningún esfuerzo.

Finalmente, uno de los agentes que guiaba a los perros miró a Thomas negando con la cabeza.

–Es inútil –le dijo–. Tal y como yo lo veo, la chica podría estar en el fondo del mar. Los perros tienen que descansar, están rendidos.

Thomas sabía que tenía razón.

Sin embargo, no quería darse por vencido. Había visto la desesperación en los ojos de Marianne Rosén y comprendía muy bien cómo se sentía. Era la

misma desesperación que él mismo había experimentado cuando una mañana halló a su hija de tres meses fría, sin vida, en la cuna y todos los intentos de reanimación resultaron ineficaces.

Después de unos días se interrumpió la búsqueda. Habían dado la vuelta a cada piedra y a cada mata de hierba. Fue imposible encontrar a Lina Rosén.

Con el tiempo, la investigación empezó a caer en el olvido. La opinión generalizada de la Policía era que la pobre chica se había suicidado tirándose al agua y que el cuerpo había desaparecido mar adentro. No cabía otra explicación posible. Ciertas declaraciones de Louise, su mejor amiga, apuntaban en esa dirección.

Thomas se había esforzado al máximo e infructuosamente por encontrar a la joven. Lina había desaparecido, y lo había hecho sin dejar rastro.

Estiró los músculos de la espalda mientras suspiraba. Era muy tarde, debería estar acostado desde hacía rato.

Colaborar en un programa como *En busca del asesino* suponía un paso drástico, pero, sin duda, los padres de Lina estaban dispuestos a hacer lo que fuera para encontrar a su hija.

¿Quién podía reprochárselo?, se preguntó Thomas mientras alargaba la mano para alcanzar el mando a distancia y apagar el televisor.

Tan pronto como entraron en casa y la canguro se hubo marchado, Nora estalló. Había conseguido disimular en la fiesta, pero al llegar a casa ya no pudo más.

–¡Una enfermera! ¿Se puede ser más banal? ¿No se te ha ocurrido nada mejor?

Observaba a su marido con los brazos cruzados. Se hallaban en el vestíbulo de su adosado, en Saltsjöbaden. Lo habían empapelado ellos mismos con un papel pintado a rayitas azules. Nora estaba entonces embarazada de Adam y se había puesto un peto amplio en el que le cabía la voluminosa barriga. Recordaba lo satisfecha que se quedó después de poner aquel papel pintado que había encontrado en las rebajas de verano.

Henrik callaba.

Era evidente que aquel estallido lo había pillado desprevenido. Parecía un niño al que hubieran sorprendido en una travesura.

Nora no podía contenerse. Las palabras brotaban solas, ofensivas y duras, no era de ningún modo el tipo de vocabulario que solía emplear.

–¿Cómo has podido? Después de todo lo que ha pasado. Y yo aquí haciendo de tripas corazón, intentando salvar este jodido matrimonio. He luchado como una idiota para que lo nuestro funcionara, y tú vas y lo arrojas todo a la basura por un polvo con una chica mona.

–Lo siento, no era mi intención que te enteraras de esa manera. –Henrik apartó la mirada.

–¿Cuál era tu intención? ¿Qué habías pensado? –Nora escupía las palabras–. ¿Contarme más adelante que querías dejarme por una enfermera? ¿O seguir, sin más, con tu pequeña diversión sin que yo me enterase nunca de nada?

Henrik no respondió. Se aflojó la corbata con una mano y la dejó sobre la mesa del recibidor. Se quitó con calma la chaqueta y la colgó cuidadosamente en una percha.

Nora observó con una pizca de amargura lo guapo que era todavía. Con

aquel pelo moreno y su perfil de rasgos clásicos, seguía teniendo el mismo aspecto que cuando se conocieron hacía ya más de doce años.

Un marido de buen ver, y médico. Un auténtico chollo, tal como había expresado su interlocutora en la fiesta.

–¡Joder, contesta! –le gritó Nora–. ¿Cómo suponías que iba a terminar esto?

Se le quebró la voz, se dejó caer en uno de los peldaños de la escalera y hundió la cara entre las manos.

–Esta noche no duermes en nuestra cama, para que lo sepas –añadió tras un largo silencio–. Puedes dormir en el sofá.

Henrik no dijo nada y se limitó a mirarla con resignación.

–Créeme que siento de verdad lo que ha sucedido. No quería hacerte daño.

Nora no respondió.

–Mañana me iré con los niños a Sandhamn –dijo al final–. Es la semana blanca, me tomaré unos días de vacaciones. Cuando volvamos, espero que te hayas mudado a otro sitio. No quiero verte más aquí. ¿Lo entiendes?

–¿No pretenderás echarme así, por las buenas? –Henrik parecía verdaderamente sorprendido–. Yo tengo el mismo derecho a vivir aquí. Esta también es mi casa.

–Ese derecho lo has perdido. No tienes nada que hacer aquí.

Nora se humedeció los labios con la lengua. Tenía la boca tan seca que apenas podía articular lo que quería decir.

–Puedes irte a vivir con tu novia, seguro que ella se alegrará. Está deseando mudarse a tu preciosa casa de Sandhamn.

Tomó aire y lo miró fijamente a los ojos.

–Quiero separarme lo antes posible. –Lanzó una breve carcajada de impotencia. Luego ocultó de nuevo la cara entre las manos–. Lárgate de aquí –le dijo con la voz ahogada.

–¿Y los niños? Al menos deberías pensar en Adam y en Simon.

–Como si tú hubieras pensado en ellos. ¿Es que acaso consideraste que tenías una familia cuando te fuiste a la cama con esa chica? ¿Lo hiciste?

–Tranquilízate –dijo Henrik, y alargó el brazo para acariciarla–. Tenemos que hablar de esto con calma.

Nora se echó hacia atrás.

–No me toques, no me vuelvas a tocar jamás.

Se levantó, abrió uno de los armarios de la entrada y sacó una bolsa de

viaje.

–Les diré a los niños que estás de guardia y que no puedes venir con nosotros a Sandhamn. Lo han oído ya tantas veces que no les sorprenderá. – Sacó otra bolsa sin mirar a Henrik–. Están acostumbrados a que su padre nunca tenga tiempo para estar con ellos. –Señaló al aire, como si Henrik no estuviera presente–. Desaparece de mi vista.

Sandhamn, 1899

Los labios demacrados se separaron y dejaron al descubierto unos dientes amarillentos.

Parece una calavera, se dijo Gottfrid sin poder contenerse. Inmediatamente sintió remordimientos por pensar así de su padre moribundo. Pero bien merecido se lo tenía, el condenado viejo.

Su cuerpo consumido estaba recostado sobre almohadones en la cama con dosel. La débil luz de la tarde se filtraba a través de la ventana, con las cortinas a medio correr. Eso hacía que la estancia estuviera en penumbra. Las sombras eran más intensas y los perfiles se borraban. Las profundas ojeras del padre se volvieron aún más pronunciadas.

El padre se tapaba el pecho. La doblez de una sábana sobresalía por encima de la gruesa manta y, junto a las guirnaldas de flores bordadas, Gottfrid pudo ver algo rojo y reseco que no formaba parte de los motivos del bordado.

–Acércate. –El padre le indicó con una seña que se aproximara. Habían colocado su cama en el salón para que estuviera tranquilo, pero al mismo tiempo estaba cerca de la cocina, donde el resto de la familia solía pasar la mayor parte del tiempo.

Gottfrid vaciló, aunque no se atrevía a desobedecer. Sentía un miedo profundo.

Se echó hacia atrás ante el aliento fétido del padre. Su cuerpo olía a acedado, como a algas arrojadas sobre una roca y fermentadas al sol. La madre había colocado bolsas con lavanda, pero no servían de nada frente a aquel extraño hedor.

Tragó para no mostrar su repugnancia. Tenía ya once años, no era ningún crío. Se quitó la gorra y se acercó más.

–Ven aquí –le volvió a ordenar el padre. El eco de su antigua autoridad quedó flotando en el aire.

Gottfrid se acercó unos pasos más.

El padre empezó a toser. Su tos sonaba diferente a cuando él estaba resfriado. Aquella tos iba acompañada de un silbido en el pecho, y ese silbido

lo asustó. La cara pálida del padre adquirió un tono azulado cuando hizo un esfuerzo para que entrara algo de aire en sus pulmones enfermos. Se agarraba con una mano a la cama mientras se golpeaba el pecho con la otra, como si pudiera abrirlo para dejar paso al oxígeno vivificante.

Cuando por fin se le pasó, escupió un montón de sangre en el cubo que había en el suelo, al lado del orinal.

—¿Qué tal te las apañas con la pesca? —Gottfrid se miró los pies.

Desde que la tuberculosis de su padre se había agravado y le había impedido trabajar, Gottfrid se vio obligado a contribuir al mantenimiento de la familia. Durante el verano podían alquilar habitaciones a los veraneantes, pero fuera de temporada el único dinero con el que contaban para mantenerse era el que él aportaba.

Su tío materno ponía las redes y el barco, un pequeño bote con vela. Se llevaba la mitad de las ganancias y la familia de Gottfrid la otra mitad. De vez en cuando, si la pesca había sido excepcionalmente buena, el chico podía quedarse con una pequeña propina para él.

Tenía que levantarse a la una y media de la madrugada para salir con su tío Olle, y a veces aún estaba medio dormido cuando se vestía. Cuando recogían las redes y volvían a la isla, Gottfrid se quedaba en el puerto despachando a las mujeres que bajaban a comprar pescado fresco para preparar la comida.

—Anoche estuvimos pescando en Rörskären.

—¿Merluza? —Las fuerzas del padre no daban para una frase entera.

El chico asintió con la cabeza y se irguió, orgulloso de la pesca. Los gastados pantalones cortos se le habían quedado demasiado pequeños y se le subían por encima de la rodilla cuando se movía. El jersey también le estaba pequeño; las mangas le quedaban por encima de las muñecas. El día anterior, sin ir más lejos, la madre había mirado con preocupación su ropa quejándose de lo deprisa que crecía.

—Mañana saldremos a pescar lavareto en Skarprunmaren.

La noche anterior el mar había estado en calma, sin viento, como era habitual en verano, así que tuvieron que remar todo el trayecto. En cualquier caso, era preferible al otoño, cuando el viento no dejaba de soplar.

—Un temporal en Sandhamn no es un temporal, es un infierno —solía murmurar su tío mientras peleaba con la vela bajo las ráfagas huracanadas.

Acostumbraban entonces a poner piedras en el fondo del barco para que

este ganara estabilidad. Pero a menudo, cuando las olas rompían contra la embarcación, tenían que achicar agua.

Por eso, Gottfrid nunca se quejaba las noches que el mar estaba en calma, aunque tuviera que remar casi todo el tiempo. Ya con cinco años había aprendido a remar como es debido, con los músculos relajados, de manera que trabajaran la espalda y las piernas.

Le llegó el olor a café. Su madre había dicho que le prepararía una taza antes de que tuviera que salir de nuevo a echar las redes.

—¿Lees el catecismo todos los días?

—Sí, padre. —No era verdad, pero no quería hacerlo enfadar sin necesidad.

—Eso está bien.

El padre se dejó caer de nuevo sobre el almohadón. Aquellos grandes puños, siempre tan prestos a pegar, yacían sin fuerza encima de la manta.

Lo acometió un nuevo ataque de tos. Cuando se le pasó, permaneció tumbado con los ojos cerrados. Gottfrid se escabulló fuera de la sala. De reojo, vio que el padre se incorporaba y arrojaba una flema en el cubo.

Ya no podía quedarle mucho.

Sábado, 23 de febrero

Se detuvieron a hacer la compra en Mölnvik, y luego, después del almuerzo, tomaron el transbordador de la compañía Wax-Waxholm hasta Sandhamn.

Cuando Nora se despertó aquella mañana, Henrik ya no estaba en casa. Fue un alivio, no habría podido soportar encontrarse con él y menos aún hacer como si nada hubiera pasado delante de los niños.

Pese al disgusto, había dormido siete horas de un tirón, profundamente y sin sueños. La había despertado Simon al colarse debajo del edredón. La tranquilizó sentir el calor del cuerpo del niño contra el suyo. Pronto cumpliría ocho años, pero aún se dejaba abrazar. Hundió la nariz en el hombro de su hijo y respiró hondo.

Adam y Simon son lo más importante, se dijo a sí misma. Nada se interpondrá.

Mientras el barco ponía rumbo hacia el gélido archipiélago, se sentó a tomar una taza de café. El frío se había mantenido desde Año Nuevo y, cosa que no solía ocurrir, la superficie del mar se había congelado. Un rompehielos había tenido que abrir un canal hasta Sandhamn. Aunque no presentaba un aspecto uniforme, especialmente cerca del canal, la capa de hielo permitía desplazarse fuera de las islas. Los muelles parecían contruidos sobre el hielo y, por todas partes, de cualquier saliente, de cualquier poste, colgaban deslumbrantes formaciones heladas.

Los niños se habían encontrado con un conocido que llevaba un perro y jugaban con él, así que Nora estaba sentada sola a la mesa.

La invadió el desánimo.

Madre separada con dos niños, retumbaba en su interior. Madre separada con dos niños. Divorcio. Litigio por la custodia. Separación de bienes.

Los términos jurídicos se arremolinaban en su cabeza. Miró de reojo a los otros pasajeros. Le parecía como si, solo con verla, pudieran adivinar que

estaba a punto de separarse de su marido. Que había fracasado en su matrimonio y que su familia estaba hecha añicos. Sus hijos tendrían que vivir entre una casa y otra. Hacer sus maletitas y tener pijamas en diferentes sitios. Y no se sentirían en casa en ningún lugar.

Ella se encontraba sola, abandonada y avergonzada, aunque sabía que no había nada de lo que avergonzarse. No era responsable de que su marido la hubiera engañado con otra mujer. Sin embargo, la sensación de culpa la había estado corroyendo por dentro desde que se despertó. Se acercó la taza de café a los labios, pero le temblaban tanto las manos que tuvo que volver a dejarla en el plato.

—¿Te encuentras bien?

Nora se sobresaltó. Estaba tan sumida en sus pensamientos que no había notado que al lado de su mesa había un hombre. Su cara le resultaba familiar. No sabía con certeza quién era, pero vivía en Sandhamn, o al menos eso creía. Tenía el cabello negro y se advertía alguna cana en la barba.

Vacilante, le sonrió y él se sentó frente a ella.

—No quería molestarte, pero parecías tan triste...

Le tendió la mano a modo de saludo y Nora se la estrechó sin más.

—Pelle Forsberg. Y tú te llamas Nora, ¿no? —Ella asintió—. Vivo junto a las pistas de tenis. Y creo recordar que tienes la casa en la zona de Kvarnberget. Si no me equivoco, hicimos el mismo curso de vela hace muchos años.

Nora asintió de nuevo. Podía ser, aunque en ese momento no se acordaba.

—¿Ha pasado algo?

No pudo impedir que se le saltaran las lágrimas. Cuanto más parpadeaba para evitarlas, más brotaban.

—Pero, mujer —dijo Pelle Forsberg, y volvió a levantarse. Fue hasta la cafetería a buscar unas servilletas de papel. Nora las cogió agradecida y se secó las lágrimas. Después se sonó a conciencia.

—Perdón —balbuceó—. Pensarás que estoy mal de la cabeza.

—No te preocupes.

—Mi marido y yo pasamos por un mal momento...

—Comprendo.

—Nos vamos a separar.

Ya estaba hecho, lo había dicho por primera vez. Aborrecía aquellas palabras, pero, a pesar de eso, era capaz de pronunciarlas.

Él hizo un gesto con la mano como si quisiera restarle importancia.

–Yo también estoy separado, sé lo mal que se pasa.

–No he podido evitar echarme a llorar, es que todo es tan complicado...

–No tienes que darme ninguna explicación –le contestó con amabilidad–.
¿Quieres que te pida otro café?

–Sí, por favor.

Cuando Pelle Forsberg volvió, Nora se había calmado. Se secó de nuevo las lágrimas y dio un sorbo al café caliente. Tenía que controlarse, pensó. No podía llorar a moco tendido de esa manera. ¿Y si la veían los niños?

–¿Vas a pasar toda la semana de vacaciones en la isla? –le preguntó, esforzándose por mantener una conversación normal.

Él asintió.

–Tengo algunas cosas que arreglar en la casa y he pensado aprovechar estos días. Soy profesor de matemáticas, así que tengo libre toda la semana.

–Ah, ya.

Pelle Forsberg se levantó.

–No quiero molestarte más. He visto que estabas muy triste y me ha parecido oportuno preguntarte qué te pasaba.

–Te lo agradezco mucho.

De los altavoces salió un ruido estridente y una voz les comunicó que estaban llegando a Sandhamn. Nora contempló a través de la ventana la familiar silueta de la isla que les daba la bienvenida. Habían dejado atrás Fläskberget y se acercaban a Kvarnberget, desde donde se divisaba su casa detrás de la suntuosa fachada de Villa Brandska.

Haciendo un gran esfuerzo, cambió el semblante, recogió sus pertenencias y fue a buscar a los niños. Llegarían a puerto dentro de unos minutos y aún tenía que pagar los billetes.

Domingo, 24 de febrero

Nora estaba sentada en la pequeña terraza acristalada que daba al sur. Había heredado la casa de sus abuelos maternos diez años atrás. Se encontraba muy cerca de la de sus padres, justo debajo de Kvarnberget. El lugar había sido bautizado con ese nombre porque allí estuvo ubicado el antiguo molino de la isla hasta 1860, cuando lo cambiaron de lugar.

Nora había pensado en mudarse a Villa Brandska en verano, pero de momento continuaba viviendo en su casa. La gran mansión seguía siendo para ella la casa de la tía Signe, y tuvo sus dudas antes de ocuparla. Además, había que gastarse un buen pico para calentar aquella espaciosa casa por la gran cantidad de ventanas que tenía y la escasez de radiadores.

Al otro lado de la ventana sobresalían las ramas desnudas de los lilos. Su verde protector solía cubrir el jardín en verano, pero ahora se podía ver el exterior a través del seto. Pese al frío, Nora había mandado a los niños fuera para que respirasen un poco de aire fresco. No era más que un pretexto, necesitaba un rato para sí misma. Necesitaba pensar con tranquilidad.

Contra todo pronóstico, los niños no se hicieron de rogar. Por fortuna, Fabian, el mejor amigo de Simon, también estaba en la isla con su familia, así que tenían amigos justo al lado.

Una bendición entre tanta desgracia.

No podía dejar de pensar en Henrik. ¿Lo había empujado ella a los brazos de aquella enfermera? ¿Había sido tan mala esposa que se había visto obligado a refugiarse en otra mujer?

Ella había sido inflexible en el tema de Villa Brandska, ¿podía esa decisión haberlo llevado a la infidelidad?

El verano anterior su desacuerdo había terminado en una bronca terrible en el muelle. Henrik perdió el control y le dio una bofetada con tal fuerza que le dejó una marca.

Nunca se hubiera podido imaginar que su marido llegara a pegarle. Henrik le rogó y le suplicó que lo perdonara. Ella hizo de tripas corazón e intentó salvar su matrimonio, pero algo se había hecho jirones irremediablemente en su relación.

Desde entonces se había repetido como un mantra «Tenemos que permanecer juntos por los niños».

Ahora, cuanto más se analizaba, más sospechaba que quizá había luchado por su propia integridad y no tanto por el matrimonio. Su relación llevaba mal bastante tiempo y no podía evitar preguntarse si realmente seguía queriendo estar con Henrik.

Había tenido miedo a la soledad, reconoció para sus adentros mientras contemplaba la niebla del atardecer.

Tenía muy arraigado el miedo a romper la familia. Algunas de sus amigas se habían separado, y ella veía cómo se mataban a trabajar para sacar su vida adelante. No era fácil compaginar la vida laboral con acudir a la escuela y organizar las actividades extraescolares con los niños una semana en casa de cada uno de los progenitores. Tampoco que el dinero llegara para todo.

No era así como hubiera querido que crecieran sus hijos. Pero había sido una ilusa. ¿Cómo había podido creer que era posible salvar su matrimonio? Debería haber reaccionado mucho antes, cuando Henrik empezó a anteponer sus ocupaciones a la familia, dando por hecho que ella era quien tenía que adaptarse. Cuando sus guardias en el hospital estaban antes que todo lo demás y ella tuvo que hacerse cargo de la casa y de los niños, a pesar de que también trabajaba a jornada completa. Cuando cada vez iba siendo más evidente que sus escalas de valores y sus opiniones se alejaban.

En vez de rebelarse, se había amoldado. Se había vuelto dócil y resignada. Poco a poco, se había ido deslizando hacia un modelo de vida en el que las ocupaciones de Henrik eran, sin lugar a dudas, lo prioritario. ¿Por qué lo había aceptado?

Recorrió con la mirada el paisaje blanco que se extendía al otro lado de la ventana. En un abedul del jardín del vecino se perfilaban contra el cielo nidos enmarañados que parecían piedras flotando en el aire.

¿Qué anticuado sentido del deber la había obligado a permanecer tanto tiempo al lado de Henrik? Cuando se conocieron no había diferencias entre ellos. Eran dos estudiantes que llevaban una vida muy parecida y soñaban con un futuro profesional interesante. Quince años después, su vida se había

convertido en la de un ama de casa de los años cincuenta, con el agravante de que además trabajaba fuera.

Sumisa, resignada y encima engañada.

Se revolvía contra sí misma. Menuda idiota había sido. Ninguna otra palabra la describía mejor.

Suspiró profundamente y se dejó caer de nuevo en el sillón de mimbre con los ojos cerrados.

Aunque había dormido toda la noche, estaba tan cansada que apenas podía moverse. Le dolía todo el cuerpo.

Ya se las arreglaría de alguna manera. Miles de mujeres antes que ella habían salido adelante después de un divorcio. Muchos, muchísimos niños de familias separadas se encontraban perfectamente. Una semana en cada casa, con la posibilidad de convivir con el padre y la madre por separado.

No pudo contener las lágrimas, pero pensaba mantenerse firme. Se iba a separar de Henrik.

Sandhamn, 1911

Era la chica más guapa que había visto en su vida. La melena rubia le caía por la espalda y tenía la cintura tan estrecha que él podría rodearla con sus manos.

Se llamaba Vendela y era de Möja.

Sus padres eran propietarios de una pequeña finca en el sur de la isla y tenían otros cinco hijos. Ella tenía dieciocho años, es decir, era cinco años más joven que él, y unos ojos del mismo color que el cielo de junio al atardecer.

Se habían reunido en Dansberget, en las proximidades del suntuoso edificio del Real Club de Vela de Sandhamn, donde la roca era lisa. Sobre aquellas rocas llanas bailarían al son del violín de Arne Karlsson y del acordeón de Bertil Söderman.

Enfrente, a un lado, se alzaba el faro de la isla de Korsö. Una elegante goleta había fondeado en la ensenada situada ante el faro.

Lucía el sol del atardecer. A lo largo del día habían levantado el majestuoso poste floral que conmemoraba el solsticio de verano y lo habían adornado con flores y ramas de abedul. El mástil enramado se alzaba ahora por encima de las casas del pueblo como señal de que por fin había llegado el verano.

Por todas partes se veían grupos de jóvenes alegres. Habían venido de las islas de Runmarö, de Harö y de Möja. No les preocupaba en absoluto que el viaje de vuelta supusiera unas cuantas horas de remo. Si querían ir a las fiestas de otras islas, no quedaba más remedio. Además, el amanecer solía ir acompañado de una ligera brisa matinal que empujaba la vela.

Gottfrid se había puesto su abrigo, una prenda que había pertenecido a su padre, ya fallecido, pero que era elegante y se conservaba en un estado decente. Su madre se lo había lavado y planchado con esmero para el baile de la víspera del solsticio de verano. Lo tenía listo una semana antes, cuando se lo enseñó y acarició el dobladillo con la mano antes de dárselo.

Gottfrid sudaba bajo el sol, pero no pensó ni por un instante en

desabrochase ni un botón del abrigo. Eso vendría después, cuando se hubiera tomado un trago o dos y se hubiese acalorado con la mazurca y los bailes tradicionales.

De camino hacia Dansberget se había cruzado con los veraneantes que paseaban tranquilamente a la orilla del mar. Las mujeres llevaban elegantes vestidos de verano, ligeros y de colores claros, y se protegían del sol con vistosas sombrillas. Los caballeros, a pesar del calor, vestían sombreros de paja y chaquetas cortas.

Bajó la mirada y aceleró el paso. Aunque su madre todavía alquilaba una habitación a los veraneantes, Gottfrid se sentía inseguro ante la gente de la capital. Pronunciaban las palabras de un modo completamente distinto a como lo hacían los isleños, su tono de voz era autoritario y miraban embobados los barcos que atracaban en el puerto.

En aquella época del año, se les veía por todas partes. Tomaban café en la pastelería de Anna Löfgren o en el café de Lilly Boman y se alojaban en el hotel Turist o en el Sands. Por las tardes se sentaban alrededor de las engalanadas mesas vestidas de blanco del Real Club de Vela o del restaurante Solhem. Los caballeros se tomaban una copita o dos de aguardiente y los «querido amigo» iban y venían entre las conversaciones. Las mujeres sonreían, ocultas tras sus abanicos, y daban sorbitos a sus bebidas mientras celebraban encantadas las ocurrencias de sus maridos.

Los enormes baúles que se descargaban en el muelle despertaban reacciones entre la gente de la isla. ¿Cómo podían tener tantas pertenencias y embalarlas todas para pasar apenas un par de meses en las islas? Las pertenencias de Gottfrid y de su madre juntas no alcanzarían para llenar ni uno de esos baúles. Pero él agradecía los ingresos que los veraneantes traían consigo.

Desde la muerte del padre, una fría noche de enero once años atrás, la situación de la familia había mejorado. La madre cobraba una pensión de viudedad, una suma modesta pero que recibía religiosamente. Eso le permitió a Gottfrid volver a la escuela. Seguía saliendo a pescar, pero no a costa de no asistir a las clases. Y si bien el dinero que él ganaba no significaba una aportación despreciable, ya no era necesario para asegurar la supervivencia de la familia.

El año de su confirmación consiguió un puesto en las oficinas del Real Servicio General de Aduanas como chico de los recados. El encargado, un

hombre mayor llamado Ossian Ekbohrn, conocía bien a su padre y se apiadó del joven huérfano. Se ocupó de que pudiera entrar a trabajar en la Casa de Aduanas, un enorme edificio del siglo XVIII, revocado de amarillo, que se alzaba majestuoso junto a la bocana del puerto.

Gottfrid trabajó con diligencia y, después de unos años, ascendió a auxiliar de Aduanas y le dieron un uniforme. La primera vez que apareció en casa con aquel uniforme tan elegante, su madre se echó a llorar. «Hijo mío», le dijo entre sollozos, y él se quedó de pie en la puerta sin saber qué contestar, orgulloso y azorado al mismo tiempo.

Su sueldo supuso un gran alivio para ellos. Ahora podrían incluso reparar la casa, que se había deteriorado mucho durante la enfermedad del padre. No obstante, su madre estaba firmemente decidida a no derrochar. Pronto llegaría el momento en que él encontraría una mujer, y entonces haría falta tener algo en el baúl para ponerse. Finalmente, accedió a comprarse un nuevo chal de seda y una falda negra de confección. También aceptó que la invitara a comer en la posada que regentaba la viuda Wass para celebrar su ascenso.

Aun así, siguió fregando las tablas del suelo de rodillas, con agua y arena, para que quedaran blancas y suaves. Y no quería ni oír hablar de llevar la ropa sucia a alguna de las lavanderas del pueblo. Iba a buscarla ella misma a la bomba de agua, como siempre lo había hecho, y reñía a su hijo cuando llegaba a casa con un dulce que había comprado en la pastelería para ella.

–Sácala a bailar ya, no seas tonto.

Adolf Wollin, el mejor amigo de Gottfrid, le dio un empujón en el costado.

–Llevas mirándola toda la noche. ¿Por qué no le preguntas si quiere bailar?

Gottfrid empezó a jugar con la gorra de visera. Después se atrevió a lanzar una mirada a la hermosa Vendela, que estaba en un grupo con otras chicas de Möja, hablando y riendo.

Parecía que lo miraba de reojo, pero era difícil saberlo porque el cabello rubio le caía sobre la frente y le ocultaba los ojos.

Vestía una falda larga que le llegaba hasta los tobillos y una blusa blanca con bordados en rojo y amarillo. Bajo el dobladillo de la falda asomaban sus pies, y él pudo observar que llevaba unos bonitos zapatos de baile con cordones.

Ahora estaba seguro de que ella le había lanzado una tímida mirada, pero enseguida apartó la vista. Gottfrid conocía a algunas de sus amigas de otros

bailes y vio que una le daba un codazo a Vendela en el costado. Luego observó que la amiga lo miraba adrede.

Cansado de su indecisión, Adolf se había largado en busca de una chica con la que bailar. Gottfrid se armó de valor. Se acercó al grupo y se dirigió a Vendela. Pero los nervios lo traicionaron y se quedó parado delante de ella sin poder articular palabra. Cuanto más tiempo pasaba, más rojo se ponía, como un tonto.

Vendela lo miraba expectante y él oyó risitas a sus espaldas. Finalmente, consiguió hacerle la pregunta.

Ella sonrió y su sonrisa fue tan clara, tan complaciente y espontánea, que Gottfrid estuvo a punto de echarse a llorar.

–Claro que quiero bailar contigo –le respondió con un tono lleno de amabilidad, y pasó su mano por debajo del brazo de él.

–**N**oventa y ocho, noventa y nueve, y... cien. ¡Voy!

Adam Linde levantó la cabeza y miró a su alrededor. Se encontraba en el bosque, en el centro de la isla, detrás de la capilla de Sandhamn, en una zona alejada del pueblo. Estaba con Simon, Fabian, Elsa y Agnes, las hermanas mayores de Fabian, y llevaban un buen rato jugando al escondite. Se alejó unos metros sin descubrir a nadie. Hacía frío. El termómetro marcaba diez grados bajo cero y un grueso manto de nieve cubría el suelo. En las calles del pueblo habían retirado la nieve, pero en el bosque era difícil avanzar.

La capa de nieve amortiguaba todos los ruidos. Era como si la isla estuviera envuelta bajo un manto blanco. Pero iban bien abrigados y se estaban divirtiendo lo suficiente como para olvidarse del frío. Estaban concentrados en esconderse y cada vez se volvían más osados y descubrían escondites más ingeniosos. En el transcurso del juego, se habían ido alejando del pueblo y adentrándose cada vez más en el bosque. Era más entretenido ocultarse entre los árboles y las rocas que detrás de las esquinas de las casas del pueblo.

Adam se detuvo y permaneció completamente inmóvil. Tenía las mejillas rojas, pero su rostro mantenía la palidez propia del invierno. Llevaba un gorro verde oscuro y una cazadora de color caqui, de manera que casi se confundía con el paisaje que lo rodeaba. De lejos, a la débil luz del atardecer, apenas se le distinguía.

Entre los troncos reinaba una calma irreal, solo se oía el murmullo procedente de las copas altas de los pinos que se agitaban por encima de su cabeza. Del este, donde el agua aún no se había helado, llegaba también el rumor lejano del mar. Ya debería haber encontrado a los otros chicos. Al menos a Fabian y a Simon, que no eran más que unos renacuajos, y no solían permanecer escondidos tanto tiempo.

Adam avanzó unos pasos más. Las gruesas botas de invierno se hundían en la nieve y dejaban huellas profundas. Cuando volvió a levantar el pie oyó un ligero chasquido. Miró de nuevo entre los troncos de los árboles y empezó a

sentirse incómodo. El bosque parecía infinito, pese a que él sabía que terminaba en la playa, al otro lado. Pero desde el lugar en el que se encontraba no podía ver nada. Estaba completamente solo. Y todo estaba silencioso, demasiado silencioso.

Adam se agitó, nervioso. Cumpliría doce años en abril. Ya no era ningún chiquillo como Simon.

Pero el malestar persistía a medida que se adentraba en el bosque.

Nora decidió borrar cualquier huella de Henrik. Fue arrojando pacientemente en una bolsa de basura todas las prendas que encontraba: vaqueros viejos que usaba para pintar el casco del barco y polos que aún utilizaba cuando limpiaba pescado. Sus queridos, aunque ya muy usados, zapatos náuticos, que estaban en el fondo del armario, siguieron el mismo camino.

Después revisó el resto de la casa. Las lágrimas le quemaban el interior de los párpados mientras tiraba sus libros, las gafas de lectura baratas que compró en la estación de servicio y el albornoz de felpa azul marino. Incluso tiró su carísimo equipo náutico de Helly Hansen.

De pura rabia, fue a la despensa en busca de sus cereales preferidos y los tiró. No le gustaban a nadie más de la familia, pero él siempre los tomaba para desayunar. El chaleco salvavidas, casi nuevo, que podría servirle a alguien, también acabó en la basura.

Solo se frenó cuando tuvo entre sus manos la fotografía que colgaba en la pared de la entrada. En la instantánea, tomada unos años antes, se veía a toda la familia en la playa. Henrik y ella sentados con los niños en medio, todos sonrientes bajo el sol del atardecer. La cálida luz dejaba ver que estaban en pleno verano y saltaba a la vista la alegría reflejada en sus rostros bronceados. Simon estaba desnudo, tenía la piel dorada, y Adam sonreía a su padre, que le había echado el brazo por encima de los hombros.

Era una foto preciosa. Nora dudó. Si la tiraba, los niños podrían empezar a hacer preguntas y, en aquellos momentos, no se sentía con fuerzas para explicarles todo. Se alejó lanzando un suspiro y dejó la fotografía en la pared.

Poco después, la casa estaba limpia. Como si Henrik Linde nunca hubiera vivido allí.

Ató los extremos de la bolsa de basura y se puso una cazadora. Luego abrió la puerta y salió a la calle. La bolsa pesaba lo suyo y tuvo que cargársela al hombro. Le gustaba sentir ese peso, porque ahí iba todo lo que le recordaba a Henrik. Con gesto resuelto, se dirigió hacia el puerto a través

de las estrechas callejuelas. Evidentemente, habían pasado las quitanieves, pero, aun así, todavía quedaba mucha nieve. Le sudaba la espalda y se detuvo un momento para tomar aliento.

Los contenedores de basura estaban situados en uno de los extremos del puerto, al lado de las casitas del paseo marítimo, pintadas a la manera tradicional, con rojo de Falun. A lo largo de los muelles se veían las hileras de barcos recogidos y cubiertos con lonas. Las embarcaciones parecían abandonadas, a la espera de que la temporada náutica empezara de nuevo.

Nora subió la estrecha pasarela que conducía a los contenedores de basura, claramente diferenciados: vidrio, pilas, residuos domésticos. Abrió una tapa de metal. Tras unos segundos de duda, introdujo la bolsa en el agujero. La operación fue un poco complicada, la bolsa era un poco más grande que la abertura, pero a base de empujones al final consiguió meterla.

Cerró la tapa de un portazo.

—¿Mucha basura?

Nora se estremeció y se giró. Unos metros más allá, Pelle Forsberg la observaba con curiosidad.

Nora estaba sorprendida. No tenía muchas ganas de contar lo que acababa de tirar a la basura. Lanzó una mirada furtiva a la tapa del contenedor mientras trataba de encontrar una respuesta sensata.

—Solo unos trastos que había que tirar —respondió finalmente, y se alejó unos pasos del contenedor.

—¿Qué tal estás hoy?

Era un detalle por su parte que se preocupara por ella, aunque no tenía ganas de charla. Lo único que quería era volver a casa y llorar en paz, pero el gesto de amabilidad acabó por imponerse.

—Mejor, gracias. Ayer no tuve un día especialmente bueno. Gracias por preguntar. —Le sonrió, pero evitó decir nada que pudiera alargar la conversación—. Tengo que volver a casa con los niños —añadió.

Pelle Forsberg se hizo a un lado para que ella pudiera pasar. Llevaba en la mano una bolsa cerrada del supermercado Konsum.

—Te enfrentas a un período duro. Se pasa de la rabia a la tristeza sin poder evitarlo. A veces quieres que todo vuelva a ser como antes y al momento siguiente odias a tu ex a muerte.

Nora comprendió que Forsberg sabía de lo que hablaba. También ella echaba de menos a Henrik al mismo tiempo que lo aborrecía.

–No es fácil.

–¿Llevabais mucho tiempo juntos?

–Nos casamos hace trece años. –El número de la mala suerte la obligó a hacer una ligera mueca–. Pero llevábamos juntos desde mucho antes.

–¿Estudiasteis juntos? –preguntó, y Nora asintió.

–Más o menos. Aunque yo estudié derecho y él medicina. Nos conocimos en un *pub* al que solíamos ir después de los exámenes.

Recordó el aspecto que tenía Henrik entonces. Era amigo de uno de su compañeros de curso y formaban un grupo bastante numeroso que se juntaba para celebrar el fin de los exámenes. Él la invitó a una cerveza y se pasaron la mitad de la noche bailando. A ella le gustó desde el primer momento, pero no esperaba que su interés fuera correspondido. Parecía un chico que podía permitirse ser exigente.

Se quedó sorprendida, además de encantada, cuando él la llamó al día siguiente para invitarla a tomar algo en un café del centro muy popular, invitación que ella aceptó de inmediato.

Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas y parpadeó para que no se le notara.

Pelle Forsberg la miró compasivo.

–Sé lo mal que se pasa. Nosotros llevábamos juntos diez años. Nos conocimos ahí, en el bar Dykarbaren. Le tiré un poco de cerveza encima sin querer y luego empezamos a hablar. –Sonrió azorado–. Es difícil separarse.

–Sí.

–¿Te ha sido infiel? –le preguntó, y lanzó un suspiro mientras dejaba la bolsa en el suelo–. Yo hice una tontería en una fiesta con los compañeros del trabajo y ahí se acabó todo. Llevábamos ya una temporada discutiendo, claro. Seguro que vosotros también habéis pasado por una mala racha.

Nora se sentía incómoda. La conversación empezaba a ser demasiado personal. Seguro que Pelle Forsberg lo hacía con buena intención, pero no le apetecía estar allí, al lado de los contenedores, hablando de su separación con una persona a la que apenas conocía.

–Lo siento, ahora tengo que irme –dijo, y se disculpó con una sonrisa.

–Pasa cuando quieras a tomar un café, si te apetece charlar. Ya sabes, voy a estar aquí toda la semana. Mi hija pequeña pasa las vacaciones con su madre, están en Sälen esquiando.

–Tal vez –respondió Nora en voz baja.

–Te dije dónde vivo, ¿no? En una de las casas que hay junto a las pistas de tenis. La casa verde con las ventanas blancas y la valla marrón.

–Mmm. –Nora asintió con la cabeza, en un gesto de agradecimiento, y siguió su camino pasarela abajo.

En fin, ya estaba hecho. Todas las pertenencias de Henrik habían acabado en el fondo del contenedor. Eso la hizo sentirse bien. Realmente bien.

La casa de Sandhamn ya no era su casa. No era bienvenido allí.

Sandhamn, 1912

Iban a casarse en Möja el día del solsticio de verano, justo al año de conocerse. Él viajó en el barco hasta allí con unos días de antelación. Su madre y sus familiares llegarían la víspera del día de la boda.

Los padres de Vendela tenían una bonita finca, típica del archipiélago, y la celebración de una boda de relumbrón era un acontecimiento en el que participaba todo el pueblo. A Gottfrid le empezó a dar vueltas la cabeza al ver todos los preparativos que estaban en marcha. En el patio se concentraban los familiares y amigos, próximos o lejanos, que habían acudido para asistir al casamiento. La despensa estaba llena hasta arriba de comida especialmente preparada para la boda y por todas partes olía a limpio.

El día del solsticio de verano amaneció con un sol radiante. La iglesia de Möja estaba engalanada para la ocasión y en el exterior del templo habían levantado un arco de triunfo con ramas de abedul. Las hermanas de Vendela habían decorado el coro con coronas de flores y esparcido pétalos por el pasillo que conducía al altar.

Vendela lucía un vestido negro con cuello alto y gorguera blanca. Sobre su rubia melena llevaba prendida la elegante corona de la parroquia. Gottfrid seguía pensando que era la mujer más hermosa que había visto en su vida. No hablaba mucho, pero eso era lo de menos. Podía pasarse todo el tiempo del mundo sentado mirándola. Cuando él hablaba, ella siempre lo escuchaba atentamente.

Tras la solemne ceremonia religiosa abandonaron la iglesia formando una larga procesión. A la cabeza iba un violinista y detrás de los novios seguía el cortejo nupcial. Su madre llevaba un vestido nuevo que se había hecho ella misma y la cabeza cubierta con un pañuelo de seda con flecos. Estuvo toda la ceremonia llorando.

Se había pasado la última semana amasando y preparando la comida que llevó consigo. Era como si quisiera demostrarles a sus consuegros que ahora tenían un yerno que sabía quedar bien. Gottfrid había intentado convencerla

para que aflojara el ritmo, pero no le hizo ningún caso. «Sí, sí», murmuraba mientras estiraba el brazo para alcanzar otro utensilio de cocina.

Habían dispuesto una mesa alargada y Gottfrid y Vendela se sentaron en el centro, en el puesto de honor. Ante ellos había gran abundancia de platos, pasteles de queso, hojaldres, mantequilla casera y arenques preparados de diversas maneras. Fuentes con carne y patatas y platos con queso dulce desprendían un aroma que abría el apetito.

El maestro de ceremonias lanzó una exclamación atronadora en honor a la pareja y luego fue secundado por el músico. Deleitaron a los presentes con la marcha de Karl Johan y otras alegres melodías que pusieron a todos de buen humor.

Vendela apenas probó la comida. Cuando él le insistió para que comiera algo, le susurró al oído que no quería comer nada. Gottfrid pensó que quizá estaba nerviosa pensando en el vals de la novia, cuando sería despojada de la corona nupcial. Ese era el momento culmen de la fiesta y los invitados al banquete pondrían todo su empeño en propiciar la caída de la corona. O tal vez se trataba del momento que les aguardaba, cuando los llevaran al lecho nupcial, ya dispuesto con sábanas recién planchadas y ramas de enebro recién cortadas esparcidas por el suelo.

Vendela no le había permitido intimidades antes de la boda, pese a que era algo bastante común en las islas. Algunos de sus compañeros se jactaban de que sus novias no se habían negado después de prometerse. A veces ocurría que la novia llegaba al altar con barriga, algo que no despertaba mayor asombro.

Pero Gottfrid no había insistido. Si Vendela quería tomarse su tiempo, él también podía hacerlo, iba a ser suya para el resto de su vida. Podía esperar. Tenía muchas esperanzas puestas en su futuro en común. Ahora iba a formar una familia de verdad, tendría hijos y les daría todo lo que su padre no había sido capaz de darle a él.

Gottfrid miró de reojo a su esposa. Estaba sentada con la mirada baja removiendo la comida con el tenedor. Le tomó la mano y se la apretó suavemente.

Ella se estremeció y luego le sonrió, con una sonrisa tímida pero tan hermosa como siempre.

–Mi mujer –dijo él a modo de prueba. Sonaba bien. Repitió aquellas palabras–. Mi mujer.

La inquietud había ido en aumento hasta que un nudo le atenazó el estómago. ¿Dónde se habían metido los otros niños?

Adam trató de ignorar la sensación de desasosiego, pero siguió mirando por encima del hombro mientras avanzaba en la nieve. Quería encontrar a alguien, a cualquiera, con tal de no sentirse tan solo. En su búsqueda, se fue alejando poco a poco hacia el oeste. El bosque se había hecho más denso y estaba oscureciendo, ya apenas se apreciaban las sombras de los troncos de los pinos. El susurro del viento era cada vez mayor.

Tenía frío. Se subió la cremallera hasta la barbilla, arrepentido de no haber hecho caso a su madre, que siempre insistía en que se llevara la bufanda. Temeroso, pasó por encima de un pino pequeño que había crecido formando un curioso ángulo. Tenía el tronco retorcido y la copa se alzaba a tan solo un metro del suelo. Pensaba irse a casa si no encontraba pronto a alguien, no le importaba lo que pudieran decir los demás. No tenía la intención de quedarse mucho más tiempo solo en el bosque.

De pronto oyó voces a lo lejos, pero no tenía claro de dónde provenían. Le pareció reconocer la voz de Fabian, o una muy parecida, aunque no estaba seguro. ¿Serían imaginaciones suyas? Le moqueaba la nariz y se la limpió con un guante. Apresuró el paso todo lo que pudo, pero cuando se vio de nuevo delante del pino torcido se dio cuenta de que había caminado en círculo. Estaba otra vez en el mismo sitio que acababa de abandonar.

Entonces vislumbró la cazadora roja de su hermano pequeño detrás de una roca y sintió un gran alivio. Jadeante, empezó a correr sobre la pesada nieve lo más deprisa que podía. De repente, un pie tropezó con algo debajo de la capa de nieve, como si se le hubiera hundido en un agujero, y se cayó de bruces golpeándose la nariz contra una rama gruesa. Se hizo daño de verdad y se mordió el labio en la caída. Notó en la boca un ligero sabor a sangre y tragó con fuerza para no echarse a llorar.

Se volvió al oír la voz de Fabian. Más cerca, aunque todavía lejana. Adam

intentó sacar la pierna del agujero, pero el pie se le había trabado en una raíz. Por un instante se sintió presa del pánico. Tiraba y tiraba sin que pasase nada.

–¡Me rindo! –gritó con voz temblorosa–. ¡Me rindo! –Volvió a gritar tan alto como pudo–. Salid ya. Ha pasado algo. Todos estáis libres, me rindo.

Seguía tirando de la pierna para liberarla y lo consiguió justo cuando Fabian y Simon llegaban corriendo. Se soltó de un tirón que casi le arrancó la bota. Mientras se levantaba, el resto de los chicos se agrupó a su alrededor. Ya en pie, vio que tenían la mirada fija en un objeto que había quedado al descubierto en el agujero, un objeto que destacaba entre tanta nieve. Parecía algo oscuro, como un plástico negro.

–¿Qué es eso? –preguntó Agnes.

Adam negó con la cabeza. Ahora se sentía un tonto por haberse asustado tanto. Solo los pequeños gritaban me rindo, pero no él, que iba a empezar sexto en otoño. No comprendía por qué había sentido tanto miedo sin motivo.

Agnes seguía mirándolo y él no quería decepcionarla. Ella estaba en cuarto, era un año menor que él. El pelo rubio le sobresalía por debajo del gorro rosa, recogido en dos trenzas atadas con gomas también de color rosa, y tenía una bonita nariz respingona y llena de pecas.

Cogió un palo que había en la nieve y se puso en cuclillas junto al agujero. Era bastante profundo, puede que un metro. Estaba completamente cubierto por la nieve y habría sido imposible descubrirlo de no haber pisado justo encima. Adam entornó los ojos para tratar de ver mejor. La arena helada se mezclaba con acículas de pino y por uno de los lados serpenteaba la raíz dividida de un árbol. Ahí se le había quedado atrapado el pie.

Pero ¿qué era lo que había en el fondo?

Parecía un saco de plástico, aunque un poco grande, la verdad. Lo tocó con el palo. Había algo dentro, o al menos eso parecía. ¿Se trataba de una rama o de un tronco de madera?

Los otros niños observaban sus movimientos. Él se envalentonó, se tumbó boca abajo y alargó una mano para tirar del saco. Pero cuando tiró del nudo, de repente, el fondo del saco se rompió. Algo cayó otra vez dentro del agujero.

Adam se levantó y se quedó inmóvil con el plástico en la mano. Sin poder articular palabra miraba fijamente lo que había debajo de él.

–¿Es de verdad? –preguntó Agnes en voz baja a punto de echarse a llorar.

–Adam –dijo Fabian–, vámonos de aquí. Esto ya no es divertido.

Vámonos.

Elsa asintió.

–Yo tampoco quiero estar aquí.

Adam miró a su alrededor en el bosque. Ya estaba casi oscuro entre los árboles y un escalofrío repentino le recorrió todo el cuerpo. Contra su voluntad volvió a mirar el agujero. Aún tenía la bolsa negra de plástico en la mano y entonces la soltó como si le quemara.

Simon le tiró del brazo.

–Venga, vámonos –le dijo con un hilo de voz–. Vamos a casa.

Adam miró a los demás antes de empezar a echar nieve a toda prisa en el agujero con el pie.

–No se lo contaremos a nadie –dijo–. A nadie en absoluto. Será nuestro secreto.

–**H**ola, soy yo.

Thomas reconoció inmediatamente su voz. Aquel tono suave le recordaba viejos tiempos. Cuando Pernilla y él aún estaban casados.

La vio ante él el verano que estaba embarazada de Emily. Aquel bebé que tardó tanto en llegar y que, por entonces, estaba a punto de hacerlo. Un milagro después de tantos intentos y revisiones.

–Hola.

Su tono de voz era reservado. No lo podía evitar. El tiempo transcurrido tras la muerte de Emily y la cada vez más evidente separación habían dejado huella. No podía hacer desaparecer de un plumazo su incapacidad para superar la pérdida. Tampoco la cantidad de reproches despiadados que ambos se habían dedicado con ahínco. La distancia fue aumentando y al final era demasiado grande como para poder conciliar sus diferencias. Sus caminos acabaron separándose hacía ya dos años.

Al otro lado del auricular se hizo el silencio. Después Pernilla volvió a hablar.

–¿Qué tal estás? –preguntó con un tono prudente–. ¿Qué tal te va? –Se echó a reír–. Eso ha sonado como una canción de Tomas Ledin, ¿no?

Thomas sonrió, pero no sabía muy bien cómo responder a la pregunta. Se recostó en el respaldo del sofá mientras pensaba. Eran casi las siete de la tarde y el sol se había puesto hacía ya bastante tiempo. Fuera caían ligeros copos de nieve.

El verano pasado había roto su relación de casi un año con Carina Persson, una de las auxiliares de la comisaría que, también, era la hija del jefe. Desde entonces no había hecho mucho más que trabajar. La mayor parte de las noches las había pasado en la comisaría, incluso los domingos. Su manera habitual de manejar las crisis, pensó cansado.

La ruptura había sido muy dura.

A Carina le habría gustado mantener una relación estable, pero no pasó de ser un romance secreto. Thomas dejó que las cosas llegaran demasiado lejos

antes de reconocer frente a ella y ante sí mismo que no estaba interesado en mantener una relación seria. Aún tenía remordimientos y durante los últimos meses se había apartado un poco del mundo.

–¿Sigues ahí? –La voz de Pernilla lo sacó de sus reflexiones.

–Perdona. Estoy bien. ¿Y tú qué tal?

Pernilla rio levemente. Lo conocía muy bien.

–También estoy bien.

El auricular se quedó otra vez en silencio. Thomas podía oír su respiración.

–Voy a volver a Estocolmo –dijo de repente–. Empiezo a trabajar en una agencia de publicidad que está en la calle Kungsgatan.

–Vale.

La respuesta sonó insulsa, pero la noticia lo sorprendió. Después del divorcio, Pernilla aceptó un trabajo como responsable de proyectos en una agencia de Gotemburgo. Alquiló el piso que tenían en común y abandonó la capital. Desde entonces apenas habían mantenido el contacto, excepto alguna postal que se habían enviado ocasionalmente. Ahora iba a volver.

–He pensado que tal vez quieras que nos veamos. Ya estoy en la ciudad, empiezo a trabajar dentro de una semana.

Thomas se sintió agobiado por sentimientos contradictorios. ¿Quería verla realmente?

De pronto recordó una tarde que pasaron en el muelle de su casa de veraneo en Harö, justo el momento de la puesta de sol. La hermosa luz del crepúsculo se reflejaba en el rostro de Pernilla y arrancaba destellos a su cabello. Se la veía contenta y confiada. Estaba muy enamorado de ella aquel verano.

Quería volver a verla.

–Puede ser agradable.

–¿Te va bien el martes?

Thomas lo pensó. No tenía ningún plan especial esa semana.

–Sí, me va bien.

–¿Quedamos a las siete y media en Mama Rosa?

Era uno de sus viejos lugares favoritos. Un restaurante italiano del barrio de Södermalm.

–Con mucho gusto –respondió Thomas, y sonrió.

Permaneció sentado en el sofá con el teléfono en la mano tras terminar la

conversación. Debía de hacer algo más de dos años que no hablaban. Habían pasado casi tres desde la muerte de Emily.

–**B**uenas noches, cariño. –Nora arropó a Simon y le dio un beso en la mejilla. Le había leído un cuento y la hora de que los niños se fueran a la cama ya había pasado hacía un buen rato.

–Mamá.

El tono vacilante de su hijo le hizo sentir remordimientos. ¿Le iba a volver a preguntar por Henrik? Lo había hecho varias veces a lo largo del día y a ella se le partía el alma cada vez.

–Sí, ¿qué quieres? –le preguntó con suavidad.

Los ojos azules de Simon la miraban indecisos. Aunque era pleno invierno no estaba pálido. A Adam, que tenía la piel más clara, siempre había que echarle crema de protección solar, pero Simon se ponía moreno tan pronto asomaba el sol. Ella solía bromear diciéndole que bastaba con encender la lámpara del techo para que cogiera color.

–Ha pasado una cosa hoy –empezó el niño en voz baja–. Cuando estábamos jugando en el bosque.

–¿Sí?

Nora alisó el edredón mientras esperaba que continuase. Eran más de las nueve. Adam se había quedado a dormir en casa de los vecinos, así que solo estaban ellos dos. Nora pensaba tomarse una copa de vino tinto cuando Simon se durmiera. Se tenía bien merecido un poco de consuelo.

–Pero es que Adam dijo que no te lo podía contar. Que era un secreto.

Nora lo miró con dulzura. Tenía su osito al lado y la camisa del pijama con el último botón sin abrochar. Ella se la abotonó bien y le acarició la mejilla. Simon acababa de ducharse y olía a jabón y a crema dentífrica fluorada.

–¿Y qué es lo que tú quieres hacer?

–Quiero contártelo, creo. –Esperó unos segundos–. Pero no quiero que Adam se enfade. Ni tú tampoco. Prométemelo.

Nora dudó.

Simon idolatraba a su hermano mayor y lo seguía a todas partes. Si ahora

estaba dispuesto a romper una promesa, lo que le preocupaba debía de ser algo importante.

–¿No puedes decírmelo en voz baja? –le propuso ella–. Así será como si yo casi no hubiera oído nada. Te prometo que no me voy a enfadar contigo.

Simon parecía satisfecho con la propuesta. Se sentó en la cama y Nora se inclinó hacia delante.

–Hoy, cuando estábamos en el bosque, vi algo en un agujero que había en el suelo –le susurró en el oído.

–¿Qué dices? –susurró ella a su vez.

El niño se acercó y volvió a repetirlo en voz baja. Tras un breve instante de duda prosiguió su relato.

Nora enderezó la espalda.

–¿De verdad? –le preguntó, mirándolo seria–. ¿No estarás gastándome una broma?

Simon se puso triste.

–Dijiste que no te ibas a enfadar.

–No estoy enfadada, pero necesito saber que lo que me estás diciendo es verdad. ¿Estás seguro de que no te lo has inventado?

–¿Ves? Al final te has enfadado. No debería haber dicho nada. Adam tenía razón.

Cogió su osito, un peluche que lo acompañaba desde que era un bebé, y hundió profundamente la cara en la felpa gris.

Nora trató de calmarlo.

–Solo quería entenderlo, Simon. Es importante que me lo expliques. Quiero que me cuentes otra vez qué es lo que ha pasado hoy.

Simon no respondió, se abrazó al peluche con más fuerza y se giró hacia un lado. Nora reflexionó unos segundos. Lo que le había contado no podía ser posible. ¿Sería una invención? ¿O no?

Contempló la nuca de su hijo. Estaba enfadado. Solo tenía siete años y toda la fantasía de un niño. Seguramente se lo había inventado todo. Esos juegos de ordenador con los que se entretenían los chicos desde bien pequeños contenían todo tipo de cosas horribles. Suficiente para llenarles la cabeza de ideas macabras.

Cuando Adam volviera a casa al día siguiente, le preguntaría sobre el asunto. Le dio un último beso a Simon, que aún seguía enfadado, y bajó las escaleras. Ahora pensaba abrir una botella de buen tinto y sentarse en el sofá

delante de la tele. Alguno de los vinos preferidos de Henrik, de los que guardaba en la bodega. A ser posible alguno que hubiera reservado para una ocasión especialmente importante.

Aquella era una de esas ocasiones.

Sandhamn, 1914

Gottfrid se sentía radiante de felicidad cuando volvió a Sand-Sandhamn con su esposa. Se alegraba de que la casa fuera a llenarse otra vez de vida y de actividad. Su madre murió un año después de la boda, casi al mismo tiempo que Vendela se quedó embarazada. Era como si la madre hubiera cumplido con su obligación cuando él se casó y ya pudiera abandonar la vida terrenal con buena conciencia. Después de la boda se mudó a la casa pequeña de la finca, en la que solían vivir ellos cuando alquilaban la suya a los veraneantes, y una mañana la encontraron muerta en la cama.

Gottfrid no le reprochaba que hubiera tirado la toalla. Su vida había sido dura en muchas ocasiones. Primero la tuberculosis del padre, después una lucha continua para salir adelante y educar a su hijo sola. Él sospechaba desde hacía tiempo que se le iban agotando las fuerzas.

Se merecía descansar en paz.

A medida que avanzaba el embarazo, a Vendela se le fue ensanchando el cuerpo y se encontraba todo el tiempo cansada, sin aliento. Se le hincharon los pies y le costaba caminar. Los últimos meses apenas salía de casa y se echaba a descansar en el banco de madera de la cocina.

Reposaba tumbada de lado, con las manos sobre el vientre, mientras Gottfrid se sentaba junto a ella en una silla y le contaba lo que había hecho durante el día. Con sus bellos ojos azules ella seguía el movimiento de sus labios.

Gottfrid hacía cuanto podía para hacerle el embarazo más llevadero. La ayudaba en las tareas de la casa e iba a buscar agua todas las mañanas. Vendela lo miraba agradecida y su sonrisa lo animaba en su fuero interno.

Contemplaba con ilusión aquel vientre redondeado en el que crecía su primer hijo. Por las tardes observaba a Vendela a hurtadillas, le conmovía pensar que pronto iba a ser padre de un niño. Un hijo suyo y de Vendela.

Soñaba con un chico al que pudiera llevar consigo a cazar y a pescar y enseñarle cuanto él sabía del archipiélago y del mar. Saldrían juntos a pescar entre las islas y echarían las redes; quería que su hijo lo viera como un apoyo, con confianza, no con el miedo que había marcado su propia infancia.

Cuando se acercaba la fecha del parto, la madre de Vendela vino desde Möja para ayudar y se hizo cargo de la casa ante la llegada del bebé. Fregó el suelo, limpió las ventanas y por la noche cosía pañales y ropa para el niño. Colocó jarapas nuevas sobre el suelo de madera recién fregado, y el olor a limpio se extendió por toda la casa.

Como entre los familiares más cercanos de Gottfrid no había ninguna mujer, agradeció la ayuda de su suegra. El pequeño podía presentarse en cualquier momento. Tenía ganas de que naciera, al mismo tiempo que sentía angustia ante lo desconocido.

El parto fue un largo suplicio que duró treinta y seis horas. La comadrona de Runmarö, que asistió a Vendela, se quedó hasta el final.

Gottfrid se refugió en la posada cuando ya no pudo soportar más seguir en casa oyendo los gritos de su mujer. Hasta que no llegó corriendo uno de los hijos del vecino, con la gorra en la mano, y le gritó que había sido padre de un niño fuerte y sano, no se atrevió a volver. Su suegra le sonrió agotada cuando entró en casa.

–Vendela está durmiendo –le susurró–. Has tenido un hijo fuerte y sano.

Después del parto Vendela empezó a llorar.

Lloraba sin descanso. Se despertaba llorando y se acostaba llorando. Sus lágrimas brotaban como una queja sorda que asustaba a Gottfrid más que si hubiera gemido en voz alta. La leche no le subía como debía y el niño lloraba por las noches. La suegra retrasó varias veces el viaje de vuelta, pero al final tuvo que marcharse. La necesitaban en su casa.

Antes de irse, intentó una vez más hacer entrar a su hija en razón. Pero al final desistió, miró a Gottfrid y se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

–Pronto se pondrá mejor –afirmó sin auténtica convicción–. Es primeriza, solo necesita tiempo para acostumbrarse a su vida como madre. No surge de

forma natural en todas las mujeres. Verás como todo se arregla, tanto para ella como para el pequeño Thorwald.

Gottfrid echaba de menos a su madre. Santo cielo, cuánto la echaba de menos. Ella hubiera sabido cómo tratar a Vendela. A veces, volvía a casa del trabajo y se encontraba a su mujer sentada mirando fijamente a las musarañas. Podía pasarse así horas y horas. No se ocupaba ni siquiera del bebé, cuyos gritos al final cesaban.

Apenas salía una palabra de sus labios. Era como si hubiera caído en un mutismo del que él no podía sacarla, por más que lo intentara.

A menudo, cuando Gottfrid llegaba, ella ya se había acostado. Cuando Gottfrid volvía caminando desde la Aduana, encontraba la casa a oscuras y la lumbre apagada. Casi nunca había cena hecha y se acostumbró a comer a solas pan con queso o embutido.

Vendela también dejó de ocuparse de las tareas del hogar. La suciedad de los zapatos de Gottfrid se mezclaba con las migas de pan y los restos de comida que caían al suelo. La arena, la sempiterna arena, que se colaba a través de las ventanas, seguía allí sin que nadie la limpiara. Una noche, al encender la lámpara de queroseno, Gottfrid vio una rata correteando por el suelo.

El desorden de la casa lo atormentaba. Es verdad que creció en un hogar pobre, pero su madre siempre había tenido la casa limpia y arreglada. Él era por naturaleza una persona ordenada y le costaba mucho soportar la suciedad y el desorden. Se sentía impotente. No sabía qué hacer con una mujer que no le hablaba y con un recién nacido que lloraba insistentemente reclamando atención.

La desesperación despertó su cólera. La vida no era fácil, eso lo sabían todos los habitantes de las islas. Pero cada uno llevaba su cruz lo mejor que podía. Vendela era su mujer, estaban casados ante Dios para el resto de sus vidas. Su obligación como esposa y madre era cuidar al niño y ocuparse de la casa.

Gottfrid se refugió en el mar. Poco le importaba el tiempo que hiciera, se pasaba horas y horas en el barco. Echaba las redes en mar abierto, donde no había protección ante las rocas o los islotes, y las recogía al amanecer. Remaba hasta que le dolían los hombros y estaba empapado en sudor.

Cuando se le entumecían las manos a causa del frío y los nudillos se le ponían rojos y llenos de heridas, las contemplaba con una fría satisfacción.

Reparaba todos los desperfectos de las redes con determinación, como si le fuese la vida en ello.

La situación no cambió. Nada mejoró. Una tarde se le acabó la paciencia. Eran más de las seis y había pasado un día particularmente duro en el trabajo. Tenía hambre y sed, y solo quería sentarse y cenar.

Vendela estaba sentada en el banco de la cocina cuando él cruzó el umbral. Thorwald, con el pañal sucio, gateaba por el suelo lleno de arena. Vendela, con la mirada perdida, observaba ensimismada una mosca en el marco de la ventana. Se había apagado el fuego y hacía frío.

Ella se secaba de vez en cuando los ojos con un pañuelo grisáceo que guardaba en la manga. Gottfrid le habló primero con amabilidad. Le preguntó por la cena y por el tiempo que tardaría en estar lista. El niño empezó a gritar, pero ella ni se inmutó. Gottfrid repitió la pregunta y ella lo miró sin contestar. Repitió la pregunta una vez más, pero ella permaneció en silencio.

Se le acabó la paciencia. Sin saber muy bien cómo ocurrió, levantó el brazo y le dio una bofetada. El golpe hizo que empezara a sangrar por la nariz. Al ver que ella seguía mirándolo fijamente, le dio otra bofetada. Le vino a la cabeza una imagen de la cara encolerizada de su padre, pero ahuyentó rápidamente aquel recuerdo.

El pequeño empezó a llorar y Vendela se levantó, aún sin decir nada, y lo alzó. Luego fue hasta la cocinilla con el niño en brazos.

Desde aquel día tuvo la cena caliente al volver a casa después del trabajo.

Lunes, 25 de febrero

Habían desayunado y Nora había recogido y limpiado la mesa de la cocina. Simon, rápido como un rayo, se fue corriendo a casa de Fabian tan pronto como terminó de desayunar. Nora oyó el ruido de la puerta de la calle. Lanzó una mirada rápida a la entrada y vio que acababa de entrar Adam.

Su hijo colgó el gorro y la cazadora en uno de los ganchos de cobre del vestíbulo. Luego se quitó las gruesas botas y las dejó encima de la alfombra.

Nora sonrió. Adam ya le llegaba por los hombros. Dentro de unos años sería más alto que ella, seguramente acabaría sacándole por lo menos quince centímetros.

Su pequeño. Cómo pasaba el tiempo. Hacía poco era un niño de dos años que daba vueltas a su alrededor con pasos inseguros y pronto se convertiría en un adolescente. Se preguntaba cómo sería. Adam tenía un temperamento fuerte, pero al mismo tiempo era sensible y algo soñador. Tenía más confianza con Henrik que con ella y sabía que el divorcio iba a ser un duro golpe para él.

–¿Quieres comer algo? –le preguntó–. Te puedo sacar los cereales y la leche, si quieres.

–He desayunado en casa de Filip –murmuró Adam mientras empezaba a subir las escaleras.

Nora fue hacia la entrada y lo detuvo con un gesto de la mano. Parecía cansado, como si hubiera dormido mal. El cabello rubio le llegaba hasta la nuca, donde se rizaba ligeramente. Se negaba a cortárselo, pese a que ella llevaba varios meses insistiendo. Ya no era guay el pelo corto. Otros chicos de su clase lo llevaban largo. Lo que pensara su madre se la traía al fresco. Otro signo más de su incipiente pubertad.

–Ven, quiero preguntarte una cosa.

Él la miró extrañado, pero la siguió hasta el salón. Nora se sentó en el sofá

a rayas y dio una palmada a su lado para darle a entender que él también debía sentarse.

–Ayer estuve hablando con Simon sobre lo que hicisteis en el bosque. ¿Qué fue lo que pasó?

En el rostro de su hijo se dibujó un gesto de contención. No dijo nada. Solo mostró un ligero temblor en una de las comisuras de los labios.

–No me parece bien que asustes a Simon de esa manera –continuó Nora–. Me gustaría que me contaras lo que pasó cuando estabais jugando en el bosque.

Adam se revolvía inquieto y evitaba mirarla a los ojos.

–Quiero que me contestes, Adam –insistió Nora en un tono de voz más duro de lo que hubiera deseado–. Simon me ha contado una cosa muy extraña. Me dijo que habíais encontrado algo... –Se detuvo, tratando de buscar la palabra correcta.

La reacción de Adam la sorprendió. Sin previo aviso, retorció la boca en una mueca y empezó a llorar. Se tapó la cara con el brazo, tenía sacudidas y le temblaba la espalda.

A Nora la invadió un sentimiento de culpa.

–Mi niño, que no es para tanto. Solo me preocupa que le hagas creer a Simon esas locuras. Ya, ya, cariño. –Fue a abrazarlo, pero el delgado cuerpo del niño, que estaba rígido y tenso, la rechazó.

–Es que es verdad, mamá –dijo Adam–. Estaba dentro de un agujero.

Volvieron los sollozos.

–¿Dónde?

–En el bosque.

Adam tenía los ojos muy abiertos, brillantes, y el miedo se reflejaba claramente en su mirada. Unos lagrimones le resbalaban por las mejillas y Nora se los limpió suavemente con el dedo.

–¿Puedes enseñarme el sitio?

–Sí –respondió compungido–. Creo que sí.

–¿Por qué no me dijiste nada ayer cuando volviste a casa? – Nora lo apretó contra sí y esta vez el chico cedió.

–Pensé que si nos callábamos desaparecería y ya está. Como si no hubiera ocurrido. No me atreví a contarle porque entonces sería de verdad –susurró, apoyado en el hombro de su madre.

Ella lo abrazó mientras notaba que se le iba formando un nudo en el

estómago.

Pasaron por delante de la Casa de la Misión y se adentraron en el bosque por detrás de la capilla. Nora se había calado el gorro hasta las orejas y llevaba puesta una cazadora gruesa, lo cual no evitaba que tuviera frío. El aire era gélido y cortante y se colaba por debajo de la bufanda. Aunque no llevaban fuera mucho tiempo, estaba tiritando. Adam caminaba a través de la estrecha senda unos pasos por delante de ella y volvía la cabeza todo el tiempo para comprobar que lo seguía. Las acículas amarillentas destacaban visiblemente sobre la nieve. Una mancha oscura revelaba que un perro había estado de paseo por allí.

Después de caminar casi un cuarto de hora, Adam se paró y miró inseguro a su alrededor.

–Creo que fue aquí donde estuvimos jugando ayer. Ahí –dijo, y señaló con el guante azul–. Ahí, al lado de los arbustos.

Nora dirigió la mirada hacia allí.

Se encontraban más o menos en el centro de la isla. Los niños se habían alejado mucho más de lo que debían. Los troncos de los árboles crecían muy juntos y la gruesa capa de nieve se extendía en todas direcciones. A un par de metros se alzaban unas rocas, seguramente un buen escondite para los chicos. Más allá se alzaban unos pinos bajos, y Nora vio delante de ellos las huellas de las botas de los niños que, al parecer, se habían estado moviendo por allí.

–Mamá, ven –dijo Adam, le dio la mano y se la apretó con fuerza. Tenía la cara pálida.

Nora sintió una punzada al ver su miedo. Le sonrió para darle ánimos, pese a que empezaba a sentirse ligeramente indispuesta.

Continuaron hasta un lugar donde la nieve aparecía pisoteada por pequeñas huellas. Una oquedad en el terreno mostraba el lugar en el que se había tropezado su hijo.

Adam se dirigió a un arbusto. Empezó a retirar la nieve con el pie y enseguida apareció un agujero en el suelo. Nora calculó que tendría un metro de profundidad aproximadamente. Sobre el fondo arenoso se veía una bolsa de plástico negra. A su lado se vislumbraba algo de un color más claro, grisáceo con algunas partes verdosas. Parecía como si estuviera sujeto a un objeto alargado, que se doblaba formando un ángulo hacia el lado contrario. Sobre la superficie descolorida vio unos puntos negros, como si estuviera cubierta de bichitos.

A Nora se le revolvió el estómago cuando comprendió qué era lo que estaba viendo. Hizo un gran esfuerzo por contener las arcadas. Adam ya estaba bastante impresionado. No le ayudaría lo más mínimo que ella se pusiera a vomitar.

Entre sudores fríos se inclinó para verlo más de cerca. No fuera a ser que se hubiera equivocado. Quizá lo que había en el fondo de aquel oscuro agujero era cualquier otra cosa.

Adam había retrocedido, estaba detrás de ella. Nora podía oír su respiración entrecortada y jadeante. Cuando se volvió, vio la mirada aterrada de su hijo, con la que le suplicaba que le dijese que todo había sido un error. Que no había nada de lo que preocuparse.

Sin embargo, para Nora estaba tremendamente claro: lo que sus hijos habían visto enterrado en el bosque era parte de un cuerpo humano.

Aquello no era un juego, era algo muy serio.

A Nora le llevó casi diez minutos describirle a Thomas, con cierta serenidad, lo que habían descubierto los niños. Mientras hablaba por teléfono, se escuchaba una discusión de Adam y Simon de fondo. Tuvo que mandarlos callar varias veces al mismo tiempo que trataba de explicar lo que habían visto ella y Adam en el bosque.

Thomas advirtió la gravedad del asunto e informó rápidamente a Göran Persson, el jefe de Policía de la comisaría de Nacka, más conocido como el Viejo. Decidieron que Thomas y su colega Margit Grankvist salieran de inmediato hacia Sandhamn.

Afortunadamente, uno de los helicópteros de policía estaba disponible en la plataforma de Slussen. Podría llevarlos hasta allí junto con un técnico y un médico forense. Los colegas de la Policía marítima se unirían a ellos en barco.

Nora los esperaba junto al helipuerto para indicarles el camino. A pesar de que llegaron increíblemente rápido, ya era más de media tarde. El helicóptero blanco y azul que aterrizó en el helipuerto situado junto a la posada de Sandhamn no pasó desapercibido para ninguno de los habitantes de la isla.

La zona ya estaba acordonada con la cinta policial y los técnicos se esforzaban por no borrar las huellas que, dadas las circunstancias, aún se conservaban. Nora regresó a casa para estar con los niños. Ya hablaría con Thomas más tarde. De momento estaban bastante ocupados en el bosque reconociendo el lugar del hallazgo antes de que se hiciera de noche y la oscuridad no les dejara ver nada.

–Muy desagradable –constató Margit, mientras daba patadas en el suelo para entrar en calor en medio de aquel frío cortante.

El aire helado y húmedo del mar penetraba en los huesos. Estaba aterida de frío, pese a que se había puesto varias capas de ropa sabiendo que iban a la

parte exterior del archipiélago. Recordó el frío que pasó en otoño durante la búsqueda de la joven desaparecida.

–Sí –dijo Thomas.

Estaba observando la escena que tenían delante. Sobre una lona blanca extendida en la nieve, los técnicos habían colocado cuidadosamente la bolsa negra y su contenido, que sacaron del agujero después de realizar un reconocimiento previo.

Pese al frío viento invernal, que convertía el aliento en vaho, Thomas percibió un ligero hedor, un olor desagradable que le hizo arrugar instintivamente la nariz. Solo eran suposiciones, claro, pero sentía ganas de retroceder. No obstante, se obligó a ignorar el olor y se inclinó hacia delante para ver mejor.

Ante sus ojos había una mano izquierda en proceso de descomposición. Los dedos estaban rígidos y sobre las uñas quedaban restos de algo que parecía pintaúñas de color lila. La mano estaba unida a un antebrazo de piel grisácea y manchada de tierra. En la delgada muñeca seguía abrochado un reloj de pulsera, con la esfera de oro y plata, que resultaba absurdo.

Margit meneó la cabeza desolada.

–¿Qué locura puede llevar a una persona a hacer esto? –musitó para sí, pero en parte también para Thomas–. ¿No era suficiente con matarla?

–¿Qué dices? –le preguntó Thomas.

–Nada, hablaba para mí. –Margit hizo una mueca y dio un paso atrás–. ¿Piensas lo mismo que yo?

–¿Que se trata de la chica desaparecida?

–Sí. ¿No crees?

–Probablemente.

–¿Qué posibilidades existen de que encontremos partes del cuerpo de otra chica solo cuatro meses después de que una joven desaparezca en la isla sin dejar rastro?

–Muy pocas, supongo.

Margit suspiró sin dejar de patear el suelo. El pelo, corto y con mechas de un tono rojo subido, apenas se le veía debajo del gorro negro de punto. Solo sobresalían algunos mechones junto a los lóbulos de las orejas, que estaban casi tan rojos como el pelo.

–¿Crees que sus padres podrán reconocer el reloj? –le preguntó–. Eso nos

ahorraría mucho tiempo, no tendríamos que esperar los análisis de ADN. Tardarán varias semanas.

Thomas se inclinó y observó el reloj con detenimiento. Era un modelo bonito, de diseño deportivo, y parecía caro. La pulsera ancha relucía sobre la piel putrefacta. Curiosamente, el hecho de estar enterrada en el suelo helado no había detenido el proceso de descomposición.

–Si les mostramos una foto, quizá puedan decirnos algo. –Haciendo caso omiso a la repulsión que le recorría el cuerpo, Thomas añadió–: Es una pregunta desagradable, pero cuanto antes sepamos...

Le interrumpieron unos gritos.

Al volverse vio a una mujer que venía corriendo a través del bosque sin reparar en el cordón policial. Llevaba una cazadora de color azul desabrochada y tenía una expresión de pánico en la cara. Un policía uniformado intentó detenerla, pero la mujer llegó de todos modos hasta donde se encontraban Thomas y Margit.

Thomas la reconoció, era Marianne Rosén, la madre de Lina. Había hablado con ella muchas veces durante la infructuosa investigación del pasado otoño. Mantuvieron contacto casi a diario y llegó a sentir una profunda compasión por ella. Entonces era una mujer rellenita que se negaba a aceptar la desaparición de su hija. Ahora estaba delgada y tenía unas profundas ojeras. Los meses de incertidumbre habían hecho mella en su cuerpo.

–Dicen que habéis encontrado algo –jadeó–. Los vecinos me han contado que habéis venido a la isla porque habéis descubierto algo. ¿Es Lina? Tienes que decirme si es ella. ¿Es mi pequeña?

A Thomas se le encogió el corazón. Ver partes de un cadáver era duro, incluso para un policía curtido como él, con muchos años de profesión a la espalda. Pero apenas podía imaginarse lo que debía de suponer para una madre tener que ver a su querida hija ultrajada de esa manera.

Thomas miró a Margit, que trató de interponerse en el camino de la desesperada Marianne Rosén. Pero antes de que Thomas alcanzara a decir algo, Marianne lo esquivó con un salto asombrosamente ágil y vio los objetos que había en el suelo.

Se quedó paralizada, luego se tambaleó y cayó de rodillas.

–Lina –susurró–. Mi querida Lina, ¿qué te han hecho?

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Abrió la boca intentando

gritar, pero solo salió un gemido.

Un gemido desgarrador.

Habría sido más fácil si hubiera chillado abiertamente, pensó Thomas. Había presenciado momentos de histeria, expresada de muchas maneras diferentes, pero aquel lamento era tan hondo que le cortó la respiración. Succionaba todo el oxígeno que había a su alrededor. Aunque había experimentado en sus propias carnes la pérdida de una hija, no sabía qué hacer ante la desesperación de Marianne Rosén. Contemplaba impotente a la mujer destrozada, de rodillas sobre el suelo nevado.

Margit se puso en cuclillas a su lado y le rodeó los hombros, que se agitaban convulsos. Con delicadeza la fue alejando de la lona.

–Así, ya –la tranquilizó–. Ven. Quizá no sea ella, aún no sabemos nada. Ahora ven conmigo.

–Es ella –susurró Marianne Rosén.

Clavó la mirada en Thomas. El dolor ahogaba su voz.

–Es el reloj de Lina. Se lo regalamos cuando cumplió dieciocho años. Siempre lo llevaba puesto. Ese brazo es de mi hija.

Sandhamn, 1919

Los años de guerra habían sido duros en el archipiélago. El tráfico de barcos de vapor se suspendió casi por completo y los veraneantes de la capital dejaron de acudir. Muchos de los habitantes de la isla dependían de los ingresos que les proporcionaba el alquiler de habitaciones, y la viuda Wass se mostraba más preocupada cada semana que pasaba. Nadie preguntaba ya por sus percas en salsa ni por su asado de ternera con pepino. De todas formas, durante aquellos años de escasez, solo en contadas ocasiones disponía de algo digno para cocinar.

Era difícil saber lo que ocurría en el mundo y la falta de noticias daba lugar a todo tipo de especulaciones. Un día uno de los ancianos afirmó con rotundidad que estaba próxima la firma de un acuerdo de paz, lo cual significaba que el archipiélago de Estocolmo pasaría a manos de los rusos. La preocupación ante esas palabras hizo que a todos se les congelara la sonrisa en la cara, pese a que nadie confiara realmente en las elucubraciones del viejo.

Gottfrid se había acostumbrado a que la casa estuviera en silencio. Vendela hacía sus tareas a duras penas y se ocupaba del niño. Mantenía la casa medianamente limpia y se encargaba de que sus uniformes estuvieran limpios y almidonados. Thorwald ya no lloraba de hambre, tampoco llevaba la ropa rota ni sucia.

En la Casa de Aduanas, Gottfrid desempeñaba su labor de manera minuciosa. Se quedaba por las tardes para asegurarse de que todos los datos se habían anotado en el registro. Las inspecciones de la aduana tenían que realizarse correctamente, sin importar el número de barcos que hubiera en el puerto. En su despacho, los lápices, las plumas y los papeles estaban ordenados de manera militar. No había nada que reprocharle en el desempeño de su trabajo, más bien al contrario. Todo eran elogios por parte de sus superiores.

Pero no sabía qué pensar de Thorwald.

Era su hijo, sin duda, el parecido entre ambos era evidente. Tenían el

mismo pelo rubio y crespo, y esos ojos hundidos que observaban el mundo con atención. Sin embargo, no sentía nada hacia él.

La tristeza y la amargura por el cambio que había sufrido su mujer eclipsaban todo lo demás. En su fuero interno, Gottfrid culpaba a su hijo. Antes de la llegada del chico abrigaba muchas esperanzas. Pero el sueño de una familia feliz se había convertido precisamente en eso, en un sueño. Ni su mujer ni su hijo respondían a sus enormes expectativas.

Thorwald era un niño tímido que evitaba a su padre. Se entretenía solo en la cocina con sus juguetes, sobre todo palos y piñas que encontraba en el bosque. Le gustaba mucho jugar con un barco de corteza que le había hecho su abuelo. Un día soleado de primavera salieron juntos al bosque y buscaron un trozo de corteza bonito y apropiado. Después el abuelo se sentó al sol y lo talló.

Sus suegros iban de vez en cuando a visitarlos, no muy a menudo, y se quedaban solo unos días. Su vida en Möja no les permitía estar fuera mucho tiempo, había que cuidar a los animales y recoger el heno, así que no les sobraba tiempo para visitar a su desdichada hija en Sandhamn. Además, tenían otros cinco hijos, tres de los cuales aún vivían en Möja.

En una ocasión, el padre de Vendela intentó, de manera algo torpe, hablar con Gottfrid a solas.

—De joven tampoco era una chica muy alegre —le confesó mientras toqueteaba la pipa. En sus manos toscas destacaban unos callos de un color más claro—. A veces se pasaba semanas llorando por nada. Su madre creía que era mejor dejarla. Que ya se le pasaría, solía decir. —Cargó la pipa con un poco más de tabaco—. Ya verás como con el tiempo todo se arreglará.

Dio una calada y después meneó la cabeza.

—Ninguno de los hermanos es como Vendela. Pero ella era tan guapa que estábamos convencidos de que se le pasaría. Sobre todo cuando llegó a una edad casadera y te conoció a ti. Una madre de familia, pensamos, no tiene tiempo para esas tonterías.

La preocupación se reflejaba en su rostro, surcado de profundas arrugas. No tendría más de cincuenta años, pero por el aspecto cualquiera le hubiera echado sesenta y cinco.

Gottfrid guardó silencio.

No había nada que decir. Vendela se deslizaba por la casa como una sombra. La mayor parte de las veces evitaba su mirada. De aquella joven

hermosa de la que se había enamorado en el baile del solsticio de verano ya no quedaba nada. Se recogía el cabello largo y rubio en un moño en la nuca, con el pelo pegado al cuero cabelludo. Ese modo de peinarse delataba sin compasión la cantidad de pelo que había perdido después del embarazo. Y parecía que aún estuviera embarazada, tenía la barriga hinchada y los pechos caídos. Sus hermosas facciones se habían marchitado.

La repulsión se apoderaba de Gottfrid cuando la veía acercarse balanceándose como un ganso. ¿Por qué no hacía nada por mejorar su aspecto? ¿Por qué tenía que haberle tocado precisamente a él la mala suerte de tener una esposa totalmente incapaz? Cuando la buscaba en la oscuridad de la noche ella consentía. Sin decir nada, sin moverse. Él se acostumbró a tomar lo que necesitaba. Ella lloraba después, pero Gottfrid se habituó a eso también. De todos modos se pasaba el día llorando.

Un día Gottfrid llegó del trabajo más tarde que de costumbre. Habían tenido muchos asuntos que tratar. La guerra trajo consigo diferentes decretos y habían recibido un escrito extenso con las nuevas instrucciones. Sus superiores se pusieron nerviosos, puesto que ya habían pasado varias semanas desde la promulgación del nuevo decreto. Iban con retraso en la aplicación de las nuevas reglas. Básicamente, porque aún no las conocían a fondo, pero semejantes excusas no servían de nada ante la autoridad.

Gottfrid estaba cansado cuando abrió la puerta. Pero no tanto como para no ver que el niño, nada más oír sus pasos, se había escondido en la habitación.

—¡Thorwald! —le gritó—. ¿Es que no vas a saludar a tu padre?

El chico se acercó temeroso. Seguía jugando solo la mayor parte de las veces y no buscaba casi nunca la compañía paterna. Prefería esconderse detrás de las faldas de su madre. A Gottfrid, esa actitud lo irritaba. Su primogénito no iba a convertirse en un niño retraído. No pensaba tolerar nada parecido. Cuando él tenía su edad, su padre ya había mostrado los primeros síntomas de la enfermedad y tuvo que empezar a ayudar en casa.

Vendela estaba de espaldas junto a la cocina. Apenas alzó la mirada.

Él se dirigió al chico suavemente:

—Ven con tu padre —le dijo, y dio unos pasos hacia el niño.

Algo crujió debajo de su bota. Miró hacia ahí y se dio cuenta de que había pisado el barco de corteza. Al levantar la cabeza, se encontró con la mirada desesperada de Thorwald. Su carita se había paralizado en una expresión desencajada, como si acabara de presenciar un terrible accidente. El barco se

había partido en varios trozos. El mástil se había desprendido y la corteza estaba astillada. Dudaba mucho de que tuviera arreglo. Gottfrid reunió los trozos con el pie y los tiró al cubo de la basura.

El niño aún no había pronunciado una palabra, pero el labio inferior le temblaba. Las pestañas rubias se le inundaron de lágrimas.

–Te haremos otro barco –dijo Gottfrid para mitigar su metedura de pata–. O si no, la próxima vez que el abuelo venga a visitarnos le pediremos que te construya uno.

Thorwald seguía sin decir nada, pero no dejaba de llorar y le temblaba todo el cuerpo.

Su llanto era como el de Vendela, un llanto silencioso, estremecido, que a Gottfrid le resultaba insoportable.

–Escúchame, no es para tanto, no deberías ponerte tan triste. –Se volvió con un gesto de irritación y se quitó el abrigo. Se entretuvo unos minutos colgando cuidadosamente aquella elegante prenda del uniforme, luego volvió a mirar a su hijo.

Thorwald seguía en el mismo sitio y lo observaba fijamente, como si su padre fuera el mismo demonio. El desprecio que se reflejaba en los ojos del niño despertó la ira de Gottfrid. Fue como acercar un fósforo a un montón de leña dispuesto para la hoguera en la noche de Walpurgis.

–¡Basta ya, niño! –rugió, y dio un puñetazo en la mesa de la cocina.

Vendela se quedó paralizada delante de la cocinilla, y Thorwald respiró hondo, como si realmente estuviera tratando de tranquilizarse. Se estremeció, pero las lágrimas volvieron de nuevo. Salían solas. Un hilo de mocos le colgaba de la nariz.

Gottfrid hervía de rabia. Estaba hambriento y cansado. Había tenido un día duro en el trabajo y no pensaba tolerar semejantes tonterías.

–He dicho que dejes de llorar, ¿lo has entendido?

Levantó la mano a modo de advertencia, un gesto que Vendela a estas alturas conocía muy bien. Solía ser suficiente para conseguir que ella hiciera lo que él quería. Gottfrid acostumbraba a cumplir sus amenazas. Sin embargo, vaciló. No le había puesto nunca la mano encima a su hijo. Pero la rebeldía debía ser sometida. Un chico de su edad no tenía que lloriquear como una niña. Después de todo, solo se trataba de un barco de corteza.

–Deja de llorar. Es la última vez que te lo digo. –Thorwald hipó de nuevo.

Eso fue suficiente para que Gottfrid perdiera los estribos.

La bofetada hizo que Thorwald perdiera el equilibrio y cayera al suelo. Permaneció allí, quieto. Vendela soltó un grito, luego ella también empezó a gemir. Corrió hacia Thorwald y cayó de rodillas a su lado. Abrazó a su hijo al mismo tiempo que lanzaba una mirada de reproche a su marido.

–¡Déjalo ya, me oyes! No lo toques –gritó.

Gottfrid le propinó un empujón.

–Tú te callas. Los chicos no lloran, eso solo lo hacen las mujeres. –Se volvió hacia Thorwald–. ¿Acaso eres una niña?

Agarró a Thorwald por las muñecas y lo apartó de Vendela. Lo arrastró con fuerza hasta el aparador que había en un rincón de la sala. Su madre guardaba allí la ropa de su hermana, que murió cuando tenía ocho años. Enfurecido, sacó un vestido azul claro del cajón de abajo y se lo metió a Thorwald por la cabeza. El niño había dejado de llorar y miraba a su padre con un pavor evidente. Vendela permanecía aún de rodillas. Se balanceaba hacia delante y hacia atrás mientras apretaba las manos contra el estómago.

Gottfrid deslizó con brusquedad el vestido sobre el escuálido cuerpo del niño. Luego lo enderezó y colocó bien los volantes.

–Si te comportas como una niña, irás vestido como una niña.

Abrió la puerta de la calle de par en par. Los destellos del sol del atardecer sorprendieron a todos. Thorwald parpadeó. Parecía totalmente desconcertado, como si no tuviera ni idea de dónde se encontraba. Las voces de los hijos de los vecinos que jugaban en las callejuelas de al lado se oían desde la cocina. Instintivamente, Thorwald se pegó contra la pared. Miraba a su alrededor como un animal buscando una guarida donde esconderse.

Gottfrid no se reprimió. Agarró a su hijo por los hombros con brusquedad y lo empujó fuera, a las escaleras.

–No vuelvas hasta que no sepas comportarte como un niño normal.

La puerta se volvió a cerrar de un portazo.

Gottfrid se volvió hacia Vendela, que lo miraba con la boca abierta. Sus ojos enrojecidos de tanto llorar no contribuyeron a mejorar su humor.

–¿Qué miras? Al niño hay que educarlo. Si tú no eres capaz, tendré que hacerlo yo.

Enfadado, se sentó a la mesa de la cocina. Sabía que había actuado de manera precipitada. Pero lo hecho, hecho estaba, y había que educar al chico. El continuo llanto de Vendela no era bueno para él. Lo hacía blandengue.

El chico tenía que endurecerse de la misma manera que él se había

endurecido de pequeño.

Pensaban volver a la península con uno de los barcos de la Policía, que los acercaría hasta Stavsån. El médico forense le había administrado un tranquilizante a la pobre Marianne Rosén, que había vuelto a casa con su marido para descansar. Anders Rosén llegó al lugar del hallazgo un poco después que su mujer. Con el rostro pálido, también él identificó el reloj que rodeaba la lastimosa muñeca sobre la lona blanca. Era el que le habían regalado a Lina el día de su cumpleaños. Podían comprobarlo en la inscripción que había en la corona.

La zona permanecería acordonada durante un tiempo para evitar el paso de personas no autorizadas. Margit y Thomas habían constatado que tendrían que volver a peinar la isla. Había que buscar el resto del cuerpo. Si es que era posible, pensó Thomas malhumorado. El suelo estaba cubierto por una espesa capa de nieve y debajo la tierra estaba congelada. No resultaría fácil encontrar nada.

Staffan Nilsson, un técnico forense con el que Thomas había trabajado en varias ocasiones, lo había llamado aparte mientras Margit se ocupaba de la madre de Lina. Le pidió que mirara el agujero con detenimiento.

–Parece como si el hoyo se hubiera excavado antes de que el terreno se helara –indicó–. Mira aquí. Está congelado hasta el fondo. Sería muy difícil para cualquiera abrir un agujero en el suelo helado.

Señaló los contornos irregulares donde se apreciaban débilmente lo que podrían ser huellas de zarpas de animales.

–Me inclino a pensar –continuó– que el asesino enterró la bolsa antes de que se helara el terreno. Después llegó un animal, quizá un zorro atraído por el olor, y lo desenterró. Todo ello antes de que se congelara el suelo –añadió–. ¿Y ves las raíces del fondo? Probablemente fue imposible hacer el agujero más profundo. Toda la isla está atravesada por una capa de raíces de árboles. Es muy difícil cavar un agujero hondo con solo una pala.

–¿Así que el autor tuvo que desistir?

–En todo caso, no se esforzó más de lo que vemos. Quizá calculó mal lo

difícil que resultaría cavar en la tierra. Pero la escasa profundidad del hoyo explica por qué el animal pudo llegar a desenterrarlo.

Hizo un gesto hacia los restos humanos cubiertos de tierra que aún estaban sobre la lona detrás de ellos.

–Parece como si en la bolsa hubiera habido algo más –agregó–. Hay que realizar una investigación minuciosa. Pero, si mis sospechas son ciertas, puede que hubiera otras partes del cuerpo en la bolsa. Esas son las que se habría llevado el zorro.

A Thomas le revolvía la idea de que un animal hubiera mordisqueado los restos de la joven. Pero, de ser cierta, esa teoría explicaría por qué tropezó Adam y se le quedó el pie trabado. El animal había excavado el agujero que el asesino había tratado de tapar. Después comenzó a nevar y la nieve borró todas las huellas. Hasta que el chico tropezó de casualidad con el escondite.

Pero, en ese caso, ¿dónde se hallaba el resto del cuerpo de Lina Rosén?

–Teóricamente, hasta puede que aún esté viva –apuntó Nilsson–. Un antebrazo no es un órgano vital, se puede sobrevivir perfectamente tanto sin un brazo como sin los dos.

–¿Quieres decir que alguien habría podido cortarle el brazo y mantenerla oculta durante varios meses? –El tono escéptico de las palabras de Thomas no dejaba lugar a dudas.

–Yo no he dicho eso. –El técnico parecía ofendido, como si esperara elogios en lugar de reparos por la información adicional que ofrecía–. Lo único que quería señalar es que la pérdida de un brazo, en sí, no causa la muerte. Seguro que el forense lo hará constar también en el informe de la autopsia.

Thomas sabía que el técnico tenía razón.

No podían estar totalmente seguros de que la joven realmente estuviese muerta hasta que no encontraran más partes del cuerpo o contaran con un informe forense que demostrara que habían cortado aquel miembro cuando la chica ya estaba muerta.

Pero, la verdad, era difícil creer que siguiera viva.

–No resulta muy creíble que la hayan podido esconder viva en la isla, estando gravemente mutilada –respondió Thomas en un intento de aplacar a Nilsson.

–No, pero desde un punto de vista puramente teórico sería posible –insistió el técnico.

–¿Para qué cortarle un brazo, entonces? ¿Y qué sentido tendría enterrarlo?

–Tu trabajo es averiguarlo, ¿no? Tú eres el encargado de la investigación.

Thomas se frotó las manos en un intento de recuperar el sentido del tacto. Tenía los dedos helados dentro de los guantes. Observó el agujero unos minutos más sin dejar de darle vueltas a la cabeza.

–¿Tienes alguna idea de cuándo lo enterraron? –preguntó al cabo de un rato.

–Es un caso complicado –respondió Staffan Nilsson, a la vez que se rascaba la nuca–. Pero como ya he dicho, creo que el hoyo se cavó cuando la temperatura aún estaba por encima de cero.

–Este año el frío ha llegado bastante tarde –dijo Thomas–. En Navidades, si no me equivoco. Recuerdo que el día de Santa Lucía estaba lloviendo.

–¿Cuándo desapareció?

–Denunciaron su desaparición el cuatro de noviembre.

–En ese caso, el asesino dispuso de un mes y medio para enterrarla –señaló Nilsson–. Tal vez tuvo la sangre fría de esperar hasta que todo se hubiera calmado. Entonces se puso manos a la obra y enterró a su víctima.

–¿Y por qué enterrarla aquí precisamente? ¿Por qué no tirar la bolsa al mar con una piedra dentro y punto? –preguntó Thomas mirando a su alrededor.

Le sorprendía que el bosque fuera tan tupido y tan extenso, teniendo en cuenta que estaban en una isla. No se veía ninguna casa, ningún edificio por ninguna parte. El lugar parecía realmente solitario. Desde donde ellos se encontraban era fácil imaginarse que estaban solos en la isla. Sin duda, en un lugar así, el asesino habría podido realizar su trabajo con toda tranquilidad, sin que nadie lo molestara.

Nilsson meneó la cabeza.

–¿Quién sabe cómo piensan los locos? La persona que hizo esto no estaba en su sano juicio, eso es evidente.

Sacó del bolsillo una caja de rapé y esnifó una pequeña cantidad que se echó en el pulgar.

–Posiblemente pensó que era más sencillo adentrarse en el bosque y cavar un agujero donde nadie lo pudiera ver. O a lo mejor sentía remordimientos y decidió enterrar a la chica, a pesar de todo.

–Partes de ella, querrás decir –replicó Thomas, que se arrepintió al instante de la acritud de sus palabras.

–Pero es que no sabemos lo que había en la bolsa al principio. Tampoco

sería tan raro que repartiera el cadáver en varias bolsas. Incluso una chica joven como esta debía de pesar como mínimo cincuenta kilos. Un peso difícil de mover para cualquiera. El asesino debió de darse cuenta de que tenía que cortar el cuerpo para poderlo transportar.

–Pudo ser así –afirmó Thomas–. De todos modos, tenemos que buscar más restos.

–En ese caso, tal vez en otros lugares –dijo Nilsson–. Si al asesino le pareció muy duro cavar aquí en el bosque, debió de buscar otras partes de la isla para enterrar el resto.

–Sí, probablemente cerca de la playa –sugirió Thomas–. Debería de ser más fácil hacer un agujero profundo en la arena que cavar en el bosque. –Se frotó las manos en otro intento infructuoso de aumentar la circulación de la sangre.

–A propósito, ¿cuándo suspendisteis la búsqueda? –preguntó Nilsson enderezándose.

Thomas se quedó pensativo.

Habían buscado intensamente por toda la isla durante un par de días. Después las fuerzas policiales abandonaron Sandhamn. La Policía no podía hacer nada más, como Thomas trató de explicarles con delicadeza a los padres de Lina. No podían justificar nuevas batidas. Dada la escasez de recursos, cada día había que decidir a qué caso debían dar prioridad.

El trabajo de investigación continuaría, pero con otros métodos.

–Después de unos días –respondió por fin a Staffan Nilsson.

Thomas intentaba, sin éxito, imaginarse un escondite apropiado. Después de todo, se trataba de una isla pequeña, no de una ciudad grande donde una persona podía permanecer años oculta sin que nadie la encontrara.

¿Era posible que la joven hubiera permanecido allí todo el tiempo?

En cierto modo, deseaba que no fuera así, que el hecho de haber prolongado la búsqueda no hubiera cambiado nada. Era muy duro pensar lo contrario, que habría sido posible salvarla con una mayor intervención policial.

Staffan interrumpió sus reflexiones.

–Ya veremos qué revela la autopsia. Los del Departamento de Medicina Forense son muy competentes y suelen dar respuesta a muchas preguntas.

Thomas asintió con la cabeza. Luego se puso en cuclillas y examinó la tierra oscura y helada donde los restos de Lina Rosén habían permanecido

enterrados bajo un grueso manto de nieve. ¿Cómo pudo una joven llegar a ser objeto de una rabia tan violenta? ¿Y quién podía estar tan furioso?

–Clínica psicológica de San Erik.

Nora escuchó el sonido metálico de la voz grabada y esperó hasta que se oyó en el auricular la voz de una persona.

–¿Podría ponerme con Annie Widell?

Cuando volvieron del bosque tomaron una taza caliente de leche con cacao y unos bollos que calentó en el microondas. Le había contado a Thomas todo lo que sabía. Él trataría de pasar por allí más tarde para hablar con los niños.

Nora se había esforzado cuanto pudo por que todo pareciera normal y seguro para los niños. Encendió la chimenea del cuarto de estar y unas cuantas velas para crear un ambiente acogedor. Después sacó un juego de mesa para distraerse. Se enzarzaron en una pelea por quién iba a comprar la plaza de Normalmstorg y la calle Kungsgatan al Monopoly. La pelea fue toda una liberación.

Luego, los niños se sentaron en el salón delante de la tele para ver una película americana de superhéroes con poderes sobrenaturales. Nora se fue al dormitorio con el teléfono, para que ellos no oyeran la conversación.

–Annie Widell.

La voz supuso un alivio tal que podría haber llorado. Si Annie no hubiera contestado, no habría sabido qué hacer. Pero ahora la tenía al teléfono y sabía que su amiga psicóloga era la persona con la que tenía que hablar en ese momento.

–Soy Nora. –No pudo evitar que se le escapara un sollozo.

–¿Qué ha pasado, Nora? ¿Estás llorando?

Apretó el teléfono con fuerza y trató de serenarse. Apenas podía hablar.

–Ha ocurrido algo terrible.

Le describió con voz entrecortada lo que había sucedido en el bosque por la mañana. También le contó por encima lo de Henrik, la separación y por qué le resultaba impensable en aquellos momentos volver a casa, al chalé adosado.

–Suena como si fuera una experiencia traumática –dijo Annie Widell–.

Pero no tiene por qué convertirse en un trauma psicológico.

–¿Y si a los niños les quedan secuelas de por vida? –consiguió articular Nora–. No sé qué voy a hacer.

–Ahora tienes que tomártelo con calma. –Annie parecía tranquila, y le hablaba en un tono profesional–. El suceso es impactante, por supuesto, y es muy triste que fueran precisamente los niños quienes encontraran la bolsa. Pero de ahí a que eso se traduzca en un trauma psíquico va un trecho.

–¿Qué quieres decir?

–Cuando se vive una experiencia que resulta demasiado dura de aceptar, puede convertirse en un trauma. Especialmente si uno siente que no puede hacer nada, lo que conlleva una profunda sensación de impotencia. Podríamos decir que sobrepasa la capacidad de resistencia psicológica y entonces se produce una reacción.

Permanecieron en silencio unos segundos antes de que Annie volviera a tomar la palabra.

–Pero dices que Simon te contó voluntariamente lo que había pasado. ¿Y Adam también?

–Poco a poco.

–Eso es bueno, significa que han tomado el control de la situación. Contándotelo a ti no se dejaron dominar por el miedo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

–Eso creo.

–Tienes que estar atenta para ver cómo se comportan los próximos días, si duermen mal o si tienen algún estallido de rabia sin motivo aparente, o si parecen aturridos. ¿Cómo se han comportado hoy?

Nora se detuvo a pensar.

La partida de Monopoly había ido bien. Incluso Adam, que no era buen perdedor, la había acabado sin enfadarse. Simon no había dado muestras de irritación, pero también era cierto que él era mucho menos competitivo que su hermano mayor.

–Como de costumbre, diría yo. Es posible que Adam haya estado un poco más silencioso de lo normal.

–Son buenas señales. Lógicamente, tienes que estar a su lado y dispuesta a escucharlos si alguno de ellos quiere contarte cómo lo ha vivido. Pero no los fuerces. Basta con que estés ahí.

–¿Debería volver con los niños a la ciudad?

A Nora le costó formular la pregunta. En ese caso tendría que alojarse en un hotel o vivir en casa de sus padres. Al chalé de Saltsjöbaden no pensaba volver así como así. Después se recordó a sí misma que el bienestar de los niños debía estar por encima de su necesidad de permanecer en la isla.

–No lo creo. Si lo haces, corres el riesgo de que los niños asocien Sandhamn con algo desagradable. De hecho, es mejor que os quedéis unos días para que puedan dejar atrás lo sucedido. De esa manera pueden recuperar la sensación de que es una semana de vacaciones normal, mientras el recuerdo desagradable de lo que vieron en el bosque se va difuminando.

Nora respiró aliviada.

Los consejos de Annie siguieron resonando en sus oídos después de terminar la conversación. Lo más importante era comportarse con naturalidad y mantener las rutinas. La seguridad y mucho cariño podían obrar milagros.

Sandhamn, 1919

– **Y**a falta poco.

La voz de la comadrona despertó a Gottfrid. Se había quedado dormido y miró somnoliento a su alrededor. Desde el dormitorio llegaba la voz lastimera de Vendela. Llevaba tanto tiempo así que él casi se había acostumbrado.

La comadrona desapareció otra vez y Gottfrid se sentó y se pasó la mano por el pelo. Tenía sed y bebió un trago de agua del recipiente que había al lado de la cocina.

Se abrió la puerta de la calle.

–¿Padre? –La cara asustada de Thorwald apareció en el resquicio de la puerta–. ¿Puedo entrar ya? Tengo frío.

Gottfrid negó con la cabeza.

–Todavía no.

La puerta se volvió a cerrar.

Vendela estaba ya de seis meses cuando le contó que estaba embarazada. Fue en junio, y el niño nacería en septiembre. Mientras se movía por la casa arrastrando los pies con su vestido negro, el cuerpo deformado no daba ninguna pista de que estuviera encinta. Pero una noche, cuando por accidente le tiró encima unas gachas calientes y le levantó la mano, se lo dijo.

–¡Piensa en el niño! –gritó cuando él la iba a golpear.

Gottfrid se detuvo en mitad del movimiento. Thorwald estaba sentado en uno de los extremos de la mesa y lo miraba asustado. Algo en la voz de ella le dijo a Gottfrid que no se refería al hijo. La miró con gesto indagador.

–Estoy embarazada –susurró.

Él observó la redondez inexistente unos meses antes. El pecho estaba más abultado. Hasta entonces no se había fijado.

Lentamente se limpió las pegajosas gachas de la camisa. Otro hijo. No era imposible. A veces yacían juntos como marido y mujer. Pero habían pasado ya seis años desde que nació Thorwald y Gottfrid había dejado de pensar en tener más hijos, después del cambio de Vendela tras el nacimiento de Thorwald.

Se levantó de la mesa. Cogió su abrigo sin decir nada y abrió la puerta de la calle. Necesitaba pensar con tranquilidad.

Una vez más, su suegra fue desde Möja a hacerles una visita. En esta ocasión, las cosas no estaban tan mal como antes. Ahora Vendela cumplía con sus obligaciones lo mejor que podía. Y espero que siga así, por su bien, pensaba Gottfrid al amanecer, cuando no conseguía dormir y los pensamientos le daban vueltas en la cabeza.

A la suegra le preocupaba el pequeño Thorwald. Estaba muy delgado y apenas se reía. ¿Dónde estaban los compañeros de juego que un niño de su edad debería tener en una isla como Sandhamn? Gottfrid no se molestó en contestarle. Thorwald se las arreglaba solo, era un niño algo apocado y discreto.

Para él seguía siendo una decepción. Aprendía de su madre y cada día se parecía más a ella. En presencia de su padre apenas abría la boca. Gottfrid no lo entendía. A su edad, él jugaba con los chicos de la isla siempre que tenía ocasión, y supuso una enorme tristeza dejar a sus amigos cuando se vio obligado a salir a pescar con su tío y ya no tuvo tiempo para juegos y bromas.

Había intentado varias veces salir con su hijo al mar, pero la cosa siempre acababa con Thorwald llorando. A su hijo lo asustaban los saltos de los peces coleando y se quejaba por todo, porque las redes pesaban mucho, porque el agua estaba fría... Cuando Gottfrid perdía la paciencia, le daba una bofetada y el chico lloraba aún más y comenzaba a llamar a su madre.

Él no sabía qué hacer con su hijo. Este chiquillo es un pusilánime, pensaba. Hay que educarlo con más dureza. ¿Cómo se las va a arreglar en la vida si no?

—Es una niña.

La comadrona estaba en el vano de la puerta muy sonriente. Traía un bebé envuelto en brazos. Entre las gasas, apenas se veía la cara arrugada de color rosa pálido. La suegra aún estaba dentro con Vendela.

Gottfrid miró al bebé. Tenía los ojos azules abiertos de par en par. Se quedó parado delante de su hija. La comadrona volvió a sonreír y le colocó a la recién nacida en brazos.

—Así. Cógela mientras voy a ver a la señora.

El calor del cuerpo de su hija se extendió por el suyo. La niña permanecía totalmente quieta y con la boquita muy apretada. Tenía la mirada fija en su cara, como si quisiera grabar en la memoria los rasgos del padre para el resto de su vida.

Una sensación extraña se apoderó de Gottfrid. Aquella carita le recordaba a su madre, aunque le pareciera ridículo. Era imposible distinguir los rasgos de otra persona en un recién nacido. Sin embargo, había algo alrededor de los ojos y en la boca apretada que le evocaba la imagen de su madre ya fallecida.

La vio delante de él, cuando le daba una palmadita en la mejilla después de alguna de las innumerables salidas para pescar con el tío Olle. El amor a su madre fue el único amor realmente duradero en su vida.

Gottfrid permaneció inmóvil con la recién nacida en brazos. Aquellos ojos azules seguían mirándolo con la misma fijeza, parecía que ni siquiera parpadeara.

Se le escapó un sollozo que lo pilló desprevenido.

–Kristina –susurró–. Se llamará Kristina, como mi madre.

–¿Quién quiere café? –preguntó Hanna Hammarsten a su marido y a su hija mientras se levantaba de la mesa.

Ya habían terminado de comerse la lasaña, eran casi las siete y media. Al otro lado del ventanal que daba a la playa de Trouville, todo estaba sumido en la oscuridad.

–¿Charlie? –Hanna empezó a recoger los platos y los cubiertos.

–Sí, gracias. –Él alargó el brazo para alcanzar el mando a distancia.

–¿Tienes que poner la tele inmediatamente?

–Van a empezar las noticias. Ya hemos terminado de cenar. Solo voy a echarle una vistazo al teletexto.

Hanna hizo un mohín. Charlie siempre quería tener el televisor encendido. Ella prefería que estuviera apagado al menos durante las comidas. Se volvió y empezó a llenar el fregadero de agua.

–Podrías ayudarme un poco, Louise. –Hanna lanzó una mirada de reproche a su hija.

–Un momento.

–¿No podría ser ahora? –Louise se levantó de mala gana y cogió un plato.

Compraron la casa de Trouville a principios de los noventa, la renovaron y la ampliaron. De la antigua casa de campo de los años cincuenta solo quedaba la fachada. Ahora disponían de un amplio espacio diáfano para la cocina, el salón y la chimenea de obra. Habían cambiado las ventanas por unas nuevas y construido una espaciosa terraza de madera orientada al suroeste, con vistas al mar.

Hanna estaba encantada con la vivienda. Se la había recomendado un buen amigo cuando buscaban una casa de veraneo en el archipiélago que no estuviera demasiado lejos de Estocolmo. Sandhamn era perfecto. El viaje en coche desde Bromma hasta Stavsån llevaba una hora y desde allí salían los barcos regularmente durante todo el año. Tardaban menos de dos horas de puerta a puerta.

El único inconveniente de vivir en la zona de segundas residencias de

Trouville era que tenían que ir en bicicleta hasta el pueblo, donde estaban las tiendas, los restaurantes y, sobre todo, la famosa panadería. Por otro lado, eso les obligaba a hacer un poco de ejercicio. Era sumamente fácil coger un par de kilos durante el verano. Todos los bollos que comían cuando salían a navegar, las barbacoas y los pasteles de bayas hacían casi imposible seguir una dieta saludable en vacaciones, por lo que cualquier ejercicio era bienvenido.

Pero, en esa época del año, tenía la sensación de vivir en otro mundo. Aparte de la familia, no había visto a nadie en todo el día. En realidad, no había tenido ganas de bajar hasta el pueblo con ese tiempo invernal tan oscuro y se había quedado en casa leyendo un libro.

–¡Joder, qué pasada!

Hanna se sobresaltó. El taco la pilló desprevenida, y se volvió con el molde de la lasaña en las manos.

–¿Qué pasa?

Charlie señaló con el mando la pantalla donde destacaban las letras amarillas del teletexto. Hanna fijó la mirada en el primer titular. «Hallazgo de un cadáver en Sandhamn, página 105.»

Mientras seguía mirando fijamente el texto, Charlie buscó la página.

La Policía ha encontrado hoy restos de un cadáver en la isla de Sandhamn, en el archipiélago de Estocolmo. De momento, el portavoz de la Policía no quiere confirmar si se trata de la joven que desapareció en la isla sin dejar rastro el pasado mes de noviembre, pero admite que puede existir alguna relación.

Hanna posó la fuente de lasaña y se dejó caer en una silla. De repente le empezaron a temblar las piernas.

–¡Oh, Dios mío, imagínate que es Lina! –exclamó, y se tapó la boca con una mano–. Pobre Marianne, qué desgracia para Anders y Marianne –susurró.

Charlie, que se había quedado pálido, le pasó el brazo por los hombros para tranquilizarla. Louise no había dicho ni una palabra. Miraba la pantalla inmóvil. Luego sollozó.

–Mamá. –Volvió la cara y empezó a llorar.

–Cariño... –Hanna se incorporó y la abrazó–. Pero si no han confirmado

que sea ella. Aún no lo saben. –Se volvió hacia Charlie–. Pon las noticias, *Rapport* empieza ahora.

Louise yacía en la cama acurrucada como una bola. Se había acostado pronto. Estaba muy conmocionada después de aquellas terribles noticias. Pensó en los policías que la habían interrogado tras la desaparición de Lina, un hombre alto muy amable y una mujer baja y enérgica de unos cincuenta años.

Ella fue la última persona que la vio con vida. Aún recordaba la espalda de su amiga mientras se alejaba pedaleando en la oscuridad. Lina llevaba una linterna de bolsillo en la mano y se le fue un poco el manillar. «¡Adiós!», le gritó girando la cabeza. Después Louise cerró la puerta y no volvió a verla nunca más.

Había sido su mejor amiga desde que se conocieron en la escuela de natación cuando tenían nueve años. La foto que utilizaron en el programa *En busca del asesino* la había hecho su madre en la terraza de su casa y le hizo una copia a Marianne. Lina se había quedado muchas veces a dormir en su casa; de hecho, solían dormir habitualmente la una en casa de la otra.

Una lágrima le rodó por la mejilla y Louise hundió la cabeza en la almohada para ahogar un sollozo.

Tenía que ser ella, ¿quién iba a ser si no?

En *Rapport* habían hablado de restos de un cadáver y especulaban sobre la existencia de un descuartizador. De pronto, Louise se sintió pequeña y asustada. Se estiró para alcanzar su viejo y gastado peluche, un conejo que ya estaba más gris que blanco. Ni siquiera sabía por qué lo había guardado durante tantos años, pero en aquel momento lo abrazó con fuerza.

Al principio, cuando Lina desapareció, Louise se preguntó si se habría suicidado. Lina se había sentido muy abatida después del accidente en el que murió Sebastian, se echaba la culpa de lo que pasó. ¿Había sentido aquella noche unos remordimientos tan terribles que la llevaron a hacer una tontería? Era la única explicación posible, aunque en realidad Louise no quería pensar eso de su mejor amiga.

A pesar de sus dudas, le contó sus sospechas a la Policía cuando la interrogaron. Con el tiempo, llegó a convencerse de que eso era lo que debía

de haber ocurrido. Aquella noche Lina no se había encaminado a casa en la bici, sino que se había tirado voluntariamente al agua helada y se había ahogado.

Exactamente igual que Sebastian.

Ahora se daba cuenta de que reconstruyó mentalmente algo mucho más terrible. A Lina la habían asesinado.

Abrazó su viejo peluche con más fuerza. Entonces le empezó a rondar un pensamiento. Intentó desecharlo, pero seguía ahí.

Reconstruyó la imagen de un rostro conocido. Jakob.

Podía oír su voz cuando le gritó a Lina. La ira que desprendía. El miedo en los ojos de su amiga.

Jakob.

Thomas y Margit estaban de vuelta en la comisaría, sentados en la pequeña sala de reuniones que había al lado de la cocina. Al volver de Sandhamn se compraron una pizza cada uno y ya se la habían zampado. La mesa ovalada estaba cubierta por los documentos que formaban parte del expediente del otoño anterior, cuando investigaron la desaparición de Lina Rosén: informes, fotografías, anotaciones, declaraciones de los testigos y copias de los interrogatorios realizados unos meses antes. Habían dedicado buena parte del mes de noviembre a buscar a familiares y amigos de la joven desaparecida para tratar de averiguar lo que le había sucedido. Pero las búsquedas no condujeron a ningún resultado y, con el tiempo, nuevos casos reclamaron su atención.

Después de unas horas, habían repasado todo el material mientras los colegas más jóvenes, Erik Blom y Kalle Lidwall, indagaban en la base de datos crímenes parecidos que les pudieran aportar una pista o alguna sugerencia.

A su regreso de Sandhamn les esperaba una nota. La agente nueva que sustituía a Carina, una mujer de unos cincuenta años, delgada y de cabello gris llamada Karin Ek, les informaba de que había llamado Oscar-Henrik Sachsen, del Departamento de Medicina Forense de Solna, y que había prometido darle la mayor prioridad a los análisis. El lunes por la mañana seguro que ya tendría algo que contarles.

–Eso está bien –dijo Margit, y Thomas asintió.

–¿Te acuerdas de cuando estuvimos en Uppsala y hablamos con sus compañeros de curso? –le preguntó.

Margit se puso las manos detrás de la nuca y se echó hacia atrás. Los pasillos estaban casi vacíos y al otro lado de la ventana reinaba una profunda oscuridad. Algunos copos de nieve revoloteaban en el aire. La temperatura había descendido a dieciséis grados bajo cero. Y Margit, después de las horas que había pasado en el bosque, aún estaba destemplada.

–Sí, claro. Hablamos también con algunos profesores.

–Hubo varios que nos dijeron que Lina empezó a comportarse de un modo diferente tras la vuelta del verano.

Thomas miró el montón de papeles que había sobre la mesa y los hojeó hasta encontrar el que buscaba.

–Había pasado de ser una estudiante modélica a no preocuparse en absoluto por los estudios –continuó, y releyó el resto del documento–. Salía mucho de fiesta y suspendía los exámenes. Unos meses después de que comenzara el semestre de otoño hizo un alto en los estudios y volvió a casa.

–Y rompió con el chico con el que salía en Uppsala. Al parecer, él lo encajó mal, creo recordar.

–Sí, pero ya sabes que lo descartamos. El fin de semana que Lina desapareció él se encontraba en Härnösand, en casa de sus padres, que atestiguaron que no había salido de allí.

Margit levantó la taza de café, que se había quedado frío, y tomó unos sorbos mientras miraba a Thomas pensativa.

–Él también había pensado que podía tratarse de un suicidio, exactamente igual que Louise Hammarsten. Dijo que Lina había cambiado. Que estaba de mal humor y que a veces lloraba sin motivo.

–Y nosotros nos conformamos con esa teoría.

Thomas no pudo evitar pronunciar aquellas palabras de reproche, aunque sabía que no servían para nada. Por la mirada de Margit comprendió que compartían la misma sensación de fracaso.

–Me pregunto qué pudo pasarle a Lina ese verano –añadió Thomas–. Algo que no supimos comprender cuando hicimos los interrogatorios.

–Sí, puede ser. Tendremos que volver a interrogarlos, sobre todo a Louise Hammarsten. –Margit bostezó–. Perdón –se disculpó mientras se tapaba la boca con la mano. Eran casi las doce de la noche. Había sido un día largo.

–¿Nos vamos? –preguntó Thomas–. Yo también estoy agotado. Nos vemos mañana a las ocho.

Sandhamn, 1922

Empezó con un simple resfriado. A Thorwald se lo contagió un compañero de la escuela y tuvo que guardar cama unos días. Gottfrid se mofó de la debilidad de su hijo, pero se ablandó al ver que le ardían las mejillas por la fiebre. De los treinta niños que asistían a la escuela, ocho habían caído enfermos. La temperatura en el aula apenas superaba los quince grados y cuando un niño enfermaba, se contagiaban los demás, puesto que todos compartían el mismo espacio.

Después enfermó Kristina. Empezó a toser y pronto le subió la fiebre a cuarenta. Los rizos rubios le caían como mechones sudorosos alrededor de la cara, y la tos agitaba su cuerpecito de forma convulsiva. Tosía hasta vomitar y ni siquiera entonces podía dejar de toser.

Vendela mandó avisar a Gottfrid, que se apresuró a llegar a casa. Sin quitarse el abrigo, corrió al lado de su hija enferma y se arrodilló junto a su cama.

–Cariño mío –susurró–, ¿qué te pasa?

Enviaron recado en busca del médico, pero el hielo hacía imposible que los barcos salieran y no era lo suficientemente resistente como para poder desplazarse sobre él. Estaban a principios de diciembre, a veces helaba y otras veces la temperatura subía por encima de cero. El doctor tardaría varios días en poder llegar a Sandhamn.

¿Qué iban a hacer?

Nunca se podía estar seguro de si se trataba de una neumonía.

Era una de las principales causas de mortandad entre los niños pequeños. Tosían y tosían hasta que la muerte llegaba como una liberación. Muchas familias habían perdido uno, incluso dos hijos, a causa de esa enfermedad.

Vendela coció una gallina e intentó alimentar a Kristina con el caldo, pero la niña no quería tomar nada. Adelgazaba por momentos, con cada hora que pasaba parecía que las muñecas se le volviesen más delgadas y las mejillas más hundidas.

Gottfrid sufría. La tos lo aterrorizaba. Recordaba su infancia, cuando

soñaba con la tos sanguinolenta de su padre y se despertaba angustiado entre sudores fríos, temeroso de contraer él también aquella temida enfermedad. Pasó horas sentado al lado de su hija. Le humedecía la frente con un paño húmedo. El quinqué que había encima de la pequeña cómoda era lo único que alumbraba la habitación amueblada austeramente. La luz era suave, pero no conseguía suavizar las marcadas ojeras bajo los ojos de Kristina ni la terrible palidez de su cara. Cada sorbo de agua que conseguía tragar le suponía un esfuerzo y acababa vomitando la mayor parte del alimento que Gottfrid intentaba darle.

Él tampoco comía ni dormía. El recuerdo de la lucha de su padre contra la muerte no lo abandonaba. Una y otra vez recordaba cómo su padre intentaba inútilmente introducir aire en los pulmones. Aquellos labios morados, los infructuosos esfuerzos para aspirar algo de oxígeno. Se revolvía contra aquellos recuerdos, pero no podía quitárselos de la cabeza, sobre todo al amanecer, que era cuando Kristina se ponía peor. A su hija no le podía aguardar el mismo destino que a su padre.

Vendela se había rendido. Se deslizaba silenciosa por la casa, y Thorwald se mantenía lo más alejado que podía.

El cuarto día, cuando las agujas del reloj se acercaban a las nueve de la noche y Kristina aún seguía con fiebre, Gottfrid no pudo más. Se puso el abrigo y salió. Caía abundante aguanieve y los copos blancos se le deshacían en el pelo. Soplaba el viento del norte habitual en diciembre y el frío se le colaba por el cuello del abrigo.

Por debajo de la escuela de Sandhamn se alzaba la Casa de la Misión, un edificio dedicado al culto construido diez años antes por la comunidad de iglesias libres. La isla aún no tenía iglesia. Las reiteradas solicitudes de los isleños para que les construyeran al menos una capilla no habían obtenido respuesta de las autoridades. Pero las iglesias libres se encargaban de predicar y de dar la catequesis los domingos. Aunque la comunidad solo contaba con una veintena de miembros entre los aproximadamente trescientos habitantes de la isla, eran muchos más los vecinos que participaban en las reuniones. A los talleres de costura asistía bastante gente, igual que a la catequesis de los domingos.

Gottfrid no era una persona religiosa, pero en aquel momento se sintió atraído hacia el edificio blanco de la misma manera que las polillas se sienten atraídas por la luz. Sin pararse a pensarlo, sus pasos lo llevaron hasta la

puerta. Podía oír las voces desde fuera y la cálida luz en el interior de las ventanas le hizo sentirse mejor.

Subió las escaleras y se detuvo en el porche. Dudó unos segundos. Quizá no tuviera nada que buscar allí. Kristina se estaba muriendo, no se podía hacer gran cosa. Dios había decidido quitarle la vida a su pequeña. Pero el agradable murmullo que se oía al otro lado de la puerta era tentador y, en el estado de agotamiento en que se encontraba, estaba dispuesto a probarlo todo.

Abrió la puerta y entró en el calor de la casa.

Vio a un grupo de mujeres con la labor encima de las rodillas. Le sonrieron amablemente, pero con curiosidad. Gottfrid conocía a la mayoría de ellas aunque no solía participar en las actividades de la comunidad. Un hombre con una barba gris salió a su encuentro, y Gottfrid intentó evitar que le temblara la voz al hablarle de su hija enferma.

—¿Hay aquí alguien que pueda ayudarme? Mi pequeña se destroza los pulmones tosiendo. No sé qué hacer.

Nada más terminar de pronunciar aquellas palabras se dio cuenta de lo ciertas que eran. Efectivamente, no sabía qué hacer, pero estaba dispuesto a entregar todos sus bienes materiales a quien pudiera curar a Kristina.

El hombre se dirigió a una mujer que se sentaba en el rincón más alejado de la sala. Llevaba el pelo gris recogido en un moño bajo y tenía las mejillas asombrosamente lisas para tratarse de una mujer que parecía rondar los setenta años. Llevaba una blusa negra y una falda hasta los tobillos.

Intercambiaron unas palabras. Después el hombre de la barba se enderezó y la mujer se levantó y fue a buscar su abrigo.

—La hermana Anna-Greta te acompañará a casa y visitará a tu hija. Si hay alguien que pueda hacer algo, esa es ella.

Fueron juntos hasta la casa de Anna-Greta. Mientras Gottfrid esperaba fuera, ella entró a por un maletín. En el cielo lucía una pálida luna de diciembre y el viento húmedo y cortante procedente del mar, que soplaba a rachas, había amainado un poco. Gottfrid oyó el balido de una cabra que salió de una construcción baja junto a la casa de un vecino. Aún quedaba gente pobre en la isla.

Continuaron hasta la casa de Gottfrid y entraron en el vestíbulo. Vendela

se había quedado dormida en una silla en el cuarto de Kristina. Abrió los ojos inmediatamente y saludó con la cabeza a la visita con un gesto de reconocimiento. Después se levantó aturdida y le dejó el sitio a la mujer.

Kristina yacía inmóvil en la cama. Tenía los ojos cerrados y Gottfrid se quedó petrificado. ¿Era demasiado tarde, precisamente ahora que había encontrado a alguien que quizá podía ayudarle?

Entonces se escuchó una débil respiración entrecortada y luego otra. Aún vivía. Gottfrid lanzó un suspiro de alivio.

–Neumonía –constató Anna-Greta sin mostrar sorpresa–. Tan pequeña y tan enferma. Pobrecita.

–Lleva así varios días –susurró Vendela a sus espaldas.

Anna-Greta se inclinó y auscultó a Kristina. Deslizó los dedos lentamente por el cuerpo de la niña y le examinó con destreza la garganta y los oídos. El delicado tórax apenas se levantaba y le silbaba el pecho cada vez que respiraba. Su piel era transparente y su palidez dejaba al descubierto las venitas que le recorrían las sienes. Parecía una sílfide.

–Neumonía –repitió Anna-Greta–. La sufren muchos niños pequeños en invierno. Pero seguro que la vamos a vencer.

Le acarició la mejilla a la niña y le estiró el edredón. Luego extrajo de su maletín una bolsa cerrada con un cordón negro. Con la bolsa en la mano, se volvió hacia Vendela, que esperaba con gesto impaciente.

–¿Puedes poner agua a hervir? Le vamos a preparar una infusión.

Se echó unos copos secos de color marrón en la palma de la mano y se los mostró a Gottfrid.

–Son hojas de arándanos rojos junto con algunas otras cosas que pueden curarla. Con la ayuda de Dios la sanaremos.

Gottfrid se pasó aquella noche de rodillas junto a su hija. A intervalos regulares, la ayudaba a beber la infusión de color marrón que Anna-Greta había preparado. Le iba entrando despacio, tuvo que sostenerla y actuar con suavidad, pero poco a poco consiguió que se la acabara. Le refrescaba la frente con delicadeza y le susurraba palabras de consuelo. Acariciaba aquella manita en la que el tono azulado de las uñas contrastaba con la piel blanca.

Mientras velaba recitó todas las oraciones que se sabía. AnnaGreta también

había rezado por la curación de la niña antes de despedirse. Le había rogado al Señor que no se la llevara a su lado, sino que mostrara su clemencia.

La fe de sus palabras no le pasó desapercibida a Gottfrid, tampoco la fuerza que transmitían sus oraciones.

Después de la desapacible noche invernal, llegó la mañana y la fiebre bajó. La tos ya no era tan convulsiva y Kristina se había quedado profundamente dormida. Cuando Gottfrid advirtió que su hija volvía a tener una respiración tranquila, se puso a llorar. No lo había hecho desde que era pequeño.

Y le dio gracias a Dios.

Cayó de rodillas al lado de la cama e inclinó la cabeza sobre el borde. En el silencio, solo roto por la respiración de su hija, Gottfrid se sintió lleno de la gracia de Dios. Comprendió que debía dedicar el resto de su vida a servir al Señor para darle las gracias por aquel milagro. La deuda era enorme y la pagaría con alegría y con todas sus fuerzas.

Mientras la oscuridad iba cediendo paso lentamente a la luz del amanecer, Gottfrid fue consciente de que el Todopoderoso había salvado a Kristina para mostrarle a él el buen camino.

Martes, 26 de febrero

Le resultaba imposible conciliar el sueño. Nora llevaba varias horas en la cama totalmente despierta. No podía dejar de pensar en Henrik con la otra. Las imágenes de aquel cuerpo, que conocía tan bien, se cruzaban en su cabeza. Se lo imaginaba haciendo el amor con aquella enfermera, despacio y con deleite, tal y como la había amado a ella durante los primeros años, cuando no podían despegarse el uno del otro. ¿Se dirían las mismas cosas que solían decirse ellos cuando estaban juntos? ¿Lanzaría el mismo suspiro de satisfacción en su oído cuando se acercaba al orgasmo?

Se los imaginaba acurrucados juntitos después, susurrándose al oído cosas acerca de su futuro en común y planes de viajes y excursiones. Cosas que Henrik no volvería a hacer con Nora, sino únicamente con ella.

Se le saltaron las lágrimas de amargura, aunque se despreciaba a sí misma por ser tan débil. Tenía los ojos tan hinchados y la cara tan demacrada que seguro que los niños le harían preguntas al día siguiente. Pero no podía quitarse de la cabeza las imágenes de Henrik con la enfermera. Le repugnaba la idea de que él se hubiera acostado con su amante y luego hubiera vuelto a casa y hubiera compartido la cama con ella.

Lo primero que hizo al llegar a Sandhamn fue cambiar las sábanas. Había puesto unas nuevas y flamantes en las que él nunca había dormido. Y nunca lo haría, faltaría más. Las viejas las había tirado al contenedor de la basura junto con el resto de sus cosas.

Se sentía terriblemente avergonzada. Se consideraba tonta e ingenua por no haberse dado cuenta de nada. Debería haber intuido lo que ocurría a sus espaldas. Él se habría reído de sus sospechas.

Probablemente Henrik pensara que le estaba bien empleado, que era culpa suya que su matrimonio hubiera fracasado.

No habían tenido demasiada vida conyugal durante el otoño. La atmósfera

tenza que reinaba en la casa no había desaparecido en el dormitorio. Aun así no se habían ignorado totalmente. Habían hecho el amor algunas veces y bastante bien. Al menos eso creyó ella. Entonces se había convencido a sí misma de que encontrarían el camino de vuelta a una relación estable. Después de todo, eran una familia.

Cada vez que se le pasaba por la cabeza la idea de la separación, la rechazaba pensando que, al final, todo se arreglaría de alguna manera. Ahora le gustaría no haber sido tan cobarde. Tan miserablemente apocada y cobarde. Debería haber dejado a Henrik el verano pasado. Inmediatamente, cuando le levantó la mano y le pegó una bofetada. No debería haberle permitido acercarse a ella después de aquello.

Fue una estupidez creer que las cosas se arreglarían por sí solas con el tiempo, si ella cedía. Parecía sacado de una novela rosa barata en donde la noble heroína soporta cualquier cosa y obtiene en recompensa el amor eterno y la felicidad. Pero eso solo pasaba en los libros. En la vida real lo único que quedaba era la abrumadora sensación de que la había engañado.

Se dio otra vuelta en la cama tratando de encontrar una postura más cómoda. Le escocían los ojos por el cansancio, pero seguía sin poder conciliar el sueño.

Acudieron a su cabeza los acontecimientos de la mañana.

Lo único que quería era pasar unos días tranquilos, y ahora estaba allí, con dos niños asustados mientras una patrulla de la Policía recorría la isla.

¿Por qué había ocurrido precisamente aquella semana? ¿Acaso no tenía ya suficientes preocupaciones?

Inmediatamente tuvo mala conciencia y recordó a los pobres padres de Lina Rosén. Era una egoísta al pensar de esa manera. Sus hijos estaban vivos. Pero Lina estaba muerta.

Se incorporó y encendió la lámpara. Era inútil tratar de dormir. Cogió un libro y lo abrió. Era una novela policíaca muy galardonada, con elementos sobrenaturales, que se desarrollaba en la isla de Öland. Le gustaba mucho aquel escritor, pero esa noche no había forma de entrar en la historia. Después de un rato, se dio cuenta de que estaba leyendo por tercera vez el mismo párrafo sin enterarse de nada en absoluto.

Quizá un poco de vino la ayudaría a relajarse. Estaba rígida como si un muelle metálico le tensara el cuerpo por dentro. Le dolían los hombros y la

nuca. Pero ya se había bebido casi una botella entera aquella noche, no debía beber más.

Henrik había vuelto a llamar al móvil, pero ella no le había contestado. La sola idea de hablar con él le resultaba repugnante. En lugar de eso, se había tirado en el sofá delante de la tele. En el último telediario hablaron de los sucesos de Sandhamn. Los dos niños estaban ya dormidos y pudo seguir la noticia sin preocuparse de cómo reaccionarían.

El reportaje no añadía nada nuevo, pero Nora comprendió que lo sucedido haría que Henrik se preocupara. Otra razón más por la que no debía quedarse allí con sus hijos.

Dejó caer el libro sobre el edredón y desistió en el intento de dormirse leyendo. Decidió bajar a la cocina y calentarse un poco de leche con miel. El viejo truco de su abuelo materno para conseguir que se durmieran los niños agotados. No tan bueno como el vino, pero sin duda más sano.

Sonrió ligeramente al pensar en su abuelo. Artur Ekman era el prototipo del isleño de toda la vida. Murió cuando ella tenía veinticinco años, y fue entonces cuando heredó la casa. Su abuela había estado ingresada en una clínica la mayor parte de la infancia de Nora. Era diabética, como Nora, y padecía demencia precoz.

Artur había nacido en Sandhamn, justo en aquella casa. Su padre, el bisabuelo de Nora, había sido práctico del puerto, igual que el padre de Signe Brand, y Artur había pasado toda su infancia y su juventud en la isla. No se fue de allí hasta que empezó a trabajar en una compañía naviera en la capital.

Nora se puso la bata e introdujo los pies en las zapatillas grises, ya bastante usadas. La casa estaba completamente en silencio y fuera la oscuridad era total. Ahora se arrepentía de no haber vuelto a la ciudad con los niños. De pronto se sintió sola y expuesta, aunque había cerrado la puerta de la calle con llave. También había dejado la lámpara de la cocina encendida y había comprobado por enésima vez que la puerta de la terraza estaba cerrada.

Se cruzó la bata más pegada al cuerpo y trató de sacudirse el malestar. Era la primera vez que le parecía desagradable estar allí sola con los niños. Normalmente siempre se sentía segura, hubiera o no gente en la isla.

Pero en ese momento nada era como de costumbre.

Cuando bajó a la cocina se alegró de haber dejado la luz encendida. Hacía frío y subió un poco la calefacción. Inconscientemente, echó una ojeada a través de la ventana. Se sobresaltó. Vio una figura a unos cien metros, justo

en el borde del cono de luz de una farola solitaria. Estaba totalmente quieta. Parecía como si aquel hombre o aquella mujer estuviera observando una casa que se encontraba más allá, en dirección a la escuela.

Nora sabía exactamente qué había en esa dirección. Era la casa de Marianne y Anders Rosén. La casa de los padres de la joven asesinada, que estaba completamente a oscuras, sin ni una sola luz de fuera encendida. Sintió un escalofrío.

Eran casi las doce y media, demasiado tarde para dar un paseo. ¿Qué hacía aquella persona mirando fijamente hacia las ventanas de la casa de la familia Rosén?

Instintivamente, dio un paso atrás para que no la viera. Con un movimiento rápido, apagó la lámpara del techo. De pronto, la oscuridad en el interior de la cocina era la misma que en el exterior. Esperó unos minutos sin moverse.

La figura solitaria seguía allí. A Nora le empezaron a castañetear los dientes, no sabía si de frío o de miedo. Entonces vio que el desconocido se daba la vuelta y abandonaba el lugar. ¿Era un hombre o una mujer? Llevaba la cabeza cubierta con una capucha, por lo que era imposible saberlo.

Con los dientes aún castañeteándole, Nora volvió a subir al dormitorio y se cubrió hasta la cabeza con el edredón. Se hizo un ovillo y cerró los ojos.

Había algo espeluznante en la figura solitaria que estaba al acecho allí fuera.

¿Por qué espiaba a la familia Rosén?

Poco después de las ocho de la mañana, Thomas llamó a OskarHenrik Sachsen y este le comunicó que estaban analizando su hallazgo en ese preciso momento. Si se pasaban por allí en un par de horas, podría decirles algo más al respecto.

Habían depositado el trozo de brazo sobre una mesa de metal. Ahora que ya no estaba congelado presentaba un aspecto, si cabe, aún peor. La piel dañada se había acorchado todavía más y despedía un hedor nauseabundo. Alrededor del muñón, por donde el antebrazo había sido separado del resto del cuerpo, la piel se había contraído formando repliegues. El hueso que sobresalía presentaba un color grisáceo y estaba un poco astillado en el extremo.

Sachsen tocó la extremidad descompuesta con unas pinzas de metal.

–Se trata de un antebrazo perteneciente a una persona de sexo femenino, de unos veinte o veinticinco años probablemente.

–¿Cuándo sabremos con certeza si es de Lina Rosén? –preguntó Thomas.

Sachsen sonrió cansado.

–Hemos enviado una muestra de los tejidos para que le hagan una prueba de ADN. Tendremos que esperar. El reloj y la bolsa de plástico los tienen los técnicos.

–Pero ¿tú qué crees? –insistió Thomas.

–Ya sabes que la respuesta puede tardar un tiempo. Tendrás que armarte de paciencia. Hacen lo que pueden.

–Pero ¿qué me puedes decir tú?

El forense señaló con la patilla de las gafas el antebrazo amputado.

–Me inclino a pensar que se ha utilizado un cuchillo.

Separó las piernas y se balanceó ligeramente sobre los tobillos.

–¿Qué tipo de cuchillo? –preguntó Thomas con la mirada aún fija en la mesa.

–Quizá uno de caza. No demasiado grande. –Sachsen utilizó las pinzas para girar un poco el muñón.

–¿Veis este reborde?

Thomas y Margit asintieron a la vez.

–Es el corte típico de un cuchillo. Una sierra o un hacha habrían dejado marcas totalmente distintas.

–¿Un cuchillo? –intervino Margit–. ¿Y adónde nos conduce eso?

–En las islas hay mucha gente que lleva cuchillo –afirmó Thomas–. Sobre todo los que viven allí todo el año y se dedican a la caza o a la pesca. Siempre hay algo que cortar.

–El brazo fue separado del cuerpo después de que se produjera la muerte –continuó Sachsen, que hizo caso omiso del comentario de Thomas acerca de los isleños–. La circulación de la sangre cesó antes de que el brazo fuera amputado del cuerpo.

–¿Cuánto tiempo pudo transcurrir entre ambos hechos?

–No mucho, yo diría que, a lo sumo, unas horas. Parece que el *rigor mortis* aún no se había generalizado.

Thomas observó la sección del brazo que tenían delante, sin poder detectar nada especial que apoyara la declaración de Sachsen. Pero él era el experto.

Ahora sabían que, con toda probabilidad, Lina Rosén estaba muerta. La posibilidad de que el brazo perteneciera a otra mujer joven era muy remota, más sabiendo que los Rosén habían reconocido el reloj. Dentro de unas semanas sabrían con seguridad si el ADN de las muestras coincidía con el de los cabellos que habían recogido en noviembre del cepillo de Lina Rosén.

–¿Estás totalmente convencido de que estaba muerta cuando le cortaron el brazo? –insistió Thomas.

Sachsen asintió con la cabeza.

Thomas se sintió aliviado, pese al hecho de que esa información significaba que la chica no estaba viva y que ellos debían comunicárselo a los Rosén. Sabía por experiencia que la incertidumbre consumía a los padres. Al menos, ahora tendrían una respuesta.

–Supongo que no puedes decir nada sobre la causa de su muerte –dijo.

–No, sin analizar otras partes del cuerpo es imposible. Pudo morir ahogada, estrangulada o recibir un disparo en la cabeza, es imposible saberlo. El asesino, sin duda, también pudo emplear otras herramientas para trocear el resto del cuerpo. ¿No habéis encontrado nada más?

Thomas negó con la cabeza. La búsqueda había comenzado esa misma

mañana, tan pronto como se hizo de día, pero hasta el momento había sido infructuosa.

–Tenemos guías con perros policía especializados en la búsqueda de cadáveres, pero es muy difícil con este tiempo. Las partes pueden estar enterradas en cualquier sitio bajo la capa de nieve. En el peor de los casos, el deshielo tardará varios meses y solo entonces podremos rastrear la isla como es debido.

–Esos perros son asombrosamente buenos, pero la nieve no deja traspasar los olores –añadió Margit.

–¿Cuánto tiempo crees que llevaba el brazo dentro del hoyo? –preguntó Thomas.

–Es difícil de precisar, pero alrededor de un par de meses. El frío me impide ser más exacto. Con un poco más de tiempo os lo podré confirmar.

–¿Qué sabemos acerca de los descuartizadores? –preguntó Margit cambiando de tema de forma abrupta.

–*Rara avis* –contestó Sachsen–. Solo he visto algún caso aislado desde que estoy en este departamento.

Thomas se inclinó sobre la mesa y estudió la superficie de los cortes mientras iba asimilando las observaciones de Sachsen. El forense tenía razón, los descuartizadores no eran particularmente frecuentes en Suecia.

–Se necesita bastante fuerza para hacer algo así –dijo.

–Es de suponer –admitió Sachsen.

–¿Quiere decir eso que se trata de un hombre? –Margit le dirigió una mirada interrogativa–. Es decir, ¿una mujer podría tener la capacidad física para seccionar huesos y músculos de esa manera?

–No lo creo, pero no me atrevería a asegurarlo. Es probable que también haya mujeres que podrían hacerlo –dijo, a la vez que miraba con atención los brazos delgados pero fibrosos de Margit–. Sin embargo, yo personalmente apostaría por un asesino. Para descuartizar un cuerpo se precisa cierta fuerza, eso es innegable.

–¿Es obra de alguien que sabía lo que se hacía? –preguntó Margit.

–Ese es un tema interesante –dijo Sachsen, y se acarició la barbilla–. No tenemos muchos indicios en los que basarnos; de todos modos, el corte no es que sea muy limpio.

–¿Limpio?

–Sí, realizado con profesionalidad –aclaró el forense–. Solo son

especulaciones, pero es más propio de un cazador que de un cirujano. Esa es mi opinión.

–¿Sería posible identificar el arma del crimen comparando el filo del cuchillo con los bordes de la sección? –quiso saber Thomas.

Sachsen asintió.

–Sí, sería factible. –Se quitó las gafas y se las volvió a poner mientras reflexionaba–. Pero eso requeriría que el corte se hubiese producido en el tejido óseo, preferiblemente en el cráneo o en algún hueso grande de la espalda o de la pierna. Los tejidos blandos no sirven, ahí las marcas no se conservan.

Dirigió la mirada al extremo del hueso que sobresalía de la masa de piel grisácea.

–Si encontraseis otra parte del cuerpo, indudablemente nos facilitaría mucho la investigación –repitió–. Podríamos precisar la causa de la muerte.

–Créeme, vamos a hacer todo lo posible –aseguró Thomas.

–No podemos confiscar todos los cuchillos que hay en Sandhamn –comentó Margit en tono irónico.

–Lo más probable es que justamente ese cuchillo que estamos buscando haya sido lanzado al mar hace mucho tiempo –dijo Thomas–. Las posibilidades de que el asesino lo haya conservado son bastante remotas.

Margit pasó por alto el comentario y tocó con los dedos las pinzas que había utilizado Sachsen. Sus extremos puntiagudos apuntaban a la parte seccionada del antebrazo.

–¿Puedes confirmarnos algún detalle más antes de marcharnos? –preguntó finalmente.

Sachsen negó con la cabeza.

–De momento, no. Os mantendré informados si averiguo algo más.

–¿Cuándo podrás mandarnos el informe de la autopsia?

–Os lo enviaré por correo electrónico tan pronto como esté listo. Tengo que hacer algunos análisis más.

–Sería genial que nos lo enviaras lo antes posible.

La mirada de Sachsen les dio a entender que lo comprendía.

Sandhamn, 1923

Olle, el tío de Gottfrid, vivía en una casita roja no muy lejos de ellos, justo al lado de Mangelbacken. La casa tenía una sola habitación, con una gran cocina de hierro que servía de fuente de calor a la casa. A lo largo de una pared había una cama y junto a la ventana una vieja mesa con varias sillas.

El tío tenía cerca de setenta años, estaba viudo, cansado y con el cuerpo entumecido. Padecía reuma por el frío y la humedad de tantos años trajinando con las redes. Aquellos puños grandes se habían torcido y doblado, y por las mañanas le costaba abrir los dedos. Había tenido que dejar de recoger bayas y setas, pero desde luego aún sabía dónde salir a pescar para conseguir el mejor botín. Con un solo espinel lograba pescar tanto merluza como platija y, a veces, hasta picaba una buena anguila.

De vez en cuando, Gottfrid le pasaba algo de dinero, pero el tío solía vivir con sencillez y sin extravagancias. El pequeño huerto que tenía en la parte trasera de la casa le proporcionaba patatas, de manera que podía ir tirando. Les compraba la leche agria a unos isleños de Harö que venían remando con sus lecheras y la vendían a treinta céntimos el litro.

A Thorwald le gustaba visitar a su tío abuelo, y a Olle se le iluminaba la cara tan pronto como veía aparecer al niño por la puerta. Solían sentarse en un viejo banco de madera que el tío había tallado de un tronco de madera flotante. Podían pasarse horas allí, mientras el anciano le hablaba de los viejos tiempos.

Tenía muy buena memoria y una ristra de anécdotas que contar. Cargaba su pipa despacio y se apoyaba contra la pared. Luego se ponía a hablar mientras Thorwald lo escuchaba con devoción. Al tío le gustaba recordar especialmente la pesca del arenque a principios de otoño, para la que se usaban redes especiales de malla fina hechas de lino. El botín perseguido eran los pequeños pero exquisitos arenques tiernos, que se salaban antes de acabar en la mesa entre una gran expectación. También le gustaba relatarle a Thorwald historias de pescadores que salían a faenar y eran sorprendidos por

una tormenta que hacía añicos el velamen, y tanto el barco como la tripulación acababan en el fondo del mar.

Una vez asustó de veras al chico. Fue cuando le contó que a un inspector de Aduanas le cortaron las dos manos durante un registro. El tío Olle juró que la víctima de tan cruel destino era pariente suyo. El inspector tenía que abordar un bergantín francés sospechoso de ser utilizado para el contrabando. Era un día tormentoso de mucho viento cuando el barco aduanero dejó atrás el puerto y, con todo el coraje del mundo, salieron al encuentro del bergantín. Cuando por fin se pusieron al lado del dudoso barco, el inspector se lanzó y consiguió por los pelos agarrarse a la borda del otro barco. Justo en el momento en el que estaba a punto de subir a bordo, el capitán del barco se situó ante él y levantó una gran hacha. De un solo golpe le cortó al inspector las dos manos. El pobre hombre cayó al mar y se ahogó, mientras que el contrabandista se escapó.

Thorwald soñó muchas noches con manos amputadas y sangrientas que intentaban agarrarlo. Se despertaba sudoroso y jadeante, hasta que finalmente se daba cuenta de que todo había sido una pesadilla.

Pero eso no le impedía que siguiera pidiendo nuevas historias.

Thorwald era bienvenido en casa del tío Olle. A pesar de su pobreza, siempre invitaba al chico a un panecillo o a un bocadillo.

—¿Es que no te dan de comer en casa? —le preguntaba a veces con gesto preocupado al ver que devoraba lo que le pusiera por delante—. ¿No tiene tu madre comida para darte?

El chico negaba con la cabeza, tan ocupado estaba en masticar que no le daba tiempo a hablar.

A veces Thorwald se daba cuenta de que la mirada de su tío se fijaba en los moretones de sus mejillas o sus brazos. Pero el anciano nunca le preguntaba cómo se los había hecho, solo meneaba la cabeza y murmuraba algo para sí mismo.

A menudo le daba a Thorwald una palmada cariñosa en la mejilla antes de sentarse a la desvencijada mesa para comer.

Thorwald se preguntaba siempre por qué su padre nunca lo acariciaba de esa forma.

La discreta llamada apenas resultó audible. Cuando se repitió, un poco más fuerte esta vez, el ruido penetró en la consciencia de Marianne Rosén.

Estaba acostada en el sofá claro del salón con una mantita sobre las piernas. Era evidente que se había quedado traspuesta, pese a que apenas se atrevía a dormir por miedo a que la Policía llegara para comunicarle algo sobre su hija desaparecida.

Buscó a Anders con la mirada. No estaba allí. Tal vez se había vuelto al dormitorio para acostarse. La noche anterior ninguno de los dos había dormido más de unos pocos minutos seguidos. Habían permanecido acostados el uno al lado del otro, y ella sabía que él tampoco había pegado ojo en toda la noche.

Volvieron a llamar.

Aún medio dormida, salió hasta el vestíbulo y abrió la puerta. El aire helado le golpeó la cara como un puñetazo, cortándole la respiración. El frío la despertó por completo, aunque tardó unos segundos en reconocer a la figura, abrigada hasta las cejas, que esperaba en las escaleras.

—¿Ingrid? ¿Qué haces aquí?

—Perdón, no quería molestar. —Ingrid Österman bajó la mirada—. ¿Puedo pasar?

Su voz era suave y quedaba casi ahogada por el viento. La bufanda, subida hasta la nariz, amortiguaba las palabras.

Marianne la observó indecisa. Ingrid estaba casada con su primo y vivía en una de las casas más pequeñas del pueblo, cerca de la capilla. No lo había tenido fácil los últimos años. Su marido se quedó en el paro cuando la Administración de la Marina redujo la plantilla, y poco después perdió a su único hijo en un trágico accidente de barco.

En medio de su propia pena, Marianne se compadeció de ella.

—Pasa.

Marianne se apartó para que pudiera entrar. Ingrid se aflojó la bufanda y se guardó el gorro en el bolsillo.

–¿Preparo un poco de café? –le propuso Marianne.

La pregunta le salió sin pensar y la sorprendió. Se quedó asombrada de poder actuar con tanta normalidad en aquellas circunstancias. Anders había tratado de convencerla para que abandonaran la isla y volvieran a la ciudad, pero ella era incapaz de marcharse de allí. Al menos mientras la Policía estuviera buscando a su querida Lina.

Ingrid asintió, le apetecía un café. Se desabrochó la cazadora y la colgó. Sin decir ni una palabra, acompañó a Marianne hasta la cocina y se sentó junto a la mesa. Continuó en silencio, pero siguió con la mirada los movimientos de Marianne, que puso el hervidor de agua y sacó un par de tazas. Cuando el agua hirvió, llenó las dos tazas y las llevó a la mesa. Luego le ofreció a Ingrid el frasco de café instantáneo y después se sirvió ella, añadiendo dos terrones de azúcar.

Ingrid aún no había dicho nada. Estaba despeinada y los mechones grises le cubrían parcialmente la cara. Evitaba mirar a Marianne.

–¿Qué tal lo llevas? –dijo finalmente Marianne, mientras daba vueltas a la cucharilla para disolver el azúcar; se levantó a buscar la leche.

Estaba tan inquieta que le costaba permanecer sentada. Se negaba a creer que Lina estuviera muerta. Estaba viva y pronto la encontrarían, solo era una cuestión de tiempo. Si Lina estuviera muerta, ella lo habría sabido. Se podía vivir sin un brazo, lo sabía.

Ingrid alcanzó la taza. Le temblaba la mano. Abrió la boca pretendiendo decir algo, pero luego la cerró. Volvió a intentarlo.

–Quería darte el pésame –dijo–. Sé lo que es perder a un hijo. Sé cuánto duele. Me gustaría poder hacer algo por ti.

De pronto, la compasión de Marianne se convirtió en ira. Sus ojos echaban llamas.

–Yo no he perdido a ningún hijo –estalló. Las palabras de Ingrid eran indignantes. No se encontraban en absoluto en la misma situación. El hijo de Ingrid se había ahogado, pero su hija aún vivía–. Lina no está muerta. Si fuera así, lo intuiría. Soy su madre. No está muerta, ¿lo entiendes?

–Lo siento. No era mi intención. Solo quería... –la voz de Ingrid se desvaneció, pero el pavor en su mirada se hizo más patente.

Marianne perdió los nervios. ¿Cómo se atrevía aquella mujer a decir que Lina estaba muerta? Aún había esperanza.

–Vete.

Ingrid miró aterrada a Marianne. Se había puesto de pie y señalaba la puerta de la calle. Con los nervios, volcó la taza de café, que cayó al suelo y se rompió.

–Fuera de aquí. Lárgate. No quiero oír tus mentiras.

Ingrid Österman palideció aún más y se le llenaron los ojos de lágrimas.

–No debería haber venido –susurró. Se levantó de la silla y se apresuró hacia la puerta–. Perdóname, perdóname.

Se echó por encima la cazadora y desapareció en medio del frío. El viento cerró la puerta de la calle con un portazo.

–Mi hija no está muerta –repitió Marianne para sí misma–, ¿lo oyes? Mi hija no está muerta.

Thomas se sentía inquieto ante el encuentro con Pernilla esa tarde, pero trataba de concentrarse en otras cosas. A decir verdad, había pensado en llamarla con alguna excusa, pero al final no lo hizo. Tenía que ser capaz de superarlo y encontrarse con ella. Parecía absurdo echarse atrás solo unas horas antes de la cita que habían acordado.

Sentía la inquietud en el estómago. Le echaba la culpa a la hamburguesa grasienta que se había tomado al volver del Departamento de Medicina Forense y se prometió no comer tanta comida rápida durante el resto de la semana. Como si eso importara, pensó con una mueca.

Sus colegas ya estaban sentados en la sala de reuniones cuando entró. Margit, enfrente de Erik Blom y de Kalle Lidwall, y el Viejo, en la cabecera de la mesa. Karin Ek se encontraba a su lado con bloc de notas y bolígrafo en mano. Era una mujer diligente y enseguida había encontrado su sitio dentro del grupo.

Thomas saludó con la cabeza a algunos de los policías de la brigada de investigación. Habían tenido que pedir más personal para poder dar abasto. Una decena de policías uniformados se encontraban en esos momentos en Sandhamn buscando lo que faltaba del cuerpo en el suelo helado.

El Viejo ya había recibido el informe del forense, pero el resto del grupo aún no sabía nada. Thomas resumió las conclusiones de Sachsen.

–Es muy probable que la joven esté muerta –concluyó–, aunque no tenemos el análisis de ADN. Hay que informar a la familia de que trabajamos con esa hipótesis.

–Tendréis que hacerlo tan pronto como lleguéis a Sandhamn –dijo el Viejo.

Thomas hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

–Pobre gente –susurró Margit, que era madre de dos hijas adolescentes.

–¿Qué habéis sacado de los testimonios de los vecinos? –preguntó el Viejo.

–No mucho –respondió Erik Blom–. Nada relevante. –Erik acababa de

regresar de una semana de esquí en los Alpes y estaba bronceado y descansado. Al lado de sus colegas, cansados, pálidos, ojerosos, parecía descaradamente en forma.

El Viejo carraspeó.

–Tenemos que volver a preguntarnos por qué querría alguien acabar con la vida de Lina Rosén –dijo.

Thomas asintió. Ya se plantearon esa cuestión durante la investigación del pasado otoño. No pudieron hallar entonces ningún motivo claro que hiciera pensar que la joven podría haber sido secuestrada o asesinada. Esa fue otra de las razones por las que se conformaron con la hipótesis del suicidio.

–Hemos examinado su ordenador otra vez –explicó Kalle Lidwall.

Era el más joven de la sala y no solía hacer mucho ruido. Desde que Carina se fue, se había convertido extraoficialmente en el experto en informática del grupo. Era lo suficientemente joven como para haber crecido con las posibilidades que ofrece internet, las redes sociales y todo eso, pero también había tenido tiempo de experimentar lo que era el mundo real. Posiblemente, era uno de esos policías que suplía la falta de agudeza intelectual con diligencia, lo que bien mirado era un requisito muy valioso para el trabajo de investigación, especialmente cuando le adjudicaban una tarea concreta.

–No hemos hallado nada nuevo en sus correos, pero navegué un poco por sus páginas favoritas y descubrí una web que se me pasó por alto la otra vez. Un foro anónimo.

–¿De qué se trata? –preguntó Thomas.

–De un grupo bastante extraño, interesado en la mitología nórdica. Encontré todo tipo de símbolos y expresiones raras.

–¿Podría tratarse de algún ritual? –lo interrumpió Erik–. ¿Una ofrenda de sangre hecha por un loco?

–Eso fue lo primero que pensé –afirmó Kalle. Se pasó la mano por el pelo de color castaño claro. Lo llevaba tan corto que recordaba a un marine de Estados Unidos.

Erik hojeó sus notas.

–A propósito, ¿no se incendió un cobertizo en Sandhamn el mismo fin de semana que desapareció la chica?

–Es cierto –recordó Thomas.

Los voluntarios del cuerpo de bomberos de la isla les comunicaron que un cobertizo había ardido en el sur de la isla. Registraron el lugar

minuciosamente, pero fue imposible relacionar el fuego con la desaparición de Lina Rosén. No obstante, era evidente que el fuego había sido provocado. Se hallaron restos de gasolina y de otro líquido inflamable; de la pequeña construcción solo quedaron las cenizas. Y al final, el incidente acabó como una travesura de chiquillos, aunque de las peligrosas.

–Fuego y sangre –dijo el Viejo lentamente–. Una combinación clásica para las mentes enfermas. Quizá deberíamos investigar un poco más a fondo ese asunto.

Thomas reflexionó. ¿Había en Sandhamn seguidores de la religión ancestral Ásatrú que estuvieran dispuestos a llegar hasta el extremo de hacer ofrendas de sangre?

Solo eran ciento veinte las personas con residencia permanente en la isla. Se conocían todos. ¿Era posible que un secreto así pasara desapercibido? O tal vez se tratase de todo lo contrario, se corrigió Thomas. En una sociedad aislada podían suceder las cosas más extrañas y terribles a puerta cerrada. ¿Qué sabía uno de sus vecinos en realidad?

El verano anterior Thomas había participado en la investigación de un asesinato. Oscar Juliander, vicepresidente del Real Club de Vela de Sandhamn, fue brutalmente tiroteado durante la inauguración de las regatas de Gotland. Muy pronto se demostró que el conocido abogado era un mentiroso compulsivo que había engañado a su esposa y aceptado sobornos millonarios. Cuando por fin se descubrió la verdad, fue un mazazo tanto para la familia como para sus vecinos.

–Me parece que debemos seguir esa pista, a pesar de todo – respondió Thomas–. Kalle, busca cualquier cosa relacionada con ritos de sangre. Rastrea especialmente lo que tenga algún vínculo con las islas.

En ese momento llamaron a la puerta.

–Le he pedido a una persona muy especial que viniera hoy aquí –aclaró el Viejo–. Es un analista, un experto del GPM. He hablado con ellos para que participen en el caso.

Pronunció la palabra *caso* a la manera americana y a Thomas le sorprendió. El Viejo no solía ser muy partidario de incorporar personas nuevas a una investigación en marcha. Su oposición a involucrar a la Jefatura Central de la Policía Criminal era de sobra conocida. Pero parecía una buena idea consultar a alguien del GPM. La mente de este asesino era poco habitual.

–¿Qué es el GPM? –preguntó Karin Ek.

El Viejo lanzó un suspiro, y Thomas le dedicó una mirada de comprensión. Era mejor preguntar las cosas que uno no entendía que quedarse callado sin enterarse. Karin era una buena agente.

–El Grupo de Perfiles Mentales de los asesinos –aclaró el Viejo–. Se trata de un grupo de la Policía Criminal que trabaja con los perfiles psicológicos; es decir, trata de elaborar un perfil de la personalidad del asesino.

Se abrió la puerta de la sala y entró un hombre de cabello corto y gris. Llevaba una taza de café en la mano. Las canas le hacían parecer mayor, pero Thomas pensó que sería más o menos de su edad. Vestía una chaqueta azul de *tweed* y pantalones vaqueros, y era sorprendentemente bajo.

–Os presento a Mats Larsson –añadió el Viejo.

El hombre del GPM dio una vuelta entera a la mesa para estrecharles la mano uno a uno. Resultaba evidente que era un observador avezado, porque posó unos segundos su mirada penetrante en cada uno de ellos mientras los saludaba. El apretón de manos era firme y tenía la piel de la palma áspera, constató Thomas. El experto en perfiles era una persona que infundía confianza.

El Viejo le indicó una silla vacía y Mats Larsson se sentó.

–Mats y sus colegas han recibido parte del material de la investigación abierta el pasado otoño y han sido informados de lo que ha sucedido estos últimos días. Es psiquiatra y tiene una sólida experiencia en elaborar perfiles de asesinos. Además, se ha formado en la academia del FBI en Quantico, Virginia. Creo que tanto él como el resto del grupo nos serán de gran ayuda en el trabajo de investigación.

El Viejo recorrió la sala con la mirada.

–¿Alguna pregunta?

Nadie dijo nada, pero el silencio estaba cargado de expectación. Todas las miradas se dirigían a Mats Larsson, que sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se sonó. Después se quitó las gafas y empezó a hablar.

–Para empezar, quiero hacer hincapié en que la elaboración de perfiles no es una ciencia exacta. La Policía sueca lleva poco tiempo trabajando en el tema. Antes se consideraban una mera superstición. –Sonrió haciendo una mueca–. Naturalmente, hay muchos que aún lo siguen pensando.

Nadie le replicó y Mats Larsson continuó:

–Los que trabajamos en el GPM no vamos a decirnos qué persona concreta ha cometido un delito, pero creemos que podemos ser de mucha utilidad en la

investigación. Espero que nuestra colaboración ayude a encontrar cuanto antes al asesino.

–¿Cómo? –preguntó Karin Ek.

Al parecer a Mats no le sorprendió la pregunta.

–Vamos a realizar un perfil que sirva de apoyo en el trabajo de búsqueda. Espero que eso facilite estrechar el círculo. En estos momentos estáis buscando a tientas, si hemos de ser sinceros.

Thomas tuvo que reconocer que no le faltaba razón. Aunque, para ser exactos, el espacio geográfico sí que estaba delimitado. De todas formas, el asesino podría no ser de Sandhamn.

–Bienvenido –le dijo de manera espontánea a Mats Larsson–. ¿Habéis llegado ya a algo? ¿Con qué clase de enfermo mental nos enfrentamos?

El hombre de pelo gris miró fijamente a Thomas.

–Es cierto que se trata de una o varias personas que no están en su sano juicio. En cualquier caso, no son lo que consideraríamos personas normales. Lo que debemos preguntarnos es qué puede haber desencadenado su actuación justo en esa ocasión y de esa manera.

–Supongo que sabes que el asesino ha utilizado un cuchillo para descuartizar el cuerpo –dijo Thomas.

–Sí. El cuchillo es la mejor herramienta para realizar un descuartizamiento, a excepción, posiblemente, de una sierra circular. Y el hacha es la peor. – Mats Larsson paró de hablar para beber un sorbo de café–. Hay unos veinticinco descuartizadores condenados en Suecia en las últimas décadas. En todos los casos conocían a sus víctimas. El descuartizamiento más célebre en nuestro país, que aún no ha sido resuelto, es el de la prostituta Catrine da Costa, de quien se aseguró que había sido asesinada y descuartizada con bisturís, entre otros utensilios.

–Fue horroroso –comentó Karin Ek con un gesto de desagrado.

Mats Larsson asintió con la cabeza.

–Últimamente ha habido un par de casos que han llamado mucho la atención. Uno es el de la joven de dieciocho años de Lycksele, a la que encontraron estrangulada y troceada. El otro fue el de un hombre que mató y descuartizó a su novia cuando se quiso separar y llevarse a su hijo a Finlandia.

–Conozco el caso –dijo Erik–. Me tocó recabar información puerta a puerta

cuando se inició la búsqueda de la chica. Yo acababa de salir de la Escuela Superior de Policía.

–¿Ah, sí? –dijo Mats Larsson, y tomó otro sorbo de café–. Las razones por las que un asesino descuartiza a su víctima después de matarla varían, pero no tienen por qué ser tan terribles como parecen.

Sus sorprendentes palabras captaron la atención de todos.

–En primer lugar, un descuartizador se caracteriza porque conoce la técnica, es una persona que sabe cómo hacer las cosas. En segundo lugar, el descuartizamiento casi siempre se realiza para ocultar el delito. Por lo tanto, no suele tratarse de ensañamiento o de una irrefrenable necesidad de venganza. Todo lo contrario, hay una lógica, si bien retorcida, en la actuación del asesino. Se precisa limpiar los restos, y el descuartizamiento es la manera más racional de hacerlo.

–¿Quieres decir que el asesino tiene que saber hacerlo? –preguntó Kalle.

–Exactamente. Las profesiones específicas pueden ser la de matarife o la de médico, alguien que conoce bien el cuerpo y sabe cómo cortar para atravesar los tejidos de la mejor manera.

–¿Y un cazador? –intervino Thomas recordando las palabras de Sachsen.

–También es posible. Un cazador sabe cómo despiezar un animal muerto.

–Además, un cazador normalmente lleva cuchillo.

–Sí, eso es cierto.

–Hay muchos cazadores en las islas –apuntó Thomas–. Se dedican sobre todo a la caza menor y a las aves marinas, pero en las islas grandes se cazan alces. Y a veces, corzos.

–O sea, que un cazador experimentado podría ser el asesino –concluyó Margit–. Deberíamos averiguar quiénes, de entre los habitantes de Sandhamn y de las islas cercanas, tienen licencia de caza. Erik, ¿puedes ocuparte de ello? –Lanzó una mirada a Erik Blom y este hizo una anotación en su bloc.

El razonamiento de Mats Larsson era fácil de comprender, pensó Thomas. Tenía una pregunta en la punta de la lengua.

–¿Se trata de una actuación aislada o piensas que el asesino puede cometer nuevos delitos?

–Una pregunta muy interesante. El problema es que no tengo respuesta.

–¿Por qué no? –preguntó Margit con impaciencia. Mats Larsson se pensó la contestación.

–Porque hay demasiadas cuestiones de las que no sabemos nada en estos

momentos. Por ejemplo, ¿cuál fue el móvil? En realidad, no sabemos si hubo intención de matar a la chica o si su muerte fue resultado de algo que hizo que el asunto se le escapase de las manos. También ignoramos si el objeto del descuartizamiento fue ocultar el cadáver o si era el objetivo principal, aunque yo me inclino por lo primero. –Extendió las manos en dirección a Thomas–. Por eso, en este estadio, no puedo contestar a tu pregunta. Lo siento.

–Lo entiendo.

No estaba sorprendido, pero había esperado otra cosa. La muerte de Lina ya era desgracia suficiente. Otro asesinato sería impensable.

Sandhamn, 1924

A partir de 1880, la burguesía comenzó a edificar espléndidas villas de veraneo fuera del pueblo, más allá de Dansberget, como la del mayorista Lindgren o el palacete de la familia Rådberg. A su lado se levantaba una casa magnífica que, en ocasiones, alquilaba el pintor Bruno Liljefors, y Möllersvärd, el director del periódico, tenía una casita en el centro de Dansberget, donde sus bellas hijas, a las que cortejaban montones de jóvenes, armaban juergas sonadas.

En verano se oía el eco de las risas en los jardines. La vida social era intensa, con invitaciones informales a café y pastas y comidas alegres. Los gobernadores de la comarca y los alcaldes se relacionaban con los acaudalados empresarios que acudían a las islas atraídos por su ambiente apacible. Reinaba la hospitalidad entre los vecinos y todos disfrutaban del estilo informal que caracterizaba la vida de los isleños, deliciosamente sencilla en comparación con la rígida etiqueta que imponía la capital.

No se reparaba en gastos para conseguir que la vida en el archipiélago fuera igual de comfortable que en los amplios pisos de Estocolmo. A veces construían una casita en el terreno como vivienda para el ama de llaves, el jardinero y la cocinera. Allí se guardaban también las redes y otros aparejos.

Con enorme tristeza, cuando la temporada de verano tocaba a su fin y se acercaba el momento de tomar el vapor que los llevaría de vuelta a la ciudad, todos recogían sus pertenencias y cerraban sus viviendas. Una última comida en el barco y el verano se había terminado. Habrían de pasar muchos meses hasta la próxima estancia en la isla.

Para los habitantes de Sandhamn, todo volvía a la normalidad cuando los veraneantes desaparecían. Septiembre era un mes lluvioso y frío. Las hojas de los árboles cambiaban de color asombrosamente rápido. En unas pocas semanas, pasaban del verde frondoso al amarillo y luego al rojo.

Después llegaban las tormentas del otoño, que dejaban tras de sí árboles desnudos, con las ramas peladas y picudas. Las callejuelas se llenaban de charcos que salpicaban a los transeúntes. Los dobladillos de las faldas de las mujeres se ponían tiesos a causa de la suciedad y los hombres llevaban los pantalones con salpicaduras grises hasta las rodillas.

Thorwald pasaba la mayor parte de las tardes recogiendo arándanos o sacando patatas del huerto. Recolectar patatas era un trabajo sucio, y se quedaba helado al cavar el terreno empapado de agua en busca de tubérculos.

Aquel día había niebla y lloviznaba. La idea de volver a casa después de la escuela le provocaba un enorme fastidio. Sabía las tareas que le aguardaban.

–Nadie ha recogido las manzanas en la casa de la doctora Widerström – dijo Arvid Black, uno de sus compañeros de clase que vivía en una casa blanca cerca de Fläskberget.

Arvid tenía cuatro hermanos mayores y una hermana más pequeña. No había estrenado una prenda nueva en toda su vida y pasaba hambre durante el día porque la comida que le preparaba su madre casi nunca era suficiente.

–Nadie se ocupa de las manzanas de la señora Widerström –repitió.

–Ajá. –Thorwald dio una patada a una piedra mientras se preguntaba cómo podría librarse de recoger las patatas.

–Sus manzanas son las mejores de la isla. Ella no ha vuelto desde agosto y no parece que vaya a venir antes de primavera.

Arvid miró intencionadamente a Thorwald, que estaba parado en mitad de la calle.

–Eso es robar.

–Venga, no es robar. Solo las recogeremos. De todas formas se están cayendo. Es una pena dejar que el fruto se eche a perder, lo dice la Biblia.

Thorwald desconfió. Él sabía exactamente qué decía el mandamiento, y podía oír perfectamente lo que diría su padre si se enteraba de que había cogido algo que pertenecía a otra persona.

Pero estaba hambriento y harto de desenterrar patatas. Además, Arvid tenía razón: la doctora Widerström no solía ir a la isla en invierno. Se marchaba a Estocolmo como el resto de los veraneantes. Cuando estaba en la isla, se pasaba los días ocupada en el jardín. Una vez que Thorwald le hizo un recado le regaló unas fresas, las mejores fresas que había probado en su vida. Grandes y rojas, olían a verano. Seguro que sus manzanas estaban igual de buenas.

La imagen de su padre volvió a aparecer en su mente.

–Me tengo que ir a casa –dijo vacilante, al mismo tiempo que dibujaba un círculo con el zapato en la arena húmeda.

–Venga, vamos. Podemos ir solo a echar un vistazo.

–¿Y si nos ve alguien?

Arvid no le oyó. Caminaba ya en dirección a Sandfälten. Thorwald seguía dudando. Pero ¿cómo iba a enterarse su padre?

Se decidió a ir. No pasaba nada por mirar. Además, él no tenía por qué recoger nada.

Cuando llegaron, en el jardín no había nadie. Las flores hacía tiempo que se habían marchitado, pero aún se apreciaban los cuidados que su dueña les dispensaba en el verano. Los arriates, bien arreglados, conducían desde la verja hasta la casa y en el pequeño estanque flotaban aún las hojas amarillentas de los nenúfares. El sendero de guijarros estaba tan primorosamente rastrillado que Thorwald pensó por un momento que la doctora Widerström se encontraba en la isla.

Pero al acercarse a la casa pintada de color amarillo comprobó que las cortinas estaban echadas y que habían recogido los muebles del jardín. Thorwald pegó la cara a los cristales de la ventana y, a través de una rendija de la cortina, vio que todos los muebles del interior estaban cubiertos con sábanas blancas. La casa estaba recogida para el invierno y parecía cerrada a cal y canto.

Delante del edificio crecían dos manzanos. Al ver aquellos árboles cargados de manzanas grandes de color rojo y amarillo se le hizo la boca agua. En el suelo ya había gran cantidad de fruta caída. Era el momento de coger el resto, eso saltaba a la vista.

En el jardín de su casa tenían unas variedades de manzanas totalmente distintas, harinosas y amarillas, con las que Vendela preparaba compota, y unas pequeñas de color verde rojizo que guardaban envueltas en papel de periódico para que aguantaran todo el invierno. Sus manzanos, de ramas nudosas, hacía mucho tiempo que los habían plantado. Eran árboles para el consumo, no para proporcionar alegría a su dueña como los de la doctora Widerström.

Thorwald podía imaginarse lo ricas que debían de estar aquellas manzanas tan hermosas.

Echó un vistazo a su alrededor y no vio a nadie. Estaban completamente

solos. Arvid lo advirtió.

–Nadie tiene por qué enterarse. Ven.

Tiró la cartera al suelo húmedo y agarró una rama. Se encaramó y se sentó en ella, con las piernas colgando a ambos lados de la rama. Eligió con parsimonia una hermosa manzana y le dio un mordisco.

Su disfrute era evidente.

–Atrápala.

Una manzana voló por los aires. Y luego otra. Comieron hasta que les dolió la barriga. El jugo de la fruta les corría por las comisuras de los labios y algunos trozos de piel habían quedado pegados a la ropa. Cuando se sintieron incapaces de ingerir más, se bajaron del árbol y se tumbaron felices y satisfechos en una esquina del jardín a descansar como gatos orondos mientras hacían la digestión.

Desde aquel día, entrar a hurtadillas en el jardín de la doctora Widerström se convirtió en una costumbre. Durante media hora se hinchaban a comer aquellas sabrosas manzanas que doblaban con su peso las ramas del árbol. Después, volvían apresuradamente a casa para ocuparse de sus tareas con el estómago lleno y el corazón palpitante.

Thorwald acallaba su mala conciencia con las palabras de Arvid. Las manzanas se echarían a perder si no se las comían ellos. Era una pena dejar que se estropearan. Lo ponía en la Biblia y su padre también solía decirlo.

Había que aprovechar los dones de Dios de la mejor manera posible. No habían hecho nada malo.

Thomas abrió la puerta del restaurante italiano. Pernilla y él fueron muchas veces allí mientras estuvieron casados. Ella trabajaba entonces en una agencia de publicidad que tenía la oficina justo al lado. Era su restaurante preferido cuando tenían jornadas de trabajo largas y a ninguno de los dos le apetecía cocinar.

La vio enseguida. Estaba sentada en una esquina, de cara a la puerta, con la espalda apoyada contra el cuero de color burdeos y leía la carta. Tenía un peinado nuevo; nunca había llevado el pelo tan corto. Parecía diferente, más atrevida que antes. Además, había engordado un poco y eso le sentaba bien. Los últimos meses que vivieron juntos estaba muy delgada, débil, se había vuelto casi transparente. Ahora tenía un rostro de mujer madura, con más carácter. Ya no parecía aquella chica despreocupada con la que él se había casado ocho años antes en la iglesia de Värmdö un soleado día de junio. Pero estaba igual de guapa que siempre.

La última vez que la vio fue en el despacho de la abogada para firmar los últimos papeles. Thomas no opuso resistencia cuando Pernilla se ocupó de que aquel matrimonio que había dejado de funcionar se extinguiera también legalmente. Él estaba más perdido que ella tras la muerte de Emily. Al final, apenas paraba por casa. Se refugió en el trabajo y se cargó con todo tipo de extras que iban surgiendo. Durante un largo período de tiempo hizo cuanto pudo por huir de sus propios pensamientos y de su casa, donde el ambiente era cada vez más tenso.

En el despacho de la abogada no necesitaron más de una hora para dar por concluida su vida en común. Apenas cruzaron palabra, solo hicieron lo que la jurista les pidió y firmaron donde les correspondía. Cuando terminó la cita, ocurrió algo que a Thomas le costó aceptar. Se encontraban en el vestíbulo y Pernilla lo miró con cara de resignación. Sonrió con cortesía, pero sus ojos no reflejaban lo mismo. Luego le tendió la mano para decirle adiós.

Aquel gesto lo hirió profundamente.

Se estaba despidiendo de él como si acabaran de conocerse, y él le estrechó

la mano con la misma frialdad con la que ella le tendió la suya. Aquella era la mujer con quien había pensado compartir su vida, a la que había prometido amor eterno y con la que, después de un tiempo, había tenido aquella hija tan deseada.

Mientras estaban allí como dos extraños, Thomas vio pasar ante sí su vida en común: las cálidas noches de verano en que habían hecho el amor fuera, las mañanas que se despertaron juntos en Harö, la felicidad cuando Emily se acostaba entre los dos y empezaba a hacer gorgoritos. Todo se arremolinaba en su cabeza mientras ella abría la puerta y salía a la calle y de su vida.

En aquel momento, Pernilla apartó la mirada de la carta y lo vio en el vano de la puerta. Su cara dibujó una amplia sonrisa que emocionó a Thomas.

No sabía cómo comportarse, pero ella se levantó rápidamente y le dio un abrazo. Él se sorprendió de lo fácil que le resultó responder. Le era tan familiar tenerla entre sus brazos... Le pareció como si nunca hubieran estado separados. Incluso los olores eran los mismos.

Pernilla retrocedió un paso.

–Eres el mismo de siempre –dijo–. La misma cazadora de piel, la camisa azul. –Lo miró con mirada inquisitiva y un poco triste–. Pero con más canas...

Ocuparon sus asientos. Thomas pidió algo de beber. Los envolvía un suave murmullo de fondo y él se recostó en la silla con una sensación de calma.

–Por cierto, ¿qué tal está Nora? –le preguntó después de conversar un poco–. No he mantenido ningún contacto con ella, como comprenderás. –Hizo un ligero mohín.

Thomas vaciló.

¿Qué debía contarle a su exmujer de la actual situación de Nora? Ellas siempre se habían llevado bien. Pernilla nunca había puesto objeciones a su profunda amistad, sino que había tratado a Nora como a alguien de la familia, casi como a una hermana pequeña.

–No muy bien –respondió finalmente–. Henrik y ella se van a separar. Todo es muy reciente aún, así que está bastante deprimida. Se ha ido a Sandhamn con los niños. Hablé ayer con ella.

Evitó conscientemente decir nada sobre los acontecimientos que habían tenido lugar en la isla. No quería arruinar la conversación con los macabros hallazgos del día anterior.

–Me sorprende que hayan durado tanto tiempo –dijo Pernilla con una sinceridad que sorprendió a Thomas. Él no había advertido nunca que a ella

le cayese mal Henrik, y eso que habían alternado bastante los cuatro—. Son tan distintos —continuó—. Él es un engreído y ella una de las mujeres menos pretenciosas que conozco.

Thomas asintió, confirmándolo. Pernilla tenía razón.

—Y esa suegra tan horrible... —añadió Pernilla—. Nora ha tenido mucho aguante.

—La relación entre ellas es mala desde hace tiempo.

—Me apuesto algo a que ha seducido a alguna enfermera mona del hospital.

—No andas muy desencaminada —reconoció Thomas, que conocía la historia con pelos y señales después de que Nora, entre lágrimas, se la contara por teléfono el domingo por la noche.

—Igual la llamo esta semana para ver cómo está. Algo sé de separaciones. — Sonrió levemente.

Les interrumpió la camarera, que llegó con los platos: tallarines para Pernilla y un buen plato de espagueti con salsa carbonara para Thomas.

Entre bocado y bocado, él la puso al tanto de su vida y de su trabajo en la comisaría sin dejar de observarla con disimulo. Parece que está bien, pensó, muy bien, de hecho. Le hizo algunas preguntas. Ella, como de costumbre, gesticulaba vivamente con las manos al hablar. En un tono alegre, le contó cuánto le había gustado la costa oeste y luego algunos chistes típicos de Gotem-Gotemburgo, que les hicieron reír de tan buena gana que atrajeron las miradas del resto de los clientes.

—Perdón —dijo Pernilla, a la vez que se secaba las lágrimas de risa—. Pero es que allí abajo tienen un sentido del humor fantástico, ¿no te parece?

—¿Por qué has vuelto? —A Thomas se le escapó la pregunta.

Pernilla se puso seria. Se llevó la copa de vino a los labios antes de contestar.

—Tenía ganas de volver a casa —respondió sin más—. Gotemburgo ha sido justo lo que necesitaba durante un período difícil. Pero Estocolmo es mi casa.

Bajó la mirada y se quedó mirando la copa. Parecía como si fuera a empezar a decir algo, pero al parecer se arrepintió. Permanecieron un rato en un silencio nada molesto.

Qué curioso, pensó Thomas. Era como si los acontecimientos de los últimos años no hubieran existido. Como si fueran a pagar la cuenta y volver juntos a casa.

Notó que Pernilla acababa de decir algo que no había oído.

–Perdón, ¿qué has dicho?

–He dicho que ha sido muy agradable –repitió–. Me ha alegrado volver a verte, Thomas.

Le acarició ligeramente la mano que tenía apoyada en la mesa. Por un instante, Thomas jugó con la idea de retener aquella mano entre la suya. No soltarla esta vez. El calor de las yemas de sus dedos se prolongó unos segundos.

Había perdido la ocasión.

–Tal vez podamos quedar otra vez –dijo ella–. Si quieres, claro.

La mirada de Pernilla se volvió de pronto circunspecta. Thomas vislumbró una duda en su interior. Y algo más que no supo descifrar.

Haciendo un esfuerzo por mostrarse sereno, se estiró para ver la cuenta.

–Sí, claro –dijo en voz baja mientras sacaba la cartera–. Con mucho gusto.

–**A**hora mismo vienes a casa con los niños. ¿Me oyes?

Henrik gritaba y la rabia del tono de su voz no dejaba lugar a dudas. Con un gesto de cansancio, Nora cerró el mensaje de voz y apagó el móvil.

Era la cuarta llamada de Henrik desde que llegaron a la isla. Cuando veía su número en la pantalla, no contestaba. No quería hablar con él todavía y menos aún verlo. Pero, por el bien de los niños, estaba obligada a mantener algún tipo de contacto. Con dos hijos de por medio, el vínculo con el que pronto sería su exmarido era imposible de romper. Hiciese lo que hiciese, nunca se iba a librar de él. Lanzó un suspiro.

Que los hijos pudieran encadenarla de esa manera a otra persona era algo en lo que no había reparado antes. Pero entonces tampoco pensaba en el divorcio.

Decidió que lo pospondría unos días más. No pensaba volver a Saltsjöbaden y enfrentarse a las ruinas de su naufragio hasta el lunes, cuando empezaran de nuevo las clases. No podía aplazarlo más tiempo, pero sentía una profunda necesidad de estar tranquila el resto de la semana.

Estaba recostada en el sofá a rayas azules del salón. Se había puesto una mantita sobre las piernas y las brasas que ardían en la chimenea caldeaban la habitación. Los azulejos estaban muy calientes, de manera que podía sentir el calor cuando acercaba las manos a la pared. Las portezuelas de la chimenea estaban entreabiertas para poder ver flamear las llamas. Era relajante contemplarlas danzar en un movimiento constante que nunca acababa ni se repetía.

Después de un rato, se levantó del sofá y fue a la cocina para servirse otra copa de vino. No debería beber más, pero el alcohol le daba sueño. Con un poco de suerte, una última copa y podría dormirse a una hora sensata. No podría soportar una noche más en blanco con los pensamientos dándole vueltas y más vueltas en la cabeza.

La noche anterior estuvo despierta hasta las dos y media. La cabeza se le llenó de monólogos interminables, todos sobre el mismo tema. Una bronca

monumental con Henrik en la que volcaba toda la tristeza y toda la amargura que había ido acumulando a lo largo de los últimos años. En su imaginación, le gritaba de una manera que jamás se había permitido en todo su matrimonio. Pero no por eso se sentía mejor.

Cuando se despertó por la mañana, sintió el cálido aliento de Simon en la mejilla. Le escocían los ojos y le dolía el cuerpo por la falta de sueño. Por la tarde, llevó a los niños a la piscina cubierta del hotel Seglar. Fabian y su familia también estaban allí. Nora no les había dicho nada de su inminente separación. Solo había comentado de pasada que Henrik tenía guardia en el hospital. Era demasiado difícil explicar en qué punto estaban las cosas realmente.

De todos modos, la visita a la piscina fue un acierto. Los chicos se habían pasado horas dentro del agua y habían disfrutado de lo lindo. Para ella supuso un gran consuelo pensar que habían superado los terribles sucesos del día anterior. Los niños olvidan pronto, pensó. Por suerte.

Ahora se preguntaba cuánto tardarían en olvidar cómo era la vida en familia. Simon solo tenía siete años. ¿Recordaría cómo era cuando papá y mamá vivían en la misma casa? Cuando aún se querían y hacían cosas divertidas juntos.

Adam no había hablado mucho de lo que ocurrió en el bosque. Nora había hecho todo lo posible por seguir los consejos de Annie. Nada de sobreactuar, comportarse como de costumbre y estar a su disposición si alguno de los niños quería hablar.

«Comportarse como de costumbre.»

Nora ahogó una risa histérica. Toda ella era una inmensa herida. ¿Cómo podía actuar como si no hubiese pasado nada cuando cada quehacer cotidiano era un suplicio? Le habría gustado pasarse los próximos meses durmiendo hasta que dejara de sentir tanto dolor. Olvidarse de todo y de todos y desaparecer sin más debajo del edredón.

Aun así, le sorprendía su propia fuerza interior. A pesar de lo que había sucedido, seguía comportándose de una forma más o menos aceptable, sin mostrar nada a los niños. Quizá el instinto materno se trataba de eso, de proteger a los hijos a cualquier precio.

Se preguntó si Henrik pensaría de la misma manera. Lo dudaba.

Aquella noche tuvo que volver a tragarse las lágrimas y preparar la cena. Habían cenado chili con carne y helado de chocolate con cobertura de

caramelo de postre. Simon se había quedado dormido a las nueve y una media hora después Adam se había ido a la cama sin que ella le hubiera dicho nada. Nora admiraba la facilidad que tenían los niños para dormir y olvidarse de las experiencias desagradables. El sueño lo curaba casi todo de un modo sorprendente.

Echó una ojeada al reloj de cocina que colgaba en la pared. Llevaba allí desde que ella tenía uso de razón. Había pertenecido a su abuela materna; era de porcelana blanca decorada con flores azules pintadas con trazos suaves. Las agujas marcaban las doce menos cuarto. El termómetro exterior indicaba que fuera la temperatura rondaba los dieciocho grados bajo cero. Hacía mucho tiempo que no hacía tanto frío en las islas.

Sin encender la luz, se acercó a la despensa a buscar más vino y, al pasar delante de la ventana que daba al sur, se detuvo. Fuera, junto a la farola, en el mismo sitio que la noche anterior, vio la figura del desconocido que observaba la casa de los Rosén.

Nora se quedó inmóvil. ¿Qué estaba pasando?

Aguzó la vista para discernir mejor entre el paisaje invernal, pero, por más que lo intentó, no pudo apreciar los detalles.

La persona misteriosa llevaba puesta una cazadora gruesa con capucha y, al igual que la vez anterior, era imposible adivinar si se trataba de un hombre o de una mujer. Pese a las bajas temperaturas, él o ella permanecía inmóvil, como un fantasma que vigilara a alguien. Tenía las manos metidas en los bolsillos.

¿Debería salir y averiguar lo que estaba ocurriendo o quizá llamar a Thomas y comentarle lo de aquella figura inquietante?

El miedo del día anterior había desaparecido. A decir verdad, se avergonzaba un poco por haberse asustado. Era una mujer adulta, no debería asustarse de las sombras que se ocultaban en la oscuridad. Además, no le apetecía nada acostarse sin aclarar el asunto y pasar la noche despierta dándole vueltas al tema. Era mejor salir y enterarse de quién era la persona que estaba allí plantada y por qué vigilaba la casa de los padres de la chica fallecida.

Sin pensárselo dos veces, salió al vestíbulo, se calzó unas botas y se puso ropa de abrigo. Se colocó los guantes y el gorro y abrió la puerta. Se le aceleró un poco el corazón, pero ignoró aquella vocecita que le susurraba que no estaba realmente en sus cabales. No tardaría más de unos minutos en

acercarse hasta el desconocido. Sería un momento. Lanzó una última mirada al piso de arriba, donde los niños seguían durmiendo, cerró la puerta y cruzó la verja.

Fuera hacía tanto frío que le hería el interior de los orificios nasales. Intentó respirar por la boca, pero el aire estaba igual de helado. Le lloraban los ojos y empezó a sentir el frío de inmediato.

El pueblo parecía desierto, los tejados estaban cubiertos por una capa de nieve compacta y las casas de color rojo parecían negras. Todo era diferente de noche comparado con el aspecto que tenía de día. Se sorprendió a sí misma rogando para que al menos hubiera alguna ventana iluminada. La débil luz que desprendían las pocas farolas existentes no alcanzaba a iluminar las calles. Tan pronto como salió del cono de luz de la farola la envolvió una oscuridad densa.

Dio unos cuantos pasos hacia adelante, pero de repente dudó. ¿Era una locura salir sola? Tal vez debería de haber cogido algo para defenderse, un martillo o al menos una llave inglesa. Se detuvo un instante junto a la valla, pero desechó la idea. Ya había dado la vuelta a la casa y hacía demasiado frío como para regresar a casa a buscar algo.

Enseguida iba a enterarse de quién estaba allí apostado, a tan solo cien metros de su cocina. Después volvería a casa y se acostaría. Avanzó decidida hacia el lugar donde había visto la figura solitaria.

—¿Qué haces fuera a estas horas?

Nora jadeó y se giró. Levantó los brazos para protegerse.

—Tranquila, no quería asustarte.

Pelle Forsberg estaba unos metros más allá con gesto consternado. Iba bastante más abrigado que ella, con una gruesa cazadora azul y un gorro negro.

—Perdona si te he asustado —repitió—. No era mi intención, de veras. Solo quería saber si te encontrabas bien. Es bastante tarde para andar a solas con este frío.

Nora sonrió desconcertada. Buscaba algo que decir que no sonara demasiado raro. La verdad es que se había echado a la calle a investigar como si fuera un detective privado.

—No te preocupes. Es que me has cogido por sorpresa. He salido para respirar un poco de aire fresco —intentó que sonara como si fuera la cosa más

normal del mundo—. Pero lo mismo digo yo. ¿No es un poco tarde para dar un paseo?

Pelle dudó un poco.

—Sí, llevas toda la razón. Voy para casa. He estado en casa de los Granlund, ya sabes, los que viven en la casa roja al lado de Fläskberget.

Nora conocía muy bien a la familia Granlund, su hija pequeña tenía la misma edad que Simon.

—Bueno —dijo Pelle Forsberg, y se golpeó los costados para entrar en calor—. Me voy. Porque no me invitarías a un café aunque sea tarde, ¿verdad?

—No, voy a acostarme. Es muy tarde.

—Sí, claro. Adiós. —Alzó la mano en señal de despedida.

—Adiós.

Nora se giró y se apresuró de vuelta a casa. No podía ir en la dirección contraria, hacia la de los Rosén, mientras siguiera a la vista de Pelle Forsberg. De pronto, todo el asunto le pareció absurdo. ¿Qué se había imaginado realmente?

Unos minutos después estaba en casa. Cerró rápidamente la puerta de la calle. Sin quitarse las botas fue hasta la cocina y miró por la ventana.

Ya no se veía la figura solitaria. Bajo la farola más cercana a la casa de la familia Rosén no había nadie.

Sandhamn, 1924

Un día se entretuvieron demasiado. La fruta de las ramas más bajas se había acabado y tenían que trepar cada vez más alto para llegar a las manzanas de arriba. Al final, Arvid alcanzó la rama más alta. Con gesto de triunfo le lanzó a Thorwald las últimas. Tocaron a tres cada uno y se las comieron enseguida porque ya empezaba a anochecer. Thorwald se guardó una. A menudo le entraba hambre por las noches y no era mala idea tener una manzana para comérsela a escondidas antes de la hora de acostarse.

Bajaron corriendo todo el camino hasta Sandfälten. Cuando se acercaban a su casa, Thorwald vio la figura de su padre a través de la ventana. Parecía como si hubiera varias personas esperándolo en la cocina. Se estremeció abatido. ¿Quiénes eran aquellos desconocidos?

Abrió la puerta despacio. La conversación se interrumpió cuando entró. En la cocina había dos hombres con cara seria. Thorwald los reconoció a los dos. Uno de ellos era el síndico de la Misión. Se llamaba Gustav Klingberg, tenía más de setenta años y un nieto suyo iba a la escuela con Thorwald. El otro era más joven y se llamaba Karl Johansson. También era miembro de la Misión. Tenía unas cejas oscuras muy pobladas y ahora las fruncía de tal manera que parecían una sola.

Klingberg miró a Thorwald con gesto severo. Tenía los brazos cruzados.

Son como dos cuervos negros, pensó Thorwald. Dos cuervos que pronto iban a plegar las alas y a clavar sus picos en él.

Sabían lo que había hecho, Thorwald lo comprendió enseguida. Alguien los había visto a Arvid y a él en el jardín y se había chivado. Al principio anduvieron con más cuidado, pero a medida que pasaba el tiempo se volvieron más atrevidos. Las últimas semanas apenas habían mirado a su alrededor antes de entrar en el jardín. Había sido tan fácil conseguir aquellas deliciosas manzanas que, a estas alturas, Thorwald se había convencido a sí mismo de que era casi una obligación comerse aquella fruta.

Pero al parecer no era así.

Seguro que la doctora Widerström le había prometido la cosecha a alguien

de la isla. Alguien que se habría quedado sumamente sorprendido al ver que otros cogían la fruta sin que él lo supiera. Quizá el legítimo dueño había estado al acecho para descubrir quién se la robaba.

A Thorwald le subió por la garganta un sabor a bilis. Sentía la pulpa de la fruta robada como un bolo de plomo en el estómago, le gustaría poder vomitarla y que todo volviera a ser como si aquello nunca hubiera pasado.

Su padre no había dicho nada, pero Thorwald sabía que estaba furioso. Se le movía la mandíbula y tenía los puños cerrados. El movimiento mudo de sus labios lo aterró.

¿Por qué se había dejado convencer para entrar en el jardín de la doctora Widerström? Estaba a punto de echarse a llorar, pero sabía por experiencia que eso solo empeoraría las cosas. Gottfrid detestaba cualquier signo de falta de hombría. No toleraría ningún llanto, menos aún delante de las visitas.

–¡Thorwald! –exclamó Vendela, que venía del dormitorio–. ¿Qué has hecho ahora?

–Deja que nos ocupemos nosotros de esto –dijo Gottfrid.

Vendela se paró en mitad del paso y miró indecisa a su alrededor. Thorwald quería pedirle que se quedara, pero no se atrevió. En lugar de eso, fijó la mirada en la cara de su madre, como si con su fuerza de voluntad le pudiera hacer comprender que no debía abandonarlo.

–Vete de aquí –le ordenó Gottfrid, y Vendela se dio la vuelta después de lanzarle una última mirada a su hijo.

Thorwald permanecía con los pies separados. No sabía si las piernas lo sujetarían si se ponía de otra manera. Entonces sintió algo caliente que le corría por la entrepierna y miró hacia abajo. A sus pies se había formado un charco. Enrojeció. Gottfrid lo miró con asco.

–Nosotros nos vamos, hermano –dijo el anciano–. Será mejor que os quedéis tu hijo y tú a solas. –Se levantó el sombrero negro y se dirigió a la puerta. Karl Johansson lo siguió sin decir nada.

El miedo de Thorwald fue en aumento. Si lo dejaban solo con su padre podía suceder cualquier cosa. El chico permanecía inmóvil mientras el charco a sus pies comenzaba a oscurecer las tablas del suelo.

–Ven aquí –rugió Gottfrid–. Siéntate en la silla.

Thorwald obedeció. Se sentó en la silla. Cojeaba un poco, el crujido de la madera de la silla fue lo único que se oyó en la cocina. Los pantalones

mojados se le pegaron a las nalgas por dentro. La tela ya estaba fría y el olor a orina y a lana mojada le producía arcadas.

El padre se puso detrás de él.

–Así que mi hijo es un vulgar ladrón –le dijo Gottfrid al oído.

Thorwald ni parpadeó.

–Está bien. Entonces lo mejor será que se lo advirtamos a todos en la isla para que te eviten cuando te vean. Hasta que aprendas.

Thorwald respiraba con inspiraciones cortas y silenciosas. Por el rabillo del ojo vio que su padre se acercaba al fregadero y llenaba un recipiente con agua. Después abrió un cajón del aparador y sacó el estuche de piel donde guardaba la navaja de afeitar. Lentamente, la desenfundó y la levantó hasta la altura de los ojos. Pasó el pulgar por el filo para comprobar que estaba bien afilada. La hoja relucía bajo la débil luz.

«Padre, solo han sido unas manzanas –quería susurrar Thor-Thorwald–, solo unas manzanas», pero no consiguió articular palabra.

Empezaron a caérsele los lagrimones sin que pudiera evitarlo. Notaba la sal en los labios, pero no se atrevía a levantar las manos para secarse.

Gottfrid se volvió y Thorwald vio la cólera en sus ojos.

–Ahora te vas a estar totalmente quieto, Thorwald, porque si no lo haces, puede ser peligroso. Y ni tú ni yo queremos que ocurra nada.

El padre probó el filo de la navaja una vez más. Se volvió hacia el barreño, pero se arrepintió.

–Tendrá que valer así –murmuró para sí mismo.

Con la navaja en la mano derecha rodeó la silla en la que Thorwald estaba sentado. Se colocó otra vez detrás de él.

Pasaron unos segundos sin que el padre hiciera ningún movimiento.

Thorwald contuvo la respiración. Cerró los ojos y pensó en la imagen de Vendela cortándole el pescuezo a las gallinas antes de cocinarlas. Abrió los ojos de nuevo y recorrió el cuarto con la mirada como si buscara por dónde escapar. Madre, pensó, ayúdame.

–No robarás –dijo Gottfrid tan bajo que Thorwald apenas podía entender las palabras–. Es el séptimo mandamiento. No robarás.

De pronto Thorwald notó que su padre le agarraba el pelo con fuerza.

–Mi hijo no volverá a robar ni un céntimo –dijo en voz baja.

Un mechón de cabello rubio cayó al suelo. Después cayó otro y otro más.

De vez en cuando el padre mojaba la navaja en el agua, pero eso no impedía que el filo rasgara la piel del cuero cabelludo, cada vez más desnudo.

Los mechones rubios del suelo se tiñeron de rojo. Thorwald seguía sin atreverse a hacer ningún movimiento, intentaba mantener la mirada fija en la llama del quinqué. Si conseguía mirar fijamente la llama el tiempo suficiente, quizá le calmaría el dolor.

Cuando el padre terminó, el suelo estaba cubierto de mechones. A Thorwald le palpitaba la cabeza y tenía el cuero cabelludo lleno de heridas tras el brutal corte con la navaja de afeitarse.

–Si alguna vez me vuelves a desobedecer... –El padre no terminó la frase. No hacía falta.

Thorwald mantenía la cabeza baja, procurando no mirar el pelo que estaba por el suelo. La vergüenza era tan mala como el dolor. ¿Cómo iba a poder ir a la escuela al día siguiente? No volvería a aparecer por el pueblo.

Miércoles, 27 de febrero

El primer barco para Sandhamn salía desde Stavsnäs a las siete de la mañana.

Margit no había pasado muchas horas en casa. El día anterior había hecho un viaje de ida y vuelta a Sandhamn para informar a la familia Rosén de que su hija estaba muerta. Se había ofrecido ella misma, y Thomas, que sabía de sobra que no había manejado muy bien la reacción de Marianne Rosén en el bosque, agradeció no tener que hacerlo él.

Acompañada de un cura, Margit procuró informarles de la terrible desgracia de la mejor manera posible. Mientras que Anders acogió la noticia con cierta compostura, casi con resignación, Marianne los insultó, y luego, sollozando, se dejó caer en un sillón.

Era duro dar una noticia como aquella, y Margit estaba abatida cuando subió a bordo del barco, junto con Thomas, en medio de un frío cortante. El mar estaba grisáceo y rizado por los penachos de espuma que formaba el vendaval. Entraron en el barco tiritando y dirigieron sus pasos directamente hacia la cafetería. El aroma a café recién hecho indicaba el camino.

—¿Quién viaja a las islas a estas horas? —preguntó Margit mientras guardaban cola.

—Mucha gente —respondió Thomas—. Hay mucha gente que va y viene todos los días a Sandhamn para trabajar.

—¿Y eso por qué? —dijo Margit mientras pedía dos cafés y dos bollos de canela a la chica de la cafetería.

La camarera llevaba el pelo teñido de un negro intenso con una raya blanca en el centro y un *piercing* en una ceja. Margit pensó agradecida que sus hijas al menos no se habían hecho agujeros. Luego apareció en su retina la imagen del matrimonio Rosén y se recordó a sí misma que hay cosas mucho peores que un aro de plata en la cara.

–Ahora hay mucha gente que trabaja en la isla. El hotel Seglar tiene abierto todo el año y la pensión solo cierra unos meses en invierno. Y no olvides el servicio nacional de atención telefónica de la Policía.

Margit asintió con la cabeza.

–El problema es más bien la escasez de viviendas –continuó Thomas–. Ya sabes las sumas astronómicas que cuesta una casa de veraneo aquí. Faltan alternativas razonables para la gente que quiere trabajar y vivir en Sandhamn, y son necesarias si la isla quiere seguir subsistiendo. –Thomas se interrumpió a sí mismo con una sonrisa socarrona, avergonzado –. Parezco un político, ¿no? No era mi intención predicar.

Margit lo contradijo meneando la cabeza.

–Es interesante. No sabía que la gente tuviera que ir y venir todos los días para trabajar en Sandhamn. Yo creía que a los isleños les costaba trabajo encontrar un empleo en la isla.

Tomó un sorbo de café y cambió drásticamente de tema.

–Llegaremos dentro de veinte minutos. ¿Empezamos con la familia Hammarsten?

–Sí, me parece bien. Me gustaría saber si la hija tiene algo más que contar.

Thomas y Margit avanzaban con dificultad a causa de la nieve.

El camino desde el puerto hasta Trouville pasaba por delante de las pistas de tenis y cruzaba el bosque de pinos hasta llegar a la playa, en el otro extremo de la isla.

Louise Hammarsten, recién levantada, les abrió la puerta y los invitó a pasar. Había preparado té y se sentaron en la sala de estar. Por el ventanal panorámico se entreveía la playa de Trouville a través de los árboles. Thomas pudo imaginarse sin esfuerzo las cenas alrededor de la barbacoa en la amplia terraza de madera orientada al sur. Tenía que ser un lugar muy agradable para pasar el verano.

–¿Estás sola en casa? –le preguntó Margit.

–Mi madre acaba de bajar al pueblo para acompañar a Marianne. No quería que estuviera sola.

Thomas y Margit intercambiaron una mirada.

–¿No está su marido en casa? –preguntó Thomas. Visualizó a Anders

Rosén, un hombre de cincuenta años de aspecto juvenil que había envejecido a marchas forzadas durante el otoño.

–Por lo visto tenía que ir a la ciudad. Marianne no quería acompañarlo. No mientras vosotros sigáis por aquí.

Thomas comprendió lo que quería decir. Aún proseguía la búsqueda del resto del cuerpo y Marianne no había perdido la esperanza de que pudieran encontrar algo más, pese a que había sido informada de que daban por fallecida a su hija.

Louise estaba sentada de espaldas a la ventana y tamborileaba nerviosa con un pie en el suelo. Llevaba unos gruesos calcetines.

–Tenemos que hablar contigo, Louise –dijo Margit con delicadeza y lanzó una mirada a su colega como si tratara de decidir cómo debía continuar–, de algo que quizá ya sabes.

Louise los miró angustiada.

Cuando la llamaron el día anterior para concertar la cita, su voz reveló lo nerviosa que estaba. Margit había sido escueta al teléfono y solo le dijo que querían hablar con ella.

–Creemos que a Lina la asesinaron aquí, en la isla, cuando desapareció en otoño –prosiguió Thomas con tiento–. Quizá lo hayas oído en la tele.

Louise asintió. Después se le llenaron los ojos de lágrimas y soltó un pequeño gemido.

–¿Es verdad? ¿No os habéis equivocado?

–Lamentablemente parece que no –respondió Margit–. Sus padres han identificado el reloj.

–¿El bonito? –preguntó Louise impaciente.

–Sí, ese –dijo Margit–. ¿Se lo habías visto?

–Siempre lo llevaba puesto. Se lo regalaron sus padres cuando cumplió dieciocho años. Le gustaba mucho. –Las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas.

–Queremos que nos cuentes algo más acerca de Lina. –Margit sacó un pañuelo de papel de un paquete y se lo dio a la joven.

–Era mi mejor amiga. Nos conocíamos desde pequeñas. Habíamos pasado todos los veranos juntas.

Margit puso su mano en el brazo de Louise y la acarició para darle ánimos.

–Comprendo que es duro para ti –la consoló.

–La vez pasada, cuando nos vimos, estabas muy preocupada por la

desaparición de Lina –dijo Thomas–. Mencionaste que era posible que se hubiera quitado la vida, pero no sabías explicar muy bien por qué.

–Si sabes algo que no nos contaste entonces, debes decírnoslo. Es muy importante para nosotros –añadió Margit.

Louise se sonó antes de hablar.

–Siento haberos hecho creer una cosa así –dijo al fin.

–No lo lamente –dijo Thomas–. Solo queremos que nos cuentes por qué lo sospechabas. Si sabes algo tienes que decírnoslo.

No era culpa suya, pensó enojado, que la Policía se conformara con la hipótesis de que se trataba de una joven desdichada que se había suicidado.

Louise se retorció en el asiento, como si estuviera deliberando consigo misma si debería contar algo o no. De pronto alzó la mirada.

–Lina tenía muchos remordimientos por el accidente de barco que tuvo.

–¿Qué ocurrió? –preguntó Margit.

–Un chico se ahogó cuando su embarcación chocó con otra. Lina sufría pesadillas desde aquello. Pensaba que el chico murió por culpa suya.

–¿Por qué no nos contaste nada en otoño? –le preguntó Margit con una mirada inquisidora.

–Le había prometido a Lina no decir nada –respondió con cara de culpabilidad–. Me hizo jurar que no lo diría. Nadie podía saber lo que había pasado.

–¿Quién se ahogó? –quiso saber Margit.

–Se llamaba Sebbe, bueno, Sebastian.

–¿Sebastian Österman? –dijo Thomas.

Louise asintió. Una sombra cruzó ante el rostro de Thomas. Él había intervenido en el accidente en el que murió el amigo de Lina. Se dirigía junto a Henrik Linde al faro de Grönskär a socorrer a Nora, que se había quedado encerrada en el faro y estaba a punto de morir a causa de un coma diabético. Fue en mitad de la noche y no se veía nada. De pronto salió una lancha neumática semirrígida desde el estrecho de Sandhamn, sin luces de navegación y a una velocidad excesiva.

La colisión fue muy violenta. Una decena de jóvenes salieron despedidos y cayeron al agua, y el piloto, atrapado bajo el casco, no consiguió salir. El propio Thomas se lanzó al agua para tratar de salvarle la vida, pero cuando consiguieron sacarlo a la superficie era demasiado tarde. Ya estaba muerto.

La investigación posterior demostró que el joven estaba bajo los efectos

del alcohol, y Henrik testificó que la embarcación superaba todos los límites de velocidad. Además, iban más personas a bordo de las permitidas.

Thomas quedó libre de cualquier cargo, pero se había preguntado muchas veces qué habría pasado si hubiera abandonado el muelle solo un minuto después o si hubiera reaccionado unos segundos antes.

La pregunta de Margit le hizo volver a la realidad.

–Pero ¿qué tuvo que ver Lina en la muerte de Sebastian?

–Era su lancha.

–¿Ella era la dueña? –preguntó Thomas.

–Sí, su padre se la había regalado un año antes más o menos.

–De todos modos, no entiendo por qué se culpabilizó –dijo Margit.

–Me contó... –Louise titubeó antes de continuar– ...que fue ella quien le pidió a Sebastian que pilotara aquella noche. Ella no quería y por eso se lo pidió.

–¿A pesar de estar borracho? –preguntó Margit, y Louise asintió.

–Lina veía mal en la oscuridad. No le gustaba mucho conducir de noche. Y seguramente también bebió.

–¿Tú no estabas?

–No, ese fin de semana estaba en casa de mi abuela.

–¿Sabes adónde se dirigían? –preguntó Thomas.

–No –la chica vaciló–. No hablábamos mucho del accidente, salvo la vez que me lo confesó todo. Se quedó a dormir aquí y estábamos solas, mis padres se habían ido a Estocolmo.

Los ojos de Louise se volvieron a llenar de lágrimas.

–Estaba muy triste, se pasó unas cuantas horas llorando. Dijo que había pensado suicidarse, y eso fue lo primero que imaginé cuando dijisteis que había desaparecido. –Bajó la cabeza de manera que el pelo le ocultó los ojos–. Que al final había hecho algo terrible contra sí misma. Desde aquella conversación, a veces tenía miedo de que lo hiciera.

–Nos lo tendrías que haber contado la última vez que nos vimos –dijo Margit.

–No podía. Le había prometido que no diría nada –respondió Louise, enfadada y disculpándose al mismo tiempo–. Además, cambió mucho, no quería estar conmigo tanto como antes. Salía mucho de fiesta. Al principio la acompañaba, pero después de un tiempo ya no era tan divertido. Yo quería

aprobar los exámenes. Pero a ella, al parecer, le daba igual. En otoño hizo un alto en los estudios.

Thomas se recostó en la silla y se puso a pensar. El relato de Louise no se correspondía con la imagen que el matrimonio Rosén tenía de su hija.

–Cuando hablamos con los padres de Lina en otoño, descartaron la idea del suicidio –dijo–. ¿Ignoraban que se sentía mal?

–Creo que no se atrevió a decirles que fue ella quien le pidió a Sebbe que llevara la lancha. Yo era la única que lo sabía. Estaba demasiado avergonzada para contarlo.

–¿Avergonzada? –repitió Margit.

–Por habérselo pedido –respondió Louise impaciente–. Ya os lo he dicho. Si no lo hubiera convencido para que condujera él, seguramente aún estaría vivo.

–Eso nunca se sabe –dijo Margit–. Puede que se hubiera puesto al volante de todos modos porque le gustase pilotar un barco caro y lujoso.

–Sé que a Lina la afectó mucho –afirmó Louise–. No me lo invento. Ella se culpaba de su muerte.

–Te creemos –dijo Margit–. Solo estamos intentando encajar distintas imágenes de Lina.

–Nadie podía enterarse de lo que había hecho –susurró Louise.

Sandhamn, 1925

Vendela se quedó paralizada al oír los pasos pesados en el porche. Thorwald miró de reojo a su madre, allí sentada, con la mirada sobre la mesa. Las tiras del delantal, por encima del vestido negro, apenas abarcaban su cintura para poder atárselo.

La única que parecía impasible era Kristina. Claro que ella era muy pequeña, solo tenía seis años. No comprendía el mal augurio que significaba el sonido de las pisadas del padre. Al contrario, como era su preferida, era la única que se alegraba de que volviera a casa.

Se abrió la puerta y la corriente fría llegó hasta la cocina.

La madre se levantó precipitadamente y empezó a darle vueltas al puchero que tenía al fuego, evitando la mirada de su marido cuando entró en la cocina.

Él se fue directamente a su sitio junto a la mesa y se sentó. Luego cruzó las manos.

–Gracias Padre Todopoderoso por los dones recibidos, te rogamos que bendigas estos alimentos –empezó.

Thorwald también había juntado las manos y musitaba lo mejor que podía. Kristina lo imitaba.

Vendela acercó las humeantes gachas de harina de centeno y las colocó encima de la mesa. Los cuencos estaban dispuestos con agua almibarada aliñada con vinagre para mojar las cucharas con las gachas. El padre no alzó la vista cuando ella colocó la fuente, sino que cogió su cuchara sin más y empezó a comer.

Cenaron en silencio.

Thorwald terminó el primero, miraba con ansiedad las gachas pero no se atrevía a pedir más hasta que el padre hubiera terminado de comer. La madre comprendió lo que quería, así que cogió el cucharón y se dispuso a servirle más.

–¿Acaso eres un glotón? –La voz del padre cortó el aire.

Thorwald bajó la mirada y negó con la cabeza.

–No, padre.

–Pues ya sabes.

La madre se volvió a recostar en el banco de la cocina. Thorwald seguía mirando la mesa tercamente. La corriente que se propagaba por el suelo hacía que tuviera frío en los pies, pese a los calcetines gruesos de lana que la madre le había tejido.

Era veintiocho de enero, la festividad de Karldagen, y fuera el frío era intenso. Según la tradición, eso significaba que el invierno sería largo y gélido. Ya habían entrado en el período de oxveckorna*. La ensenada estaba cubierta de hielo y por las mañanas, cuando se despertaban, la escarcha invadía las ventanas.

Thorwald todavía tenía hambre, echó otra ojeada a la fuente de gachas. El padre se sirvió y después el chico observó que la madre le hacía un gesto afirmativo con la cabeza, lo cual significaba que podía echarse más.

Se servía siempre hasta donde llegaba su osadía.

Uno de los castigos del padre consistía en mandarlo al cobertizo sin cenar. Allí podía pasarse toda la noche sentado entre las piñas y las artes de pesca sin nada que llevarse a la boca. El frío no era tan malo, ya se había acostumbrado a él, pero el hambre era más difícil de soportar.

En algunas ocasiones, la madre le pasaba un bocadillo por la ventana, pero la mayoría de las veces no se atrevía a actuar contra la voluntad de Gottfrid.

Después de la cena el padre iría a la Casa de la Misión, Thorwald lo sabía. La madre respiraría aliviada y sacaría la bolsa de los calcetines agujereados pendientes de zurcir. Se sentaría al calor y dejaría que sus pies cansados reposaran mientras las manos seguían trabajando. Con dos hijos y un marido, siempre había más calcetines rotos de los que ella alcanzaba a arreglar.

Si hubieran podido permitirse tener una criada, la vida de su madre habría sido más fácil, eso Thorwald lo tenía claro. Pero el sueldo del padre como empleado de Aduanas no era suficiente, y menos si donaba tanto a la Misión.

Se reunían allí todos los domingos para rezar y escuchar a diferentes predicadores que venían de la península o de otras islas, como Möja y Näm dö. Después de la colecta, tomaban café y comían los dulces que las mujeres servían. Los hombres se sentaban a un lado con sus pipas y las mujeres al otro.

Luego Thorwald solía escaparse a jugar al balón con otros chicos. Sabía que debía santificar el día de descanso, pero desobedecía la prohibición. Si lo

pillaban, solía llevarse alguna reprimenda. La paz del domingo incluía también los castigos del padre.

Thorwald no podía dormir por la noche, aunque era tarde y tenía que madrugar para ir a la escuela al día siguiente. No podía dejar de pensar en lo sucedido el domingo anterior, cuando volvió a fallar otra vez en el examen de la Biblia. Su padre se enfureció cuando se quedó en blanco y no pudo articular la respuesta correcta.

Estaba convencido de que se sabía la lección cuando salieron de casa, pero se quedó en blanco cuando le preguntaron. A veces empezaba a angustiarse por la catequesis la noche antes, y esa inquietud le oprimía el pecho durante muchas horas, hasta que llegaba el momento.

Oía la respiración acompasada de Kristina en la cama de al lado. Su hermana era la única de la familia a la que el padre hacía caso. Gottfrid jamás pegaba a su hija, al contrario, le hablaba con voz suave y, alguna vez, le daba una palmadita en la mejilla. A veces también le regalaba unas cuantas monedas para que se comprara golosinas en la tienda.

Thorwald había dejado de tenerle envidia. Las cosas eran así. Además, ya no le daba importancia, él tampoco podía resistirse al encanto de la niña. Parecía una muñeca, con los ojos azules y las mejillas redondeadas. Llamaba la atención, hasta los veraneantes refinados se paraban cuando la veían en el paseo marítimo. Le ofrecían caramelos y admiraban sus rizos díscolos.

Cuando Vendela estaba presente, Thorwald notaba su reparo. No le gustaba que su hija despertara tanto interés. Sin duda, la madre era consciente de que el padre favorecía a Kristina, pero no hacía nada al respecto.

Vendela nunca intervino cuando el padre lo castigaba. Thorwald cerró los ojos. Se prometió a sí mismo estudiar más la próxima vez. Si respondía bien, quizá Gottfrid también se sintiera orgulloso de él.

Thomas estaba dando vueltas al relato de Louise. Los sentimientos de culpa de la joven fallecida los habían guiado en la dirección equivocada unos meses atrás. ¿Había algo más que se les escapara? Pensó en la discusión que tuvieron en la comisaría el día anterior al repasar los hechos.

–¿Sabes si a Lina le gustaba alguna cosa rara, como la mitología nórdica, por ejemplo? –le preguntó.

Louise lo miró desconcertada. Meneó insegura la cabeza.

–¿Has oído hablar de los ritos paganos en los que se sacrificaban animales durante las ceremonias? Se comenta que hay grupos que siguen celebrando esos rituales en los que usan sangre de animales. ¿Sabes si Lina estaba metida en algo así?

La expresión de la cara de Louise pasó de la duda al miedo.

–No, claro que no. –Abrió los ojos de par en par–. ¿Creéis que alguien ha sacrificado a Lina? ¿Qué la han matado como a un animal?

Margit trató de tranquilizarla.

–Nosotros no creemos nada. Solo preguntamos. Hay que hacer muchas preguntas antes de llegar a la verdad.

Louise estaba pálida, de pronto aparentaba muchos menos años que los veinte que tenía. El brillo de las lágrimas volvía a asomar en sus ojos y Thomas decidió cambiar de tema. Era innecesario asustar aún más a la chica. Tampoco quería que se extendiera por la isla el rumor de que andaban buscando a un asesino al que le gustaban las ofrendas de sangre.

Al parecer, Margit opinaba lo mismo.

–¿Quieres que te traiga un vaso de agua? –le preguntó a la chica, que asintió agradecida.

Margit se levantó y fue hasta la cocina, al fondo de la amplia sala. Cogió un vaso de agua del escurrerplatos y lo llenó. Louise se bebió la mitad antes de volver a dejar el vaso en la mesa. Recuperó un poco el color de la cara.

Margit se inclinó hacia delante y le sonrió tratando de darle ánimos.

–Ya casi hemos acabado. Pero tengo que preguntarte si nos puedes contar

algo más acerca de Lina, algo que pueda ayudarnos en la investigación. Cualquier cosa, todo es importante.

Louise guardó silencio.

Al otro lado de la ventana había empezado a nevar ligeramente y una fina capa de nieve se derretía contra el ventanal. El cielo se había aclarado un poco, aunque el sol no conseguía atravesar las nubes totalmente.

–He pensado en otra cosa que quizá también debería haberlos contado antes... –dijo Louise.

–Cuéntanoslo –la animó Margit en tono suave–. ¿De qué se trata?

El gesto de Louise parecía inquieto, pero continuó.

–En verano, Lina estuvo saliendo con un chico en Sandhamn.

–¿Otro distinto de su novio? –preguntó Margit.

–Sí, había empezado a cansarse de Victor. Le había dicho que quería hacer una pausa durante el verano.

–Ajá.

–Y ese otro chico no se portaba bien con ella, la verdad es que a veces se comportaba como un auténtico cerdo.

–¿Qué quieres decir?

–Era un asqueroso. Le decía maldades delante de los demás, sobre todo cuando estaba borracho. Primero se ponía cariñoso y, de repente, cambiaba totalmente y se volvía malvado.

–¿Ocurría a menudo?

–Sí. Nosotras trabajábamos en la panadería y él en el puerto. Los que trabajamos aquí durante el verano solemos juntarnos por la noche para ir de fiesta. Somos un grupo bastante grande.

–¿Y qué hacéis?

La chica se encogió de hombros.

–Divertirnos. Beber cerveza y eso.

–¿Dónde quedabais?

–En diferentes sitios, en Utsiktsberget o en Kvarnberget. A veces nos reuníamos en casa de alguien, si no estaban los padres. A muchos les dejaban hacer fiestas en casa cuando ellos se iban. –Volvió a encogerse de hombros–. Muchos tienen otras casas de veraneo, en Francia y así.

La otra cara de la prosperidad.

Thomas sabía por experiencia que la chica decía la verdad. Durante el tiempo que trabajó en la Policía marítima, le habían llamado muchas veces

para que acudiera a casas de la isla porque vecinos preocupados llamaban a la Policía a altas horas de la madrugada a causa de las fiestas que degeneraban. Entonces se encontraba con menores borrachos que armaban jaleo en el jardín con la música a todo volumen.

A veces, incluso había padres en la fiesta, que se acercaban tambaleándose para hablar con las fuerzas del orden. A menudo, estaban tan borrachos como sus hijos y no eran particularmente agradables. Pero como tenían estudios superiores sabían exactamente qué atribuciones tenían los policías. Se reducían a pedirles de manera educada que bajaran la música y pensarán en los vecinos. No podían hacer más que eso.

A Thomas no le cabía en la cabeza que hubiera personas adultas que creyeran que podía salir algo bueno de organizar fiestas con sus hijos y los amigos de estos, pero lo había visto unas cuantas veces en Sandhamn.

—¿Cómo se llama el chico? —preguntó Thomas.

—Jakob.

—¿Jakob qué? ¿Recuerdas su apellido?

—Sandgren, creo. Puedo preguntárselo a mi madre, seguro que ella lo sabe.

—¿Pasó algo particular entre Lina y Jakob? —dijo Margit.

—Una noche, en una fiesta, se puso a darse el lote con otra chica. Lina lo vio y se cabreó. Le gritó que se fuera a la mierda. En realidad, creo que se alegró de tener una excusa para cortar con él. Se sentía mal en esa relación. Yo le dije varias veces que debería dejarlo.

—¿Por qué querías contárnoslo? —le preguntó Margit.

—Porque se enfadó mucho cuando ella cortó con él. Fue horroroso. Era como si la estuviera amenazando.

—¿En qué sentido?

—Dijo que a él no lo dejaba ninguna chica hasta que él no decidía que se había terminado, que Lina se iba a arrepentir.

—¿Hizo algo contra ella? —preguntó Margit—. ¿La agredió físicamente?

Louise se toqueteaba una cutícula. Luego alcanzó el vaso y se bebió lo que quedaba.

—¿Era violento? —insistió Margit.

Está evitando responder a la pregunta, pensó Thomas. ¿Por qué lo protege o por qué no se atreve a decir nada?

—¿Habló de ello con sus padres? —siguió Margit, con la intención de enfocarle desde otro ángulo.

Una sonrisa falsa.

–No, no lo creo. No hablaba mucho con ellos. Marianne es una auténtica madraza y, además, a ellos les gustaba Victor. Yo creo que ni siquiera sabían que estaba con Jakob.

–¿Ese chico vive en la isla o es un veraneante? –preguntó Thomas.

–Vive en Estocolmo, en el centro. No sé dónde exactamente.

–Pero ¿estás segura de que Lina le tenía miedo?

–Sí –respondió Louise con un hilo de voz, y empezó a enrollarse un mechón de pelo en el dedo índice–. A Lina le parecía que era realmente desagradable. Después de aquello, evitaba encontrarse con él.

Louise se enrolló el mechón de pelo con más fuerza alrededor del dedo.

A este paso se lo va a arrancar, pensó Thomas.

–¡Mamá, despierta, mamá!

Una mano pequeña la sacudía con cuidado. Nora estaba profundamente dormida y trató de orientarse antes de abrir los ojos. La cara de Simon estaba a unos centímetros de la suya.

–¿Vamos a desayunar pronto? Tengo hambre.

Nora echó un vistazo al despertador. Casi las once. Había dormido nueve horas seguidas. Sentía el cuerpo pesado y entumecido.

–Mamá –insistió Simon–. Tengo mucha hambre. –Nora lo atrajo hacia sí.

–Sí, cariño, ya voy. Deja que me espabile, ahora preparo algo para comer. Ven, métete conmigo en la cama.

Levantó el edredón y Simon obedeció. El pelo le olía todavía al champú con el que se lo había lavado la noche anterior. Un perfume suave, a limpio, que Nora aspiró agradecida.

El recuerdo del intento fallido de espionaje de la noche anterior le vino a la cabeza y cerró los ojos sobre el hombro de su hijo.

–¿Ya estás despierta? –preguntó Simon impaciente–. Quiero desayunar. Tostadas con mermelada. Y leche con cacao.

Nora volvió a abrir los ojos con desgana.

–Enseguida, cariño.

Nevaba cada vez con más intensidad cuando Thomas y Margit regresaban al pueblo. Las máquinas quitanieves ya habían pasado, pero sus zapatos dejaban huellas en la nieve recién caída. Se oía un leve murmullo procedente de los pinos que bordeaban el camino.

Margit rompió el silencio.

–¿En qué estás pensando? No has dicho ni media palabra desde que salimos de la casa de los Hammarsten.

Thomas se detuvo.

–Estoy pensando en esos ritos de los que hemos hablado. Me pregunto si los jóvenes hicieron algo que se les fue de las manos.

–¿Te refieres a algún ritual que derivó en un asesinato? –Margit se frotaba las manos para entrar en calor–. A los jóvenes de hoy les puede dar por cualquier cosa. Pero Louise dijo que Lina no estaba metida en nada de eso.

–No, pero también mencionó que los meses anteriores a su desaparición no se veían mucho. Puede que Lina no le contara todo lo que hacía.

–No hemos encontrado casi nada que apunte en esa dirección.

–Tienes razón. Solo era una idea. –Thomas empezó a caminar de nuevo.

–¿A quién vamos a ver ahora?

–A Marianne Rosén, si se ha tranquilizado lo suficiente para poder hablar con ella. Tenemos que preguntarle si sabe algo de ese tal Jakob. Y de tus ritos. –Margit le lanzó una mirada irónica–. Además, podemos aprovechar para hablar con Hanna Hammarsten.

Caminaron unos minutos más y rodearon las pistas de tenis. Se veían algunas huellas de animales en la nieve que cubría las pistas.

–Creo que tal vez deberíamos ir a hablar con los padres de Sebastian –dijo Margit cuando pasaron junto al restaurante Seglar–. Su hijo era buen amigo de Lina. Puede que conozcan también a Jakob.

–¿Qué sentido tiene eso? Hace ya casi dos años que su hijo murió.

–Quizá sea una pérdida de tiempo, pero ya que estamos aquí y no hay muchas familias con hijos jóvenes de la edad de Lina...

–Sí, claro.

Thomas advirtió que sus objeciones tenían más que ver con el plano personal que con el profesional. Pero la idea de visitar a la familia Österman le resultaba desagradable.

–No tienes que acompañarme –dijo Margit, haciendo uso de su sexto sentido–. Ellos ya saben que eras tú quien conducía el otro barco.

Thomas comprendió a qué se refería. Aunque la investigación había demostrado su inocencia, podía ser duro para los padres que apareciera de repente en el porche de su casa.

Aún recordaba al matrimonio Österman cuando se vieron en el entierro. Thomas asistió para mostrarles su respeto. Se sentó en el último banco de la capilla de Sandhamn. La capilla estaba llena y Thomas conocía a muchos de los asistentes. El cura habló de lo efímero de la vida y de lo que aguardaba al otro lado, también para una vida joven apagada de forma prematura.

Pero cuando la pequeña procesión se dirigió lentamente hacia el cementerio, que estaba justo detrás de Fläskberget, él no la siguió. Se quedó fuera de la capilla. Hacía un día de finales de verano inusualmente bello y se sintió noqueado ante la ironía de estar rodeado de tanta belleza. El sol reverberaba en el mar que se extendía delante de él. El aroma de las rosas que florecían exuberantes por toda la isla le llegaba en suaves ráfagas. Se oía un niño a lo lejos que se reía de algo.

Cuando el cortejo fúnebre desapareció de su vista, Thomas se sentó en las escaleras que había delante de la puerta verde de la capilla. Ocultó la cara entre sus manos y lloró. Ni él mismo sabía si lo hacía por su propia hija o por el joven que acababa de morir. Lo único que tenía claro era que la tristeza que sentía era tan intensa que no la podía contener.

Poco a poco se tranquilizó, se puso las gafas de sol negras para ocultar sus ojos llorosos. Bajó hasta el barco, que estaba amarrado en el puerto, y volvió a Harö, a su casa.

Aquel recuerdo era aún una herida que no había cicatrizado.

–Nos dividimos –dijo–. Tú vas a casa de los Österman, y yo mientras tanto paso por casa de Marianne Rosén.

–Está bien. ¿Dónde viven?

–Justo al lado de la Casa de la Misión. Te lo enseño.

Sonó el móvil de Thomas. Respondió y habló unos minutos antes de guardarse el aparato de nuevo en el bolsillo trasero.

–Era Nora –aclaró–. Ha oído que estamos en la isla y nos invita a tomar café.

–De mil amores –dijo Margit–. Siempre estoy disponible para una taza extra de café.

En ese sentido, es la agente de policía perfecta, pensó Thomas. Margit siempre estaba dispuesta a tomarse un café. Y casi siempre los invitaban, por muy dura que fuera la información que iban a comunicar.

Él prefería el té, aunque solía aceptar el café. Pero el entusiasmo que su colega podía mostrar ante un filtro Melita goteando jamás podría sentirlo él.

–Entonces nos vemos allí cuando estemos listos.

–De acuerdo.

Sandhamn, 1925

Thorwald fantaseaba a veces pensando en cómo habría sido crecer en otra familia. Se imaginaba una familia con un padre amigable que le pasara el brazo por los hombros cuando acudían a misa los domingos. Una familia en la que la madre riera y tomara café en el jardín con otras mujeres.

Pero Vendela siempre iba con la cabeza gacha mirando el suelo. Casi nunca se relacionaba con el resto de las mujeres del pueblo, a pesar de que ya llevaba más de diez años viviendo en la isla. No tenía amigas y en contadas ocasiones venía alguien de visita a su casa. Su madre no era desagradable, pero no hablaba más de lo estrictamente necesario con las otras madres. Era como si siempre estuviera alerta ante la desaprobación del padre. Como si evitara empezar cualquier atisbo de amistad por miedo a tener que cortarla.

Como no era de Sandhamn, tampoco tenía familiares con los que reunirse. Sus padres seguían viviendo en Mōja, pero ya eran tan mayores y estaban tan enfermos que no se atrevían a salir de la isla. Thorwald apenas había visto a sus abuelos maternos durante los últimos años. Habían envejecido mucho. Sabía que tenía primos en Mōja, pero no recordaba su aspecto ni podría reconocerlos si los viera.

Estaba sentado a la mesa de la cocina, inclinado sobre los libros de la escuela, pero los pensamientos iban y venían. Vendela separaba un montón de ropa para lavar que estaba esparcida por el suelo, sobre las anchas tablas que se habían aclarado después de tantos años fregándolas con arena. La lavandería Kristin, es decir, Kristin Persdotter, que era una de las lavanderas del pueblo, pasaría pronto a recoger la colada del mes.

Habían cortado un gran agujero en el hielo, a las afueras de Fläskberget, y allí se podía ver a Kristin de rodillas por las tardes lavando la ropa. Luego la colgaba en cuerdas fuera de la casa. Podía tardar varios días en secarse con aquel aire húmedo y frío.

Cuando desaparecía el hielo, Kristin solía usar una barcaza de madera que se llamaba *La caja verde*. Remaba con la barca llena de ropa sucia hasta los

topes, y empezaba otra vez a frotar y a aclarar. Tenía siempre las manos rojas y los nudillos hinchados a causa del agua helada.

Thorwald deseaba que aquel largo invierno se acabara para que desapareciera la nieve de la entrada y aparecieran las manchas de hierba. Los geranios que su madre tenía en la ventana que daba al sur pronto echarían tallos de color verde claro.

–Thorwald. –Vendela levantó la vista del montón de ropa–. Cuida de tu hermana mientras ayudo a Kristin a sacar la ropa.

Kristina estaba encima del cajón de la leña leyendo el viejo libro de lectura de Thorwald. Tenía el pelo recogido en la nuca con un lazo, pero algunos mechones se habían soltado y se le rizaban alrededor de las orejas.

A su hermana le gustaba leer y meter la nariz en sus viejos libros escolares. Era mucho más lista que él y leía mejor, eso ya lo había comprendido desde hacía tiempo. Kristina había aprendido el alfabeto ella sola y lo recitaba de corrido. El padre solía sonreírle cuando ella, con un entusiasmo pueril, demostraba sus habilidades.

A Thorwald le parecía que no había forma de asimilar lo que ponía en los libros. Le bailaban las letras delante de los ojos. Le resultaba agotador el esfuerzo de ir silabeando las palabras escritas, letra a letra, palabra a palabra. De todos modos, cuando estaba en la escuela con sus compañeros de clase, no podía repetir lo que había aprendido. Se le hacía un nudo en la garganta y no le salía nada. A veces se quedaba despierto por las noches para repasar los deberes del día siguiente. Pero luego siempre acababa apareciendo el nudo. Y entonces la clase se llenaba de las risitas de los otros niños, que suspiraban y hacían muecas.

–Qué tonto –murmuraba alguien.

–Lee como un niño pequeño –se oía decir a otro.

Thorwald apretaba los dientes y lo intentaba de nuevo. Hacía como que no se enteraba de que se reían de él, aunque le dolía por dentro.

Su maestra, la señorita Edith, solía mirarlo con gesto preocupado cuando se atascaba en un párrafo. Era una mujer severa, pero no era mala. Había llegado a la isla unos años atrás. Utilizaba la vara mucho menos que el maestro anterior, el profesor Norby, y los niños le tenían afecto. Eso sí, no toleraba las tonterías.

En una ocasión, lo llamó durante el recreo. Ella estaba junto a la estufa negra de hierro y su perro salchicha estaba tumbado al lado disfrutando del

calor. Su mirada no era desagradable, solo preocupada, cuando le dijo que quería hablar con sus padres de las dificultades que tenía. Que quizá tuviera que repetir curso, sobre todo si pensaba ir al instituto, como era el deseo expreso de su padre.

Thorwald se puso como loco. Le rogó y le suplicó que no lo hiciera ante la cara de sorpresa de la señorita Edith.

–Pero Thorwald, por favor, yo solo quiero ayudarte. Veo que te esfuerzas y que no consigues mejorar.

Thorwald apretó los puños dentro de los bolsillos. No se atrevía a pensar en lo que podía ocurrir si llamaban a su padre de la escuela. Debía impedirle que se pusiera en contacto con sus padres.

–Mi padre está enfermo –dijo con la mirada fija en el suelo–. No hay que molestarlo. Eso ha dicho el doctor.

La mentira salió de sus labios sin que lo pudiera evitar, pero cumplió su objetivo.

–Vaya, no lo sabía. La última vez que lo vi en el puerto parecía muy sano. –La señorita Edith dejó el lápiz–. Si es así, tal vez no debamos empeorar las cosas.

Thorwald asintió con ansiedad. Ahora había pecado contra otro mandamiento, pero era mejor mentir que despertar la ira de su padre.

–Trabajaré más –prometió.

–¿Thorwald?

La voz de Kristina lo sobresaltó.

–¿Qué significa esto? –Su hermana tenía el libro abierto ante ella–. Si el gallo bebe agua de lluvia el día de san Matías, el 24 de febrero, el buey beberá sin hielo el día de la Anunciación.

Leía sin atrancarse. Las palabras fluían sin la menor dificultad. Thorwald sintió que la envidia se apoderaba de él. ¿Por qué era tan fácil para ella y tan difícil para él?

–Thorwald –insistió Kristina–. ¿Qué quiere decir esto?

–Que el hielo desaparece a finales de marzo si deshiela en febrero, ¿qué creías tú? –dijo en un tono más malhumorado de lo debido.

Los labios de Kristina temblaron. Ella había esperado recibir algún elogio

por lo bien que leía en voz alta.

–Lo has leído muy bien –añadió Thorwald en un tono algo más suave.

Kristina se puso muy contenta.

–¿Quieres que te lea algo más? –preguntó, y él negó con la cabeza.

–Tengo que hacer los deberes para sacar buenas notas.

Se le hizo un vacío en el estómago al pronunciar aquellas palabras. Thorwald sabía que su padre no había tenido la posibilidad de seguir estudiando cuando terminó la escuela primaria porque tuvo que contribuir al sustento de la familia. Gottfrid deseaba que cursara la carrera que él nunca pudo hacer. Pero sus notas eran demasiado flojas para proseguir con los estudios.

–¡Eres tonto! –gritó Gottfrid cuando vio las notas que llevó a casa en Navidad–. Tendré que meterte a golpes algo de entendimiento en la cabeza.

Thorwald no sabía cómo iba a poder subir las notas lo suficiente para poder entrar en la escuela de la península, ni siquiera repitiendo un año. Su talento estaba en las manos, no en la cabeza. Lo que resultaba tan fácil para Kristina era difícil para él, por más que lo intentara.

Soy un tonto, pensaba y volvía a inclinarse sobre el libro, un tonto que no sirve para nada.

Louise miraba distraída la pantalla. Seguía sentada en el sofá del salón con las piernas recogidas entre los brazos. Tan pronto como se fueron los agentes se conectó al chat, pero no escribió nada. Dudaba. ¿Debía comentar las preguntas que le habían hecho?

Se mordió indecisa la uña del pulgar. ¿Tenía que haber guardado silencio acerca de Jakob? El malestar crecía dentro de ella. Si él se enteraba de lo que les había contado a los policías, se pondría furioso. Era horrible ver cómo se transformaba. Podía volverse un salvaje, ella lo había presenciado varias veces. Pero cuando estaba normal, Louise podía comprender por qué le gustaba a Lina. Era muy guapo y uno de los chicos más populares de la isla, además de un experto en los deportes de vela. Todas las chicas iban detrás de él.

En secreto, Louise había sentido un poco de envidia de Lina cuando se lio con Jakob, pese a que él la tratara tan mal, sobre todo cuando estaba borracho. Louise no conocía a nadie que cambiara tanto con el alcohol. La mayoría de sus amigos se volvían bocazas y gritones, pero nada más. Si bebían demasiado, al final se quedaban dormidos o tenían que ir a la vuelta de la esquina a vomitar. Pero Jakob se volvía agresivo, se podía poner como loco por cualquier cosa.

Se mordió tanto la uña que empezó a sangrarle un poco. Ojalá no descubriera que había hablado sobre él con los policías.

Cuando Margit tocó el timbre de la casa del matrimonio Österman, la puerta se abrió al momento. Una mujer obesa que pasaba de los cincuenta estaba delante de ella. Vestía unos pantalones anchos y un jersey verde de punto y llevaba el pelo gris peinado hacia atrás. Miró inquisitiva a Margit, que se había quedado en el umbral de la puerta.

Margit se presentó enseguida y le preguntó si podía pasar.

–Sí, claro –respondió Ingrid Österman en voz baja.

La guio hasta un pequeño cuarto de estar justo al lado de la entrada. A lo largo de una de las paredes había un sofá y sillas de madera de pino con cojines a rayas marrones.

–¿Quieres un café? –le preguntó sin apenas girarse hacia ella.

Margit la miró con amabilidad. Preparar café era un ritual que solía tener un efecto tranquilizador en la mayoría de las personas a las que visitaba por su profesión.

–Sí, gracias –contestó–, si no es mucha molestia.

Ingrid Österman se dirigió a la cocina. El sonido de algo que se vertía le indicó que ya tenía café preparado en un termo.

Se sentó en el sofá a rayas. En las paredes colgaban láminas enmarcadas y alguna que otra acuarela con motivos isleños. Un aparador antiguo de caoba pulida destacaba entre el resto del mobiliario. También había una fotografía grande enmarcada. Mostraba a un joven al final de la adolescencia. Parecía una foto del álbum escolar, Margit reconoció el fondo azul que se solía utilizar.

La sonrisa y las ilusiones que se reflejaban en los ojos del joven le hicieron suspirar para sus adentros. Sebastian solo tenía diecisiete años cuando murió. Qué despropósito.

Margit no pudo evitar pensar en sus hijas y en la discusión constante sobre los horarios y las normas de comportamiento. En su profesión había visto a demasiados jóvenes en un lamentable estado de embriaguez. Había llevado a casa a jóvenes drogados que no tendrían más de trece años. Ella sabía muy bien lo que pasaba en las calles y en los barrios de Estocolmo. Había impuesto sus normas basándose en ese conocimiento.

No era capaz de imaginar cómo se podía seguir adelante después de perder a un hijo. ¿Cómo sobrevivir tras semejante pérdida? Preguntas a las que ahora Marianne Rosén también debería enfrentarse, pensó Margit.

Ingrid Österman volvió con una bandeja con dos tazas y un termo. Miró tímidamente a Margit y acercó una jarrita con leche antes de sentarse.

–Me gustaría hacerte unas preguntas que tienen que ver con Lina Rosén, la joven desaparecida. No nos llevará mucho tiempo. Espero que no tengas ningún inconveniente –empezó Margit.

La mujer asintió.

–Según tengo entendido, tu hijo la conocía. –Margit miró la fotografía del

aparador.

Ingrid Österman volvió a asentir con la cabeza.

—¿Solían hacer cosas juntos?

—Los dos trabajaban en la panadería durante las vacaciones de verano. Sebastian trabajaba en el obrador y Lina despachaba en la tienda con las otras chicas.

—¿Te contó Sebastian algo especial acerca de Lina? Ingrid Österman respondió con una pregunta.

—No, ¿a qué te refieres?

—No sé. Estamos intentando recabar más información sobre ella —dijo Margit con amabilidad.

Se acercó la taza a la boca. El café era bastante flojo.

—¿Tienes alguna idea de lo que puede haberle ocurrido a Lina?

—No, lo siento.

Parecía difícil sacarle algo a Ingrid Österman. Quizá llevara razón Thomas, no valía la pena hurgar en viejos recuerdos. Pero recordó sus reflexiones y continuó.

—Me pregunto si tu hijo solía navegar mucho por la red. ¿Sabes si chateaba?

Ingrid Österman parecía ruborizada.

—No se conectaba mucho a esas cosas.

—¡Qué bien! —exclamó Margit—. Suele ser difícil impedir que los jóvenes se despeguen del ordenador.

Sus hijas se pasaban el día colgadas a sus portátiles chateando con toda clase de amigos, que Margit no sabía quiénes eran y a los que, por supuesto, nunca había visto. Cada vez que ella se acercaba, bajaban la pantalla de golpe.

—No tenía ordenador, no podíamos permitirnoslo.

Margit se podía haber mordido la lengua. Mierda, pensó.

—Entiendo.

Bebió otro sorbo de café mientras pensaba qué decir para suavizar sus palabras tan poco acertadas.

—¿Está tu marido en casa? —dijo finalmente.

—No.

—¿Trabaja?

La mujer negó con la cabeza.

–Ya no. Lo jubilaron hace años en una negociación sindical. Cuando la Administración de la Marina sueca recortó la plantilla.

–¿Llevaba allí mucho tiempo?

–Sí, toda su vida. Pero en ese momento tuvieron que reducir gastos, como en todas partes. –Sonrió amargamente–. Así que tuvo que dejarlo. Con cincuenta y siete años, después de toda una vida al servicio del Estado. Dicen que hay que dinamizar las zonas poco pobladas, pero a la hora de la verdad...

Bajó la vista.

–¿Qué tal se lo tomó?

–No muy bien. Los últimos años han sido duros para nosotros.

Volvió de nuevo la cara como si se avergonzara. Margit percibió que se tensaba, por un momento pareció que iba a empezar a llorar, pero se tranquilizó y comenzó a recoger unas migas que había en el mantel.

A Margit le dio pena. Primero su marido perdió el trabajo y después murió su hijo. La vida no era justa.

–¿En qué trabajas tú? –le preguntó con un tono respetuoso.

–Hago un poco de todo. Ayudo en la guardería, que ahora está cerrada. Hay muy pocos niños en la isla. También limpiaba en el hotel Seglar. Pero desde que murió Sebastian no he tenido fuerzas para casi nada. He estado la mayor parte del tiempo de baja, como ahora.

–Era hijo único, según tengo entendido.

Ingrid Österman asintió y se le empañaron los ojos.

–Sí, no tuvimos más. Yo tenía treinta y siete años cuando nació Sebastian.

Entonces no debía de tener ni cincuenta y siete años, pensó Margit. Aparentaba diez años más.

–Fue un parto difícil –continuó Ingrid Österman–. Estuvo a punto de morir. Estaba mal colocado, con los pies por delante. Fue un milagro que sobreviviera.

Se le deslizó una lágrima por la mejilla.

–Y luego murió de todos modos.

Margit dejó que Ingrid se tranquilizara un poco. Después hizo un último intento.

–¿Puedo preguntarte otra cosa? ¿Tenía Sebastian, o sus amigos, algún interés por la mitología nórdica o por la antigua religión Ásatrú?

–Que yo sepa, no.

–Me refiero a las antiguas ceremonias, los rituales con ofrendas y esas

cosas.

Ingrid Österman parecía confusa.

—¿Por qué preguntáis esas cosas tan raras de mi hijo?

Se le habían encendido las mejillas. Margit se retorció en el sofá.

La conversación no fluía en absoluto en la dirección que ella deseaba. Al contrario, la mujer que tenía delante parecía cada vez más alterada.

—¿No es suficiente con que haya muerto? Además, por culpa de un policía. ¿Es que no podéis dejarnos en paz?

Margit hizo caso omiso del comentario.

—Me voy ya, pero me gustaría hacerte una última pregunta. ¿Solía salir tu hijo con un chico que se llama Jakob Sandgren?

—No creo —dijo Ingrid Österman—. ¿Qué aspecto tiene? ¿Vive en la isla?

—La verdad es que no sé cómo es —reconoció Margit—. Pero, no, no tiene su residencia permanente aquí.

Ingrid Österman lanzó una mirada a la fotografía de su hijo. El triste recuerdo hablaba por sí solo. Las manos se agitaban nerviosas contra las rodillas, como si tuvieran vida propia.

Margit se levantó.

—Gracias por atenderme. No te molesto más.

—No te preocupes. No iba a ir a ningún sitio.

El desaliento de sus palabras seguía resonando en el interior de Margit cuando volvió a salir al frío.

–**P**apá quiere hablar contigo.

Simon le dio el teléfono y Nora fue consciente de que no se podía librar. No podía colgar delante de su hijo así como así. Alcanzó el inalámbrico a regañadientes, se levantó de la silla de mimbre y fue hasta la cocina para que Simon no la oyera.

–Sí.

–Por fin. ¿Sabes la cantidad de veces que he intentado hablar contigo? ¿Por qué no me devuelves las llamadas?

–Porque yo no quiero hablar contigo.

–Pero, por favor, tienes que ser un poco razonable.

–¿Por qué?

Era consciente de que sonaba como una niña testaruda, pero no podía evitarlo.

–No puedes actuar como si yo no existiera. Al menos tendremos que hablar del futuro. Y de los niños. ¿Qué tal están Adam y Simon?

–Están bien.

Henrik suspiró en el auricular.

–Nora, comprenderás que no puedes seguir en Sandhamn. Puede ser peligroso. Quiero que cojas a los niños y que regreséis a casa ahora mismo.

Aquella voz familiar le partía el alma. Era peor, mucho peor cuando se mostraba preocupado que cuando gritaba.

–¿No podrías volver a casa?

Estuvo a punto de ceder ante su ruego. Recordó sus manos suaves acariciando su mejilla, el olor que tantas veces había respirado. Nos queríamos, pensó mientras las lágrimas le arrasaban los ojos. Me gustabas tanto, Henrik...

La imagen que la había perseguido las últimas noches apareció en su retina. Su cuerpo desnudo con otra mujer, piel contra piel. La cama de su dormitorio mancillada. No quería dormir a su lado nunca más. No quería ni siquiera volver al chalé adosado de Saltsjöbaden.

Le dolía la garganta. Tuvo que hacer un esfuerzo para hablar.

–Me pienso quedar aquí. Necesito pensar con tranquilidad. –Apretó los puños para no empezar a llorar.

Henrik alzó la voz.

–Escúchame. Estoy realmente preocupado por vosotros. No quiero que permanezcáis ahí.

–Nos quedaremos toda la semana. Será lo mejor.

–Por Dios, Nora. Si no vienes con los niños, iré a buscarlos. No podéis estar en la isla. No lo consiento.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

–Atrévete a aparecer por aquí.

–¿Quién eres tú para decirme lo que puedo o no puedo hacer? También son mis hijos.

Nora tomó aire.

–Eso deberías haberlo pensado antes de irte a la cama con esa mujer.

–Se llama Marie.

–Me importa un bledo cómo se llame.

¿Era ella la que gritaba así? Tenía que calmarse. Simon estaba jugando al lado, en el cuarto de estar. No debía asustarlo.

–No te pongas histérica ahora. Tenemos que hablar como personas adultas, ¿es mucho pedir?

Sí, así que era eso.

–Como pongas un pie en la isla, llamo a la Policía. Nora oyó que Henrik tomaba aire.

–¿Estás mal de la cabeza?

–Y te denuncio en el hospital por mantener una relación con una enfermera. ¿Qué dice el código deontológico de eso, eh?

Aquellas palabras tan agresivas la sorprendieron. No se reconocía a sí misma.

El sentimiento de humillación le impedía frenarse, pero no pensaba retractarse de nada. Que Henrik se atuviera a las consecuencias. No era ella la que los había puesto en aquella situación.

Al parecer, la amenaza surtió efecto.

–Habla cuando te hayas tranquilizado. Te llamaré más tarde.

Henrik colgó y ella permaneció sentada con el teléfono en la mano. Nunca había caído tan bajo como en ese momento. Se tapó la cara con las manos.

Sandhamn, 1926

Se habían levantado temprano, un poco antes de las cuatro de la madrugada, antes de que saliera el sol. Vendela les había preparado un apetitoso paquete con comida y sucedáneo de café de guisantes recién hecho. Les había puesto panceta frita y pan.

El padre sacó las escopetas y bajaron hasta el embarcadero del norte. Allí estaba, amarrado al abrigo del viento, el barco de remos alquitranado. Thorwald vio a lo lejos que sus vecinos, los Bergström, cargaban su barco con el mismo propósito. Había empezado la temporada de caza de primavera.

Sentía una ligera agitación de alegría que le recorría por dentro. Era emocionante poder acompañar a su padre de caza. Solo pensaba en dar lo mejor de sí. Solían cazar serretas, eíderes y patos de cola larga, y la nueva escopeta belga de dos cañones, que el padre había encargado en Estocolmo, parecía un buen arma.

La primera vez que Thorwald lo acompañó a cazar aves marinas tenía solo nueve años y apenas levantaba la escopeta. Al día siguiente, tenía toda la mejilla y el hombro de color azul y amarillo. Era muy pequeño para resistir el retroceso de la culata. Pero el orgullo que sintió cuando el padre elogió las piezas que cazó fue inmenso. Y desde entonces le gustaba la caza de primavera.

Remaron con fuerza hacia los islotes exteriores, donde tenían derechos de caza. Se trataba de situarse en el lugar correcto con respecto a la bandada de aves, de lo contrario te arriesgabas a que la caza fuera un fiasco.

Antes de volver a casa había que recoger también los huevos, sobre todo los de eíder, muy apreciados en la familia por sus yemas rojizas.

Thorwald sabía que el rostro de su madre estallaría en una amplia sonrisa si él regresaba con la cesta llena de huevos. Entonces, durante los próximos días, comerían sopa con grasa de ave y delicioso panqueque al horno.

El padre remaba en silencio. Thorwald se relajaba sentado en la proa, sabía que a Gottfrid le gustaba salir de caza y que solía estar de buen humor en esas ocasiones, sobre todo si la caza se les daba bien.

Y esta vez iría bien.

El año pasado había fallado el tiro continuamente y, al final, el padre le dio una bofetada y le quitó la escopeta. Pero las últimas semanas Gottfrid había estado inusualmente satisfecho. Lo habían ascendido un grado en el escalafón y Vendela le había cosido un nuevo distintivo en el uniforme. Cuando volvió a casa y contó la noticia traía consigo caramelos de la tienda del pueblo para los dos niños. Se sentaron a la mesa de la cocina mientras el padre les relataba el elegante nombramiento.

El mismísimo inspector de Aduanas se había acercado hasta la mesa de Gottfrid para felicitarlo. Se estrecharon la mano y Gottfrid recibió un documento con un imponente sello.

Vendela sonrió comedida ante el orgulloso relato y Kristina se colgó al cuello del padre en cuanto vio los caramelos.

—¡Gracias, querido padre, muchas gracias! —exclamó con su voz tan clara.

El padre se rio de su fogosidad infantil y le alborotó el pelo. Incluso Thorwald recibió excepcionalmente una palmadita en el hombro. Fue uno de los mejores momentos que podía recordar en compañía de su padre. Por eso se puso especialmente contento cuando Gottfrid le dijo que podría ir con él de caza.

El padre batía los remos con fuerza. Bajo la brisa de la mañana, el agua se ondulaba en olas apenas visibles y las islas se deslizaban delante de ellos como sombras.

Finalmente llegaron. Antes de desembarcar pusieron los señuelos, piel de ave untada por dentro con brea y cal y rellena con hojas de helechos cortadas. Funcionaban como reclamos para las deliciosas aves. Luego remaron el último trecho hasta llegar a tierra y escondieron la barca entre las rocas.

Hacía un frío húmedo y cortante, pero ahora la oscuridad empezaba a ceder ante el tenue color rojizo del cielo. Pronto asomó un pálido sol amarillo rojizo y, en el horizonte, se divisaron unos islotes grises. Thorwald llevaba la escopeta pequeña mientras caminaban por el islote y el padre la nueva, bien agarrada. Las gotas de rocío brillaban sobre los líquenes.

Se oyó un tiro a lo lejos. Debían de ser los Bergström. Padre e hijo solían cazar en el islote de al lado. Cuando la bandada voló sobre el refugio de los vecinos, el padre arrugó la frente. No deseaba que los otros isleños cazaran la mejor pieza delante de sus narices.

—Chico, ven aquí —dijo Gottfrid.

Tenía la mirada fija en algo gris que se acercaba por el cielo. La luz era aún muy débil y Thorwald tuvo que entornar los ojos para poder distinguir algo. Pero unos segundos después comprendió lo que era. Se acercaba una bandada de eíderes. Volaban con las alas extendidas y los cuellos estirados. Se mantenían a distancia unos de otros, con una precisión exacta pese al rápido batir de alas.

Thorwald sonrió. El fino plumón era un botín muy codiciado. Su madre se alegraría mucho. Vio de reojo que su padre también parecía contento. Tras el pescado en salazón del invierno, un ave marina recién cazada iba a saber bien, aunque la carne oscura del eíder fuera dura y tuviese que cocerse muchas horas para que estuviera tierna.

Thorwald se colocó la escopeta en el hombro y aguardó. La escopeta pesaba, pero apuntó con precisión. Tenía muchas ganas de demostrarle a su padre que podía tirar bien, que se merecía poder salir con él de caza.

En unos instantes, la bandada estaría a tiro.

Thorwald sostenía el peso del cuerpo sobre la rodilla derecha, apoyada sobre los líquenes mojados de la roca. Ajustó un poco el peso para tener la escopeta bien sujeta. La roca estaba resbaladiza y él sabía lo fuerte que podía llegar a ser el retroceso.

Pero precisamente cuando estaba a punto de disparar, se oyó otro tiro desde el islote vecino. Se sobresaltó y no pudo evitar que se le disparara la escopeta.

Un montón de perdigones pasaron volando al lado del padre y acabaron en el agua; el retroceso hizo que Thorwald perdiera el equilibrio. Agitó las manos en busca de apoyo, pero no había nada a lo que agarrarse. Cayó de cabeza por el borde de la roca y se quedó tirado en un saliente.

La escopeta se le resbaló de las manos y desapareció.

Thomas observaba el metal negro del móvil mientras pulsaba las letras. No podía dejar de pensar en Pernilla. Hacía tiempo que no se sentía tan animado como cuando cenaron juntos. Bastaba con darle a una tecla para que apareciera su número de teléfono. ¿Un mensaje corto era adecuado?

«Gracias por una cena tan agradable. Fue maravilloso volver a verte», Thomas.

Estuvo a punto de pulsar la tecla y enviarlo, pero dudó. Maravilloso quizá no fuera la palabra adecuada. La borró y escribió «un placer» en su lugar. Un placer, sonaba frío y formal. Lo volvió a borrar y tecleó que había sido divertido volverla a ver.

Pero seguía dudando. ¿Y si se lo tomaba mal? Fue ella quien pidió el divorcio. Que hubieran cenado juntos no significaba que quisiera que él entrase de nuevo en su vida. Había sido sorprendentemente generosa al ponerse en contacto con él, más aún teniendo en cuenta que él le había echado la culpa de la muerte de Emily.

Era patético dar señales de vida con un mensaje de texto mal redactado. Siguió caminando mientras trataba de decidirse. Una sola cena por los viejos tiempos no era suficiente para colgarse otra vez de ella. Ciertamente mencionó que estaría encantada de que se volvieran a ver, pero ¿lo dijo sinceramente? Puede que no fuera más que una forma educada de despedirse. De esas que se dicen sin pensar.

Después de mirar una vez más la pantalla, donde el número de Pernilla aún permanecía iluminado, se guardó de nuevo el móvil en el bolsillo.

Ya casi había llegado a la casa de la familia Rosén y luego iría a tomar café a casa de Nora.

El vaho permanecía como un penacho alrededor de la boca de Nora. Villa Brandska estaba rodeada de nieve, lo que dificultó su avance desde la verja

de entrada hasta la puerta. La capa de nieve de la escalera tenía varios centímetros de espesor y sus botas se hundían profundamente. Limpió la escalera con la escoba que, en previsión, había llevado consigo y dio la vuelta a la llave.

Como de costumbre, se puso contenta nada más abrir la puerta. A pesar de todas las cosas tristes que habían pasado, sintió un estremecimiento de alegría al entrar en la casa. Era curioso que un lugar pudiera significar tanto, pero ya desde pequeña, cuando iba de visita a Villa Brandska, le gustaba entrar en aquella casa tan bonita, con sus techos altos y sus ventanas de filigrana. La araña de cristal del comedor y el reloj de pie de Mora eran para ella una imagen entrañable, y se detuvo en el umbral para disfrutar de la maravillosa vista. Pese a que el día estaba nublado, se podía divisar la ensenada, donde el viento fustigaba las crestas blancas de las olas.

La temperatura en el interior de la casa era apenas de unos pocos grados, así que se dejó el abrigo puesto. Había bajado la calefacción al mínimo para ahorrar gastos, aunque no se atrevía a quitarla del todo. Las temperaturas bajo cero no eran buenas para una casa tan antigua.

Recorrió las habitaciones despacio y comprobó que las ventanas estaban bien cerradas y que todo se encontraba en orden. No había ninguna presa en las ratoneras, lo que la hizo respirar aliviada. Vaciar las ratoneras era una tarea de la que se solía encargar Henrik. No se consideraba una remilgada, pero la idea de sacar el cuerpo muerto de un ratón del pequeño artilugio metálico la hacía estremecerse.

Se sentó un momento en la biblioteca y apoyó la cabeza en el pequeño cojín bordado que colgaba del respaldo del sillón orejero. Viejos libros con elegantes letras doradas en los lomos llenaban las estanterías de las paredes. Varias obras de August Strindberg, que había pasado varias temporadas en Sandhamn, compartían espacio con títulos de Verner von Heidenstam o Selma Lagerlöf.

Tengo que leerlos alguna vez, pensó Nora. Debía de ser interesante hojear esas ediciones tan antiguas.

En aquella atmósfera tan acogedora consiguió que sus músculos se relajaran. Recordó lo cerca que había estado de aceptar vender la casa ante la insistencia de Henrik. Aún podía oír las voces impertinentes de los compradores, suecos ricos con residencia en Suiza que la habrían destrozado con sus horribles proyectos de reforma.

Sobre Villa Brandska reinaba una sensación de quietud. Como si la casa descansara a la espera de ser ocupada por una nueva familia. Sus paredes desprendían un sosiego que le servía de consuelo. Ya iba siendo hora de tomar posesión de ella.

Recorrió la estancia con la mirada. La escarcha cubría los cristales de las ventanas. Parecía como si alguien hubiera dibujado minuciosamente con un pincel minúsculo aquellos pequeños trazos blancos para que formaran bellos motivos florales.

La invadió una profunda añoranza de la tía Signe. Le gustaría tanto que su vecina aún estuviera viva. Signe sabía escuchar, ella habría comprendido cómo se sentía.

«Pero, mi niña, está claro que lo de Henrik no es culpa tuya –le habría dicho—. Ahora debes pensar en ti y en los niños. Eres una mujer inteligente y razonable, superarás también esto.» Después habría sacado unas pastitas caseras de frambuesa y le habría servido un té. Se habrían sentado en la terraza y habrían seguido hablando de cómo debía actuar ante la complicada situación en la que se encontraba. Y a Nora la habría hecho sentirse mucho mejor.

Se levantó del gastado sillón suspirando. Echaba realmente de menos a su querida «segunda abuela». Susanne, la madre de Nora, estaba siempre tan preocupada que le resultaba difícil compartir con ella sus propias preocupaciones. La cosa solía terminar con Nora consolándola, y en esos momentos no se sentía capaz.

Realizó un movimiento distraído con el brazo y volcó un pisapapeles que había encima de un antiguo secreter. La pesada pieza cayó al suelo con tal estrépito que levantó una nube de polvo. Nora se apresuró a recogerlo. Le hacía falta una buena limpieza al secreter, observó. En realidad, toda la casa necesitaba una limpieza a fondo, pero durante el otoño Nora no había tenido ni tiempo ni ganas. Pasó el índice por la superficie, donde se dibujó inmediatamente una línea bien clara.

El mueble era de madera de cerezo y los tiradores, de cobre, se habían oscurecido después de tantos años a causa del clima húmedo del archipiélago. Era un bonito mueble hecho a mano que le recordaba que tanto los padres de Signe como los abuelos paternos habían vivido allí.

Abrió al azar el cajón superior. Encontró un revoltijo de lápices, papeles viejos y una pluma de ganso que, posiblemente, hacía muchísimo tiempo,

habría servido para escribir. Seguro que a Simon le haría gracia. La puso a un lado para llevársela a casa.

En el segundo cajón, lo mismo. Pero el cajón de abajo del todo, que era el doble de alto que los otros, parecía diferente. Contenía una caja vieja de zapatos cerrada con una cinta de seda roja que despertó su curiosidad.

La levantó y desató con cuidado la cinta. Cuando abrió la tapa vio que contenía cuadernos primorosamente colocados unos encima de otros. Nora cogió uno de los que estaban arriba y lo abrió expectante. En la parte superior de la primera hoja ponía: «Pertenece a Karolina Brand». La letra era infantil y algo recargada.

Nora tuvo que hacer memoria. Karolina Brand tenía que ser tía paterna de Signe. Había nacido cuando empezó la Primera Guerra Mundial, si Nora no recordaba mal. Lo que significaba que debía de tener unos doce o trece años cuando inició aquel diario, fechado en 1927.

Se sentó en una silla con el diario en la mano y empezó a hojearlo. Las hojas estaban descoloridas, pero aún se podía leer lo que había escrito. El estilo no era tan anticuado como Nora esperaba.

Karolina escribía en el diario con intervalos de varios días.

10 de junio de 1927

Voy a acompañar a mi querida madre al taller de costura de la Casa de la Misión después de cenar. ¡Va a ser muy interesante!

En la catequesis del domingo contesté correctamente a muchas preguntas. Madre estaba satisfecha y me elogió al volver a casa. El pobre Thorwald contestó mal varias veces y su padre se enfadó mucho con él.

A mí me dio mucha pena. Se puso rojo, apenas podía articular palabra. Es muy tímido, eso es todo. Pero es razonable y sensato. Lo puedo ver en sus ojos.

14 de junio de 1927

Hoy por la tarde he estado jugando con Missan. Debe de ser la gata más bonita de la isla, y muy lista, entiende todo lo que digo. Luego estuvo echada mucho tiempo en mis rodillas y ronroneaba muy mimosa.

20 de junio de 1927

Mañana es el solsticio de verano. ¡Oh!, qué divertido va a ser. Vendrá

gente de todos los sitios, de Harö y de Möja. Seguro que acuden los fareros de Grönskär, como siempre. Por la mañana, vamos a remar hasta Kroksö para buscar ramas de abedul y flores con las que adornar el poste floral.

¡Ojalá madre me dejara ir a bailar como a André! Dice que hasta que no cumpla los trece, nada de nada. Tengo tantas ganas de que llegue ese momento. Sería fantástico poder ir.

Nora tiritó. El frío se hizo sentir y se le habían empezado a adormecer los dedos de los pies. Era hora de volver a su casa calentita. Thomas y su colega no tardarían en llegar para tomar un café.

Acarició levemente la cubierta negra del cuaderno y sonrió con nostalgia. Habían pasado ochenta años desde que Karolina escribiera el diario, pero aún seguía viva en sus páginas.

Se levantó con la mirada fija en los diarios. Le interesaban, había algo cautivador en los relatos del pasado.

Fue hasta la cocina y sacó una bolsa de plástico de un armario que había debajo de la encimera y guardó con cuidado algunos de los desgastados diarios. No pasaría nada porque los hojeara un poco más por la noche. Aquellas viejas anotaciones quizá la pudieran distraer para poder dormirse a una hora sensata.

Sandhamn, 1926

El pánico que se apoderó de él cuando se dio cuenta de que había perdido la escopeta fue peor que cualquier cosa que hubiera sentido antes.

Le sangraba la nariz, pero eso no le preocupaba.

Se apresuró a deslizarse por el último tramo de roca. Desde allí observó fijamente el agua turbia. Podía tener varios metros de profundidad, era imposible ver más que unos centímetros por debajo de la superficie. Si la escopeta se había caído al agua, no volvería a recuperarla nunca.

Su padre se pondría furioso.

Con la cabeza hacia adelante buscaba el arma con la mirada, pero lo único que vio fue el reflejo de sus ojos aterrados. Las escopetas eran caras y sabía lo escrupuloso que era su padre con el dinero.

La sangre que le salía de la nariz formó un charquito en la roca e iba cayendo en una grieta donde se mezclaba con el agua de lluvia.

Thorwald se puso de rodillas. Estiró la mano y la introdujo en el agua helada, pero no tocó el fondo ni ninguna otra cosa. Se le mojó la manga al intentarlo una y otra vez.

Entonces oyó pasos que se acercaban. Su padre tenía que haber dado la vuelta para bajar hasta allí. Thorwald volvió a introducir el brazo febrilmente, buscando la escopeta.

—¿Dónde tienes la escopeta? —El padre estaba justo a su lado.

—No lo sé —contestó Thorwald en voz baja—. Padre, por favor, no te enfades. Se me resbaló de las manos. Fue sin querer, lo prometo.

La mirada de su padre bastó para que el chico no dijera nada más. Luego vino el tremendo bofetón.

Thorwald cayó al suelo del impacto y se golpeó la cabeza contra la roca. Al tratar de levantarse, apenas oía por el oído derecho. Le zumbaban los dos oídos y todo le daba vueltas. Intentó fijar la mirada, pero lo veía todo borroso. Pasaron unos minutos antes de que pudiera arrastrarse hasta ponerse de rodillas. Aún estaba mareado y aturdido cuando al fin se puso de pie.

—Desnúdate.

Thorwald dudó. ¿Qué quería decir?

–Ya has oído lo que te he dicho, si no tendrás que entrar con la ropa puesta.

Thorwald se quitó la ropa con torpeza. La temperatura era de tan solo unos grados e inmediatamente empezó a tiritar.

–Tírate. Y no salgas sin la escopeta.

Gottfrid hablaba en voz baja, pero no le dejaba opción.

Thorwald hizo un último intento de escrutar en la oscuridad. Después entró en el agua dando zancadas, tomó aire y dejó que su cuerpo se sumergiera.

Todo estaba negro, no veía nada y el frío se le clavaba en el cuerpo como uñas afiladas. No era tan profundo como él había pensado. Enseguida tocó fondo, pero lo único que notaba eran algas pegajosas y zosteras.

Cegado, buscaba a tientas la escopeta. No se atrevía a subir a la superficie sin ella y se obligó a permanecer unos segundos más. Pero al final era como si le fueran a estallar los pulmones. Necesitaba tomar aire.

Cuando su cabeza quebró la superficie del agua, se cruzó con la mirada del padre. Gottfrid estaba sentado en cuclillas en la roca y miraba a su hijo como si deseara que estuviera muerto.

–¿La has encontrado?

–Por favor, déjame salir.

Su voz sonaba como la de un niño de cinco años, una voz infantil clara y chillona que ni el propio Thorwald reconocía. Le castañeteaban los dientes a causa del frío y las palabras le salían entrecortadas.

–Lo haré todo como quieras. Nunca más volveré a perder nada, pero déjame subir. Estoy helado.

Thorwald empezó a llorar. No había sentido tanto frío en toda su vida. Si se ponía de puntillas, el agua le llegaba justo hasta la barbilla. Los dedos se le habían dormido y ya no sentía los pies.

Ahora voy a morir, pensó, voy a morir.

Recordó la vez que robó las manzanas y su padre sacó la navaja de afeitar. Entonces temió que, dejándose llevar por la furia, su padre lo matara, pero le bastó con raparle la cabeza. Ahora había vuelto a liarla y solo era culpa suya. Se merecía morir. No era digno de otra cosa.

Gottfrid suspiró pesadamente. Su rostro surcado señalaba hacia el mar, más allá de donde estaba Thorwald. Durante unos segundos pareció ausente,

como si le hubiera asaltado algún viejo recuerdo que eclipsara el sonido de los sollozos lastimeros de su hijo.

Thorwald tomó aire y se sumergió bajo la superficie una última vez. Buscó el arma a tientas en el fondo del agua helada y de repente tropezó con algo duro y alargado.

Ahí estaba.

Con los músculos agarrotados se dirigió hacia la orilla. Le tendió la escopeta al padre, que la cogió antes de sacar al hijo del agua. Un tirón fuerte y Thorwald estaba arriba. Cayó de rodillas, como en oración, sin poderse mover. Las piernas le tiritaban tanto que no podía ponerse de pie.

El padre comenzó a caminar hacia el barco.

Con las últimas fuerzas que le quedaban, Thorwald consiguió levantarse. Recogió el montón de ropa y se vistió como pudo. Luego siguió al padre dando traspies. El padre ya había empezado a preparar la barca. La estaba empujando dentro del agua y se subió a ella.

Durante las horas que duró el viaje de vuelta Gottfrid no abrió la boca. Iba sentado detrás de Thorwald con gesto resuelto, y el sonido de su pesada respiración se mezclaba con los tiros procedentes de los islotes a los lados.

Thorwald remaba todo lo rápido que podía para subir la temperatura del cuerpo. Tenía las manos tan entumecidas a causa del frío que temía perder los remos.

No merezco vivir, retumbaba en su cabeza. Él piensa que soy un inútil. Un hijo que no vale para nada. No le importa si vivo o muero.

El oído derecho tardó varios días en sanar. Pero la sordera no quiso ceder. Perduraría para el resto de su vida.

Hanna Hammarsten abrió la puerta. Thomas se presentó y ella inmediatamente lo invitó a entrar.

–Marianne está en la cocina –le dijo en voz baja.

–¿Ha regresado su marido? –preguntó Thomas, y ella negó con la cabeza.

–No, no vendrá hasta por la tarde. Tenía que firmar algunos papeles donde el médico forense, si he entendido bien.

Thomas asintió. Independientemente de la tristeza que afligía al matrimonio Rosén, la Administración tenía sus exigencias. El proceso burocrático no mostraba ninguna compasión.

Siguió a Hanna Hammarsten hasta la cálida cocina, donde el fuego chisporroteaba en un antiguo hogar de leña y el ambiente acogedor contrastaba por completo con la mujer sentada en una silla de la cocina.

Marianne Rosén tenía un aspecto horrible. Estaba despeinada, demacrada y ojerosa. Llevaba puesta una chaqueta gruesa de color azul marino, sin embargo parecía que tenía frío. De manera compulsiva, agarraba con las manos una taza de café. Levantó la vista cuando entró Thomas.

–¿Cómo te encuentras? –le preguntó Thomas con deferencia.

–No muy bien –balbuceó ella.

–Comprendo que lo estés pasando muy mal en estos momentos, pero tengo que hacerte algunas preguntas. Te prometo que seré lo más breve que pueda.

Marianne asintió levemente. Hanna Hammarsten se sentó a su lado y le dio la mano para mostrarle su apoyo.

–Necesito saber sobre un antiguo novio de Lina –comenzó Thomas–. Un chico que se llama Jakob Sandgren. ¿Lo conoces?

–Es el hijo de los Sandgren –intervino Hanna Hammarsten–. Tienen casa en Trouville, cerca de la nuestra. Yo conozco a sus padres. ¿Por qué lo preguntas?

–Tu hija Louise nos contó que estuvo liado con Lina el verano pasado y que no la trataba muy bien.

Hanna miró a Marianne, que no reaccionaba ante lo que acababa de decir

Thomas. Miraba fijamente la taza de café sin inmutarse lo más mínimo.

–No lo recuerdo –dijo finalmente–. Ya no sé nada.

Hanna le hizo un gesto a Thomas.

–Ven –le indicó–. Podemos hablar en el salón.

Se levantó y salió de la cocina. Thomas la siguió. Entraron en una estancia grande con ventanales. Un gran sofá esquinero dominaba el cuarto, frente a él había una mesita cuadrada llena de periódicos.

Hanna Hammarsten se sentó en el sofá. Thomas calculó que tendría unos cuarenta y cinco años. Era delgada y vestía pantalones vaqueros y un jersey grueso de punto. Llevaba el cabello castaño cortado en una media melena.

–Marianne está destrozada. Quizá yo pueda responder a tus preguntas para empezar, para que ella pueda descansar mientras tanto.

–Sí, claro –asintió Thomas.

–¿Preguntabas algo sobre Jakob Sandgren?

–Louise me contó que Lina mantuvo el verano pasado una relación con él y que dicha relación no estuvo... –buscó la palabra correcta–, exenta de problemas. Estoy tratando de averiguar algo más. Te agradecería que me dijeras lo que sabes.

Hanna Hammarsten asintió y se recostó en el sofá.

–La mayoría de los jóvenes se sienten a gusto aquí en verano. Hay trabajo y pueden disfrutar al mismo tiempo que ganan un poco de dinero. Tanto Lina como Louise han trabajado en la panadería y en el quiosco. Forman una buena pandilla en la que todos se conocen. Jakob Sandgren es del grupo.

Entonces hizo una mueca.

–Se divierten a base de bien. Y de vez en cuando pillan alguna borrachera, es difícil evitarlo. Los padres estamos agradecidos de que al menos estén aquí en la isla y no en Estocolmo, donde uno no tiene ni idea de dónde andan. Esto nos parece más seguro, no deja de ser una isla –le tembló un poco la voz–. Bueno, eso era lo que creíamos hasta que desapareció Lina.

–¿Conoces a Jakob Sandgren?

–Sé quién es. No nos relacionamos mucho con sus padres, pero nos saludamos cuando nos encontramos en el pueblo.

–¿Sabías que trataba mal a Lina?

–Lo supe cuando rompieron. –Vaciló–. Louise me contó cómo se había comportado Jakob con Lina. Estaba muy enfadada. De hecho, creo que le pegó varias veces.

Thomas aguzó el oído. Louise no había hablado de violencia física. Pero recordó que la joven había evitado responder cuando Margit se lo preguntó directamente. Quizá no se atrevió a contarle todo.

—¿Estás segura?

Hanna asintió, con un gesto de aversión.

—Louise dio a entender que a veces le daba una bofetada. Eso fue lo que le dijo Lina. Pero le parecía desagradable hablar de ello. No quiso entrar en detalles y yo tampoco quise presionarla demasiado.

—¿Por qué no?

Hanna suspiró.

—¿Tienes hijos? —dijo.

Thomas negó con la cabeza.

—No siempre resulta fácil hablar con chicas que están en la adolescencia. Charlar de las cosas cotidianas funciona bien. ¿Qué tal hoy en la escuela? ¿Qué vas a hacer este fin de semana? Pero sobre cosas importantes como las relaciones, los amigos, cómo se comportan los chicos con las chicas...

Paró de hablar y se pasó la mano por el pelo, que volvió enseguida a su sitio, como si fuera un gesto repetido muchas veces al cabo del día.

—Además, si he de ser sincera, me pareció difícil de creer. Jakob Sandgren es el sueño de cualquier suegra, es guapo y muy atento, al menos eso me ha parecido las veces que he coincidido con él. Ahora estudia en la Escuela Superior de Comercio de Estocolmo, empezó en otoño. Como sabes, se necesita una nota muy alta para entrar allí. —Extendió las manos—. Por otro lado, Louise no suele mentirme.

—¿Cuándo supiste eso?

—A ver, ¿cuándo fue? —Hanna Hammarsten se recostó en el sofá tratando de hacer memoria—. Quizá a finales de septiembre, unos meses después de que ocurriera. En cualquier caso, ya había pasado algo de tiempo.

—¿Y cómo es que Louise te lo contó?

—Habíamos visto un programa de televisión que trataba de las relaciones entre adolescentes y de la importancia de poner límites. Al terminar el programa, Louise quiso charlar sobre lo que le había pasado a Lina. No entendía que su amiga hubiera dejado que las cosas llegaran tan lejos con Jakob antes de romper con él.

—¿Has hablado de esto con Marianne?

—No, la verdad. —Hanna negó con la cabeza.

—¿Por qué?

Hanna Hammarsten parecía incómoda.

—Louise me lo dijo en confianza. Y Lina ya había roto con Jakob. Era demasiado tarde para hacer nada. Además, mi hija se habría puesto como una loca si se hubiera enterado de que yo lo había contado. Nunca más hubiera confiado en mí.

—¿No hablaste tampoco con los padres del chico?

—No. —Volvió a negar con la cabeza—. Quizá debería haberlo hecho. No me parecía bien que un chico joven se comportara de manera violenta con su novia. Pero me callé. Lo había sabido a través de Louise y solo conocíamos a sus padres de vista.

—¿Crees que Marianne Rosén sabe algo de esto?

Hanna Hammarsten hizo una mueca. Paseó los dedos por un cojín de flores, a juego con la tela del sofá.

—Dudo que sepa nada en absoluto de esto.

Tomó el cojín y se abrazó a él. Era un gesto infantil, que Thomas ya había visto antes.

—Lina era muy reservada, creo. Al menos esa es la idea que yo tengo de ella. Louise probablemente es más abierta conmigo de lo que Lina era con Marianne. Lina se quejaba de que su madre era excesivamente protectora.

Se le pusieron los ojos brillantes y se pasó otra vez la mano por el pelo.

—Pero ¿qué importa ya? Ahora está muerta.

—Te agradezco mucho que me hayas contado esto —dijo Thomas—. ¿No sabrás cómo se llaman los padres de Jakob y dónde viven en Estocolmo?

—El padre se llama Urban y la madre Lena. Tienen un piso en el barrio de Vasastan, si no recuerdo mal.

Tan pronto como hubo cerrado la puerta, Thomas sacó el móvil de su bolsillo. Erik Blom respondió a la primera señal.

—Soy Thomas. Tienes que conseguir información de un chico que se llama Jakob Sandgren. Tiene veinte años y sus padres viven en Vasastan. Se llaman Urban y Lena y tienen una casa en Sandhamn. Busca toda la información que puedas acerca de él y de su familia.

Rápidamente Thomas le resumió la conversación que había mantenido con

Hanna Hammarsten.

–Está bien. ¿Algo más?

–Llama al chico para un interrogatorio mañana por la mañana, cuando yo esté de vuelta. Y ponte en contacto con Anders Rosén, el padre de la chica, para comprobar si sabe algo de esto.

Se cambió el móvil de mano.

–Por cierto, ¿sabes qué tal le va a Kalle? ¿Ha encontrado algo?

–No ha dicho nada, pero de todos modos te llamaremos. – Erik dejó de hablar–. Perdona, me estaba atragantando. Sin embargo, he hablado con Victor Sjöström, el novio de Uppsala. Acabo de contactar con él hace un momento.

–¿Qué ha dicho?

–Lo mismo que antes. Que pasó el puente de Todos los Santos en Härnösand. Por lo demás, no mucho, parecía conmocionado por lo ocurrido.

–¿Le preguntaste si Lina estaba interesada en los ritos de sangre?

–Sí. Nunca había oído decir que ella mostrara el más mínimo interés por Ásatrú ni nada parecido. No sabía adónde quería ir a parar con eso.

Thomas reflexionó. Era muy probable que Victor Sjöström estuviera diciendo la verdad. En aquel momento tenían cosas más importantes que investigar.

A Jakob Sandgren, por ejemplo.

Sandhamn, 1927

Kristina iba en cabeza, con una cesta colgada del brazo. Vendela la seguía. Caminaba con pasos pesados y ya le faltaba la respiración, a pesar de que solo llevaban unos minutos caminando. Su cuerpo voluminoso se movía con torpeza y agarraba bien fuerte una cesta. Thorwald iba el último, con la cara sombría, apenas veía donde pisaba.

Se dirigían a los arenales a buscar setas. En primavera florecían miles de flores en la arena y muchas setas de los caballeros surgían entre los escasos pinos. Solían estar escondidas debajo de la arena, hacía falta experiencia para distinguir el sombrero de color amarillo oscuro. A quien mejor se le daba era a Vendela, que desde pequeña había salido a buscar setas con su madre en Möja.

Gottfrid había viajado a la capital con el barco de pasajeros. Tenía que ir allí por motivos laborales e iba a permanecer fuera cuatro días.

Sin él, el ambiente de la casa se había relajado.

Pronto llegarían y comenzaría la búsqueda. Vendela se detuvo un momento al borde del arenal. Desde allí el terreno caía en picado. De aquel arenal se había extraído el lastre para los barcos grandes desde el siglo XVIII; el socavón parecía una herida abierta infringida a la naturaleza a sabiendas de que no podría cicatrizar.

Se contaba que una vez se había ahogado un niño al intentar trepar por el acantilado. La arena se derrumbó sobre él. Pero Vendela prefería ignorar esa historia. No quería saber si era cierta o no. Era demasiado terrible para pensar en ella.

A la izquierda, se divisaba el paso de Sandhamnshåle, un estrecho, angosto y profundo canal, por el que transitaban algunos barcos en su ruta hacia Estocolmo. A la derecha, habían fondeado varios barcos grandes en la rada, a la espera de que llegara el práctico y los guiara a través de la vía marítima.

A Vendela le habría gustado viajar en alguno de aquellos barcos hasta Möja, donde seguían viviendo varios de sus hermanos. Qué ganas tenía a veces de volver allí...

Sintió que algo en su interior estaba a punto de ceder y respiró profundamente para evitar que ocurriera.

–¡Mira, madre! –gritó Kristina desde la linde del pinar. Mostraba satisfecha dos setas para que admiraran su hallazgo.

–Muy bien, Kristina. –Vendela se cambió la cesta de mano y comenzó a caminar hacia donde estaban los niños.

Thorwald la vio llegar y se paró. Vendela lo observó con pena. Su hijo era un chico torpe y desdichado que no progresaba en la escuela. Era tímido y apenas se atrevía a abrir la boca, menos aún en presencia de Gottfrid. Sus notas no se acercaban ni de lejos a las expectativas del padre, pero cuanto más severo era Gottfrid, más se bloqueaba el hijo. Sobre todo cuando se trataba de leer y escribir, eso se le resistía por completo.

Vendela conocía demasiado bien ese problema. Ella tampoco conseguía poner orden en las letras. Por eso prefería callar y hacerse invisible, para que nadie descubriera las dificultades que tenía. De joven se había escondido detrás de su aspecto. Sus bellos cabellos rubios cautivaban a cuantos la rodeaban, al igual que la mirada de sus ojos azules. Nadie esperaba que fuera particularmente inteligente.

Vivía constantemente preocupada porque alguien la sorprendiera y descubriera que era una inútil incapaz de aprender nada. Apenas podía leer los versículos de la Biblia. Por eso tampoco se merecía aquella belleza que su entorno elogiaba. Lo supo desde bien pequeña.

Fue un alivio que su cuerpo engordara y su belleza quedara sepultada bajo capas de grasa. Entonces, disminuyó el abismo entre su aspecto exterior y su interior. El riesgo de que alguien la descubriera ya no era tan aterrador. Parecía tan miserable por fuera como por dentro.

–Madre. –Thorwald la llamó.

Vendela siguió caminando, su falda negra se movía muy cerca del suelo. El dobladillo estaba sucio de arena, lo mismo que sus botas. Una fina capa de polvo gris se había depositado sobre la piel y los cordones de las botas. Se dirigió hacia Thorwald al mismo tiempo que echaba una ojeada al suelo por si encontraba alguna seta.

–Madre –insistió Thorwald.

Ahora se encontraban a pocos metros el uno del otro. Su hijo tenía una expresión tensa en el rostro y la miraba con tristeza. Parecía como si se

concentrara para decir algo importante. Abrió la boca, y aunque el tono era bajo no se le quebró la voz.

—¿Por qué no me quiere?

La pregunta quedó suspendida en el aire. Los dos sabían a quién se refería. El poder absoluto del padre era algo de lo que no hablaban en casa. Era una verdad sobre la que no hacía falta pronunciarse, tan evidente como indiscutible. La opinión de Gottfrid se imponía sobre todas las cosas.

Ahora Thorwald lo había sacado a la luz. Gottfrid no lo quería, no quería a su propio hijo.

Vendela depositó la cesta lentamente en el suelo. Dio un paso hacia Thorwald, pero se detuvo y trató de reflexionar. Le habría gustado tanto ofrecerle una explicación plausible, algo que aliviara su sufrimiento.

—¿De dónde sacas semejantes tonterías? —dijo finalmente—. Honrarás a tu padre y a tu madre, eso dice la Biblia.

Fue una respuesta poco acertada, lo vio inmediatamente en los ojos de su hijo. Enseguida se lo reprochó a sí misma. ¿Por qué no lo había consolado en lugar de reprimirlo? Solo tenía trece años, necesitaba un padre que supiera darle apoyo y consejo.

Pero Gottfrid se mostraba indiferente ante él. Había sido así desde que Thorwald nació. A veces la indiferencia se convertía en cólera y, entonces, era aún peor. Solo había una persona en la familia a la que su marido quería. Y Vendela sabía desde hacía muchos años que no era ella.

Soportaban la misma carga, ella y su hijo.

Parecía que Thorwald volvía a animarse, a pesar de que ella había visto el miedo reflejado en sus ojos. El mismo miedo que ella conocía tan bien.

Vendela no tenía ninguna respuesta que le procurase alivio. Pero comprendía el esfuerzo que suponía formular aquella pregunta y no pensaba mandarlo callar. Eso era lo que ella había hecho durante demasiado tiempo. Se había refugiado en el silencio y se había acostumbrado tanto a él que ya no recordaba que existiera otra manera de expresarse.

Para ella era demasiado tarde, pero quizá para Thorwald no. Ojalá supiera cómo debía comportarse para ayudarlo. Se sentía ahogada por la impotencia.

Miró a su alrededor para ganar tiempo. Se pasó una mano por el pelo. Lo tenía lleno de canas y lo llevaba bien recogido en un moño en la nuca, donde terminaba el cuello del vestido.

—No me quiere.

Ni siquiera era una pregunta, solo una mera constatación. Su tono de voz era plano, como si no se atreviera a revelar lo que sentía. Pero le temblaba la barbilla, y su madre vio que hundía las manos en los bolsillos.

La mirada del hijo contenía muchos años de decepciones. La muda tristeza por la falta de cariño de Gottfrid hizo que a Vendela se le llenaran los ojos de lágrimas.

—A veces creo que tu padre solo ha querido a dos personas en toda su vida, y las dos llevan el mismo nombre. —Sus palabras rezumaban impotencia.

Volvió la vista hacia la hija, que estaba en cuclillas en la arena, concentrada en encontrar los sombreros de color amarillo azufre. Luego tendió con torpeza la mano hacia Thorwald, pero él la evitó y dio un paso hacia atrás, como si no quisiera aceptar lo que ella le acababa de decir.

Está tan delgado, pensó Vendela, es solo piel y huesos. Y tiene la cara vieja, vieja y triste. ¿Qué ha hecho contigo, hijo mío? ¿Qué hemos hecho contigo?

Sin embargo, sabía que ella no podía hacer nada. No tenía ni las fuerzas ni la capacidad para que Gottfrid cambiara. La amargura que dominaba a su marido, el profundo convencimiento de que debía seguir fielmente lo que decía la Biblia y la ira que sustituía cada vez más a menudo al amor compasivo, ella no podía evitar nada de eso. Temía su mal humor y sus castigos más que a nada en el mundo. El miedo dominaba su existencia y presidía sus vidas. Vendela no se atrevía a intervenir cuando Gottfrid castigaba a Thorwald.

Ella también traicionaba a su hijo y la vergüenza le provocaba náuseas. No soy capaz, pensaba. Dios no me ha dado la fuerza necesaria. No es culpa mía.

—Tu padre no lo puede evitar. Dios le ha hecho sufrir mucho. —Fue la mejor explicación que se le ocurrió. Extendió la mano en un gesto torpe y añadió—: La vida no ha sido fácil para tu padre.

Los ojos de Thorwald cambiaron de expresión.

Le lanzó una mirada llena de desprecio, exactamente igual que solía hacer Gottfrid cuando ella había hecho alguna tontería que él no podía soportar.

—¿Crees de verdad que es Dios quien ha hecho a padre así? ¿Lo crees? —La voz de Thorwald se convirtió en falsete. Con un movimiento brusco, tiró la cesta y echó a correr.

—¡Thorwald!

Vendela lo llamó, pero sabía que no serviría de nada. El chico necesitaba

estar solo.

El único consuelo era que Gottfrid estaba de viaje. De lo contrario se habría visto obligada a explicar por qué no había ayudado a buscar setas.

—¿Madre?

Era Kristina, que se había levantado y se acercaba saltando. Buscó con la mirada a su hermano que ya había desaparecido alejándose entre los pinos.

—¿Por qué se ha ido Thorwald corriendo? ¿No íbamos a buscar setas juntos?

Vendela miró a su hija, su preciosa hija bonita, que era el ojito derecho de su padre y sabía aprovecharse de ello.

La opresión que sentía en el pecho apenas le permitía contestar y se agachó como si de pronto hubiera encontrado una hermosa seta en la arena.

—¿Madre?

—Está un poco triste, mi niña, pero se las arreglará. Se las arreglará —repitió como para convencerse a sí misma—. Seguro que sí.

Thomas abrió la puerta de la casa de Nora sin llamar.

–¡Hola! –gritó.

–Entra y cierra enseguida –dijo Nora desde el piso de arriba.

En ese momento llegó Simon corriendo.

–¿Cómo está hoy mi ahijado? –Thomas levantó a Simon con sus fuertes brazos–. ¿Quieres volar?

Le dio una vuelta al chico lo mejor que pudo en el pequeño vestíbulo y terminó fingiendo que lo dejaba caer. Simon se reía con ganas, y Thomas, que le tenía mucho cariño al chico, lo abrazó antes de dejarlo en el suelo.

–Estás empezando a pesar de verdad, jovencito, pronto no tendré fuerzas para alzarte por los aires.

Nora bajó la escalera y le dio un abrazo.

–Hola. El café está listo. ¿Dónde has dejado a Margit?

–Vendrá enseguida. Nos hemos repartido el trabajo.

Entraron en la cocina, donde ya estaban dispuestas tres tazas. Al lado había una bandeja con bollos de canela y galletas de jengibre. Se sentaron y Nora sirvió el café.

–¿Dónde está Adam? –preguntó Thomas.

–En casa de un amigo. Está empezando a hacerse mayor, ya casi no le veo el pelo. –La sonrisa de Nora contenía un poquito de nostalgia–. Pero es bueno que no se quede aquí dándole vueltas a lo del bosque. ¿Te acuerdas de Annie, mi amiga psicóloga?

Thomas negó con la cabeza.

–Me explicó que lo importante es hacer una vida lo más normal posible para que los pensamientos desagradables vayan perdiendo fuerza.

Nora sacó una caja de cerillas y encendió la vela que había en el farol de cristal que estaba en el centro de la mesa.

Llamaron a la puerta y salió a abrir. Thomas oyó que hacía pasar a Margit, que se quitó la cazadora y la colgó en el perchero antes de entrar en la cocina y sentarse en una silla a su lado.

–Huy, hoy hace frío de verdad. –Margit tiritó.

Nora se inclinó hacia delante y miró el termómetro instalado fuera de la ventana de la cocina.

–Catorce bajo cero –constató.

–¿Conoces a la familia Sandgren? –preguntó Thomas mientras alcanzaba una galleta de jengibre.

–¿Los Sandgren? –reflexionó Nora–. Tienen un terreno a la orilla del mar, en Trouville. No llevan mucho tiempo viniendo a la isla.

–¿Qué significa mucho tiempo en esta isla? –preguntó Thomas con ironía–. ¿Veinte años?

–Más bien cinco o seis. No es una familia muy popular. Han levantado una valla hasta la orilla del mar, lo que dificulta el paso. Hay muchas disputas por allí abajo sobre el derecho a recorrer libremente la isla.

–Pero el terreno es suyo, ¿no? –dijo Margit.

–Sí, pero siempre se ha podido pasear por las playas que bordean la isla. Si unos propietarios nuevos tratan de impedirlo, los demás se enfadan.

–No parece muy inteligente provocar a la gente en un pueblo tan pequeño como Sandhamn –comentó Margit.

–No, la verdad es que no –afirmó Nora.

–¿Os relacionáis con ellos? –preguntó Thomas.

–No. Tendrán alrededor de cincuenta años, y sus hijos son mucho mayores que los nuestros.

–Tienen un hijo, Jakob Sandgren, ¿sabes quién es?

Nora frunció el ceño.

–De unos veinte años, ¿no?

–Sí.

–¿Participa en las regatas?

–Ni idea.

–No sé si fue Jakob el que tuvo un accidente en un velero hace unos años. Me lo contó Henrik. Durante la regata de Sandhamn. Al chico le golpeó en la frente la botavara y tuvo que ser trasladado al hospital en un helicóptero ambulancia. Henrik participaba en la regata y estuvo ayudando hasta que llegó el helicóptero. –Le dio unas vueltas al café con la cucharilla para que se disolviera el azúcar–. ¿Por qué lo preguntas?

–Su nombre ha aparecido en la investigación –dijo Thomas–. ¿Sabes algo más?

Nora cogió una galleta de jengibre.

–En realidad, no. Pero quería contaros una cosa. –Dudó unos segundos–.
Parece que alguien vigila a escondidas la casa de los Rosén por las noches.

Nora se acostó a la misma hora que los niños para obligarse a dormir bien una noche. Pero permaneció con los ojos abiertos mientras los pensamientos se arremolinaban en su cabeza. ¿Y si el desconocido vigilante había vuelto esa noche? ¿Qué podía hacer ella?

Thomas y Margit le habían dado a entender que probablemente se tratase de alguien que salía a dar un paseo a última hora y que se habría parado allí por casualidad. Eso la tranquilizó momentáneamente, pero ahora volvía a sentirse inquieta.

Al final, se puso la bata y bajó la escalera hasta la cocina. Se tomaría una última copa de vino para quedarse dormida y evitar todos los pensamientos que la mantenían en vela.

Sabía que no debía beber alcohol todas las noches, aun así, sin encender la luz, abrió la despensa y cogió el vino tinto australiano. Un poco de vino la ayudaría a relajarse, sobre todo si se lo bebía de golpe para que surtiera efecto rápidamente.

Se atrevió a echar una ojeada a través de la ventana de la cocina. Las luces de la casa de los Rosén estaban apagadas. El tejado se fundía con el cielo nocturno y el viejo seto de lilos estaba totalmente cubierto por la nieve.

Aquella noche no había nadie fuera de la casa de la joven fallecida.

Nora suspiró aliviada. El paseante nocturno la había asustado de veras, igual que el inesperado encuentro con Pelle Forsberg. Era consciente de que había bajado con desgana para ver si estaba el enigmático vigilante y de que había pasado más miedo del que entonces estaba dispuesta a reconocer.

Un ruido inesperado la hizo estremecer. Sonaba como si alguien estuviera intentando abrir la puerta de la calle. Alguien había llamado a su puerta.

La puerta estaba cerrada, lo había comprobado antes de sentarse a ver la tele. ¿Quién podía ser? Ya eran más de las once.

Dejó la copa de vino y trató de pensar quién sería. ¿Debería abrir y verlo?

Volvieron a llamar, más flojo esta vez.

Sopesó si debía encender la lámpara del techo y mirar a través de la

ventana o si era mejor quedarse sentada y esperar a oscuras. Decidió esperar. No se atrevía a hacer otra cosa.

Se oyó otro golpe en la puerta. ¿Sería alguien que quería realmente hablar con ella? No estaba dispuesta a abrir la puerta a esas horas.

Se pegó a la pared y pensó que debía encontrar algo con lo que defenderse, en caso de que alguien quisiera hacerle daño.

¿Dónde estaba la caja de herramientas?

Abrió el armario de la limpieza y buscó a tientas entre las cosas. Sus dedos tropezaron con un mango. El martillo. Eso la hizo sentirse más segura. Se detuvo entre la cocina y la entrada, con la herramienta en la mano, y maldijo a Henrik, que era el causante de que se encontrara sola y asustada en Sandhamn con dos niños pequeños.

Si hubiera tenido el teléfono a mano, habría podido llamar a Thomas. Pero el teléfono estaba en el salón y allí había una lámpara de mesa que había dejado encendida cuando se fue a la cama. Si iba hasta allí, la verían desde fuera y no quería correr ese riesgo.

Se dio cuenta al instante de lo fácil que le resultaría a cualquiera entrar por la fuerza en la vivienda. Bastaría con romper uno de los cristales de la terraza acristalada y abrir el pasador de la puerta desde dentro. La casa era clara y soleada gracias a las ventanas, pero ahora solo podía verlas como una amenaza contra ella. Cristales negros tras los cuales quizá se escondía un intruso y que brindaban la posibilidad de entrar en su casa sin ningún esfuerzo.

Muerta de miedo, se puso en cuclillas junto a la puerta de la cocina. Le temblaba la mano con la que sujetaba el martillo. Aguzó el oído, pero ya no se escuchaba ningún ruido. Parecía que habían dejado de llamar.

Nora decidió esperar diez minutos. Si mientras tanto no oía nada, se acercaría a la ventana a mirar.

Contó despacio hasta seiscientos. ¿Habrían pasado diez minutos? Aguardó un poco más. Luego se deslizó con cuidado y miró a través del cristal de la puerta. Lo único que vio fue el desolado paisaje invernal. No había nadie fuera de la casa.

¿Habrían sido imaginaciones suyas?

Se sentó en la escalera y dejó el martillo. Alguien había estado allí, de eso estaba segura. No se había imaginado los golpes en la puerta.

Permaneció sentada un rato más antes de subir las escaleras con piernas

temblorosas y entrar en el cuarto de los niños. Con cuidado, giró la llave de la cerradura. Luego se metió en la cama de Simon. El niño gimió un poco cuando lo movió con delicadeza hacia un lado para hacerse un hueco. Simon tenía la frente sudorosa y estaba abrazado a su osito.

Nora permaneció mucho tiempo despierta a su lado.

Sandhamn, 1927

Fue la peor tormenta otoñal que se recordaba. El viento silbaba y las olas saltaban por encima de los muelles impermeabilizados con alquitrán. Nadie en su sano juicio se atrevía a salir con ese tiempo, se acurrucaban en casa y escuchaban el repiquetear de la lluvia contra los cristales. Los barcos se agitaban en sus amarres mientras sus dueños se preocupaban por si las maromas aguantarían las investidas.

El vendaval azotaba la arena y las partículas finas penetraban a través de las ventanas mal ajustadas y por las grietas de las puertas. Por más que uno barrera era imposible mantener el suelo limpio. La arena lo envolvía todo, y llegaba a mezclarse con la comida y la bebida. Se introducía en todos los rincones e irritaba los ojos y la garganta.

Sandhamn resistió a la tormenta.

Duró dos días. Cuando por fin amainó, el pueblo estaba cubierto de arena. Barcos, máquinas, herramientas, todo estaba envuelto en una fina capa de arena. Para los vecinos resultó un trabajo penoso limpiar lo que habían provocado las fuerzas de la naturaleza.

Se reunió la Asamblea del Pueblo. Había que contener la arena que cubría la isla. Otra tormenta igual y Sandhamn se volvería inhabitable. El arenal ya se había extendido demasiado.

Por ello tomaron una decisión: para fijar la arena, se plantarían árboles en el arenal. Se plantarían no cientos, sino miles de pinos que fijarían los movedizos granos de arena. Se realizó un gran pedido a Estocolmo y se decidió que los alumnos de la escuela serían los encargados de plantar los árboles.

Las clases se interrumpieron durante una semana. En lugar de acudir a la escuela, los niños se dedicaron a plantar pinos en el arenal. A lo largo de toda la franja que se extendía desde la cuesta que subía por el Real Club de Vela hasta el cementerio, tenían que ponerlos a la misma distancia unos de otros.

Los niños iban codo con codo, con sus cestas colgadas del brazo. Era un trabajo duro enterrar aquellos delicados arbolitos a la profundidad suficiente

para que pudieran enraizar, pero los niños tenían muy reciente en la memoria la tormenta y el viento cargado de arena. Nadie deseaba volver a vivir una experiencia semejante.

Así fue como empezó.

Ella se llamaba Karolina y llevaba el pelo recogido en unas largas trenzas de color castaño que le llegaban hasta la cintura. Era bajita y de constitución delgada. La nariz era demasiado grande para su cara, pero tenía unos hermosos ojos azul claro y una sonrisa cálida.

El primer día que salieron a plantar los árboles en el arenal, Karolina y Thorwald iban el uno al lado del otro. Cuando a ella le resultaba difícil hacer un agujero en condiciones, él la ayudaba cavando un poco más con su pala, y ella se lo agradecía con una sonrisa tan radiante que a Thorwald le palpitaba el corazón.

Luego todo cambió.

En la escuela la miraba a hurtadillas durante las clases. Por las noches recordaba todas las miradas que ella le había dirigido y todas las palabras que le había dicho. Solo podía pensar en Karolina Brand. Se le alegraba el corazón cuando la veía y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de conseguir que ella le sonriera.

Karolina.

Thorwald solía repetir su nombre para sus adentros, una y otra vez, y eso bastaba para suscitar en él una cálida sensación de felicidad.

Karolina.

En su casa se sonreía en contadas ocasiones. El gesto del padre era huraño y su voz, severa y grave. La mirada desolada de Vendela lo seguía sin alegría. La única que sonreía a menudo era Kristina, y se podía adivinar en sus ojos un destello de intencionalidad. Aunque era pequeña, había aprendido a valerse de su dulce sonrisa para conseguir lo que quería.

Pero Karolina reía sin ningún motivo especial. Siempre estaba de buen humor, a Thorwald le resultaba imposible no contagiarse de su alegría de vivir.

Habían sido compañeros de clase muchos años, pero nunca se había fijado realmente en ella.

No de esa manera.

Más que nada porque las chicas no habían sido objeto de su interés. No había tenido mayor motivo para reparar en ellas. Solía juntarse sobre todo

con Arvid y con sus hermanos. Cuando tenían un rato libre, jugaban en el bosque o se iban a dar patadas al balón. A veces cavaban en busca de lombrices y luego pescaban en los muelles.

Más que nada, las chicas hacían que se sintiera aún más cohibido en la escuela. Paseaban en grupos por el puerto y se reían. Cuando pasaba junto a ellas solía preguntarse si él sería el motivo de sus risitas. Si se reían de su incapacidad para leer bien. Aún se atascaba cuando leía en voz alta y la ortografía se le daba solo regular. No importaba cuánto practicara a solas. Cuando tenía que demostrar sus conocimientos ante la clase, se bloqueaba.

Y las risitas ahogadas que se oían detrás de él no ayudaban a mejorar las cosas.

Pero Karolina Brand era diferente.

En su mirada franca no había falsedad. Parecía realmente contenta de verlo y, a veces, lo invitaba a un trozo del bizcocho que le había preparado su madre.

Era hija del acaudalado práctico mayor, Alarik Brand. Fue el padre de este, Carl Wilhelm Brand, quien mandó construir la magnífica Villa Brandska en el centro de Kvarnberget, donde antiguamente estaba ubicado el molino de la isla.

Eran casi de la misma edad y vivían en la misma isla, cerca el uno del otro. Pero ahí acababan los parecidos. Mientras que su casa constaba de una cocina, un salón y un dormitorio, Karolina vivía en la casa más grande y más lujosa de la isla, con preciosas cortinas de encaje y alfombras elegantes en el suelo. Era una de las residencias más bonitas de Sandhamn y no se había escatimado en esfuerzos cuando la construyeron a finales del siglo XIX. Tenía incluso una bañera con patas de león, una novedad de la que nadie hasta entonces había oído hablar en Sandhamn.

Thorwald le había escuchado contar a su padre cómo descargaron el cajón de un barco de vapor. Era enorme y estaba cuidadosamente embalado. Cuando el padre llegaba al final del relato, bufaba alto y sonoro. La familia Brand consideraba que ellos eran demasiado elegantes para lavarse en un barreño en el suelo de la cocina como todos los demás.

Las dos familias no mantenían ninguna relación. El padre de Karolina era la quinta generación en una larga lista de destacados pilotos mayores, y Gottfrid solo frecuentaba a sus amistades de la Misión.

A pesar de que la isla fuese tan pequeña, la distancia entre ellos era inmensa.

Jueves, 28 de febrero

Pernilla encendió la lámpara de la mesilla de noche con un suspiro y constató que ya era casi la una de la madrugada. Era cierto que no tenía que ir a trabajar al día siguiente, hasta el lunes no empezaba en su nuevo puesto de trabajo, pero de todos modos no le habría venido mal dormirse a su hora.

Se deslizó descalza hasta el cuarto de baño del piso de dos habitaciones con el que se había quedado tras el divorcio. Thomas se había quedado con la casa de Harö, un granero renovado y amueblado, situado en una parcela que sus padres habían dividido en lotes.

El reparto fue absolutamente lógico a la par que desgarrador. Cuando se mudó a Gotemburgo tras la separación, alquiló el piso. En aquellos momentos fue una decisión fácil, ahora le resultaba extraño estar de vuelta en el mismo piso que había compartido con Thomas. La habitación pequeña, la que habría sido la habitación de Emily, la había utilizado su inquilino como cuarto de trabajo. El lugar del cambiador lo ocupaban un escritorio y una estantería, un cambio que la aliviaba.

Había muchas cosas en el piso que le recordaban a su pequeña. Ya había superado el desconsuelo paralizante de los primeros meses, ahora lo que sentía era un dolor sordo, una pena silenciosa que la acompañaba constantemente pero que ya no dirigía cada paso que daba.

Llenó de agua el vaso del cepillo de dientes y se lo bebió de un trago. Bajo la fría luz del cuarto de baño sus pies se veían blancos y varicosos contra las baldosas. Había recuperado el vientre plano hacía ya tiempo. Algunas estrías apenas visibles ponían de manifiesto que allí dentro creció una vez un bebé. Se pasó la mano por la piel.

¿Volvería su útero a albergar vida de nuevo?

Era alta y delgada, igual que Thomas. Pero en comparación con la recia

compleción de él, parecía baja, y eso que descalza medía un metro setenta y cinco.

Cuando se casaron llevaba tacones altos y su foto de boda fue para ella durante mucho tiempo el recuerdo más bonito del mundo. Llevaba un sencillo vestido blanco y lirios en el pelo y en el ramo de novia. Él vestía un traje de color claro y estaba bronceado, aunque se casaron en Pentecostés. En aquel tiempo, Thomas pertenecía a la Policía Marítima y pasaba mucho tiempo al aire libre. Bailaron toda la noche. Fue el día más feliz de su vida.

Hasta que nació Emily.

Pernilla llenó otro vaso de agua y esta vez se lo bebió en unos cuantos sorbos. Luego lo volvió a dejar encima del lavabo. Cuando Thomas y ella estaban casados, siempre había dos vasos de cerámica allí, uno blanco, el de ella, y otro negro para él. Los habían comprado en una pequeña tienda de Gotland cuando fueron a visitar a unos amigos. A ella le gustaba ver aquellos dos vasos juntos, como si fueran una pareja de ancianos que se apoyaban seguros el uno en el otro. Cuando alquiló el piso, guardó los vasos, y ahora no sabía muy bien dónde estaban.

Después de la separación no había mantenido ninguna relación seria. Solo había tenido algún idilio aislado y había ido a casa de su acompañante en contadas ocasiones. A decir verdad, tampoco estaba especialmente interesada. Había concentrado todas las energías en su nuevo trabajo. Amable pero decidida, había rehusado acompañar a sus nuevos colegas a recorrer la vida nocturna de Gotemburgo, y con el tiempo había aprendido a despertarse por las mañanas sin que el llanto brotara nada más abrir los ojos.

Su entrega y las largas horas que pasó en la agencia valieron la pena. Primero se hizo cargo de algunos clientes importantes, luego la llamaron de una prestigiosa agencia de publicidad de Estocolmo para ofrecerle un trabajo interesante y un sueldo más alto. Habían pasado casi dos años desde que dejó la capital y, cuando recibió la oferta, supo que era el momento de volver a casa.

Ahora estaba allí.

No sabía explicarse por qué había llamado a Thomas hacía unos días. Solo sabía que sentía una profunda añoranza. Con él se sentía plena.

Separarse había sido la decisión más difícil que había tomado en su vida. Se enamoró de Thomas nada más verlo. Se coló por él, y lo había amado con tal intensidad que a veces llegó a asustarse. A pesar de ello, desconsolada,

había llamado a un abogado y se había informado puntualmente de lo que tenía que hacer para disolver su matrimonio. Discutió los detalles jurídicos con la misma destreza que si se tratara de un asunto de trabajo.

No había otra salida.

Todo cambió tras la muerte de Emily. No recordaba apenas cómo fueron las primeras semanas. Vivía en una nube de sentimientos de culpabilidad y de terribles pesadillas, en las que una y otra vez soñaba que se despertaba para salvar a su hija.

Thomas pasaba todo el tiempo en la comisaría. Los pocos ratos que estaba en casa la observaba con una mirada cargada de acusaciones. Nunca verbalizó nada, pero ella sabía que le reprochaba que se hubiera dormido tan profundamente la noche que Emily dejó de respirar.

Si se hubiera despertado, tal vez Emily aún estaría con ellos. Si hubiera cuidado mejor a su hija, la catástrofe quizá no se habría producido.

Thomas estaba convencido de que debía existir un culpable de la muerte de Emily. Tenía una idea muy arraigada sobre el bien y el mal, una mentalidad de policía para asociar causa y efecto. Siempre había un culpable.

Y si no era culpa de ella, ¿de quién entonces?

La tarea de una madre es velar por su hijo. Ella le daba el pecho y el llanto de la niña solía despertarla por las noches. Pero cuando no la despertaba ningún ruido, seguía durmiendo. El cansancio después de muchas noches con cólicos le pasó factura.

Por la mañana ya era demasiado tarde.

Pernilla se había preguntado cientos de veces por qué no se despertó, por qué no comprendió que algo no iba bien. Se reprochó a sí misma, una y otra vez, haberse quedado dormida mientras a su hija se le colapsaban los pulmones y su cuerpecillo perdía el calor.

Ninguna de las recriminaciones de Thomas era peor que sus propios reproches.

Él dejó de hablarle, dejó de acercarse. Noche tras noche se quedaba hasta tan tarde en el trabajo que ella siempre estaba dormida cuando él regresaba a casa. Los fines de semana se apuntaba como voluntario para hacer las guardias o entrenaba como un loco en el gimnasio hasta quedarse exhausto.

Siempre habían mantenido una intensa actividad sexual. Los dos disfrutaban con el cuerpo del otro. Incluso en los últimos meses del embarazo habían mantenido relaciones sexuales, si bien con más suavidad y cuidado

que otras veces. Cuando eso también se acabó, supo que aquello no podía continuar. No podía vivir de esa manera, y él era incapaz de cambiar nada. Era peor seguir juntos que vivir sola.

Con una energía que a ella misma la sorprendió, se puso manos a la obra. En tan solo un mes reunió todos los documentos necesarios, buscó un trabajo en Gotemburgo y alquiló el piso. Thomas no se opuso cuando le dijo que se quería separar. Recogió los papeles sin más y la acompañó al abogado. No tuvo nada que objetar a la propuesta de reparto de bienes, firmó todo sin apenas fijarse en lo que firmaba.

Lo más difícil fue cuando salieron del despacho del abogado, aquella fue la última vez que lo vio. Fue terriblemente doloroso y le exigió un gran autocontrol. Él era el amor de su vida. No sabía cómo iba a poder sobrellevar la pérdida de Emily y de Thomas. Le hubiera gustado abrazarlo y no separarse de él. Suplicarle que volvieran a intentarlo de nuevo, a pesar de que sabía que no valía la pena.

Era demasiado tarde. Era demasiado tarde para todo.

Thomas se mostraba frío y distante, un desconocido indiferente. En aquel momento, ella apenas se atrevió a decir nada. Se limitó a tenderle la mano, como si se estuviera despidiendo de alguien a quien acababa de conocer.

Él parecía muy molesto. Hasta ese pequeño gesto había sido demasiado. Ella se sintió aliviada por no haber intentado darle un abrazo, pero su frialdad la hirió y tuvo que luchar para aguantarse las lágrimas. El recuerdo de la expresión de la cara de Thomas la había acompañado durante mucho tiempo.

Pernilla alargó la mano y apagó la luz del cuarto de baño antes de volver al dormitorio vacío.

Mats Larsson ya estaba sentado junto a la mesa de la sala de reuniones cuando entraron Thomas y Margit. Tenía delante un montón de papeles. Alzó la vista y, sin interrumpir su lectura, les sonrió con amabilidad.

Unos minutos después ya había llegado el resto del grupo. Eran las ocho pasadas. Todos habían tomado asiento y habían colocado sobre la mesa sus tazas de café. Las miradas se dirigían hacia Mats Larsson. Había una gran expectación en el ambiente. Era la primera vez que contaban con la presencia de un psiquiatra del GPM en una investigación.

El Viejo carraspeó suavemente como para indicar que era hora de empezar. No tenía la cara tan enrojecida como de costumbre. Con una inclinación de cabeza, le cedió la palabra a Mats Larsson.

–He repasado el material que forma parte de la investigación y he estudiado también casos semejantes en otros países –comenzó Larsson, vestido para la ocasión con una chaqueta de *tweed* y un chaleco de punto debajo.

Parece un profesor, pensó Thomas. ¿Se vuelve uno así después de estudiar en el FBI?

–¿Y a qué conclusión has llegado? –preguntó el Viejo.

–Nos enfrentamos a un asesino que, primero, le ha quitado la vida a una joven y, después, ha descuartizado su cuerpo con la ayuda de un cuchillo.

–Eso ya lo sabemos –replicó el Viejo con un asomo de impaciencia en la voz.

Mats Larsson le lanzó una mirada.

–Si hemos de considerar la personalidad del asesino –continuó con sosiego–, se trata probablemente de alguien que controla muy mal sus impulsos. Posiblemente sea también una persona con baja autoestima. Ese es un rasgo que suele caracterizar a este tipo de asesinos. A veces, incluso ellos mismos condenan sus propios actos.

–¿Cómo? –preguntó Thomas.

–No es raro que manifiesten su repulsión hacia los actos delictivos en

general y, en particular, hacia los actos que se parecen a los que ellos mismos han cometido.

–Interesante.

–Deberíais tenerlo en cuenta en los interrogatorios y cuando entrevistéis a la gente. A un testigo que se esfuerce exageradamente en condenar esos actos, puede que valga la pena interrogarlo más a fondo.

Kalle apuntó en su bloc.

–¿Puedes decirnos algo más sobre la falta de control de los impulsos? – preguntó Thomas–. ¿De qué depende eso?

–De la herencia, de la educación. Hay muchas causas. Un daño cerebral.

–¿Daño cerebral? –repitió Kalle.

–En el lóbulo frontal. De hecho, es muy habitual que los delincuentes agresivos que muestran una conducta impulsiva tengan una actividad baja precisamente en esa zona de la corteza cerebral.

Mats Larsson se levantó y se dirigió a la pizarra blanca. Dibujó una cabeza con un rotulador verde e hizo un círculo en la frente. Luego dibujó una flecha gruesa que apuntaba al centro del círculo.

–Actualmente se puede analizar si hay daños o alteraciones en el cerebro de una persona utilizando el denominado tomógrafo PET.

–¿Podrías explicárnoslo un poco más? –dijo Margit.

–El combustible del cerebro está compuesto de glucosa. Introduciendo en ella unos radiofármacos que sirven de marcadores, los detectores PET pueden capturar en una imagen la radiación de la respuesta cerebral, y con ello se puede evaluar el nivel de actividad. De esa manera es posible observar si hay lesiones físicas que influyen en el comportamiento de las personas y pueden llegar a desencadenar conductas delictivas.

–¿Cómo se provocan esas lesiones? –quiso saber Thomas.

–Pueden ser de nacimiento o producirse a lo largo de la vida, tras sufrir un golpe o por el abuso de drogas.

–¿Drogas?

–Sí. Tanto el alcohol como las drogas pueden causar una lesión de ese tipo. Además, el alcohol normalmente hace que el daño cerebral, mejor dicho, el comportamiento, empeore. –Mats Larsson volvió a señalar el dibujo del lóbulo frontal–. Un abuso prolongado de alcohol, como el que se produce con frecuencia en este tipo de casos, corre el riesgo de empeorar el ya escaso

control de los impulsos. Puede desencadenar incluso distintos tipos de actos violentos.

Margit quería ahondar en el tema.

–Hablas de falta de control de los impulsos –dijo–. Pero ¿qué significa eso en realidad?

–Expresado en pocas palabras, que el asesino no puede resistirse a la tentación de llevar a cabo ciertas acciones, un demonio que las personas normales no tienen.

–¿Qué conclusiones se pueden extraer?

–Para empezar, yo no estoy tan convencido de que el asesinato fuera premeditado.

–¿Qué quieres decir? –Thomas escuchaba impaciente.

–Que la ocasión hace al ladrón. No podemos estar seguros de que el asesino hubiera planeado de antemano matar a la chica. Pero cuando se le presentó la oportunidad, la aprovechó. La joven se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

–Así pues, la casualidad –señaló el Viejo.

Mats Larsson arrugó un poco la frente:

–O pura mala suerte, si prefieres llamarlo así.

–¿Y después? –preguntó Thomas.

Recordó la imagen del miembro encontrado en el pinar, el antebrazo amputado en la lona sobre la nieve.

–¿Te refieres a lo que hizo luego, cuando la chica ya estaba muerta? –dijo Mats Larsson.

Thomas asintió.

–Probablemente buscó una manera racional de deshacerse del cuerpo. Descuartizar el cadáver pudo ser una alternativa para este asesino.

–¿Racional? –dijo Margit.

–Desde su perspectiva, claro está.

–Cuánta maldad –profirió Karin Ek en voz baja, pero Mats Larsson la oyó.

–Yo no lo llamaría maldad. El acto, evidentemente, es un acto de maldad, pero estamos hablando de una persona enferma, o mejor dicho, de una persona que sufre daños cerebrales.

Se interrumpió para tomar un sorbo de café y continuó.

–Todos los descuartizadores condenados por los tribunales suecos durante los últimos años padecían lesiones cerebrales, que, en todo o en parte, han

podido explicar su actuación. –Se encogió de hombros–. Estamos empezando a tener demasiados presos en las cárceles suecas que deberían recibir cuidados médicos en lugar de estar encerrados. ¿Son criminales o enfermos? –preguntó, a la vez que extendía las manos.

La mirada de Karin Ek dejaba claro que a ella no la había convencido.

–Criminales –murmuró para sí misma, y se calló.

–Centrémonos en el asunto –dijo el Viejo.

–¿Cuál es la proporción entre hombres y mujeres? –preguntó Margit.

–La mayor parte son hombres. En Suecia solo existe un caso conocido en el que la asesina fuera una mujer. Fue condenada en el año 2000 por asesinar y castrar a su marido de ochenta y un años de edad. Lo cortó en trece partes y asó la cabeza en el horno para ocultar las pruebas.

Karin Ek parecía ligeramente indispuesta tras la descripción que Larsson hizo de la pobre víctima.

Thomas recordó que el caso tuvo una gran repercusión y los medios de comunicación comenzaron a hablar de la técnica de las pruebas de ADN.

–Es decir, que buscamos a un asesino varón con escaso control de sus impulsos –resumió, y recordó que también Sachsen pensaba que se trataba de un hombre.

Larsson asintió.

–¿Edad?

–Difícil de precisar. Mayor de treinta años y menor de setenta. Se necesita cierta fuerza para despedazar un cadáver y manejar las partes. ¿Cuánto podía pesar la chica?

–No más de cincuenta y cinco kilos –dijo Margit.

–Es bastante peso para cargar con él auestas.

–¿Sabemos algo acerca del móvil? –preguntó Thomas.

–Estas personas a menudo están obsesionadas con algún antiguo agravio que pudo haber ocurrido mucho tiempo atrás – respondió Mats Larsson–. Forma parte del cuadro clínico de la enfermedad, son individuos incapaces de olvidar una humillación de la que fueron objeto.

–¿Cuánto tiempo pueden arrastrar ese deseo de venganza?

–Una semana o toda la vida –contestó Mats Larsson.

–¿Es una broma?

El psiquiatra negó con la cabeza.

–No pretendía parecer displicente. Pero la clave de la cuestión está en que

no superan su resentimiento como lo hacen las personas normales. Lo guardan en su interior y, si las circunstancias lo permiten, sale a la superficie con consecuencias violentas.

–¿Qué podría haber desencadenado un asesinato como el que nos ocupa? – preguntó el Viejo.

Mats Larsson puso cara seria y dejó el rotulador en la mesa.

–Lo peor es que puede ser una situación absolutamente normal, incluso trivial. Solo hay que pensar en los asesinatos con armas de fuego que se cometen porque alguien se ha colado en una fila o te ha quitado el aparcamiento. Un hecho aparentemente insignificante puede ser interpretado como una humillación tal que desencadena un crimen espantoso.

–¿La ruptura de una relación se podría considerar uno de esos hechos? – quiso saber Thomas.

Estaba pensando en la descripción que Louise le había hecho de la reacción de Jakob Sandgren cuando Lina rompió con él. «A mí no me deja nadie», le había gritado a Lina.

–Por supuesto. Podemos tomar como ejemplo el caso de Mattias Flink. El desencadenante de los asesinatos de Falun fue una desdichada historia de amor. Mató a siete personas en tan solo unos minutos.

–Él era bastante joven, ¿no? –dijo Thomas.

–Sí, tenía solo veinticuatro años.

–¡Qué locura! –exclamó Erik, que no había abierto la boca.

Mats Larsson asintió dándole la razón.

–Para nosotros, sí. Pero no puedes partir de la base de que se trata de alguien con la lógica de una persona sana. Estos sujetos no reaccionan en absoluto como lo haríamos tú o yo.

–Pero ¿eso de qué depende? –insistió Margit.

–Ocurre porque se disparan profundos mecanismos que ese individuo lleva arrastrando durante mucho tiempo. La humillación se sufre como algo insoportable en el momento que se produce, lo cual resulta inexplicable para cualquier otra persona, pero para el asesino es evidente que tiene que reaccionar.

–Creo que lo entiendo –dijo Margit con un tono de voz apenas audible–. La humillación y la falta de control de los impulsos se convierten en una peligrosísima combinación.

Levantó la mirada hacia la fotografía de Lina Rosén. Estaba colocada en la

pared, justo al lado de la fotografía del antebrazo amputado.
-Que crea un monstruo.

A Nora le salía vaho de la boca al respirar. Aquel frío le recordaba los inviernos de su infancia, cuando el mar se helaba en Navidad. Al menos así lo evocaba, aunque probablemente no fuera verdad. También había habido inviernos cálidos y de poca nieve cuando ella era pequeña.

Caminaba con paso rápido y tomó el camino que conducía a «La Franja de Gaza», una zona que había sido bautizada de esa manera un tanto irónica porque se construyó en un momento en que los enfrentamientos en Palestina eran especialmente intensos.

Era el primer día en mucho tiempo que había salido el sol, un círculo pálido en el cielo que apenas daba calor, pero, con todo, irradiaba una luz clara que iluminaba los alrededores. Los niños estaban en casa jugando con el ordenador. Se les veía de bastante buen humor. Los dos habían dormido bien las últimas noches y ella se había relajado un poco. Todo se arreglará, se dijo a sí misma por enésima vez. Sin embargo, no habían querido salir a pasear y no podía reprochárselo. Pero a ella le apetecía tomar un poco de aire fresco y decidió dar una vuelta.

Después de caminar diez minutos a través del bosque llegó a la orilla oeste y se abrió ante ella una vista fantástica. Era realmente bello. La nieve que cubría los islotes de enfrente relucía y los pinos bajos estaban ligeramente cubiertos de blanco. El hielo unía las islas y, por una vez, el viento estaba en calma.

Nora se sentó en una roca grande en la linde del bosque y disfrutó de aquella quietud. Hoy se sentía un poco mejor, Sandhamn provocaba un efecto balsámico sobre ella. La isla siempre lo había tenido.

Un ruido inesperado la hizo estremecerse. Sonó como si alguien hubiera quebrado una rama. Se levantó y miró a su alrededor, pero no vio a nadie cerca, ni en el bosque ni en la orilla del mar. Se metió las manos en los bolsillos y dirigió sus pasos hacia el este. Si caminaba por la playa hasta Trouville y luego regresaba a casa cruzando el bosque, el paseo le llevaría

una hora aproximadamente. Era un paseo lo suficientemente largo y los niños no la echarían de menos.

Aceleró el paso. Después de un rato se sintió cansada y tuvo que detenerse para recuperar el aliento. Se paró junto a un pino solitario y echó una ojeada hacia la derecha. La playa ya no estaba vacía, una figura solitaria caminaba unos cientos de metros detrás de ella.

El hombre, si es que era un hombre, se detuvo al ver que lo miraba. Nora trató de fijarse mejor para ver si lo identificaba, pero estaba demasiado lejos. Continuó andando un trecho, pero no pudo evitar volver la cabeza para ver si aquella persona aún seguía allí.

Era un hombre.

Nora caminó unos minutos más y luego se agachó como si fuera a atarse los cordones. Observó por encima del hombro que la persona se acercaba. Empezaba a sentirse incómoda, parecía como si la estuviera siguiendo.

Se le dispararon todas las alarmas. ¿Y si el desconocido que estaba fuera de la casa de los Rosén la hubiera reconocido y quisiera hacerle daño? Podía ser la misma persona que la noche anterior trató de entrar en su casa.

¿Por qué demonios había salido de casa a medianoche? Había sido una temeridad, sin ninguna duda. Se había puesto a sí misma y a los niños en peligro. Henrik tenía razón, no debería quedarse en la isla. El pánico la hizo sudar bajo el anorak. La persona que venía detrás la estaba siguiendo, no cabía otra explicación.

No había nadie más en la playa y ella ni siquiera llevaba consigo el móvil, lo había dejado en casa cargando. Apretó los labios y aligeró el paso hasta casi echar a correr. Entre los árboles apareció delante de ella la senda que conducía hasta el pueblo. Se encontraba bastante lejos de casa, tardaría por lo menos veinte minutos en llegar.

Giró la cabeza de nuevo con la esperanza de que el desconocido hubiera desaparecido, de que todo fueran imaginaciones suyas. Pero el tipo seguía allí. Parecía que podía alcanzarla, la distancia entre ellos se había acortado.

Nora aceleró el paso. El miedo se apoderó de su cuerpo, apresuró la marcha aún más. De pronto oyó un ladrido y al instante apareció entre los pinos un enorme labrador negro. Nora lo reconoció. Era la perra del vecino de sus padres, un isleño de unos sesenta años.

A punto estuvo de echarse a llorar, aliviada. Ya no estaba sola.

—¡Ven aquí! —le gritó a la perra—. Muy bien, muy bien. Trató de recordar su

nombre, pero le falló la memoria.

En ese momento, apareció algo más allá el dueño, que alzó la mano a modo de saludo.

Nora le mostró una sonrisa de compromiso.

–¿Os molesta que regrese con vosotros?

–Al contrario, siempre es agradable tener un poco de compañía.

Se volvió y miró otra vez hacia la playa. Estaba desierta.

Sandhamn, 1928

La señorita Edith tuvo una idea. Aquel mes de febrero había sido inusualmente soleado y había caído muy poca nieve. Los días claros se habían sucedido uno tras otro y apenas había nevado. Una profunda capa de hielo oscuro y liso cubría la ensenada, y era una tortura permanecer quieto sentado en el pupitre cuando fuera lucía el sol. Así que la señorita Edith les comunicó que al día siguiente toda la escuela saldría a patinar. Algunos padres menearon la cabeza en un gesto de desaprobación, como queriendo decir que al viejo maestro Norby nunca se le hubiera ocurrido una cosa así, pero los niños saltaban de alegría.

Pidieron patines prestados para que hubiera suficientes para todos. Después bajaron formando un pelotón hasta la playa de Fläskberget, donde introdujeron las botas en las correas y las ataron firmemente.

No se habían oído tantas risas en la isla en muchos años. Hubo resbalones y risas a hurtadillas, y los más pequeños se deslizaban sentados por el hielo mientras que los mayores que patinaban bien aprovechaban la ocasión para lucirse. Algún que otro chico trataba de impresionar a las chicas, otros jugaban al *hockey* sobre hielo utilizando ramas largas como bastones.

Karolina patinaba con dos chicas de su edad. Thorwald la observaba de reojo, se tambaleaba mucho y solo daba pasos cortos, inseguros. Tenía la nariz roja y la cara tensa por el esfuerzo. Se movía con los brazos estirados para no perder el equilibrio.

Era la más bonita de todas las chicas de la escuela.

A él se la daba bien patinar sobre hielo. Siempre había tenido un buen equilibrio y de vez en cuando jugaba al *hockey* con Arvid y sus hermanos.

Cuando Karolina resbaló de repente y se quedó sentada en el suelo, Thorwald vio su oportunidad. En unos segundos llegó hasta ella y le tendió la mano.

–Agárrate a mí, te ayudo a levantarte.

Ella lo miró y sonrió. Arrastraba la falda por el hielo y llevaba unos gruesos guantes.

–Soy tan patosa...

Él meneó la cabeza. De golpe fue consciente de lo feo que era su gorro. Se lo había hecho Vendela utilizando restos de lanas, y a él nunca le había gustado. Mientras aún le tendía una mano a Karolina se lo quitó y lo guardó en el bolsillo. Luego la ayudó a levantarse.

Karolina se tambaleó de nuevo y a punto estuvo de caerse, pero él la sostuvo a tiempo. El corazón le latía como si tuviera un martillo en el pecho. Podría haberla tenido entre sus brazos toda la vida.

Ella recuperó el equilibrio y se soltó de él.

Thorwald le ofreció el codo con toda la amabilidad de la que fue capaz.

–Puedes patinar un rato conmigo. Si quieres, claro –le dijo, y ella le devolvió una mirada tímida.

Di que sí, pensaba él. Por favor, di que sí.

–¿No vas a jugar al *hockey* con los demás?

Thorwald negó con la cabeza mientras trataba de encontrar algún pretexto que no sonara tonto. Pero ella no esperó explicaciones y colocó su brazo debajo del de Thorwald.

Le llegaba por el hombro y él se sorprendió al ver lo pequeña que parecía a su lado. Thorwald había crecido tanto durante el último año que Vendela tuvo que sacarle los bajos de los pantalones varias veces. Ya le llegaba al padre por la barbilla y su voz se había vuelto más profunda. Ya no tenía voz de niño, aunque a veces aún se le escapaba algún gallo.

Dio unos pasos y Karolina lo siguió. Al cabo de un rato, ella se sintió más segura y él realizó giros más grandes. Pronto patinaron los dos por toda la ensenada, se deslizaban de un lado a otro sobre la dura superficie mientras el sol brillaba en el hielo. A lo lejos, una bandada de aves alzó el vuelo y dibujó una bella estampa contra el azul pálido del cielo invernal.

–¿Va bien? – Thorwald tuvo que inclinar la cabeza para mirarla a los ojos.

–Sí. –Karolina lo miró con una amplia sonrisa. En una de las mejillas se dibujó un hoyuelo apenas perceptible. Sus trenzas bailaban—. Es tan divertido, Thorwald...

Dejó escapar una risa de felicidad y él también rio aliviado. Ella lo asía con mano segura y él deseaba que aquello no acabara nunca.

Era todo un misterio que le gustase a Karolina, pero Thorwald daba gracias por ello todos los días. Le inquietaba constantemente que ella cambiara de opinión pero, a medida que pasaba el tiempo, se tranquilizó.

Al principio, cuando se acercaba a él después de la escuela, casi no se podía creer que fuera verdad, pero sus sonrisas picaronas y las propuestas de paseos lo convencieron. Tomaron por costumbre deambular un rato por el bosque o ir hasta la orilla sur por las tardes. No hablaban mucho, pero tampoco hacía falta. A veces se sentaban en una piedra y contemplaban el mar.

Incluso cuando corría como una centella por el patio junto a sus amigas, Thorwald sabía que pensaba en él. Un guiño a escondidas, una mirada por el rabillo del ojo...

Ella era un milagro y, por primera vez en su vida, le daba las gracias a Dios. Rezaba sus oraciones con fervor antes de acostarse y, por encima de todas las cosas, le pedía que Karolina siguiera siendo su amada. Para siempre, hasta la eternidad.

– Ya está aquí. En la sala tres. –Thomas estaba en la puerta del despacho de Margit–. ¿Vienes?

Jakob Sandgren era alto, rondaría el metro noventa, calculó Thomas. Era un joven bien parecido. Llevaba el pelo algo largo peinado con la raya en medio y vestía unos pantalones vaqueros desgastados en su justa medida, camisa y jersey con cuello de pico de una marca cara.

El muchacho tendió amablemente la mano a ambos policías. Su comportamiento es de lo más correcto, pensó Thomas. El hecho de que Sandgren estuviera en el primer curso de la Escuela Superior de Comercio no le sorprendía lo más mínimo. Tanto su modo de vestir como su compostura confirmaban todos los prejuicios que Thomas tenía acerca de esa escuela elitista. Jakob Sandgren no mostraba ninguna señal de nerviosismo, al contrario, parecía como si estuviera en la comisaría haciendo una visita con la Escuela.

Thomas leyó la fecha y los datos personales en el micrófono de la grabadora.

–Tenemos que hablar contigo acerca de Lina Rosén –comenzó Margit–. Supongo que estás al tanto de lo que le ha ocurrido.

Sandgren asintió.

–Desapareció en otoño –dijo.

–Creemos que está muerta. Ciertos hallazgos en Sandhamn así lo indican. La conocías, ¿verdad?

Jakob Sandgren se irguió en la silla antes de cruzar los brazos.

–Sí.

–¿De qué os conocíais?

–Tenemos una casa de veraneo en Trouville y su familia también.

–¿Erais buenos amigos?.

–Regular –respondió Jakob tras encogerse de hombros

–¿No mantuvisteis una relación? –puntualizó Thomas.

Miró serio a Jakob Sandgren. Qué joven parecía. Thomas ya no podía

recordar cómo se sentía cuando tenía veinte años. Sandgren tal vez pareciera adulto, especialmente por su físico, que ponía de manifiesto sesiones regulares en el gimnasio, pero sus mejillas aún no habían perdido la redondez infantil.

Tienes maravillosas perspectivas de futuro, ¿eh?, pensó Thomas. ¿Las has tirado por la borda quitándole la vida a una chica joven o es únicamente una cuestión de mala suerte el que te encuentres aquí en estos momentos?

Jakob Sandgren se hundió un poco.

–Salimos juntos en verano, pero no duró mucho.

–¿Por qué? –dijo Margit.

–Sucedió así, sin más.

–¿No hubo ningún motivo especial?

–No –respondió, y meneó la cabeza.

–¿Cómo describirías vuestra relación?

–Buena, supongo.

–¿Puedes aclararlo un poco más?

–Nos gustábamos, pero luego se nos pasó.

–¿Te tenía miedo?

Unos segundos de silencio. Jakob Sandgren parecía desconcertado, la conversación había tomado un giro que probablemente no esperaba.

–¿Por qué iba a tenerme miedo? –dijo finalmente.

–No sé –dijo Margit–. ¿Se te ocurre algún motivo?

Margit se empleó a fondo. Si había algo que le repugnaba eran los hombres soberbios que se metían con las mujeres.

Thomas lo sabía e intentó indicarle que se lo tomara con calma. No se trataba de asustar a Sandgren antes de tiempo. Era mejor transmitirle una falsa sensación de seguridad y luego hacer que se fuera de la lengua. Si es que ocultaba algo.

–¿Qué quieres decir? –respondió Sandgren. Su tono se había vuelto un poco agresivo–. Estuvimos juntos un tiempo y después se acabó. Son cosas que pasan. He salido con muchas chicas en Sandhamn. Les gusto, no es culpa mía.

Parecía demasiado seguro de sí mismo, y Margit no se pudo contener.

–¿Le pegaste alguna vez?

La indicación de Thomas no sirvió de nada y la pregunta sorprendió a Jakob Sandgren. Pero mantuvo el tipo.

–No.

–Pues el caso es que tenemos testigos que afirman lo contrario. –Margit sonrió con aire inocente–. Y dicen que fueron varias veces.

–No es cierto –objetó Jakob Sandgren. Se retiró el flequillo de la frente–. Además, si tengo que responder a preguntas de ese tipo, quiero un abogado. Tengo derecho a ello.

–Por supuesto, puedes tenerlo –aseguró Margit–. Pero entonces tendrás que permanecer aquí hasta que consigamos uno. ¿No sería mejor acabar con este breve interrogatorio?

Thomas decidió intervenir.

No quería recibir una advertencia por haberse propasado. Cierto que Sandgren tenía veintiún años cumplidos y ya era un adulto completamente responsable de sus actos, pero era preferible evitar ser demasiado bruscos. Sobre todo porque no estaba presente ningún letrado.

Podía imaginarse que los padres de Sandgren removerían cielo y tierra si se pasaban lo más mínimo con su hijo. Y con toda seguridad disponían de buenos contactos que no dudarían en utilizar. Ese tipo de personas solían tenerlos. De los datos reunidos sobre Jakob Sandgren se desprendía que su padre era dueño de negocios prósperos en el sector de la construcción y la madre era cirujana plástica. La familia gozaba de una buena posición, quizá demasiado buena a juzgar por el comportamiento y los hábitos de Jakob.

–Solo queremos hacerte unas preguntas más –dijo en tono conciliador–. Queremos saber, por ejemplo, dónde te encontrabas durante el puente de Todos los Santos el otoño pasado. Entre el tres y el cinco de noviembre.

Jakob Sandgren estaba más pálido que cuando iniciaron el interrogatorio. Se volvió a apartar el flequillo de la frente. En la sien derecha se apreciaba una cicatriz rosa, de unos centímetros de largo y trazo irregular.

–Estuve con mis padres en Sandhamn –respondió en voz baja.

–¿Todo el puente?

–Sí. Mi hermano pequeño también estuvo allí.

–Como sabrás, fue entonces cuando desapareció Lina Rosén.

Sandgren asintió con la cabeza.

–Pero yo no tengo nada que ver con eso –dijo.

La mirada era franca, inocente. Pero Thomas intuyó que esa era la intención detrás de aquel gesto.

–¿Puedo llamar a mis padres? –preguntó después–. Prefiero que venga mi

padre.

Thomas y Margit intercambiaron una mirada. No se lo podían negar.

–Sí, enseguida. Solo quería hacerte una última pregunta –dijo Margit–. Esa herida que tienes en la sien, ¿cómo te la hiciste?

La pregunta hizo que Jakob Sandgren levantara automáticamente la mano derecha. Se pasó los dedos por la cicatriz.

–Durante una regata. Queríamos hacer un viraje y fallamos en la maniobra. La botavara me golpeó directamente en la sien.

–Tuvo que ser un buen golpe –dijo Margit.

Su tono cordial hizo que Jakob Sandgren se relajara, y asintió.

–Sí, me desmayé. La herida sangraba mucho, claro. Se suspendió la regata y me trasladaron hasta el hospital en un helicóptero ambulancia.

–¿Cuándo fue eso?

–Hace cuatro años, creo.

–¿Te ha quedado alguna secuela del accidente?

El joven hizo una ligera mueca.

–Alguna pequeña molestia. Cuando estoy estresado me duele un poco la cabeza, pero por lo demás me encuentro bien.

–¿Notas alguna diferencia cuando tomas alcohol? –preguntó Thomas.

Jakob Sandgren se lo pensó antes de contestar.

–Sí. No lo tolero demasiado. A decir verdad, hago algunas tonterías cuando me emborracho. A veces, ni siquiera recuerdo el qué. –Una sonrisa irónica–. Me lo cuentan mis amigos.

–¿Puedes darnos algún ejemplo? –preguntó Thomas.

–No sé. –Volvió a esbozar una sonrisa burlona–. Pero seguro que he soltado más de una estupidez.

–¿No puedes darnos un ejemplo? –Los ojos de Margit se volvieron fríos como el hielo cuando se inclinó hacia Jakob–. ¿Puede que hayas amenazado a alguien? A Lina, por ejemplo. ¿Tal vez se te escaparon un par de bofetadas alguna vez? Sí, esas veces en que realmente se lo merecía y tú estabas tan borracho que no podías hacer otra cosa.

Las palabras de Margit rasgaron el aire de la sala como una cuchilla de afeitar.

Jakob Sandgren tragó saliva.

Antes de que pudiera responder sonó el móvil de Thomas. Cortó la

llamada, pero la breve interrupción fue suficiente para darle un respiro a Sandgren.

El joven cambió de postura. Extendió las manos con gesto disuasorio.

–Ni he pegado a Lina ni la he amenazado. Ya lo he dicho. Ahora no quiero seguir respondiendo a más preguntas antes de que venga papá.

Thomas se maldijo para sus adentros por haberse olvidado de apagar el móvil. La llamada no podía haber entrado en un momento más inoportuno. Habían estado a punto de conseguir que Jakob se fuera de la lengua. Pero se les había escapado.

La autoestima del joven era evidente, a Thomas no le sorprendía. En la clase social a la que pertenecía, se educaba a los hijos para que se sintieran seguros en sociedad y esa seguridad los acompañaba toda su vida. En Sandgren no se apreciaba ni el desprecio al cuerpo de Policía, que era tan indiscutible en las barriadas con problemas, ni el nerviosismo que otros jóvenes solían mostrar en presencia de policías.

Thomas se dio cuenta de que no avanzarían mucho más en aquel momento. Pero aún no hemos acabado contigo, pensó a la vez que se levantaba. En absoluto.

Sandhamn, 1928

Los tejados ya goteaban y el hielo que aún quedaba en la bahía junto a Skärkarlshamn empezaba a fundirse bajo el calor de la primavera. Era la víspera del día de san Tiburcio, que se celebraba el catorce de abril. Comenzaba así la mitad del año considerada como verano, dejando atrás otro interminable invierno.

Thorwald soñaba despierto durante las clases. La última estaba a punto de acabar y al día siguiente empezaban las vacaciones. Entonces quizá saliera a pescar con el viejo tío Olle, a echar las redes para capturar los arenques de primavera.

Junto a la pared de la casa de enfrente asomaban unas campanillas de invierno recién florecidas. Un sauce ceniciento con las yemas vellosas anunciaba días más claros.

Thorwald se sentía animado. Le gustaban las tareas propias de la primavera. Había que calafatear la barca, botarla, revisar los cabos y atarlos. Había muchas faenas que hacer después de la escuela, pero no le importaba. Al contrario, estaba deseando que terminaran las clases para poder salir al sol y bajar al muelle de los barcos pequeños. Aquello era un hervidero de actividad, en el que olía intensamente a alquitrán y a sal.

El tío Olle se ocupaba de las redes de pescar. Sentado en el banco de madera, iba remendando las redes rotas. Cuando estaban cosidas y perfectas de nuevo, en una olla grande cocía un brebaje con corteza de abedul y de aliso sobre el que vertía lejía casera hecha con ceniza. Tan pronto como empezaba a salir vapor de la olla, introducía las redes. Eso evitaba que se pudrieran y duraban más tiempo.

–Gracias por vuestra asistencia, niños –dijo la señorita Edith, y cerró el libro–. Que Dios os bendiga a todos.

–Gracias, señorita Edith –respondieron los alumnos a coro.

Thorwald buscó con la mirada a Karolina. Estaba con otras chicas y vio cómo gesticulaba animada mientras les contaba algo. Él recogió sus cosas despacio y salió de la sala. Se quedó aguardando en la entrada, donde dejaban

los abrigos. Procuraba mantenerse cerca de ella sin que se notara demasiado que la estaba esperando.

Cuando las chicas salieron al patio entre risitas, Thorwald las siguió, pero manteniéndose aún en un segundo plano.

–¡Thorwald! –lo llamó Arvid–. ¿Bajas con nosotros a los muelles?

–Ahora no, dentro de un rato.

Ya se habían marchado todas las demás chicas. De reojo, vio a través de la ventana que la señorita Edith limpiaba la pizarra con un trapo mojado. Karolina estaba sola abajo, junto a la verja, jugando con el pestillo. Él se irguió y fue a su encuentro, indiferente, como si se encontrara con ella por pura casualidad. Su sonrisa radiante le dejó bien claro que no se había dejado engañar ni por un segundo. Con el sol de la primavera le habían salido algunas pecas en la nariz y la alegría brillaba en sus ojos claros.

–Ven –le dijo Thorwald, y le dio la mano.

–¿Adónde vamos?

–Ven.

La guio hasta el interior del bosque pasando por delante de la cueva de la sirena, Havsfrun. La luz se filtraba a través de las copas altas de los árboles. Pronto estuvieron en el lado sur de la isla, con el mar ante ellos. Se sentaron sobre unas piedras de la playa. Karolina apoyó la cabeza en el hombro de Thorwald y él la rodeó con cautela con el brazo. Olía muy bien, un perfume cálido que se diferenciaba de todos los demás. Cuando estaba cerca de ella pensaba siempre en el olor de la leche dulce.

–¿Qué harás en otoño? –le preguntó Karolina después de estar un rato sin mirarlo.

Thorwald comprendió inmediatamente a qué se refería.

Les quedaba poco más de un mes en la escuela de Sandhamn. Si iba a seguir estudiando, como quería su padre, tendría que ir a un instituto de la península. Thorwald dudaba de que sus notas fueran lo suficientemente altas, pero justo en ese momento no tenía fuerzas para pensar en ello. Las exigencias del padre eran un peso constante sobre sus hombros, como un yugo invisible.

–Aún no lo sé. –Atrajo a Karolina un poco más cerca de él–. Vamos a ver lo que pasa después del verano.

–Mi madre se casó con mi padre el mismo día que ella cumplía dieciocho

años –dijo Karolina en voz baja–. Empezaron a salir durante el último curso de la escuela. Igual que nosotros.

A Thorwald le dio un vuelco el corazón. Nunca se había atrevido a pensar a tan largo plazo. Aún seguía siendo un milagro que Karolina quisiera estar con él. El miedo a perderla era tan grande que solo se permitía disfrutar del presente. No se había atrevido a soñar con un futuro en común. Estaba contento de haber podido repetir un curso para mejorar sus notas. De lo contrario, quizá no se hubiera quedado en Sandhamn y no la habría conocido.

Le rozó a Karolina la frente con los labios.

–Todo se arreglará, ya lo verás.

–Si te vas al instituto, tendrás que dejar la isla.

–Pero volvería en vacaciones.

–A lo mejor te olvidas de los que nos quedamos aquí...

Él negó con la cabeza.

–Qué locuela eres.

–Si te vas a estudiar para práctico estarás fuera una eternidad. Como mi hermano mayor.

–No voy a ser práctico –le aseguró Thorwald.

No pensaba elegir esa profesión. Para eso era necesario sacarse un diploma y pasarse varios años en el mar. Demasiado tiempo para estar lejos de Karolina. Eso no era para él. A Thorwald le gustaba trabajar con las manos, tenía habilidad con las herramientas. Trabajar la madera, a eso le gustaría dedicarse. A un buen carpintero nunca le faltaría trabajo, estaba seguro.

–Si quieres formar una familia tendrás que poder mantenerla –siguió ella pensativa.

–Ya se arreglará. –Thorwald le sonrió feliz.

Karolina andaba planeando su futuro. Era la primera vez que hablaba de una vida juntos y él disfrutaba escuchándola. Durante toda su infancia se había sentido fuera de su propia familia. Rechazado por su padre y a la sombra de su hermana. Ahora había alguien que le hablaba de una relación en común, de la que él formaría parte.

Sin ninguna dificultad pudo imaginarse a Karolina en las escaleras de entrada de una casita roja. Llevaba un delantal blanco y le sonreía. Siempre serían felices y él jamás le pondría la mano encima.

–¿Cuántos hijos quieres tener?

La pregunta de Karolina interrumpió sus fantasías. Era otra cosa sobre la

que tenía que recapacitar. Él, que apenas se atrevía a soñar con un futuro junto a Karolina, no digamos ya pensar en formar con ella una familia. Se encogió de hombros tratando de mostrar indiferencia. Al parecer, Karolina había meditado mucho sobre todo aquello, advirtió. La alegría recorría su cuerpo como una corriente cálida.

Echó la cabeza hacia atrás y miró hacia el cielo azul. Habían aparecido algunas nubes procedentes de la bahía de Gråskärsfjärden y contempló feliz los jirones blancos que se deslizaban por encima de ellos.

–¿Cuántos hijos quieres tener? –insistió Karolina, y en sus labios se dibujó una sonrisa picarona–. Por lo menos tres, creo yo –se respondió a sí misma–. Mejor que la primera sea una niña, para que pueda ayudar. Y luego dos chicos que puedan salir contigo a pescar y a cazar.

Él la apretó contra sí aún más fuerte.

–Karolina –le susurró. Su nombre sonó como una caricia–. Karolina. Siempre estaremos juntos, tú y yo.

Nora se sentó en la terraza con los diarios de la casa de la tía Signe. Los niños se habían ido a casa de Fabian. Ella se había tranquilizado después del paseo. Seguro que todo habían sido imaginaciones suyas. No comprendía por qué se había alterado tanto y había empezado a creer que alguien la perseguía. Los acontecimientos de la última semana debían de haberla minado más de lo que quería reconocer. No había otra explicación para que hubiera pasado tanto miedo por nada. Con todo lo que tenía encima, solo le faltaba empezar a sufrir manía persecutoria.

La terraza acristalada era su lugar preferido de la casa, pero el radiador no conseguía mitigar el frío que se filtraba por las juntas de las ventanas. Buscó una chaqueta vieja y se la puso. Luego apoyó los pies en un pequeño taburete que había adquirido en la subasta que se celebraba cada dos años en el puerto. Era una auténtica fiesta popular donde la gente se deshacía de toda clase de objetos.

En el verano pasado, el momento estelar fue cuando unos niños pujaron por un viejo bote con el dinero que habían reunido recogiendo y vendiendo latas. Cuando el subastador sacó el barco, un chiquillo de siete años pujó inmediatamente.

–Mil cincuenta y siete coronas con cincuenta céntimos –dijo en voz alta y clara. Era la suma total de lo que habían ganado con las latas. La escena fue tan enternecedora que a nadie se le ocurrió aumentar la puja.

Nora abrió uno de los diarios y empezó a leer:

20 de febrero de 1928

Hace mucho frío fuera y en la escuela hay escarcha en las ventanas cuando entramos por la mañana. Mi buena madre dice que hace el mismo frío que cuando la guerra. La señorita Edith ha dicho que un día saldremos a patinar toda la clase. Sería estupendo poder intentarlo. Muy divertido.

Hoy he invitado a Thorwald y a su hermana a galletas después de la

escuela. No ha dicho casi nada, pero parecía contento cuando le he ofrecido el bote y le he insistido. Kristina ha cogido un montón de galletas, como de costumbre. Es una niña terriblemente mimada, a mí no me cae muy bien, aunque no sea más que una niña pequeña.

Augusta es idiota y se ha metido conmigo. Me ha dicho que Thorwald me miraba a hurtadillas en clase. Es tan habilidoso con las manos, puede tallar cualquier cosa en una madera. Una vez ayudó a la señorita Edith a arreglar la mesa que se había agrietado por debajo y quedó como nueva.

24 de febrero de 1928

Hemos patinado juntos toda la tarde. Ha sido increíblemente divertido. Thorwald es muy fuerte y muy bueno patinando. Ha sido cariñoso y atento conmigo todo el tiempo. Yo he fingido una caída justo cuando él se acercaba patinando y entonces él se ha detenido al instante y me ha ayudado a levantarme. Augusta lo ha visto todo, pero no ha dicho nada cuando hemos pasado a su lado, aunque sabía que yo me había caído intencionadamente. Thorwald me ha ofrecido su brazo para que me apoyara y ha patinado conmigo todo el tiempo en vez de irse a jugar al hockey con los otros chicos.

26 de febrero de 1928

Hoy he ido a pasear con Thorwald, me ha dado mucho apuro preguntarle, pero él ha contestado inmediatamente que sí. Creía que me iba a morir de felicidad. Hemos pasado cerca del cementerio y nos hemos adentrado en el bosque los dos solos. Es un chico encantador.

Nora sonrió ante la cantidad de sentimientos que rebosaba aquel diario. No cabía la menor duda de que Karolina estaba felizmente enamorada. Página tras página reflejaba su amor por Thorwald.

Sujetar aquel diario en la mano le hacía pensar en la tía Signe. Casi podía evocar su olor, un delicado aroma remoto a polvos de talco y a pan recién horneado. Le invadió la nostalgia. Signe fue una mujer fuerte y sabia, a pesar de lo que hizo antes de quitarse la vida. Ya le gustaría a ella hallar esa fuerza en su interior. No comprendía cómo iba a ser capaz de enfrentarse a todo lo que tenía por delante.

Las tapas negras del diario reposaban suavemente en su mano. Nora cerró

los ojos un rato. Karolina había estado muy enamorada de aquel chico y la envidiaba por ello.

Pero a medida que siguió leyendo, advirtió una creciente inquietud en la escritura. Karolina estaba alarmada por la situación familiar de Thorwald, ya que su padre no lo trataba bien. Aparecía a menudo con moratones, y a la joven le preocupaba que su padre fuera tan severo y tan religioso.

De sus páginas se deducía que el padre de Thorwald era un miembro activo de la Misión que existía entonces y seguía la Biblia al pie de la letra, sobre todo cuando se trataba de meter en vereda a su familia. Karolina hablaba, en su estilo infantil, de una fe que rayaba el fanatismo.

Nora adivinó entre líneas que la familia vivía aterrada por los imprevisibles cambios de humor del padre, que podían manifestarse de forma violenta. A Karolina le inquietaba también que el padre de Thorwald pusiera impedimentos a sus encuentros. Pero no se atrevía a hablar con sus propios padres del tema.

24 de junio de 1928

Thorwald no vino ayer a la celebración del solsticio de verano aunque habíamos quedado. Lo esperé toda la tarde, pero no aparecieron ni él ni Kristina. Le pregunté a Arvid si sabía algo, pero no tenía respuesta. Por la noche pasé junto a su casa, pero me faltó valor, no me atreví a llamar a la puerta. ¿Y si me ponía en ridículo? ¿Y si ya no me quiere?

26 de junio de 1928

Ya han pasado cuatro días desde que hablé con Thorwald. ¡Oh! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué no vino al baile? Estrené un par de zapatos y un vestido muy bonito que mi querida madre había encargado en Estocolmo.

Tenía tantas ilusiones puestas en esa fiesta... ¿Por qué no vino? Quiero dejar de pensar en él, pero no mando en mi pobre cabeza.

¿Todo ha sido una simple tontería para él?

El resto del diario estaba plagado de reflexiones tristes, y algunas páginas parecían conservar manchas de lágrimas sobre las finas hojas. Cuando Nora leyó la última página, Karolina aún no había visto a Thorwald desde su ausencia en la fiesta del solsticio de verano. ¿Qué habría pasado con Karolina

y su amor? Mañana volvería a Villa Brandska a buscar más diarios. Quería saber cómo le había ido a la joven pareja.

Nora miró el reloj. Eran casi las cinco, hora de ir preparando la cena. Pero le costaba separarse de los diarios y continuó hojeándolos. La tía Signe le había hablado algunas veces de su tía paterna, pero Nora no recordaba haberla visto. No obstante había una fotografía de Karolina en Villa Brandska. En la fotografía, se veía a una mujer madura que miraba fijamente a la cámara. Tenía unos rasgos severos y el pelo pegado a la cabeza. Resultaba imposible imaginársela de joven.

Sería interesante encontrar una fotografía suya de adolescente, pensó Nora. Poder apreciar qué aspecto tenía cuando estaba tan enamorada del joven y lo describía con tanta viveza en los diarios.

El ruido de la puerta de entrada al abrirse le recordó que debía empezar a preparar la cena. Después llamaría a sus padres. Quizá su madre supiera algo de lo que le ocurrió a Karolina en los últimos años de su vida, pues Susanne había nacido y crecido en Sandhamn. Tenía que saber qué le había pasado a la tía de Signe.

Sandhamn, 1928

El cerezo florecía blanco y el abedul acababa de abrir sus hojas. La luz se prolongaba durante las largas noches de junio y el cielo pasaba del color gris claro al azul marino. El olor a verano flotaba en el aire.

–Vamos a tener invitados para la fiesta del solsticio de verano –dijo Karolina.

–Mmm.

Thorwald estaba cansado. Los días eran muy intensos, a causa de las muchas ocupaciones, y se pasaba las noches pensando en Karolina. Mientras se acercaba el amanecer, él estaba aún despierto soñando con ella y con la vida en común de la que le había hablado. Por primera vez en su vida tenía fe en el futuro. Al lado de Karolina era invulnerable. Fantaseaba con tener su propia casa, donde estaría a salvo para siempre y donde su padre jamás sería bienvenido.

Tenía la cabeza sobre las rodillas de Karolina. Se encontraban completamente solos, en el extremo del cabo de Västerudd. Allí no había ninguna construcción, todo estaba tranquilo y apacible. Habían caminado por la estrecha senda que discurría al lado de Fläskberget y del cementerio, se habían adentrado en el bosque entre los pinos y las matas de arándanos, en las que se estaban empezando a formar pequeños capullos de color rosa que se convertirían en dulces bayas. Poco a poco habían llegado hasta el extremo de la isla, una lengua de tierra desde donde se podía ver el mar a ambos lados. Se habían dejado caer sobre la roca rugosa; tenían el estrecho de Ekö casi enfrente.

El curso escolar acababa de terminar y las calificaciones de Thorwald no habían satisfecho las expectativas del padre, aunque no habían sido tan malas como él mismo había temido. Para su sorpresa, la furia de su padre no se había manifestado con la dureza habitual, aunque se había llevado una buena bofetada como castigo.

Gottfrid tenía problemas más graves que las notas de su hijo. Corrían rumores de que el Real Servicio General de Aduanas iba a reducir

notablemente su presencia en Sandhamn, pese a que su actividad en la isla se remontaba al siglo XVIII y aún pasaban por allí muchos barcos en su ruta hacia la capital. Pero habían llegado varios escritos que no anunciaban nada bueno para los empleados al servicio de la Corona en la isla.

Gottfrid regresaba a casa por las tardes con un gesto ceñudo que le marcaba profundas arrugas en la frente. Podía permanecer horas sentado a la mesa de la cocina leyendo la Biblia sin dejar de murmurar para sí mismo. A veces agarraba el abrigo y salía de casa sin dar explicaciones. Thorwald ignoraba adónde iba entonces, pero se esforzaba al máximo por mantenerse fuera de su alcance. Hacía falta muy poco para que se ganara una bofetada o algo peor.

Vendela iba con la cabeza más gacha cada día. Incluso Kristina medía las palabras delante del padre. Gottfrid alternaba entre sus impredecibles arrebatos de furia y un silencio sordo, y el ambiente en la casa se volvía cada día más tenso. Era como estar esperando una tormenta que se avecinaba y que estallaría antes o después. Thorwald lo sabía.

–Vamos a tener invitados –volvió a decir Karolina tan contenta–. De Nämndö. Un primo de mi madre vendrá unos días a visitarnos. Tiene dos niñas. Una de ellas, Josefina, está coladita por André. Lo sigue como un perrillo.

Thorwald se rio de buena gana al imaginar a la chica mirando con ojos soñadores al hermano mayor de Karolina.

André tenía siete años más que Karolina. Acababa de llegar después de pasar cuatro años en el mar. En otoño iba a empezar los estudios en la Escuela de la Marina para hacerse piloto, con la intención de continuar la tradición familiar.

–Quizá no podamos vernos mucho mientras estén aquí. Madre quiere que le ayude con todos los preparativos.

–Mmm.

Karolina siguió hablando, sin darse cuenta de que Thorwald no intervenía. Satisfecho de tenerla tan cerca, Thorwald se adormiló. Nadie los iba a echar de menos porque se quedarán una hora más. Karolina olía a leche y a flor de manzano y él se deleitaba aspirando su suave perfume.

–Thorwald, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho?

El leve reproche en su tono de voz lo despertó. Abrió los párpados y se

encontró con los ojos claros de ella. Una mirada tierna, llena de calor y de cariño. Una de sus trenzas le caía hacia delante y le acariciaba la mejilla. Era suave como la seda y él tiró con delicadeza de ella.

Karolina se vio obligada a inclinar la cabeza y él pudo sentir el aliento de ella sobre su piel. Tiró un poco más para ver lo que pasaba.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de ella. Estaban tan cerca de los suyos que solo tuvo que hacer un movimiento imperceptible para besarlos.

–¿Cómo van las cosas?

Thomas estaba tan concentrado en sus papeles que tardó un par de segundos en reconocer la voz de Mats Larsson. El psiquiatra lo observaba desde la puerta de su despacho con gesto amable.

–He llamado –señaló Larsson.

–Pasa y siéntate. –Thomas le indicó la silla de las visitas y luego recogió algunos de los montones de documentos que tenía esparcidos sobre la mesa.

–Hiciste una exposición muy interesante –dijo Thomas al mismo tiempo que guardaba un montón de papeles en el armario detrás de él.

–¿Os ha servido de algo?

–Sin duda, pero dudo de las conclusiones que podemos sacar en este caso concreto.

–¿Tienes alguna hipótesis? –preguntó Larsson, que parecía que estaba deseando hacer esa pregunta.

Thomas demoró la respuesta. No quería discutir suposiciones poco firmes con un psiquiatra experto, al menos hasta que tuviera algo más que aportar. Por otra parte, era precisamente para eso por lo que se había pedido la colaboración de Larsson en la investigación.

–Estoy aquí para ayudar. –Mats Larsson sonrió, como si estuviera acostumbrado a que los investigadores se echaran atrás a la hora de compartir sus reflexiones.

Thomas se decidió a hablar.

–El año pasado nos pusimos en contacto con el hotel Seglar y con el Sands, y repasamos las listas de clientes –dijo–. El Seglar estaba cerrado y en el Sands se alojaban sobre todo familias con niños pequeños, puesto que se trataba del puente de Todos los Santos. Kalle sigue tratando de contactar con todos los clientes, pero de momento no hemos encontrado a ninguno que nos haya llamado la atención.

–Lo que parece indicar que se trata de alguien que tiene casa en la isla –concluyó Larsson.

–Sí –afirmó Thomas–. Eso parece. Pero también puede tratarse de alguien que solo estuviera de paso, que hubiera alquilado o le hubieran prestado una casa.

–¿Y el personal de la compañía Waxholm? ¿Ninguno de ellos recuerda nada extraño?

Thomas hizo una mueca.

–Lamentablemente, no tienen listas de pasajeros, por lo que resulta imposible comprobar qué personas viajaron hasta la isla aquel puente. Los billetes se compran a bordo, sin más. –Rebuscó entre los montones de documentos y le tendió un papel al psiquiatra–. El pasado otoño estuvimos hablando con la tripulación de la compañía naviera M/S Sandhamn, que cubre la línea, pero nadie recordaba nada fuera de lo normal.

–Si suponemos que es una persona que vive en la isla, entonces la pregunta es si se trata de alguien que vive allí o de alguien que tiene casa de veraneo. ¿Has pensado en ello? –Mats Larsson miró a Thomas con atención. A juzgar por su mirada sagaz, él ya se lo había hecho esa pregunta.

–Era un puente festivo, así que es de suponer que llegaría mucha gente que tiene casa en la isla –dijo Thomas–. Si hubiera sido cualquier otra semana de otoño, me habría centrado en alguien que vive allí. ¿Qué crees tú?

–¿Cuántos habitantes tiene Sandhamn?

–Unos ciento veinte. Los datos varían. En verano llegan a la isla entre dos mil y tres mil veraneantes. Durante ese puente puede que hubiera unos cientos de visitantes, además de la población permanente.

–Lo que habla en contra de un residente fijo es el riesgo a que lo descubrieran. El control social en una isla tan pequeña es enorme. Todos saben lo que hacen los demás. A la larga, hay muy poco que se pueda ocultar.

El psiquiatra se frotó la barbilla mientras reflexionaba.

–Por cierto, ¿qué ha pasado con el control de las personas con licencia de caza? ¿Había muchas en el registro que estuvieran relacionadas de alguna manera con Sandhamn?

Thomas se encogió de hombros suspirando.

–Lamentablemente, Erik aún no ha concluido la lista. Lo que más cuesta, al parecer, es dar con los que tienen allí su segunda residencia. Ha acudido al registro de la propiedad para poder comparar los datos, pero eso lleva su tiempo.

Mats Larsson asintió pensativo.

–¿Habéis recibido más información de algún vecino?

–No, nada importante. Y hemos hablado con la mayoría de la gente del pueblo. Ya lo hicimos en otoño, cuando desapareció la chica, pero no obtuvimos ninguna información relevante.

–Piensa que la lealtad es muy fuerte en los pueblos pequeños. Prefieren evitar la injerencia de forasteros, sobre todo de la Policía. Pero, según tengo entendido, tú conoces a mucha gente de allí.

–Tengo una casa de veraneo en Harö, una isla que está justo al lado.

–¿Pasas mucho tiempo en Sandhamn?

Thomas meditó la respuesta. Sí, claro que pasaba tiempo en Sandhamn.

–Nora, mi mejor amiga, y su familia tienen una casa en el centro del pueblo, así que suelo ir a menudo.

–¿Y nadie se ha dirigido a ti directamente?

–No, pero Nora ha observado algo.

Thomas le refirió enseguida que su amiga había visto a una persona misteriosa que observaba la casa de los Rosén a altas horas de la noche.

–Interesante –dijo Mats Larsson–. Quizá deberías ponerle vigilancia a la casa. No es descabellado suponer que esa persona pueda ser el asesino.

–¿De verdad piensas eso?

Thomas se había mostrado escéptico cuando Nora le habló de aquello y no le dio importancia a su inquietud. Su fracaso matrimonial la estaba minando, era evidente. Parecía cansada y decaída, y su relato le pareció confuso. Margit y él pensaron que el estrés de la separación le habría provocado fantasías nocturnas.

–¿Recuerdas lo que dije acerca de la propia conciencia moral del asesino? –preguntó Mats Larsson–. No es infrecuente que este tipo de personas condenen sus propias acciones y las de los demás. La persona a la que buscamos podría muy bien reprobar el crimen, aunque lo haya cometido ella misma. Puede haber estado fuera de la casa y horrorizarse ante el suceso sin sentir ningún remordimiento.

–Ordenaré inmediatamente que pongan vigilancia a la casa –dijo Thomas, contrariado. Comprendía que había desechado con demasiada ligereza las observaciones de Nora, a pesar de que sabía que era una observadora sagaz.

–He leído la transcripción del interrogatorio a Jakob Sandgren –dijo el psiquiatra cambiando de tema.

–¿Qué opinas?

–Es difícil pronunciarse. Parece un joven bien adaptado, con buenas relaciones familiares, centrado en los estudios. Pero bajo las aguas más tranquilas...

–Vamos a seguir investigándolo. Erik Blom está examinando su pasado con lupa. Pero no tiene antecedentes ni licencia de caza.

Thomas se enderezó.

–Quizá deberías verlo.

–Sí, es lo que estaba pensando –asintió el psiquiatra–. Lo volveré a citar mañana para mantener un breve interrogatorio. Necesito formarme mi propia opinión.

–En cualquier caso, él tiene un motivo –añadió Thomas–. Aunque sea débil.

–Te refieres a que la chica lo dejó.

–Sí, el verano pasado.

Mats Larsson se encogió de hombros.

–Fuiste tú quién dijo que una persona de ese tipo podía ocultar en su interior una humillación durante meses, incluso años –señaló Thomas.

–Es cierto –admitió Mats Larsson–. No obstante, cabe preguntarse si Jakob Sandgren es capaz de asesinar a una persona y después descuartizarla. –Miró su reloj–. Hora de irse a casa con la familia –dijo–. Ya son casi las seis y media. ¿Tienes niños?

Thomas negó con la cabeza.

–Yo tengo tres: una niña de nueve y dos mellizos de seis. Así que no nos falta jaleo en casa.

–Yo tenía una hija –dijo Thomas–, pero murió cuando tenía tres meses.

–¿Muerte súbita?

Thomas se lo confirmó con una mirada rápida. El tono de voz del psiquiatra era de condolencia y no había en él ni pizca de curiosidad. Solo un sentimiento de compasión y empatía. A Thomas se le formó un nudo en la garganta y tragó saliva. Mierda, pensó. Tengo que aprender a controlarme.

–Ha debido de ser muy duro. Es terrible que ocurran cosas así. ¿Era tu primer hijo?

Thomas asintió con la cabeza. No entendía por qué los sentimientos que lo embargaban eran tan intensos. Creía que había aprendido a controlar la tristeza, que ya estaba tan rigurosamente enquistada, que no tenía que preocuparse por perder el control.

–¿Qué ocurrió?

–Nos la encontramos muerta cuando nos despertamos por la mañana –le temblaba la voz–. Ya estaba fría, no hubo nada que hacer, era demasiado tarde.

Recordó aquellos momentos en los que él intentaba inútilmente que respirara, y al personal de la ambulancia que lo obligó a separarse de la niña.

–¿Pudisteis consolaros mutuamente?

Lo que menos pudieron hacer precisamente fue consolarse mutuamente.

Thomas meneó la cabeza mirando a la mesa. Hacía esfuerzos para no perder la compostura. ¿Qué le estaba pasando? ¿Acaso el encuentro con Pernilla había reabierto las viejas heridas? Sin embargo, había salido del restaurante con una sensación de alegría que hacía mucho tiempo que no sentía. Fue un momento feliz, de eso estaba seguro.

–Sabrás que no es infrecuente que el matrimonio naufrague cuando se pierde un hijo. Particularmente si es el primero. Es una carga demasiado dura de sobrellevar.

Mats Larsson se comportaba como si no advirtiera cómo le afectaba a Thomas la conversación. Pero su tono de voz se había vuelto más suave y apagado. Se recostó en la silla como para dar tiempo a que Thomas se tranquilizara.

Thomas le agradeció el respiro.

–Pero si consiguen apartar los remordimientos y dejar de acusarse mutuamente, hay muchas parejas que logran salir adelante –concluyó Mats Larsson–. El peor de los sufrimientos también puede unir a las personas.

Deslizó la mirada por el cuarto. Fingía no darse cuenta de la reacción de Thomas. Era como si estuviera hablando para sí mismo.

–Un acontecimiento tan desgarrador puede convertirse en un nuevo impulso, en un movimiento positivo –continuó–. Muchas parejas buscan otro hijo inmediatamente y controlan su pena de esa manera. ¿Has hablado de ello con tu mujer?

–Nos separamos –susurró Thomas–. No podíamos hablar siquiera.

El psicólogo lo miró apenado.

–Es trágico. Pero también las parejas separadas pueden salir adelante. –Le dio una palmada en el hombro y salió del despacho.

Sandhamn, 1928

Fue el viejo tío Olle quien enseñó a Thorwald a tallar figuras de madera. El día en que el chico cumplía diez años, Olle revolvió en una vieja caja de madera en la que guardaba de todo. Después de un rato sacó un pequeño cuchillo de tallar y se lo regaló a Thorwald. Tenía el mango rojo y estaba guardado en una funda negra. Era el regalo más bonito que le habían hecho en toda su vida y lo llevaba siempre consigo.

Enseguida descubrió que tenía habilidad para manejar el cuchillo. Los libros se le daban mal, pero con el cuchillo era capaz de transformar un trozo de madera en asombrosas creaciones. Se pasaba las horas muertas sentado en el banco fuera de la casa del tío Olle tallando madera mientras él le contaba alguna de sus innumerables historias de pescadores. Hacía cuencos, cuchillos para untar la mantequilla, cucharas y salvamanteles.

Vendela lo recibía todo con enorme satisfacción. Él no se cansaba nunca del brillo que aparecía en los ojos de su madre cuando llegaba a casa con algo nuevo para ella. Vendela sonreía en contadas ocasiones, y a él le gustaba sacarle una sonrisa. Por un instante podían disfrutar de la alegría del momento, lejos del miedo que acompañaba la presencia del padre.

Gottfrid estaba cada vez más preocupado por su puesto en el Real Servicio General de Aduanas. La decisión definitiva se hacía esperar, pero estaba claro que iban a reducir la actividad considerablemente, incluso podían suspenderla.

Vendela solo había tocado el tema una vez. Estaban sentados a la mesa y le acababa de servir a Thorwald el bocadillo que le había preparado. Se encontraban en casa los dos solos. Kristina se había ido a hacer un recado y Gottfrid estaba en el trabajo.

–Procura hablar a padre con prudencia estos días, tiene muchas preocupaciones últimamente.

–¿Va a perder su trabajo?

Vendela meneó vacilante la cabeza y le acercó un vaso de leche agria.

–No se sabe.

–¿Y por eso es tan malo con nosotros?

El chico miró intencionadamente el moratón que su madre tenía en la mejilla; el padre le había dado un bofetón porque no fue a buscar un plato con la rapidez requerida. También en el cuerpo de Thorwald se podían ver huellas del mal humor de Gottfrid.

–A callar, hijo.

–Se está volviendo cada día peor –dijo Thorwald en voz baja, pero sabía que llevaba razón.

–Está preocupado pensando en cómo nos las vamos a arreglar si pierde su sustento.

–Pero nosotros no tenemos la culpa. ¿Por qué nos tiene que castigar?

Vendela sonrió con pena a su hijo.

–¿A quién iba a castigar si no?

Ante la llegada de la celebración del solsticio de verano, Thorwald había decidido hacerle un regalo a Karolina. Como le tenía mucho cariño a su gata *Missan*, con la que jugaba a menudo en el jardín, le quería hacer una gatita de madera que se pareciera a *Missan*. Se la regalaría en el baile del solsticio. Era la primera vez que la dejaban ir al baile y sabía que le hacía mucha ilusión.

Anduvo varios días buscando un buen trozo de madera que sirviera para sus propósitos. Fue desechando todos los trozos que encontró, uno no estaba lo suficientemente curvado, otro tenía demasiados nudos, hasta que por fin dio con lo que buscaba, un trozo de madera de pino de buen tamaño. Entonces se puso manos a la obra.

Talló con movimientos suaves el cuerpo tendido de un gato. Cuando terminó, parecía exactamente un gato tumbado y descansando al sol. Con las patas relajadas y la cabeza doblada hacia delante. Lijó la superficie hasta que quedó lisa y bonita, y después pulió la figura con un trapo hasta sacarle brillo a la madera. Le llevó muchas horas, pero ya estaba listo. Karolina recibiría al día siguiente su regalo.

Thorwald se levantó del banco que había fuera de la caseta y dio un paso atrás para contemplar su obra. El gato parecía como si acabara de tumbarse y estuviera a punto de empezar a ronronear. Thorwald se estiró y sonrió

satisfecho. Seguro que Karolina se iba a poner muy contenta con el regalo. Ya podía imaginar su cara de alegría.

–¿Qué haces?

Thorwald se estremeció. Kristina estaba a su lado. Se había acercado sin que él se diera cuenta. Algunas redes que colgaban de las horcaduras en los muelles se mecían al viento, por lo demás, alrededor de las casetas todo estaba en calma. Instintivamente, Thorwald trató de esconder la figurita de madera.

–Nada especial.

–Estabas haciendo algo. ¿Puedo verlo?

–Te he dicho que no.

Su hermana parecía contrariada. Arrancó unas briznas de hierba y jugueteó con ellas entre los dedos. Entonces puso un tono de voz zalamero y lo intentó de nuevo.

–Thorwald, por favor, déjame verlo.

–Ya te he dicho que no es nada.

Pero aquello había despertado la curiosidad de Kristina y no pensaba darse por vencida a la primera. Resuelta, echó mano de su mejor arma.

–Si no me lo dejas ver, le diré a padre que no has hecho tus tareas. Que has estado fuera mucho tiempo.

Thorwald se rindió.

–No es nada, solo una figura de madera. –Extendió la mano con el gatito para enseñárselo.

A Kristina se le iluminó la cara. Cogió la figurita y deslizó los dedos por el suave lomo del animal. Thorwald le dejó que la tuviera unos minutos antes de quitársela.

–¡Qué bonita es! ¿Me la das? –suplicó Kristina.

–No, no es para ti. – Thorwald se giró y empezó a recoger sus herramientas. Ya era hora de volver a casa para cenar. No quería arriesgarse a provocar la ira de su padre.

–Thorwald, querido hermano, me la darás, ¿verdad?

–No es para ti, te lo acabo de decir.

Estaba empezando a sudar. Deseaba con toda su alma que Kristina no hubiera aparecido por allí. Si se iba de la lengua y el padre se enteraba de que se había pasado horas y horas tallando un juguete en vez de estar ayudando en casa, lo pagaría caro.

Kristina dio un pisotón en el suelo.

–Eres tonto, yo lo quiero.

Rápida como un rayo, alargó la mano y le quitó la figura. Luego se la apretó contra el pecho con las dos manos y lo miró con gesto de triunfo.

–Ahora la tengo yo –dijo–. Quieras o no, te la he quitado.

Thorwald se quedó inmóvil. Luego suspiró profundamente.

–Dame el gato –dijo en voz baja.

–¡Ahora es mío! –gritó Kristina y le sacó la lengua–. No te lo doy.

Thorwald dio un paso hacia ella.

La hermana retrocedió contra uno de los soportes del muelle, con el gato bien agarrado entre las manos. Thorwald dio un paso más y por primera vez vislumbró el miedo en los ojos de Kristina. Aún no había cumplido los nueve años, pero se había acostumbrado a que su hermano hiciese todo lo que ella quería. En última instancia, siempre podía amenazarlo con decírselo al padre.

Thorwald la miró fijamente. El gato era para Karolina y no pensaba ceder. No en esta ocasión. Kristina pareció dudar.

–Se lo diré a padre –probó de nuevo, y retrocedió unos cuantos pasos más.

La luz radiante de los rayos del sol dibujaba las sombras entre ellos con más nitidez, y el cabello rubio de Kristina relucía como un halo alrededor de su cabeza.

–¿Thorwald? –le temblaba ligeramente la voz. Él ya no escuchaba.

Se acercó hasta ella con decisión y le abrió las manos. Recuperó el gato bruscamente y, enfadado, le dio a Kristina un buen empujón. Ella se tambaleó y se cayó del muelle. No era muy profundo, pero lo suficiente como para que se mojara hasta la cintura.

Kristina empezó a llorar escandalosamente.

–Thorwald eres tonto, eres tonto, tonto. Thorwald, se lo pienso contar todo a padre.

–Déjame en paz –dijo él en tono apagado. Después se dio media vuelta y se largó de allí.

–¿Qué es lo que está pasando realmente entre Henrik y tú? Nora acababa de entrar en la cocina para empezar a preparar la cena cuando sonó el teléfono. Reconoció inmediatamente la voz de su suegra.

Monica Linde. Lo que le faltaba.

Estaba claro que Henrik le había ido con el cuento a su madre. En realidad, no debería sorprenderle tanto. Él siempre había metido a su madre en la relación. Una suegra que presumía de sus distinguidas amistades y que siempre ponía a su hijo en un pedestal.

La relación de Nora con su suegra podía definirse, en el mejor de los casos, cortés, pero lo cierto era que le caía rematadamente mal. Un sentimiento que había ido en aumento a lo largo de los años que llevaba casada con su hijo. Durante las reglamentarias visitas de sus suegros, apretaba tanto los dientes que acababa con dolor en las mandíbulas. Henrik se transformaba en un adolescente mimado, mientras que ella tenía que andar corriendo detrás de los niños y escuchar constantemente lo mal educados que estaban Adam y Simon. Para Monica parecía una cuestión de honor reprender a los niños y compararlos con los educadísimos nietos de sus amigas, cosa que enfurecía a Nora. Pero Henrik había estado siempre sordo y ciego ante los defectos de su madre. Era imposible hablar con él del tema. Con el tiempo, Nora desistió de hacerle ver cómo los trataba Monica a ella y a los niños. En lugar de eso, callaba y aguantaba mientras contaba las horas para que finalizara la visita.

Bueno, por fin un dato positivo después de la separación. Tras el divorcio no tendría que volver a ver a su odiosa suegra.

–¿Has oído lo que te acabo de preguntar, Nora?

No tenía ni idea de lo que Monica había dicho. Y tampoco le interesaba lo más mínimo.

–Estaba un poco distraída.

–Ya le he dicho a Henrik que un divorcio está totalmente descartado. En la familia Linde nadie se ha separado. Ni pensarlo. ¿Qué crees tú que diría la gente?

Nora no sabía si reír o llorar.

¿Cómo era posible que Monica tuviera una opinión tan elevada de sí misma? ¿Cómo podía ni siquiera considerar que bastaba con levantar el teléfono y ordenar a su nuera lo que podía o no podía hacer? Realmente esa mujer carecía de complejos. Se arrogaba el derecho a organizarle la vida a todos los que estaban a su alrededor.

–No es en absoluto asunto tuyo decidir sobre este tema –respondió Nora con el tono más amable del que fue capaz.

–Henrik y tú tendréis que resolver vuestros problemas, así de simple. Tenéis dos hijos maravillosos, ¿vais a separaros y exponerlos a la vergüenza que eso significa?

Muérdete la lengua, pensó Nora. No te pongas de mal humor, no vale la pena.

–Yo no utilizaría la palabra vergüenza de esa manera –le respondió–. Hay muchos niños de padres separados que viven estupendamente. Tendremos que solucionar las cosas como todo el mundo.

–Tonterías. Los niños necesitan al padre y a la madre, sobre todo los adolescentes. ¿Has pensado cómo vas a arreglártelas sin un hombre en casa? ¿Sabes lo difícil que es para una madre educar sola a sus hijos?

Monica sabía exactamente qué teclas tocar para crisparla. Sacaba precisamente los temas sobre los que ella había estado reflexionando. Le preocupaba cómo iba a poder hacerse cargo ella sola de dos hijos. Sobre todo de Adam, que era el ojito derecho de su padre y estaba a punto de entrar en la adolescencia.

–Podía haber pensado en ello tu querido hijo antes de irse a la cama con esa tal Marie –respondió Nora.

No era su intención desvelar que Henrik le había sido infiel, pero le pudo la rabia. Que se lo explicara a su madre, ¿por qué iba ella a protegerlo?

Una risa de superioridad precedió a la respuesta de Monica.

–Querida, eso es lo que han hecho los hombres toda la vida. Intentan olvidar sus fallos con relaciones esporádicas, una jovencita o dos que los admiran y contribuyen a aumentar su ego. Son cosas que hay que aguantar. ¿Qué te crees que he hecho yo?

Pese a que conocía a su suegra desde hacía muchos años, su cinismo la dejó estupefacta. Para Monica solo contaban las apariencias, nada más.

Mientras su posición social permaneciera intacta lo demás le importaba un bleo.

Nora pensó en su pobre suegro, quien, a pesar de todo, era una persona bastante agradable. Solía guiñarle un ojo cómplice cuando Monica se ponía pesada en las comidas. Si había dado un mal paso o dos, no podía más que felicitarlo.

–Monica, nada de lo que digas o hagas puede influir en mi decisión. Será mejor que dejemos esta conversación.

–Pues te diré una cosa, un divorcio está totalmente descartado. Tienes que ser razonable. Piensa que ahora perteneces a la familia Linde.

Nora tragó saliva. La tristeza volvió a apoderarse de ella, pero no pensaba humillarse y llorar mientras hablaba con Monica. ¿Por qué era todo culpa suya? No era ella quien había roto la promesa de fidelidad.

–Ya no puedo vivir con Henrik. Todo se ha acabado entre nosotros.

–Ahora escúchame atentamente, Nora. Yo creo que no sabes dónde te estás metiendo. Si insistes en el divorcio, nosotros apoyaremos a Henrik con todos los medios a nuestro alcance.

Nora cerró los ojos y se apoyó en la encimera de la cocina. Oyó a Simon dando órdenes a sus jinetes de juguete en la habitación de al lado.

–¿Qué quieres decir con eso, Monica?

–Henrik se quedará con el chalé adosado, está a su nombre. Ya nos ocupamos nosotros de que fuera así cuando invirtió la herencia de su abuelo en la compra.

–Ya sé que la casa es suya.

Lo sabía, pero no había querido pensar en ello. Cuando sus suegros insistieron en que la casa debería estar solo a nombre de Henrik, ella no le dio mayor importancia. Si iban a pasar juntos el resto de su vida, ¿qué más daba a nombre de quién estuviese la escritura?

–Para los niños es mejor que sigan viviendo en su ambiente habitual. Henrik insistirá en ello, créeme.

–¿De qué estás hablando?

–Los niños tienen que seguir viviendo con su padre por supuesto, cualquier otra cosa sería impensable.

–Henrik no puede obtener la custodia exclusiva de Adam y Simon – protestó Nora.

–No estés tan segura. –Ahora Monica le hablaba en un tono hostil–.

Olvidas que estuviste de baja todo el otoño pasado. Te aislaste y lloraste mucho, según tengo entendido. Además, fuiste a un psicólogo. Pasaste un período bastante inestable, creo recordar. –Hizo un alto para dejar que las palabras surtieran efecto–. Los niños necesitan un padre equilibrado. Su bienestar ha de ser lo primero. Deberías ser consciente de ello.

Nora se quedó helada. Monica sabía que había visitado a un psicólogo. Henrik la había traicionado de muchas maneras.

–Solo fui dos veces.

Se arrepintió antes de terminar de pronunciar aquellas palabras. No existía razón alguna para pedir perdón. ¿Por qué estaba permitiendo aquello?

–Como te he dicho, debemos pensar en lo mejor para los niños. Si me llaman a declarar acerca de tu idoneidad como titular de la custodia, no podré negarme. Recuerdo, por ejemplo, aquella vez que Henrik tuvo que salir corriendo del hospital porque Simon se había cortado con el borde afilado de una mesa en la guardería. Tuvieron que darle varios puntos en la mejilla, pero tú estabas demasiado ocupada para ir.

No puede ser cierto, pensó Nora. Recordaba muy bien aquel suceso. Llevaba meses trabajando en un préstamo importante. Justo cuando iban a firmar todos los papeles llamaron de la guardería. Normalmente siempre era ella la que abandonaba el trabajo para atender a los niños, pero en aquella ocasión le era imposible salir a toda prisa y dejar allí a todos los que se habían reunido para firmar el contrato. Sencillamente, no podía hacerlo. Consiguió ponerse en contacto con Henrik y le pidió, le suplicó, que fuera él a la guardería. Después estuvo enfadado varios días, pero a ella no le había quedado otra elección.

Ya pagó bastante por eso con disculpas y remordimientos. ¿Tendría que responder otra vez por ello?

–Piénsatelo, Nora. No te vayas a meter en algo de lo que después te arrepientas. Tenemos muchos buenos amigos que pueden ayudar a Henrik, eminentes abogados, por ejemplo, jueces a los que conocemos bien...

Nora no dudaba de que estuviera dispuesta a utilizar todos sus contactos. Su suegra podía ser brutal cuando le interesaba.

–¿No os haría bien a Henrik y a ti iros unos días de viaje y solucionar los problemas? –El tono de Monica se había vuelto mucho más suave–. Harald y yo nos haríamos cargo de los niños encantados, si queréis pasar juntos un fin

de semana romántico. No tenéis más que decírnoslo. Siempre estamos dispuestos a echaros una mano, ya lo sabes.

Nora consiguió terminar la conversación y colgó el teléfono con una sensación desagradable en el pecho.

–Venga chicos –dijo Nora con voz jovial, enmascarando sus verdaderos sentimientos–. Vamos a cenar a la posada. Salchichas con patatas fritas, ¿qué os parece?

En su fuero interno, estaba furiosa tras la conversación con Monica, pero trató de disimularlo delante de los niños. Necesitaba salir un poco de casa y estar entre gente normal que no le dijera cómo tenía que vivir su vida.

Descolgó la cazadora del gancho de cobre y se puso el gorro. Simon enseguida estuvo listo y abrigado, pero Adam estaba remolón.

–Venga, vamos –lo animó Nora–. Podéis tomar coca-cola aunque no sea sábado. Y kétchup, una montaña de kétchup.

A Simon le encantaba el kétchup y se lo ponía en todo, incluso en las barritas de pescado con arroz.

Sonó el móvil y Nora vio en la pantalla que era Henrik, pero no pensaba hablar con él en aquel momento. No después de las amenazas de Monica. Necesitaba tiempo para reflexionar. Además, ya sabía lo que le iba a decir Henrik. Le exigiría que abandonara la isla y volviera a casa. No pensaba hacerlo. De ninguna manera.

Agradeció una vez más el consejo de Annie de que en realidad podía ser bueno quedarse en la isla unos días. De lo contrario, no habría tenido mucho que oponer a los sermones de Henrik. Ahora al menos podía apoyarse en la opinión de una experta.

Trae los niños a casa. ¿Qué significaba ahora «a casa»?

–Mamá. –Simon le tiró de la manga–. ¿No vamos a salir? Tengo mucho calor.

Sin más dilación, Nora se puso el abrigo.

–Venga, Adam. –Se volvió hacia su hijo y le rodeó los hombros con el brazo–. Todo irá bien, ya verás. Te lo prometo, cariño. Ahora vamos a la posada.

Adam no dijo nada, se puso la cazadora y los guantes, sin más. Había estado poco comunicativo todo el día. Ella lo había observado con inquietud,

pero él no había respondido a sus miradas. Sin embargo, Simon parecía tranquilo. Como si considerara el hallazgo macabro como parte de alguno de sus juegos de ordenador, en los que podían aparecer las figuras más grotescas. Hablaba como de costumbre y no mostraba ningún síntoma de preocupación.

Pero Adam le preocupaba. ¿Cómo le había afectado lo que había visto? ¿Y hasta qué punto era consciente de los problemas matrimoniales de sus padres? Era un chico sensible e inteligente que seguramente sabía más de lo que ella creía.

El sol ya se había puesto cuando salieron. En febrero se ocultaba rápidamente detrás del cabo de Västerudd, a diferencia de las magníficas puestas de sol del verano, cuando solía ponerse más allá de Harö.

Nora cerró la verja y se dirigió hacia el puerto. En las casas vecinas solo se veía luz en unas pocas ventanas. Pensó que era muy triste. En la actualidad, casi todas las casas pertenecían a gente de fuera que las utilizaba como segundas residencias, sobre todo en la temporada estival. Con la llegada del otoño el pueblo parecía abandonado y solitario, a veces, incluso, parecía deshabitado. Los que utilizaban sus casas de veraneo solo durante unas pocas semanas, probablemente no tenían ni idea de lo solitaria que se quedaba la isla a medida que avanzaba el otoño.

Nora dio la espalda a las casas cerradas y tragó saliva para contener el llanto, que seguía acechándola después de la conversación con su suegra. Estaba apesadumbrada por todos los acontecimientos de la semana. Sentía pena por la familia Rosén, a pesar de que le dolía el pecho y tenía la cabeza llena de amargos pensamientos acerca de Henrik. Agarró a los dos chicos de la mano y se las apretó con fuerza. ¿Qué sería de ella si les ocurriera algo a Adam o a Simon? La sola idea era insoportable.

Adam comprendió que su madre estaba triste. Le devolvió el apretón y frotó la mejilla contra el hombro de ella. Aquella inesperada muestra de ternura la hizo sentirse mucho mejor.

–Date prisa, mamá –dijo luego–. Hace mucho frío.

Subieron las escaleras de la posada con paso rápido.

Cuando entraron en el *pub*, que se encontraba en la planta baja, vieron que

estaba casi lleno.

Se quedaron un momento en la entrada mientras Nora buscaba con la mirada sitio para sentarse. Las tres mesas de la ventana próximas a la barra estaban ocupadas, como de costumbre. Allí se sentaban casi siempre los vecinos de la isla, era su territorio y solo los visitantes ignorantes de las reglas se acomodaban allí.

En el interior del local había mesas alargadas con el perfil de un velero grabado sobre el tablero. Las velas encendidas creaban una atmósfera acogedora. Era muy agradable notar el calor y sentarse en una de las sillas de barniz oscuro.

Nora se preguntaba si habría sitio para ellos, pero entonces descubrió una mesa libre justo a la izquierda de la barra. Se dirigió hacia allí y se sentaron, los niños a un lado y ella enfrente.

–Quiero un refresco, mamá –dijo Simon–. Dijiste que podíamos.

–Hoy no es sábado –le recordó Adam a su hermano antes de que Nora tuviera tiempo de responder.

Sabe perfectamente lo que diría Henrik, pensó Nora. Simon hizo un gesto de decepción, pero sin dejar de mirarla.

–Está bien –los tranquilizó Nora–. Podéis tomaros una coca cola cada uno, si queréis. Hoy haremos una excepción. A veces se pueden hacer excepciones.

Estudió la pizarra que había en la pared al lado de la barra y decidió pedir un guiso de pescado. Era uno de los platos fijos de la posada y solía incluir pescado y marisco en abundancia. Pensó pedir también una copa de vino blanco. O dos.

–¿Salchicha con puré de patatas o salchicha con patatas fritas? –preguntó.

–Patatas fritas –respondieron los niños a coro.

Nora no pudo evitar sonreír. Las patatas fritas ganaban siempre por goleada al tradicional y modesto puré. Ella detestaba el olor y el sabor de las patatas fritas después de haber ido tanto a comer en hamburgueserías con los niños.

–Está bien.

Se levantó y se acercó a pedir en la barra. Aún no se había quitado la cazadora, porque el paseo no había sido muy largo y tardaba en entrar en calor. Mientras esperaban a que llegara la comida, los chicos se pusieron a

jugar a piedra, papel y tijera, y Nora saboreó su vino blanco y dejó volar sus pensamientos.

Al cruzar la puerta había saludado al resto de los clientes con un gesto de la cabeza. La isla era muy pequeña. Para los que vivían allí durante todo el año la posada era el punto de encuentro, sobre todo durante las desapacibles noches de invierno, cuando no había un alma en la calle.

Nora disfrutó de estar rodeada de los isleños, pese a que sabía que nunca llegaría a formar parte de la comunidad de la misma manera que los residentes fijos. Pero en una semana como aquella le parecía particularmente seguro estar allí en compañía.

Al parecer había más gente que pensaba como ella, porque el local estaba lleno y daba la impresión de que muchos tenían necesidad de hablar de los terribles sucesos que habían ocurrido. De las mesas de alrededor le llegaban retazos de conversaciones, y todas parecían tratar de Lina Rosén. Los Rosén pertenecían a una de las familias más antiguas de la isla, habían vivido allí durante generaciones.

Nora tomó otro trago de vino, y se reafirmó en su decisión de haber dejado la luz de la entrada encendida antes de salir de casa. Le parecía más seguro. De pronto captaron su atención las voces procedentes de una mesa del rincón del fondo. Los niños interrumpieron el juego y miraron fijamente en la misma dirección.

—¡Jodida bruja, déjame en paz! Haré lo que me dé la gana.

La voz enfadada pertenecía a un hombre de unos sesenta años. Se había levantado con tanto ímpetu de la mesa que la silla cayó al suelo. Tenía la cara muy roja y le palpitaba nítidamente una vena de la frente. Apuró su cerveza con gesto de rabia y se secó la boca con el dorso de la mano.

Una mujer de la misma edad permaneció sentada a la mesa, con aspecto desolado. Nora observó cómo intentaba hacer callar a su marido. Le pedía en voz baja que se volviera a sentar y se tranquilizara. Pero, al parecer, sus esfuerzos solo lo irritaban más.

—Cállate y deja de quejarte de una puta vez. Estoy harto de tus tonterías, que lo sepas.

Nora los reconoció.

Eran Ingrid y Bengt Österman. Vivían cerca de la Casa de la Misión y formaban parte de la población permanente. Ingrid solía saludar a Nora con una inclinación de cabeza cuando se encontraban en el pueblo, pero Bengt era

un hombre esquivo y malhumorado que casi nunca trataba a nadie. Parecía que Ingrid se iba a echar a llorar de un momento a otro. Miró angustiada a su alrededor, temerosa de que los demás clientes del bar hubieran oído su disputa familiar.

Nora bajó la mirada. Sintió vergüenza ajena. Era penoso oír cómo hablaba aquel hombre a su mujer, y sintió una profunda simpatía por ella. Los ojos se le llenaron de lágrimas. La convivencia no era tan sencilla en un matrimonio, ella lo sabía muy bien. Parpadeó varias veces para contener las lágrimas. No quería que los niños se dieran cuenta de lo conmovida que estaba.

Simon y Adam seguían contemplando a la pareja que discutía, y Nora los reprendió con la mirada.

–Venga, dejad de curiosear –murmuró–. Seguid jugando.

El hombre, que estaba borracho, agarró de malos modos su cazadora y se dirigió a la salida. Cuando pasó al lado de su mesa, Nora percibió el olor a alcohol.

Unos segundos después la mujer salió tras él. Tenía las mejillas encendidas y la mirada baja mientras intentaba torpemente ponerse la cazadora.

–¿Quién es? –Simon le rozó el brazo a Nora algo asustado–. Olía un poco raro.

Nora le mandó callar.

–Es un señor que se llama Bengt. No pasa nada, solo que ha bebido más de la cuenta. Son cosas que hacen a veces los adultos.

–Tenía una pinta asquerosa –dijo Adam–. Y estaba borracho. No podía ni andar.

–Ha estado a punto de caerse al salir, ¿lo has visto? –dijo Simon.

Adam miraba con el ceño fruncido a la puerta por donde había desaparecido el hombre y Simon seguía mirando con igual descaro. En aquel momento, los dos niños parecían una copia exacta de su padre, que también podía juzgar a la gente sin compasión. La rabia contra Henrik se apoderó de ella una vez más, por haber transmitido a sus hijos esos valores.

–Basta ya –dijo Nora con la esperanza de que el hombre borracho no hubiera oído los comentarios de sus hijos.

Algo incómoda, ojeó a su alrededor para ver si alguien más había oído algo, parecía que no porque nadie los miraba. El murmullo, interrumpido por el incidente, se había puesto en marcha de nuevo.

A Nora le avergonzaba que Adam y Simon pudieran rechazar a una

persona tan a la ligera y, por un instante, vio en sus hijos el reflejo de su marido y de su suegra. Apuró la copa de vino y retiró la silla.

–No penséis más en el tema –les dijo–. La comida llegará enseguida. Tardará solo unos minutos.

Se levantó para ir a la barra a pedir otra copa de vino. Para su sorpresa notó que le temblaban las manos al alcanzar la copa. No existía ningún matrimonio feliz en ninguna parte, pensó. Cuando no había peleas en público, había amantes secretas. Thomas y Pernilla estaban separados y pronto lo estaría ella también. Henrik incluso le había pegado en un momento de furia.

¿Qué pasa con el amor?, se preguntó con tristeza. ¿Por qué era tan difícil conservarlo?

Sandhamn, 1928

Mientras la tarde iba cediendo paso a la noche, Thorwald deambulaba sin rumbo por el pinar que había al sur de la isla. Sabía lo que le esperaba al volver. Se le había pasado por la cabeza la idea de buscar refugio en casa del viejo tío Olle, pero la descartó al instante. El tío estaba enfermo y cansado, no podía protegerlo de la furia de Gottfrid.

Pasada la media noche tenía mucho frío y demasiada hambre para seguir fuera. Era el mes de junio y las temperaturas nocturnas no superaban los cinco o seis grados. La humedad del mar se hacía notar y estaba temblando.

No tenía salida. A la larga era imposible esconderse en la isla. Agotado, puso la mano sobre la manija de la puerta de casa y la abrió.

El padre lo estaba esperando sentado en una silla de la cocina y ya se había quitado la ancha correa de cuero, que había dejado encima de la mesa. Thorwald la vio nada más entrar. Al lado había una Biblia abierta. Señaló un versículo y lo leyó en voz alta.

Thorwald no abrió la boca. Era inútil. Era evidente que su padre pensaba que Dios le había ordenado castigarle. Con gesto resignado, Thorwald se desabotonó los pantalones, dejó al descubierto las nalgas y se inclinó sobre la mesa.

Cuando terminó, Gottfrid se fue al dormitorio. Thorwald permaneció encogido en el suelo junto a una silla. La sangre que brotaba de las heridas formaba un charco a su lado. Era como cuando de pequeño se hacía pis por la noche, pensó. Primero calentaba, pero después se quedaba frío. En aquel estado de aturdimiento, se preguntó si su madre se enfadaría con él por ensuciar la alfombra. Le había oído decir alguna vez que las manchas de sangre eran difíciles de limpiar.

Los primeros rayos del sol asomaron a través de la ventana y algunos pájaros empezaban a trinar. Era el amanecer de la víspera del solsticio de verano. Tenían que ir a buscar ramas de abedul y flores a la isla de Kroksö para decorar el poste floral. Karolina estaría esperándole, pero esperaría en vano.

Tenía mucha sed. Con cuidado, intentó arrastrarse hasta la cacinilla, donde estaba el cacillo del agua. Pero el dolor era tan grande que enseguida desistió.

–Lo odio –susurró, y la rabia que sintió en su interior le hizo sentirse un poco mejor.

Odio a ese viejo hijo de puta, repitió para sí mismo. Y a Dios también. Dios no se ocupa de mí. Si lo hiciera, no dejaría que padre me hiciera esto. Mierda de padre, mierda de Dios.

Agotado, volvió a caer sobre las tablas del suelo. Le ardía y le escocía la espalda en las zonas donde la correa le había levantado la piel. El padre le había azotado despacio y con precisión. Ninguno de los dos dejó escapar un solo sonido. Lo único que se oían eran los golpes de la hebilla sobre la piel desnuda.

El viejo está loco de remate, pensó Thorwald. Y la Biblia esa que lee también. Antes o después me matará. Aquel pensamiento lo asustó, pero ya se temía desde hacía mucho tiempo que su padre era capaz de hacerlo. En el nombre de Dios.

Thorwald se adormeció, pero se despertó de nuevo. Le escocían las nalgas y en su interior se fue afianzando una intuición. Tenía que salir de Sandhamn.

Solo había visitado Möja y Runmarö alguna vez, y nunca había salido de las islas. Pero sabía cómo llegar a Estocolmo. El barco de vapor que venía todas las semanas con veraneantes volvía directamente allí. Además, él sabía navegar guiándose por las estrellas, se lo había enseñado el tío Olle. Si fuera necesario, podía coger el barco y remar hasta la península.

Se giró un poco tratando de encontrar una postura que no fuera tan dolorosa. Este cabrón me va a matar, pensó medio inconsciente.

Después lo envolvió de nuevo la oscuridad.

Viernes, 1 de marzo

A Thomas se le quedó grabada la conversación con Mats Larsson.

Recordaba una y otra vez las palabras del psiquiatra. Había que superar los remordimientos y dejar de echarle la culpa al otro. Entonces, la tristeza podía convertirse en una fuerza que unía en lugar de separar. Los antiguos reproches podían transformarse en nuevas esperanzas. Fue él quien la culpó a ella. No al revés. Apenas podía mirar a Pernilla sin que le vinieran a la cabeza pensamientos oscuros. Estaba tan aferrado a su desesperación que no quería comprender cómo un bebé podía morir sin que fuera un error de nadie.

Hasta ahora no había sido consciente de que Pernilla no fue la responsable de que perdieran a su hija. Debería estar agradecido por el tiempo que habían estado juntos y dejar de dar vueltas a la muerte prematura de Emily. Y, sobre todo, no podía seguir culpando a Pernilla de todo lo que había pasado.

El móvil estaba delante de él, sobre la mesa. Buscó el mensaje de texto que le había escrito y que no llegó a enviar.

¿Enviar? Las letras eran blancas y reflectantes.

Thomas dudó otra vez. Borró el mensaje y escribió el que había pensado en un primer momento: «Gracias por una cena tan agradable. Ha sido maravilloso volver a verte, Thomas».

Le dio a enviar.

El sonido de alguien que llamaba a la puerta le hizo levantar la cabeza. Margit estaba apoyada en el marco de la puerta.

–Tenemos otra muerte en Sandhamn. Hay que salir inmediatamente.

–¿Qué ha pasado?

–Una mujer. La alarma llegó hace solo unos minutos. Vamos. El helicóptero está ocupado, así que tendremos que ir en coche hasta Stavsnäs.

Nada más entrar en casa de los Österman a Thomas le golpeó el olor en la nariz. Apestaba a alcohol desde la entrada.

La explicación no se hizo esperar. Bengt Österman estaba sentado en el sofá del salón. Iba sin afeitar y llevaba una camisa de franela sucia. Thomas echó una ojeada a la cocina. En la encimera había varias botellas vacías. Algo marrón se había caído al suelo y había formado un charco, ahora seco. En uno de los rincones, un caniche bebía agua de un cuenco.

Un policía de uniforme los guio hasta el dormitorio. Allí yacía una mujer con un camisón de punto, casi boca abajo en la cama. Tenía los ojos hinchados y la cara pálida como la cera. Era evidente que llevaba muerta unas horas. Al lado de la cama había varios botes de medicinas con el nombre de Ingrid Österman inscrito. Margit se inclinó y leyó en voz alta las etiquetas. Antidepresivos y pastillas para dormir en una mezcla asombrosa.

Apoyada sobre un vaso de agua había una tarjeta con el texto primorosamente escrito con tinta.

Staffan Nilsson, el técnico de medicina forense, ya se encontraba allí. Se encontraba en Djurö cuando le dieron el aviso y pudo llegar más rápido que ellos. No estaba tan amoratado de frío como la última vez, pensó Thomas. En esta ocasión al menos se libraban de estar fuera.

–La causa puede ser la ingesta de medicamentos –les comunicó Nilsson, lacónico, y señaló los botes de medicinas–. Todo parece indicar que ha sido por propia iniciativa. Solo he encontrado un tipo de huellas dactilares en los botes y hay una carta de despedida.

–Puede que alguien haya usado guantes y haya colocado ahí la tarjeta –dijo Thomas.

–Sí, claro, eso no podemos descartarlo.

Thomas echó un vistazo a la habitación. Parecía vieja, como el resto de la casa. En el otro lado de la cama se veía una marca redonda en el papel de la pared. Probablemente Bengt Österman había apoyado la cabeza allí durante muchos años y el sudor había dejado esa mancha.

La ropa estaba tirada de cualquier manera en una silla que había en un rincón. Un armario con la puerta entornada dejaba ver en el suelo algo que parecía un montón de ropa sucia.

–¿Has encontrado algo más?

Nilsson meneó la cabeza.

–El cuerpo no presenta ningún daño visible. Pero estas son medicinas muy fuertes. Si ingirió todo eso –dijo, y señaló los botes blancos–, la cosa está clara. Acabaría con un caballo.

–Tenía una depresión –dijo Margit.

–¿Qué opinas de la carta de despedida?

Thomas se puso un par de guantes de plástico y cogió con cuidado la tarjeta.

–Lo siento. No puedo más –leyó en voz alta–. ¿Qué significa esto?

Margit meneó la cabeza.

–No lo sé. Una manera de pedir perdón por tomarse un montón de pastillas. O tal vez tenga algo que ver con el hijo, Sebastian. No fue capaz de superar su muerte.

Thomas se estremeció cuando su colega nombró al chico fallecido.

–¿Dijiste que había sufrido depresiones? –preguntó Thomas.

–Sí, me contó que había estado de baja durante largos períodos después del accidente de su hijo.

–Eso podría explicar las cosas.

–Quizá.

–Ven, vamos a hablar con su marido.

Thomas se dio la vuelta y salió de la habitación.

Bengt Österman seguía sentado en el sofá del salón. Parecía indiferente a lo que estaba pasando a su alrededor. Cuando Thomas se acercó y lo miró a los ojos, comprendió el motivo. Estaba borracho. Tenía los ojos vidriosos y la mirada desenfocada. Era un milagro que se hubiera despejado lo suficiente para poder llamar a la policía. Podían pasar horas antes de que se le pasara la borrachera.

Thomas acercó una silla y se sentó enfrente del hombre. Margit tomó asiento en el sillón de al lado.

–¿Fue usted quien la encontró? –preguntó Thomas, y Bengt Österman asintió.

–¿Puede contarnos lo que pasó?

–Estaba allí, sin más.

–¿Cuándo la descubrió?

–Cuando entré en el dormitorio.

–¿A qué hora fue eso?

Bengt Österman tenía la mirada errática.

–No lo sé muy bien.

Thomas tuvo una idea.

–¿Dónde ha dormido esta noche?

Österman se revolvió.

–En el sofá.

Thomas comprendió que no era la primera vez. Podía imaginarse la resignación de Ingrid al abandonar a su marido bebido en el sofá cuando se iba a acostar al dormitorio. Un comportamiento inusual que, poco a poco, se había convertido en costumbre.

–Me dormí poco después de medianoche, creo yo.

–Es decir, que no la encontró hasta por la mañana.

–No. –Su tono de voz era más bajo. La vergüenza–. Ella solía ponerme una manta encima cuando me quedaba dormido en el sofá, pero esta mañana me

desperté porque tenía frío. Fui al dormitorio para acostarme en la cama y allí estaba. De lado, absolutamente inmóvil. Inmediatamente vi que pasaba algo.

—¿Fue entonces cuando comprendió que estaba muerta? —preguntó Margit.

Él asintió. A través de las brumas del alcohol, se abrió paso el dolor. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se secó la nariz con la manga del jersey.

—Desde la muerte de Sebastian no podía más. Ninguno de los dos podíamos... —susurró.

La vista se le nubló. Se levantó bruscamente y se dirigió a la cocina. Thomas oyó que descorchaba una botella y se echaba unos tragos. No valía la pena tratar de impedirselo.

Cuando volvió se dejó caer pesadamente en el sofá. La barba gris le cubría las mejillas curtidas. Llevaba una camisa vieja que le quedaba estrecha alrededor de la barriga.

—¿Tiene alguna idea de por qué ha querido quitarse la vida? —le preguntó Margit.

Österman no respondió, solo señaló la fotografía del hijo que había encima del aparador. Costaba imaginar que aquel joven, sonriente y bronceado, fuera hijo de la lastimosa figura sentada en el sofá.

—¿Sebastian? —dijo Margit.

—¿Usted qué cree?

—¿Había hablado de suicidarse alguna vez?

—No.

—Pero tomaba muchas medicinas, ¿no?

—Para los nervios. Se las recetaban en el centro de salud. En eso no escatiman. Le recetaban todo lo que les pedía, y más. Para todo lo demás, la sociedad carece de recursos.

—¿Le notó algo raro ayer por la noche?

Él negó con la cabeza.

—No, estaba como de costumbre. Cenamos en la posada, luego volvimos a casa.

—¿Ocurrió algo inusual? ¿Discutieron? —preguntó Thomas.

Bengt Österman dejó escapar un profundo suspiro.

—No me porté bien con ella cuando estuvimos en la posada. Le dije barbaridades. Pero no era la primera vez. —Soltó una risa tétrica.

—¿Sabe si coincidió con alguien que pudiera causarle alguna emoción?

—¿Con quién creen que pudo encontrarse aquí? Con la misma gente que se

mueve por allí abajo en el pueblo, los mismos jodidos vecinos entrometidos. Siempre tienen que andar metiendo las narices en todo. Aquí todo el mundo lo sabe todo de todos.

Nuevo paseo a la cocina. El sonido de la botella colocada en la encimera de golpe. Österman volvió como si nunca hubiera salido del salón.

Thomas trató de dominar su impaciencia. Parecía inútil que Bengt Österman dijera algo sensato. Cuanto más bebía, más difícil resultaba hablar con él.

–Volveremos cuando haya conseguido recuperarse un poco –le comunicó, y miró a Margit.

–¿Tiene a alguien que pueda venir y quedarse con usted? –le preguntó Margit–. Para que no se quede solo.

–Ya me las apañaré. –La respuesta fue inmediata y resuelta.

Thomas dudaba de que Österman pudiera arreglárselas mucho tiempo solo. Con toda probabilidad, su mujer era su último contacto con una vida normal. Primero el hijo, ahora la mujer. Sin Ingrid, solo era cuestión de tiempo que se matara bebiendo. No era la primera vez que ocurría en las islas, donde la falta de ocupación y las largas y solitarias noches invernales podían volverse insoportables para un pobre desgraciado. Al final, la bebida era lo único que ahuyentaba la soledad. Era evidente que Österman ya conocía el camino. Y que pensaba aferrarse a él.

Thomas sintió que no podía permanecer más en aquel cuarto cerrado. Se levantó bruscamente y le hizo una señal a Margit.

–Termina tú aquí mientras yo me paso por casa de los vecinos. Nos vemos fuera dentro de diez minutos.

El aire fresco fue una liberación.

Thomas se detuvo en las escaleras mientras se llenaba los pulmones. El jardín estaba muy descuidado, lleno de basura, por todas partes se veían montones de trastos viejos. En una esquina, había motores de barco oxidados y al lado, un balancín roto. Tanto el jardín como la casa ponían de manifiesto la falta de cuidados.

En un extremo del jardín había una caseta roja. Thomas se acercó a ella y tanteó la manija de la puerta. No estaba cerrada. Cuando abrió un poco, vio

que la utilizaban como cuarto de carpintería y trastero. Había un banco de carpintero junto a una de las paredes alargadas y enfrente, un arcón congelador. Se veían herramientas de diferentes tipos y un tajo antiguo situado justo a la entrada. Thomas cerró la puerta y se marchó de allí.

Sabía que debería sentir lástima por Bengt Österman, pero le costaba. El tipo era un alcohólico y no supuso ningún consuelo para la pobre Ingrid. En cierto sentido, no era de extrañar que al final no pudiera aguantar más, justo como él había dicho.

Thomas captó un movimiento de reojo y vio a una señora mayor que salía de la casa de al lado. En el interior, una cortina con dibujos estampados se agitó por la corriente.

–¿Qué es lo que ha pasado? –le preguntó–. He visto personal sanitario.

–Ha ocurrido un accidente –respondió–. Ingrid Österman ha muerto.

–¡Dios mío! –La mujer se llevó la mano a la boca–. Qué horror. ¿Cómo ha sucedido?

No hizo nada por ocultar su curiosidad, pero parecía realmente afectada. Thomas evitó contestar y le respondió con otra pregunta.

–¿Conoce a los Österman?

La mujer se lo pensó unos segundos. No llevaba ropa de abrigo encima y comenzó a tiritar. Se cruzó de brazos para calentarse.

–Bengt y yo nos conocemos de toda la vida.

–¿Ha nacido en la isla entonces? –dijo Thomas. Ella asintió.

–Unos años después de que acabara la guerra, exactamente igual que Bengt. A Ingrid la conocí después, cuando se casó con él. Pero no se relacionaba mucho con los demás, sobre todo estos últimos años. –La mujer asintió–. Después de lo de Sebastian. Le afectó mucho a la pobre.

–Según tenemos entendido, sufría una depresión.

–Sí. Apenas la he visto este último año. Casi no ha salido de casa en todo este tiempo. Con un marido así tampoco es tan raro. –Frunció sus finos labios, que casi desaparecieron, y el gesto de compasión se convirtió en desagrado.

–¿Qué quiere decir? –preguntó Thomas, pese a que ya suponía lo que iba a responder.

–Bebe mucho, ¿no lo ha notado? –resopló de forma ostensible–. La pobre Ingrid no ha tenido ningún consuelo con ese hombre, de eso estoy segura.

Ahora se matará bebiendo, ya me lo imagino, cuando ella ya no esté para controlarlo.

Thomas no podía hacer otra cosa más que asentir. Era la misma conclusión a la que él mismo había llegado un momento antes. Suspiró discretamente.

Todo hacía pensar que se trataba de un suicidio. Una mujer deprimida que había perdido a su hijo y se había quitado la vida ingiriendo pastillas. Apenas cabía lugar para la sospecha de que detrás hubiera un acto delictivo, pero naturalmente tenían que esperar a ver el resultado de la autopsia antes de darlo por sentado.

Thomas le agradeció a la vecina la información, dio por terminada la conversación y se alejó de allí.

Eran cerca de las tres y media y decidió llamar a Nora.

Aprovechando que se encontraba en Sandhamn, pensó en pasar por allí un momento antes de volver a Estocolmo. La última vez que la vio, cuando tomaron café en su casa, la encontró bastante abatida, aunque les hubiera propuesto invitarles a Margit y a él a un café.

–¿No te puedes quedar a cenar? –le rogó Nora–. Puedes quedarte a dormir en la cama de invitados que hay en la habitación de los niños. Te prestaremos un cepillo de dientes y una toalla, por supuesto. Los niños se pondrán muy contentos.

Era evidente que quería tener compañía, pero Thomas dudó. Tenía que volver a la ciudad para seguir trabajando. Aunque, por otro lado, entre el viaje en barco y el trayecto en coche de todos modos se haría demasiado tarde para volver a la comisaría. Podía tomar el barco por la mañana al día siguiente.

–De acuerdo, quedamos en eso. Voy a terminar de hacer unas cosas y luego me paso.

–Eres un ángel. Pensaba hacer tacos, ¿te gustan?

–Sí, claro. Hace mucho tiempo que no los como.

La tienda del pueblo solo abría un par de horas al día en invierno. Nora cruzó la puerta cuando solo faltaban unos minutos para que cerrara. Su invitación espontánea suponía que tenía que comprar más carne picada. Thomas comía tanto como ella y los dos niños juntos. Cogió una cesta roja de plástico y se apresuró hacia el mostrador de la carnicería, al fondo del local.

La tienda Westerbergs Livs era el eje central de la isla. Funcionaba como proveedor tanto de bebidas procedentes del Systembolaget* como de productos farmacéuticos, además de oficina de cambio. Su oferta incluía todo tipo de productos, desde los más básicos hasta tierra para plantas de todo tipo. En verano siempre se formaban colas delante de la caja, pero en esta época del año había pocos clientes en la tienda.

Nora encontró enseguida los productos que había ido a buscar. Echó en la cesta una botella de refresco para los niños y una tableta de chocolate negro para el café de después de la cena. Luego se dirigió a la caja para pagar. Era la dueña en persona quien estaba en la caja, la cuarta generación de tenderos de la isla.

–Hola –oyó que la saludaba alguien, y alzó la vista.

Delante de ella estaba Johanna Granlund sonriendo. La acompañaba su hija, que a veces jugaba con Simon. Nora y Johanna tenían la misma edad y se conocían desde hacía muchos años.

–Hola. –Nora le devolvió la sonrisa–. ¿Qué tal?

–Bien, gracias. Pera ya sabes lo que pasa cuando acabas de llegar. Siempre se te olvida algo.

Le mostró la cesta a modo de asentimiento.

–¿Acabáis de llegar?

–Hemos venido hoy. He trabajado toda la semana, así que los niños han tenido que quedarse a las actividades extraescolares –dijo, y se encogió de hombros–. ¡Qué remedio! Como hemos planeado ir a la montaña en Semana Santa, no podía tomarme esta semana libre también.

Algo se agitó en la memoria de Nora. ¿No le dijo Pelle Forsberg que había cenado con ellos el martes? Qué raro. ¿Le había mentado?

–¿Así que no habéis estado aquí esta semana?

Johanna negó con la cabeza.

–No, los niños y yo, como te he dicho, hemos llegado hoy. –Se quedó mirando a Nora pensativa–. ¿Por qué lo preguntas?

–No, nada –contestó Nora rápidamente–. Una tontería.

Johanna miró el reloj.

–Vaya, me tengo que marchar –dijo–, los niños estarán hambrientos. De todas formas, es muy agradable estar aquí en la isla, aunque solo sea por un fin de semana. Hasta luego.

Sandhamn, 1928

Thorwald estuvo en cama casi una semana después de aquello. Vendela sollozó cuando se lo encontró en el suelo. Lo llevó hasta la cama como pudo. Allí le limpió las heridas, le untó la espalda con una pomada y le puso un vendaje lo mejor que supo. Fue casi tan doloroso como cuando Gottfrid lo azotó. Hasta Kristina se quedó horrorizada y procuró reparar lo que había hecho. Por la tarde, entró sigilosamente con un ramo de flores en un vaso. Llena de remordimientos, lo colocó en la mesilla de noche antes de deslizarse fuera de la habitación.

Gottfrid no apareció y, mientras estuvo en cama, Thorwald tuvo tiempo suficiente para pensar. Tenía que alejarse de su padre. Antes o después haría algo que volvería a desatar su cólera. Apenas se atrevía a pensar en lo que sucedería entonces, pero sabía que sería aún peor. Gottfrid se estaba volviendo cada vez más imprevisible y su madre no podía protegerlo. Nadie podía hacerlo.

Mientras el dolor en las heridas de las nalgas iba cediendo poco a poco, Thorwald trataba de hallar una solución. Le faltaban siete años para cumplir los veintiuno y alcanzar la mayoría de edad. Siete largos años en los que estaba a merced del padre igual que un esclavo.

No podría aguantar tanto. Tenía que abandonar Sandhamn, dejar atrás todo aquello con lo que había crecido. Debía abandonar a Karolina. Eso le dolía más que cualquier sufrimiento físico. No podía dejarla, era el único motivo de alegría en su vida. No se imaginaba cómo iba a ser capaz de renunciar a ella.

Thorwald buscaba desesperadamente otras salidas, pero llegaba siempre a la misma conclusión. Tenía que irse de la isla y olvidar a Karolina para siempre.

Le llevó mucho tiempo comprender cómo debía actuar. Lo que tenía que sacrificar para llevar a cabo sus planes. Tenía que conseguir que ella lo odiara. Tenía que hacerle daño, tanto daño que no quisiera volver a verlo nunca más. Si el enfado sustituía al amor que reflejaba su mirada, entonces

podría cortar los lazos. Y eso solo sería posible si la hería lo suficiente. No le quedaba otra elección. De lo contrario, sería incapaz de marcharse.

Cuando pudo tenerse en pie, la fiesta del solsticio de verano quedaba ya lejana. Aunque no había nada que deseara más que ver a Karolina, salía con Arvid y con algún otro amigo. Se alejaba cuando ella se acercaba y respondía con monosílabos a sus preguntas. Apretaba los dientes y se hacía el fuerte ante la expresión dolida de su mirada, le daba la espalda y la ignoraba. Hacía comentarios burlones en voz alta acerca de lo pegajosas que podían ser las chicas, de manera que todos se rieran.

Ella lo escuchaba, y él sabía que ella lo oía. Lloraba para sus adentros. Guardaba el pequeño gato de madera en el bolsillo. A veces lo acariciaba con las yemas de los dedos para que no se le olvidara lo que debía hacer.

Pasado un tiempo, Karolina comprendió que él había perdido el interés. Su mirada se apagó y aquella sonrisa maravillosa desapareció. Empezó a evitarlo, tanto a él como a sus amigas. Thorwald la veía a veces sentada en el jardín con *Missan* en las rodillas. Hora tras hora, completamente sola. Se sentía muy desdichada y él sabía que era por su culpa. Todo era culpa suya.

Karolina, susurraba en la oscuridad de la noche. Perdóname, te quiero mucho.

Thomas reservó una sala en el centro de contacto de la Policía, que se situaba en el centro del pueblo, en un edificio amarillo. Se conectó a la red. Pensaba dedicar unas horas a leer lo que habían dado de sí los interrogatorios del día y los informes antes de que fuera la hora de ir a casa de Nora. Esperaba también la lista de vecinos de Sandhamn con licencia de caza. Debería llegar en cualquier momento. A lo largo de toda la semana habían recibido información de los ciudadanos. Lamentablemente, la mayoría la habían sacado de internet o de los periódicos, nada que pudiera serles de utilidad.

Sonó el móvil. En un ataque de nostalgia, se había descargado una de las canciones de Deep Purple como politono de las llamadas entrantes, y ahora sonaban en la sala las notas de «Smoke on the Water». Respondió a la llamada. Era Margit.

–Tenemos noticias del Laboratorio Nacional de Investigaciones Criminológicas. Los análisis de ADN están listos –soltó sin saludar.

–¿Es ella?

–Sí, ahora ya está confirmado.

Han sido excepcionalmente rápidos, pensó Thomas. Deben de haber dado prioridad al análisis, por la edad de la chica y las circunstancias que rodean el caso.

Nada más terminar la conversación, volvió a sonar el teléfono.

–Hola, soy yo.

No dijo su nombre, no hacía falta.

–Hola. –A Thomas se le escapó una leve sonrisa, no pudo evitarlo.

–Gracias por tu mensaje.

–Entonces, ¿ha llegado?

–Mmm. También fue maravilloso volver a verte.

No podía juzgar a ciencia cierta si Pernilla se lo decía en serio o si le tomaba el pelo.

–No te habrá molestado que lo escribiera, ¿verdad? –se vio obligado a

preguntar.

Una ligera risa al otro lado de la línea.

–¿Y eso? ¿Eso piensas?

Thomas vio su propia imagen reflejada en el cristal del cuadro que colgaba enfrente de él. Tenía una sonrisa tonta en los labios.

–No, claro que no.

–Podríamos vernos otra vez.

Nada le gustaría más. Cuanto antes mejor. Pero le había prometido a Nora quedarse a cenar, y además, el último barco de vuelta ya había salido.

–¿Qué te parece mañana? –preguntó él.

–Bien, no tengo nada en particular. Puedo preparar la cena aquí en casa.

¿En casa? Le asombró que aún siguiera pensando en el viejo piso como su casa. El apartamento de dos habitaciones en el que vivía nunca le había parecido un hogar, solo un sitio provisional donde dormir. Deseaba infinitamente cenar en casa.

–¿Por qué no? –respondió, cuidándose mucho de no mostrarse demasiado interesado.

–Puedo hacer algo en el *wok*, te gustaba. Y te prepararé una tostada con relleno de gambas de primero.

–¿Y tal vez un pastel de chocolate de postre? –bromeó él.

–Tal vez.

Thomas sonrió de nuevo.

Pernilla conocía exactamente sus gustos. Hacía mucho tiempo que él no cocinaba. Prácticamente se limitaba a calentar en el microondas comida preparada.

–Pero tendrás que ayudarme. No pienso hacerlo todo yo sola, que lo sepas. Si te sientas delante de la tele, te arrepentirás.

Era una amenaza expresada con cariño. La sonrisa de Thomas era ahora tan amplia que se avergonzó al ver su reflejo en el cristal del cuadro.

–Entonces, ya sé lo que me conviene.

–¿Quedamos a las seis? Supongo que recordarás la dirección, ¿no? No ha cambiado.

–Tranquila. La recuerdo.

Nora estaba en la cocina troceando las verduras cuando sonó el teléfono.

–¿Puede contestar alguien? –gritó, intentando hacerse oír por encima del ruido del televisor, en el cuarto de al lado.

Como dejó de oír el timbre del teléfono, supuso que alguno de los niños lo había cogido. Unos minutos más tarde lo confirmó.

–¡Mamá! –gritó Adam desde el salón–. La abuela quiere hablar contigo.

–Un momento, que me seco las manos. –Cortó un poco de papel de cocina y se las secó por encima antes de ponerse al teléfono.

–Sí.

–Hola, soy tu madre.

El día anterior por la tarde, al volver de la posada, Nora la había llamado para preguntarle si sabía quién era Thorwald. No se le iba de la cabeza la historia del desdichado amor de Karolina. Sentía curiosidad por saber lo que había pasado. Pero no había tenido tiempo de subir a Villa Brandska para ver si había más diarios. Cada vez que se disponía a salir, algo se cruzaba en su camino.

–Me preguntabas si sabía algo de ese chico, Thorwald.

–Sí. –Nora sujetó el teléfono con el hombro y siguió troceando los tomates. Thomas estaba a punto de llegar.

–He llamado a Ingalill Andersson, ¿te acuerdas de ella?

Nora sabía perfectamente quién era. Ingalill vivía cerca de la cuesta de Mangelbacken y tenía casi ochenta años, pero aún estaba muy lúcida para su edad. Había nacido, como Susanne, en Sandhamn y había vivido en la isla toda su vida.

–Sí, claro.

–Me ha contado lo que pasó con Thorwald y Karolina. Escucha y verás.

Ya era de noche cuando Thomas pasó por el puerto de camino hacia casa de

Nora. Una mujer muy abrigada lo saludó al cruzarse con él y Thomas le devolvió el saludo sin tener ni idea de quién era, algo habitual en las islas, sobre todo en invierno. Las pocas personas que se cruzaban siempre se saludaban.

Le sonó el móvil. Thomas lo sacó y contestó. Era Erik Blom. Parecía impaciente.

–Hemos encontrado algo sobre Jakob Sandgren.

–¿De qué se trata?

–No constaba en el registro de delincuentes. Cuando lo comprobamos estaba totalmente limpio, pero he entrado también en el registro de denuncias.

Buena idea, pensó Thomas. Allí se podían ver las denuncias que nunca habían llegado a los tribunales. Los fiscales incluían sus investigaciones, completadas con los diversos interrogatorios, aunque el caso hubiera sido sobreseído y no se hubiera tomado ninguna medida judicial.

–Escucha bien. Cuando Sandgren tenía diecisiete años, lo denunciaron por maltratar a una chica de su edad. Le dio una buena paliza tras pillar una borrachera.

Erik Blom hizo una pausa teatral.

–¿Y qué pasó? –preguntó Thomas impaciente.

–Lo negó todo y sus padres le proporcionaron una coartada. Atestiguaron que había estado en casa la noche de los hechos.

–Y el caso se cerró.

–Exacto. La chica empezó a contradecirse en su declaración. Ella también estaba borracha y no había ninguna prueba pericial. El fiscal sobreseyó el caso con el argumento de que no se podía probar el delito.

–Para que el joven Jakob pudiera solicitar su ingreso en la Escuela Superior de Comercio sin problemas.

–¿Qué?

–No, nada –dijo Thomas, consciente de hasta qué punto era importante el descubrimiento de Erik Blom.

Con toda probabilidad, Jakob Sandgren había maltratado a Lina, justo como Louise había relatado. A juzgar por lo que sabían, se trataba de un joven con tendencias violentas.

Thomas trató de concentrarse. De todos modos, él iba a estar en Sandhamn hasta el día siguiente por la mañana.

–Volved a citarlo para un interrogatorio mañana por la tarde. Junto con sus

padres. –Entonces se le ocurrió una idea–. Oye, comprueba si su padre tiene licencia de caza.

Los cuencos con pepino, tomate y lechuga bien picados y el queso rallado estaban ya encima de la mesa. En el centro había un plato grande con tortitas y al lado una sartén llena de carne picada que olía a especias mexicanas. De los vasos sobresalían servilletas de cuadros rojos, lo que le daba un toque de ambiente festivo al conjunto. El menú lo completaban una botella de Rioja y otra de coca-cola.

Nora contempló su obra y se sintió satisfecha. Tenía un aspecto rico y apetitoso. De postre serviría un pudín de chocolate con nata y rodajas de plátano. No era muy elaborado, pero a los niños les gustaba.

Entró en el salón, donde Thomas estaba sentado en el sofá jugando a las cartas con los chicos. Jugaban a as-dos-tres, y Nora recordó que ella también jugaba a las cartas con sus amigas todas las tardes cuando eran adolescentes.

Al ver a su mejor amigo con sus hijos, totalmente concentrados en el juego, casi se le saltaron las lágrimas de nuevo. Debería haber sido Henrik quien estuviera allí sentado, pasando un rato agradable mientras fuera nevaba y la chimenea calentaba la casa. Era Henrik quien debería haber pasado las vacaciones de invierno en Sandhamn y haber disfrutado de unos días al aire libre y buena comida junto a su familia.

No quería pensar en lo que estaría haciendo en ese momento, pero le agradecía a Thomas que se quedara a dormir esa noche. Estaba segura de que si hubiera tenido que pasar otra noche sola dándole vueltas a las cosas se habría vuelto loca.

–A la mesa. La cena está lista.

Se desató el delantal. Era de color azul claro decorado con barquitos de vela muy pequeños; la tela estaba un poco pasada de moda, pero encajaba bien en las islas. Al menos eso le pareció cuando se lo compró hacía un montón de años en una tienda de Vaxholm.

–¿No podemos terminar primero la partida? –pidió Simon.

Nora miró al trío en el sofá y la envolvió una ola de ternura. De todas formas, ella tenía a los niños y a Thomas, pasara lo que pasara.

Adam la miró esperanzado, pero Thomas ya había dejado sus cartas sobre

la mesa y se había levantado.

–Seguiremos después de la cena. Las cartas no se irán a ningún sitio mientras cenamos. Luego terminamos la partida –dijo, y le guiñó un ojo a Adam–. De todas formas, voy a ganar de nuevo, así que vete preparando, jovencito.

–Pues nosotros decidiremos si te mereces postre o no –le advirtió Adam con una mirada severa.

Sandhamn, 1928

Estaban sentados en la enorme ancla negra de hierro que había en medio del puerto, delante de la casa de Strindberg. En el siglo XVIII se enterraron anclas enormes en todo el puerto. Medían cinco metros de largo y varios metros de altura, y los grandes barcos de vela se amarraban a ellas. Ahora las utilizaban sobre todo para jugar. Los niños pequeños trepaban y se colgaban de ellas, pero también se usaban para sentarse y descansar un rato, como Thorwald y Arvid habían hecho.

Thorwald vio inmediatamente que ella venía caminando por la callejuela de la posada. Sus trenzas color castaño se movían al ritmo de sus pasos. Llevaba un vestido azul claro con el reborde blanco y una cesta colgada del brazo; andaba con paso rápido y decidido. Probablemente fuera a la tienda a hacer algún recado.

Karolina tardó unos segundos en darse cuenta de que avanzaba directamente adonde estaba él. Hizo un ligero movimiento con el cuerpo, como si quisiera darse la vuelta y salir corriendo, pero se dominó. Con la espalda recta siguió avanzando hacia ellos.

Era la chica más bella que Thorwald había visto en su vida.

–Buenos días, Karolina –la saludó Arvid cuando se acercaba–. ¿Vas a la tienda?

Thorwald no dijo nada. Bajó la mirada mientras hurgaba con un palo en la arena. Karolina se quedó paralizada, pero respondió al saludo de Arvid.

–Me ha mandado mi madre a comprar harina y un carrete de hilo.

Arvid siguió hablando, al parecer ajeno a la tensión que se había creado. Thorwald continuó hurgando tristemente con el palo, y evitó mirar a Karolina.

–Tengo que irme –dijo ella–. Mi madre se preguntará dónde me he metido.

Aguardó unos segundos más buscando tímidamente la mirada de Thorwald. Luego se volvió con un suspiro apenas perceptible y caminó en dirección a la tienda, que estaba en el edificio de la posada.

Thorwald guardó silencio. La vio alejarse mientras su ausencia lo

destrozaba por dentro. Era tan intensa que todos deberían notar cuánto la echaba de menos.

–¿Por qué eres tan hostil con ella? –dijo Arvid–. ¿No ves lo enamorada que está de ti? Yo creía que Karolina era tu novia.

–Bah.

Solo fue capaz de darle aquella respuesta escueta. Las lágrimas estaban a flor de piel. No quería que su amigo se diera cuenta de que apenas podía hablar.

Arvid se encogió de hombros.

–Karolina Brand no va a estar esperándote eternamente –le dijo–. Hay muchos que estarían encantados de salir con ella.

–¡Basta! –gritó Thorwald. Se levantó impetuosamente y se fue corriendo.

Se refugió en la cueva de la sirena. Era como una enorme marmita de gigante de la era glacial que quedaba al oeste de la escuela. Una antigua leyenda decía que un espíritu marino se había refugiado allí. En los bordes de la roca crecía musgo y la humedad se filtraba por las grietas.

Thorwald se acurrucó dentro y cruzó los brazos alrededor de las piernas. Le dolía tanto la garganta que no podía tragar. Karolina parecía tan triste al irse, como un cachorro abandonado al borde de la carretera. Él tuvo que agarrarse con fuerza al ancla para frenarse y no lanzarse corriendo hacia ella y detenerla. Nada le gustaría más que consolarla y que las cosas volvieran a estar bien. Volver a antes del solsticio de verano. Entonces ella lo miraba con amor, no con tristeza y decepción.

En su interior vio la figura de Gottfrid. La furia silenciosa del padre cuando lo azotó metódicamente con el cinturón por la noche. El fervor religioso que ardía en sus ojos.

Tenía que largarse pronto. No había otra salida.

Las velas casi se habían consumido en los candelabros de cobre que había en la mesita frente al sofá. Los candelabros no aguantaban muy bien el frío del invierno. Se habían llenado de manchas que no había manera de limpiar, pero llevaban en la casa desde que Nora tenía uso de razón y ni se le había pasado por la cabeza sustituirlos por otros nuevos, más bonitos y brillantes.

—¿Qué tal? —Thomas estaba medio tumbado en el sofá, demasiado corto para sus piernas, aunque había encontrado una postura que le resultaba más o menos cómoda.

Se habían llevado las copas de vino al salón y se habían servido lo que quedaba en la botella de Rioja. Los niños ya estaban en la cama y solo se oía el leve crepitar de la brasa que se consumía en la chimenea; de vez en cuando chisporroteaba la leña.

—Así, así —respondió Nora, acurrucada en el otro sofá.

Se había puesto una mantita gris sobre las piernas. El vino le había provocado una agradable somnolencia y se alegraba de que Thomas estuviera allí.

—Me llamó Monica. —Se le escapó un débil suspiro—. Me dijo que si me empeñaba en pedir el divorcio, Henrik se quedará con la casa y con los niños, que esas cosas no se pueden hacer en la distinguida familia Linde. Me amenazó con testificar ante el juez que tengo una enfermedad mental.

Esto último lo dijo en un susurro. Había querido contárselo en un tono ligero, pero, de pronto, la abrumó el contenido de las amenazas de su suegra.

—Esa bruja —se lamentó Thomas—. No hagas caso de lo que diga. Tendréis que repartir el dinero de la casa y compartir la custodia, como todas las parejas que se separan.

Nora tiró un poco de la manta hacia arriba. Thomas tenía razón. Al menos en lo referente a los niños. Pero no conseguía que desapareciera esa sensación de impotencia y detestaba su manera de reaccionar.

—El chulé adosado es de Henrik. En eso Monica lleva razón. Pero no se quedará con los niños. No lo consentiré jamás. —Le temblaba la voz.

Aunque sabía que los jueces casi siempre se inclinaban por la custodia compartida, tenía miedo de lo que pudiera ocurrir. ¿Y si Monica cumplía sus amenazas, si utilizaba sus influyentes contactos y convencía al tribunal de que Nora no era una madre adecuada? ¿Cómo podría defenderse? Sus padres no disponían de muchos recursos económicos. Y no contaba con ningún conocido en cargos influyentes que pudiera ayudarla.

–Puede que Henrik sea a veces un auténtico idiota, pero dudo que llegue al extremo de quitarte a los niños –dijo Thomas–. No le hagas caso a esa mujer, no sabe lo que dice.

–No podría soportarlo. –Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. No pudo evitarlo.

–Tranquila, Nora. Ya se arreglará de alguna manera.

–¿Cómo?

Thomas se levantó rápidamente del sofá y se sentó a su lado. Cuando la abrazó, ella rompió a llorar desconsolada. Se acurrucó como una niña pequeña y desahogó todos los desengaños y toda la rabia que había ido acumulando a lo largo de la semana.

–Lo odio –murmuró contra el jersey de Thomas–. Me gustaría que estuviera muerto. Sería más sencillo si estuviera muerto, así no tendría que verlo nunca más.

–Ya, ya –la consoló Thomas.

–¿Cómo voy a superarlo? –susurró–. ¿Qué va a ser de los niños y de mí?

–Todo saldrá bien. –Thomas le pasó una mano por el cabello–. Se arreglará, ya lo verás.

Nora deseaba poder quedarse en los brazos de Thomas y no tener que pensar nunca más en nada. Se sintió muy desdichada el verano pasado cuando Henrik y ella discutieron por la venta de Villa Brandska, pero esto era muchísimo peor. Se encontraba tan desesperada que creía que estaba a punto de desmoronarse.

Finalmente, el llanto fue amainando. Las velas ya no eran más que pequeños cabos. Nora se enderezó, respiró profundamente y miró a Thomas con la cara anegada en lágrimas. Se sentía exhausta.

–Tienes que dormir –le dijo a su amigo con una sonrisa temblorosa–. Debes de estar muy cansado.

–No te preocupes por eso.

–Te he preparado la cama en el cuarto de los niños. Yo me voy a quedar

aquí un rato y luego iré a acostarme.

Él se levantó.

–Thomas –le dijo–. Eres una buena persona, ¿lo sabes? Eres mi mejor amigo.

–Tú también lo eres. –Le volvió a acariciar el pelo–. Tú y tus maravillosos hijos.

Nora se quitó la manta y empezó a doblarla.

–Buenas noches –dijo en voz baja.

Nora se sentó en la cama.

Había estado a punto de quedarse dormida. Hablar con Thomas le había hecho bien. Ya se las arreglaría de alguna manera para crear una vida nueva para ella y para sus hijos. Pero cuando justo iba a dormirse, le asaltó una idea. Algo que rozaba lo impensable, pero que no podía quitarse de la cabeza.

Ahora estaba completamente despierta. La conversación que había mantenido con su madre seguía desazonándola. Susanne le había contado la historia de Thorwald y de su familia, y de lo que había pasado con él y con Karolina. Se debía de haber hablado mucho de la desventura de aquel muchacho, porque Ingalill aún recordaba los comentarios de la gente de la isla.

¿Sería posible que lo que le ocurrió a Thorwald tuviera algo que ver con la joven desaparecida? Era rebuscado, pero Nora no podía quitarse aquella sospecha de la cabeza.

Con los ojos abiertos de par en par, se quedó mirando al techo. ¿Podían ser tantos años de viejos resentimientos la causa de la muerte de Lina? ¿No habría que buscar la respuesta a esa pregunta en un pasado que todos habían ignorado porque quedaba ya demasiado lejano? Tenía que contárselo a Thomas.

Volvió a hundirse en la almohada. ¿Sus sospechas eran fundadas o se trataba de puras fantasías? La gente no andaba por ahí quitando la vida a chicas jóvenes porque a sus padres los hubieran vejado muchos años atrás. Esas cosas solo pasaban en las películas.

Con gesto cansado, ahuecó la almohada y la volvió del otro lado. Ni siquiera creía que mereciese la pena decírselo a Thomas. Pensaría que estaba

mal de la cabeza. Ahora tenía que dormir, ya era casi la una y media de la madrugada.

Sandhamn, 1928

Thorwald se había pasado todo el verano ahorrando dinero. En cuanto tenía un rato libre se dedicaba a hacer recados a los veraneantes para ganarse unos céntimos. Había ido a buscar agua para los dueños de las villas de veraneo, había portado baúles y, de todas las formas posibles, había ayudado en las tareas para las que lo requerían.

Evitó cuanto pudo a Gottfrid y a Karolina. Cada vez que recibía algún dinero lo metía en la pequeña bolsa de piel que guardaba en un escondrijo de la caseta, oculto para que nadie pudiera encontrarlo. Por las noches, antes de dormirse, calculaba mentalmente cuánto había reunido a lo largo del día.

Había sido un verano hermoso y soleado, el barco de vapor había traído a numerosos veraneantes. Estos aceptaban encantados la ayuda de un chico que se quitaba amablemente la gorra delante de ellos y les ofrecía sus servicios. La bolsa iba engordando semana tras semana. Pero se acercaba el otoño y los últimos veraneantes empezaban a hacer sus equipajes para volver a la capital. Pronto no tendría forma de ganar más dinero.

Siempre que podía se pasaba por el muelle de los barcos de vapor, donde el *Sandhamns Express* permanecía atracado. Observaba atentamente los movimientos de la tripulación, cómo mataban el tiempo, cuándo había personal de la tripulación en la pasarela y con qué frecuencia aparecía alguien en la borda.

Después de muchas observaciones decidió que el mejor momento para colarse a bordo era por la tarde, unas horas antes de la salida. La tripulación solía descansar al sol después de la comida. A esa hora no había nadie en la pasarela y solo un cordón impedía el acceso.

Su plan era irse en aquel barco hasta Estocolmo y después enrolarse en algún otro barco. Por el hermano mayor de Karolina sabía que para obtener una cartilla de marinero se necesitaba un certificado médico. André le había dicho que había un médico en la plaza Kornhamnstorg, en el centro de Estocolmo, que expedía los certificados necesarios, y Thorwald creía que había reunido el dinero suficiente para pagarle.

Lloviznaba un poco cuando cerró la puerta tras él. Era domingo por la tarde y faltaba una hora para que saliera el barco. Thorwald se detuvo un instante en las escaleras. Abandonaba la casa de su infancia sin la más mínima nostalgia, pero le preocupaba su madre. ¿Qué se le ocurriría a Gottfrid cuando descubriera que su hijo había huido? Le angustiaba pensar que le echara la culpa a ella y la castigara.

Por eso no le había dicho nada. Era mejor que no conociera sus planes. De esa manera, los golpes y las bofetadas de Gottfrid no le podrían sacar ningún secreto.

Thorwald la observó detenidamente la tarde anterior mientras estaban sentados alrededor de la mesa. Se esforzó por grabar cada detalle en su interior: sus rasgos, sus movimientos, su expresión y sus gestos. Era importante guardar todos los recuerdos que pudiera, porque no sabía si la volvería a ver.

Su madre nunca había sido particularmente locuaz, pero tenía un modo especial de mirarlo con el que le expresaba su cariño. Una manera que los unía a ambos y lo diferenciaba de su hermana. Él sabía que se parecía mucho más a su madre que a su padre. El pelo rubio y la nariz afilada los había heredado de ella, así como la tendencia a que le salieran pecas con el sol del verano. Estaban hechos de la misma pasta.

Tras lanzar una última mirada a la casa roja se encaminó hacia el puerto. Llevaba su macuto a la espalda. En él había metido unas rebanadas de pan y un trozo de panceta. No se había atrevido a llevarse nada más. Con la cabeza baja y la visera calada, se dirigió al muelle. Como el cielo estaba gris y encapotado había poca gente en la calle, lo cual le venía de perlas.

Al acercarse al muelle miró sigiloso a su alrededor. No se veía a nadie de la tripulación en la cubierta de proa y tampoco había veraneantes por allí. Rápidamente se deslizó por debajo del cordón y subió a bordo. Se escurría cauteloso a lo largo de la cubierta exterior cuando oyó unas voces que se acercaban. Con el corazón palpitando, se pegó a la pared. No tenía escapatoria y la desesperación se apoderó de él. Lo iban a descubrir antes de que el barco hubiera zarpado siquiera.

Pero las voces parecían proceder de la cubierta superior. Pasaron por

encima de su cabeza y luego se alejaron. Thorwald avanzó unos metros. Delante de él había una puerta entreabierta. Se metió con cuidado a través de la estrecha abertura. Al otro lado de la puerta, una escala blanca conducía a la cubierta de popa.

Continuó escaleras abajo y llegó a la bodega, donde había grandes barriles y sacos apilados a lo largo de las paredes. Era un lugar perfecto para esconderse hasta que llegaran a Estocolmo. En un rincón se apilaban unos sacos de yute con letras negras. Se escondió detrás de ellos y colocó un barril delante para mayor protección. El olor a moho le golpeó la nariz, pero no le dio importancia, se podía soportar.

Empezaron a pesarle los párpados. Estaba agotado por la tensión y la falta de sueño. Había pasado despierto toda la noche repasando su plan una y otra vez. Casi no se atrevía a creer que había llegado tan lejos.

Karolina volvió a sus pensamientos, pero los ahuyentó como pudo.

Se quedó dormido al instante.

Lo despertó un cubo de agua sobre la cabeza. Thorwald levantó instintivamente el brazo para protegerse. Luego comprendió que alguien le hablaba. El barco se movía, y oyó al fondo el ruido ensordecedor de la máquina de vapor. Medio dormido, parpadeaba a la luz del quinqué que se balanceaba delante de sus ojos. Cuando se le aclaró la vista, comprendió que tenía enfrente a un marinero y, junto a este, a un hombre de unos cincuenta años que vestía un uniforme de color azul oscuro con charreteras doradas.

–¿Y qué es lo que tenemos aquí? No me digas, un polizón – dijo el segundo oficial.

El marinero inclinó el quinqué hacia delante, de manera que la luz iluminaba directamente la cara de Thorwald.

–Lo he encontrado detrás de los sacos –dijo–. Seguro que se ha colado en el barco cuando estábamos en Sandhamn.

–¿Cómo te llamas, chaval? –preguntó el oficial.

Thorwald sopesó por un instante callar y negarse a responder. De esa manera no podrían llevarlo de vuelta. Pero enseguida se dio cuenta de que eso no serviría de nada. Podrían enterarse de fácilmente de quién era. En la isla todos lo conocían.

Susurró su nombre a regañadientes.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

—¿Te has escapado de casa?

Se le hizo un nudo en la garganta. Asintió con la cabeza.

—¿Viven tus padres en Sandhamn?

—Sí —dijo en voz baja.

El oficial miró el reloj con preocupación.

—Tendremos que dar la vuelta. No queda más remedio. Por suerte, no estamos muy lejos.

El marinero se inclinó hacia delante y levantó a Thorwald del suelo.

—Al capitán no le va a hacer ninguna gracia. Ni a los pasajeros tampoco — continuó el oficial. Volvió a mirar la hora—. Enciérralo en el camarote de popa hasta que sepamos qué hacer con él.

Thorwald estaba aterrado. No quería ni pensar en lo que podría suceder cuando Gottfrid se enterara de lo que había hecho.

Se puso de rodillas delante del oficial.

—Por favor, señor, no me haga volver —le suplicó—. Haré lo que sea, pero no me lleve de vuelta a casa.

El oficial lo miró con una expresión de amabilidad en el rostro. Parecía como si sintiera pena por él.

—Comprendo que no habrás abandonado a tu familia sin motivo, jovencito, pero no puedo hacer otra cosa. Tenemos que llevarte a Sandhamn. Eres menor de edad y es tu padre quien decide. —Se dio media vuelta y empezó a subir por la escala.

El marinero agarró a Thorwald del brazo y lo empujó hacia una puerta que había unos metros más allá. La abrió y lo metió bruscamente dentro del camarote vacío.

—Ninguna tontería más, ¿lo has entendido?

—Sí —balbuceó Thorwald.

Sábado, 2 de marzo

Cuando Thomas bajó la escalera eran casi las ocho y media de la mañana. Tras un rápido vistazo al salón descubrió a los dos niños en pijama delante del televisor. Estaban muy concentrados viendo una serie japonesa de dibujos animados. Desde la cocina llegaba un olor delicioso, y la explicación estaba en la mesa, donde había una fuente con panecillos recién hechos, mantequilla, queso y mermelada.

Nora le sonrió cuando entró cruzando el marco de la puerta, demasiado bajo para su estatura. Thomas ya se había golpeado la cabeza un sinfín de veces. Era lo que les ocurría a todos los que medían más de metro ochenta. La cocina era la parte más vieja de la casa y tenía unos ángulos diferentes a los del resto del edificio. Thomas aún no había conseguido pasar un verano entero sin golpearse al menos una vez.

En el rostro de Nora no quedaba ni rastro de las lágrimas de la noche anterior. Su cabello recién lavado seguía húmedo y parecía descansada.

–Espero que hayas dormido bien –le dijo Nora–. ¿Quieres té?

–Sí, gracias.

Thomas había dormido realmente bien aquella noche. Se duerme bien en las islas, pensó. Fuera todo estaba más tranquilo, no había coches que tocaran el claxon ni ningún otro ruido que interrumpiera el descanso nocturno. Y tenía que reconocer que se acostó muy, muy cansado.

Se sentó en una de las sillas de la cocina y se sirvió un panecillo. Lo untó generosamente de mantequilla y se puso una buena cucharada de mermelada de naranja. De pronto se dio cuenta del hambre que tenía. El primer panecillo desapareció al instante y cogió otro.

Nora levantó la tetera y llenó la taza azul clara que le había puesto delante. Luego se sentó frente a él. Pasó los dedos por el borde de su taza.

–Oye –le dijo en voz baja–, gracias por lo de ayer. Siento haberme venido

abajo de esa manera –dijo, y miró la mesa con gesto avergonzado. El pelo le caía hacia delante y le ocultaba la cara.

–No tienes por qué disculparte.

–La verdad es que hoy me siento mucho mejor. Prometo dejar de lloriquear. –Alzó la vista y le sonrió excusándose.

–He llorado demasiadas veces a tu lado estos últimos años. Debes de estar hartado.

Thomas negó con la cabeza. Nora había pasado unos años duros. La noche anterior no había sido la primera vez que había llorado delante de él. Se conocían desde hacía mucho tiempo. Él podía prestarle su hombro si lo necesitaba. Pero las lágrimas no solucionaban ningún problema, su amarga experiencia se lo había demostrado. Lo que quería ver en ella eran ganas de luchar. Tenía que cabrearse y mantenerse firme.

–No debes ceder. No puedes permitir que Henrik y su madre te traten de cualquier manera.

–Lo sé –dijo con cara seria; parecía decidida–. Voy a hacer un esfuerzo, te lo prometo.

–Bien. –Thomas dio un buen mordisco al panecillo–. Oye, están buenísimos. ¿A qué hora te has levantado para que te haya dado tiempo a hacerlos?

–No se tarda tanto. La masa se compra ya preparada. ¿Qué planes tienes para hoy?

–Me vuelvo a la ciudad con el primer barco. Tengo que estar en la comisaría cuanto antes.

–¿Crees que a Ingrid Österman también la asesinaron?

Thomas negó con la cabeza.

–Casi todo apunta a que se suicidó. La mesilla de noche estaba llena de pastillas que podrían matar a un caballo, en palabras del experto en criminología.

Nora soltó un profundo suspiro.

–Pobre Ingrid –dijo en voz baja–. Y pobre su marido también. Anteayer los vi en la posada. Discutieron, o mejor dicho, él le echó la bronca. Me pregunto si no sería la gota que colmó el vaso.

–Nos lo contó.

–Le estuvo gritando, le decía que dejara de quejarse. –Nora bajó de nuevo

la vista—. Parecía una mujer muy desdichada. Es terrible pensar que aquella noche fue a casa y se tomó las pastillas.

—Margit habló con ella hace unos días. Dijo que estaba muy deprimida.

Al otro lado de la ventana había comenzado a nevar de nuevo. El viento lanzaba grandes copos contra la casa y doblaba el viejo abedul del jardín del vecino; el nido de picazas que había en una de las ramas acabó en un extremo, inclinado de forma peligrosa.

Thomas alcanzó otro panecillo más y lo untó de mermelada. Recogió con una mano las migas esparcidas por la vieja mesa extensible, que cojeó.

—Tal vez va siendo hora de comprar una mesa de cocina nueva —dijo.

Nora sonrió disculpándose.

—Una de las patas está un poco suelta. Solo hay que apretar los tornillos. Henrik lo hizo en verano, pero se deben de haber vuelto a aflojar. Luego lo arreglo.

Thomas se metió en la boca el último bocado al tiempo que se levantaba.

—Busca un destornillador que los ajusto en un momento.

Cuando la pata estuvo de nuevo fija en su sitio, sonó el teléfono de Thomas. Reconoció el número y la voz. Era Sachsen, del Departamento de Medicina Forense de Solna.

El forense fue directamente al grano.

—He descubierto una cosa. No sé si será importante, pero de todos modos quiero que lo sepas.

—¿De qué se trata?

—De lo siguiente —dijo el forense—: he realizado varios análisis desde la última vez que hablamos y parece como si hubieran congelado varias veces el brazo de Lina Rosén.

—¿Qué quieres decir? —le interrumpió Thomas—. ¿Cómo puede haberse congelado más de una vez?

—El estado de congelación se ha interrumpido —respondió Sachsen—. Si mis observaciones son correctas, primero congelaron esta parte del cadáver, luego volvió a temperatura ambiente; es decir, se descongeló y después se volvió a congelar.

—Ajá.

—Más o menos como cuando sacas pechugas de pollo del congelador, las descongelas y luego vuelves a guardar lo que no has consumido —añadió.

—¿Tienes alguna idea de lo que eso significa? —preguntó Thomas como si

no hubiera oído la cruel comparación.

–No, eso es cosa tuya. No puedo decir por qué, solo constatar que se han producido cambios de temperatura. Tendrás que comprobar en el Instituto de Meteorología los cambios de temperatura que han tenido lugar durante los últimos meses. He pensado que quizá eso pudiera dar una pequeña pista sobre el momento en que se enterró esta parte del cadáver. –Sachsen carraspeó ruidosamente–. Porque no habréis encontrado aún más restos, ¿no?

–Por desgracia, no.

–Es una pena.

Thomas recordó la conversación que había tenido con Staffan Nilsson cuando estaban en el bosque junto al hoyo donde encontraron el brazo. Si pudieran determinar cuándo se heló por primera vez el suelo, tendrían una pista acerca del momento en que se enterró esa parte del cadáver, y quizá las demás. Lo cual, a su vez, ayudaría a precisar con mayor exactitud cuándo murió la joven.

Se preguntó si Jakob Sandgren no habría estado una segunda vez en Sandhamn en noviembre o en diciembre. Por la tarde se lo preguntaría a Sandgren en el interrogatorio. Seguía dándole vueltas a la pregunta: ¿Lina Rosén había sido asesinada la misma noche de su desaparición o había seguido con vida durante un tiempo? ¿Habría sido posible encontrarla viva?

–El frío llegó tarde –dijo, tras vacilar–. Creo que después la temperatura se ha mantenido bajo cero ininterrumpidamente. Pero tal vez subiera unos días por encima de cero. No lo recuerdo. Tendremos que comprobarlo. Antes de Navidad solo heló de verdad alguna noche aislada. ¿Sería eso suficiente para que el brazo se congelara y se descongelara después?

–Es difícil asegurarlo, teniendo en cuenta que ha estado enterrado.

–¿Cuánto tarda el suelo en congelarse?

–Puede permanecer por encima de cero grados durante un tiempo, aún cuando la temperatura del aire esté por debajo, creo yo. Pero también depende de la profundidad a la que estuviera enterrado el brazo.

–No estaba a mucha profundidad –dijo Thomas–. Por eso lo encontraron los animales.

–Sí, sí. –Sachsen suspiró–. No soy un experto en meteorología. Tendrás que consultarlo con un geólogo o con un meteorólogo, si quieres determinarlo con exactitud. De todos modos, ahora ya sabes lo que hay. Manténme informado si encontráis más restos.

–Lo haré.

–Por cierto, otra cosa –añadió Sachsen–. Aunque es fin de semana, esta tarde empezaré con esa mujer. Así no tendréis que esperar tanto tiempo.

Nora había recogido la mesa y la cocina mientras Thomas hablaba por teléfono.

–El forense –le dijo Thomas tras la conversación.

–Ya me he dado cuenta. Espero que no importe que lo haya escuchado.

Thomas negó con la cabeza.

–No importa. Pero ya sabes cómo va. Lo que has oído tienes que guardártelo para ti.

Sandhamn, 1928

Cuando llegaron al puerto de Sandhamn, Gottfrid estaba esperándolos. Al ver aquella figura alta con su abrigo negro a Thorwald se le revolvió el estómago. Miró a su alrededor, en un último intento de hallar una salida. Si el marinero no lo hubiese tenido cogido del brazo con tanta fuerza, se habría tirado al agua. Pero parecía como si el marinero hubiera adivinado sus pensamientos, porque lo agarró con más fuerza aún y lo empujó delante de él.

Otro marinero colocó la pasarela, y Thorwald vio cómo el oficial que lo había encontrado se acercaba a hablar con su padre. Intercambiaron unas palabras, luego el oficial hizo un gesto en dirección al muchacho, lo que significaba que tenía que desembarcar.

Bajó la pasarela dando traspies en dirección a los dos hombres. La mano de Gottfrid lo sujetó con firmeza de la nuca.

—Seguramente no ha sido más que una chiquillada —le oyó decir al oficial—. Me imagino que querría ver mundo. Por suerte lo descubrimos antes de llegar a Stavnäs.

El padre asintió brevemente y le dio las gracias por haberle enviado un telegrama. El oficial se dio media vuelta y subió a bordo. Tres cortos sonidos de sirena y el barco zarpó de nuevo.

Fueron en dirección a las casetas del puerto. Gottfrid iba delante y Thorwald lo seguía a paso ligero para no quedarse atrás. Era tarde y la llovizna había dejado paso a una lluvia copiosa. El agua se metía por debajo de la ropa y Thorwald estuvo muy pronto empapado y helado de frío.

Cuando se acercaron al muelle de los barcos menores, ya se había hecho de noche. Los muelles estaban vacíos, no se veía un alma. Ahora podrá hacer lo que quiera conmigo, pensó Thorwald desesperado. Pero ya nada importaba, nada importaba nada.

Había renunciado a Karolina para nada. Su plan de fuga había fracasado y ya no había ninguna salida.

Midió con la mirada la figura del padre. Eran casi igual de altos, pero Gottfrid era un hombre hecho y derecho y Thorwald aún tenía el cuerpo de

un chico. No podría oponerle ningún tipo de resistencia por mucho que lo intentara. Además, la idea de hacerlo era irrealizable. Había temido durante años su mal carácter, nunca tendría el valor suficiente para desafiarlo abiertamente.

Pasaron junto a la caseta de la familia. Allí fue donde Kristina lo sorprendió el día anterior a la víspera del solsticio de verano. Acababa de terminar el gatito de madera y estaba contento e ilusionado. Después llegó Kristina y todo se fue al traste.

El padre continuó caminando. Condujo a Thorwald hasta el cementerio. Allí abrió la verja y dirigió los pasos hacia la parte trasera de un pequeño edificio blanco que había dentro del recinto vallado.

Gottfrid se plantó delante de Thorwald.

—¿Acaso no te he dado casa y comida durante toda tu vida? —le preguntó con un tono de voz bajo y frío—. Has podido ir a la escuela y estudiar. Tú no has tenido que levantarte a medianoche y salir a pescar para que la familia pudiera tener comida en la mesa.

Thorwald cerró los ojos. Solo quería recibir el castigo cuanto antes. Ya no cabía esperar nada, lo mejor era recibir la paliza y soportar el dolor. Aún no sabía qué haría después. Había perdido a Karolina y había abandonado a Vendela.

Gottfrid tenía las pupilas dilatadas y muy negras. Pestañeó y miró a Thorwald como si observara a un extraño. Tú no eres mi hijo, decía su mirada. Eres un desagradecido y un fracasado.

Thorwald estaba con la espalda recta. No entendía por qué estaban en el cementerio, pero tenía los ojos puestos en el cinturón del padre y estaba preparado.

Gottfrid sacó una Biblia del bolsillo del abrigo. La colocó tan cerca de la cara de Thorwald que casi le rozaba. Luego bajó el libro con un profundo suspiro y lo abrió.

—He pedido al Señor una señal que me guíe. Y me la ha dado. —Bajó la vista a la pequeña letra del texto antes de mirar de nuevo a Thorwald—. Escapaste en medio de la noche como un ladrón.

El mundo se encogió.

Thorwald no captaba nada más que la respiración pesada del padre y el rumor de las olas contra la orilla unos cientos de metros más allá. El cielo, completamente negro, se confundía con el bosque. Recordó las manzanas que

había robado unos años antes del jardín de la doctora Widerström. El padre le susurró entonces al oído: «Si me vuelves a desobedecer...».

Gottfrid entonces se inclinó hacia una trampilla que había en un terraplén, en la que Thorwald no se había fijado. Parecía que conducía a un lugar de almacenamiento alargado y olía como una bodega vieja. El padre levantó la trampilla con una mano y con la otra empujó dentro al hijo. En un santiamén, Thorwald se vio de rodillas en aquel espacio angosto.

Gottfrid cerró la trampilla, y el sonido de la aldabilla se oyó nítidamente en mitad del silencio. Luego la verja chirrió. Thorwald empezó a gritar.

—¡Padre, no me dejes aquí! ¡Perdóname, padre!

Gritó hasta quedarse sin voz, las lágrimas y los mocos le caían por la cara. Agotado, se dejó caer al suelo. A su alrededor todo estaba oscuro como la boca de un lobo y tanteó con las manos para hacerse una idea de lo grande que era el recinto. Lo único que hallaron sus dedos fue tierra húmeda. El suelo era duro y frío, y él, con la ropa mojada, tenía tanto frío que le tiritaba todo el cuerpo.

El lugar no tendría más de un par de metros de largo, por lo que podía deducir. Y el techo era tan bajo que era inviable estar de pie.

Thorwald se acurrucó y colocó los brazos alrededor de las piernas. Era imposible distinguir nada en medio de aquella oscuridad. Debajo del jersey conservaba aún su dinero. El padre no se lo había quitado. Pero el macuto, con el pan y la panceta, sí.

Un ruido en el estómago le recordó que llevaba muchas horas sin comer. Y sin beber. Tenía los labios resecos y se los humedecía con la lengua una y otra vez, pero eso no servía de casi nada. El hambre solía pasarse después de un rato, lo sabía por experiencia. La sed era más difícil de soportar.

Trató de aguzar el oído para ver si oía algo, pero fuera no se escuchaba nada. Estaba completamente solo. El pánico volvió a apoderarse de él y golpeó la portezuela con las dos manos, pero esta no se movió lo más mínimo. Lo único que ocurrió es que empezaron a dolerle los nudillos. Su voz solo era un graznido, pero de todos modos siguió gritando.

¿Cuánto tiempo pensaría tenerlo allí encerrado?

Empezó a ver chiribitas y cerró los ojos con fuerza a ver si se le pasaba. Comenzó a respirar cada vez más deprisa, después ya no recordó nada más.

Cuando Thorwald se despertó, la luz se filtraba por los estrechos resquicios de la puerta. Le llevó unos segundos acordarse de dónde se encontraba.

Seguía encerrado en aquel recinto del cementerio. Había amanecido, por lo que dedujo que se había quedado dormido. A pesar de todo, había dormido unas horas.

Su padre nunca lo había dejado encerrado tanto tiempo. A veces, para castigarlo lo había encerrado en la caseta, pero entonces solía volver al cabo de unas horas. Nunca lo había dejado una noche entera.

Ojalá lo sacara pronto de allí. Tenía un hambre y una sed terribles. El estómago se le había encogido hasta convertirse en una bola dolorosa.

Miró otra vez a su alrededor, a la débil luz que entraba por la puerta. El espacio tenía las dimensiones que él había imaginado la noche anterior, y estaba rodeado de tierra y arena aplastada.

Lo cegaron las lágrimas y apretó los puños tratando de controlarse, pero los abrió inmediatamente. Después de los golpes que había dado contra la puerta la noche anterior tenía los nudillos llenos de heridas, y ahora sentía las manos hinchadas. Hundió la cabeza en las rodillas encogidas.

Su padre volvería pronto. Tenía que hacerlo. Entonces le pediría perdón y le prometería pagar por lo que había hecho. No volvería a escaparse nunca más. Le prometería lo que quisiera si lo soltaba.

Una vocecita le susurraba en su interior que nadie podría salvarlo si Gottfrid no quería. Vendela tal vez siguiera creyendo que se había escapado y que se encontraba muy lejos.

Su padre no podía abandonarlo allí para siempre.

Thomas miró el reloj. Hora de encaminarse al muelle. El primer barco de la compañía Waxholm saldría dentro de media hora.

Nora emitió un ligero carraspeo para llamar la atención.

–Quería preguntarte una cosa...

–¿Sí?

–No te rías, pero se me ha ocurrido una idea mientras escuchaba la conversación.

–Está bien. –Thomas se dejó caer otra vez en la silla.

–Tal vez... –Nora se interrumpió algo avergonzada–. Tal vez el brazo se descongeló porque los restos se trasladaron a distintos lugares de la isla.

Thomas la miró atentamente. Las corazonadas de Nora solían ser acertadas, ya había dado pruebas de su buen olfato policial en varias ocasiones. Tendrá que ver con sus estudios jurídicos, pensó. Estaba preparada, igual que los policías, para pensar con lógica y desarrollar la capacidad de análisis. No era una casualidad que fuera necesaria una licenciatura en Derecho para llegar a ser jefe de policía.

–¿Qué quieres decir?

Nora pasó el dedo por el candelabro que había en el centro de la mesa.

–He pensado que tal vez el asesino escondió los trozos en su casa mientras esperaba a que todo se tranquilizara un poco.

–¿Dónde podría haberlos escondido?

–Bueno –alargó un poco la respuesta–. He pensado que quizá los escondiera en el congelador.

–¿En el congelador?

–Sí, es posible, ¿no? –Se sonrojó ligeramente–. Si metes las partes del cadáver en bolsas de plástico, puedes guardarlas en un arcón congelador y conservarlas allí durante un tiempo.

En su afán por aclararlo, se levantó de la silla y señaló el congelador que estaba en un rincón de la cocina.

–Se trata de encontrar un buen escondite. Y un arcón congelador es un sitio

ideal. Nadie va abriendo los congeladores de los demás. Además, no hay ningún riesgo de que los restos se empiecen a descomponer y a oler mal. Después sería muy sencillo para el asesino ir sacando las bolsas y enterrarlas en el bosque.

Thomas observaba a su amiga de la infancia, que hablaba con un entusiasmo inquebrantable.

–Y el suelo no podía estar helado en el momento del traslado –continuó Nora–, porque entonces no hubiera podido enterrar los restos. Con lo cual, el brazo se descongeló debajo de la tierra. Pero luego volvió el frío y se congeló otra vez.

La expresión de los ojos de Thomas revelaba que no estaba convencido del todo.

–Hablando en serio...

Nora no dejó que la interrumpiera.

–Ahí tienes una explicación plausible para que descuartizara el cuerpo. Es completamente imposible guardar dentro de un arcón congelador el cuerpo entero de una persona, a menos que sea por partes. –La expresión del rostro de Nora era casi una súplica–. ¿No puede haber algo de cierto en lo que digo?

Thomas recordó las palabras de Mats Larsson: existe una lógica, si bien retorcida, en la actuación del asesino. Hay que eliminar las huellas y un descuartizamiento es la manera más racional de hacerlo.

Para una persona normal resultaba más bien grotesco.

–¿Te acuerdas de aquella mujer que guardó a su bebé muerto en el congelador? Fue en vuestro distrito, ¿no? –dijo Nora.

Thomas asintió. El caso inaudito de aquella madre de Gustavsberg que mató a sus dos hijos tras el parto y luego ocultó a uno de ellos en el congelador. Se descubrió cuando el otro bebé apareció abandonado en el bosque.

–Ahí lo tienes. Si se puede esconder a un bebé, también se podría ocultar un cuerpo descuartizado. Aquí la mayoría de la gente dispone de arcones congeladores, sobre todo los que salen de pesca o de caza. Para eso no es suficiente un congelador pequeño como este. –Y señaló una vez más su congelador.

Thomas cruzó las manos detrás de la nuca. Algo se movía en su subconsciente. De pronto supo lo que era.

–La verdad es que ayer vi un arcón de los grandes –dijo–. En casa de los

Österman.

Nora aspiró fuerte.

–¿En casa de Bengt y de Ingrid Österman?

–Sí.

–Tengo que enseñarte algo.

Fue al cuarto de estar y volvió con unos cuadernos negros en la mano. Thomas le lanzó una mirada desconcertada.

–¿Qué es eso?

–Los encontré en el secreter de la tía Signe. Son diarios. Su tía paterna, Karolina, los escribió cuando era joven.

–¿Y qué tienen de particular?

–Cuenta muchas cosas de la familia Österman. Karolina estaba profundamente enamorada de un chico que se llamaba Thorwald. Este tenía una hermana, Kristina. Le pregunté a mi madre si conocía la historia y me contó que Thorwald era el padre de Bengt Österman.

Thomas no la seguía.

–¿Y qué tiene eso que ver con la investigación?

–Por lo visto, el padre de Thorwald, Gottfrid, era un tipo espantoso, que maltrataba a su mujer y a su hijo, es decir, a Thorwald, mientras que favorecía a la hija. Al hijo lo desheredó y se lo dejó todo a ella.

–¿Ah, sí?

–Te lo explicaré –dijo Nora con vehemencia–. Mi madre me ha contado que las dos ramas de la familia dejaron de hablarse después de aquello. Bengt y Marianne no mantienen ninguna relación, aunque son primos.

El rostro de Thomas parecía un signo de interrogación.

–¿Qué has dicho?

Nora lo miró con asombro.

–Pero ¿no sabías que Bengt Österman es primo de Marianne Rosén?

Él negó con la cabeza.

–No, no tenía ni idea. Qué extraño que nadie me haya dicho nada.

–Tal vez no sea tan raro –continuó Nora, y apoyó la barbilla en las manos–, puesto que ambos se detestan. No tienen mucho que decir uno del otro. Según mi madre, siempre había habido mucha amargura en esa familia. Se acordaba de Kristina cuando era pequeña. Actuaba como si no tuviera ningún hermano.

Thomas abrió el primer diario del montón y lo hojeó al azar.

–Pero todo eso tuvo que ocurrir hace mucho tiempo, ¿no?

–Sí, pero el rencor sigue vivo, por lo que dice mi madre. Thorwald tuvo una vida miserable, esas fueron las palabras exactas de mi madre.

–Más o menos como su hijo –murmuró Thomas para sí mismo, recordando a Bengt Österman, víctima del alcohol.

Nora respiró profundamente y dijo, despacio, con precisión, como si el significado de aquellas palabras requiriera que se pronunciasen con mucha prudencia:

–Anoche estuve despierta pensando si Österman no estará implicado de alguna manera en la desaparición de Lina. A causa de las disputas familiares.

Nora mantuvo su mirada fija en la cara de Thomas. Se oía de fondo el sonido de la tele en el cuarto de al lado.

Una carcajada repentina de Simon hizo que ambos se estremecieran.

A Thomas se le pasó por la cabeza la imagen del cuerpo sin vida de Ingrid Österman en la cama. Su marido, sentado en el sofá lleno de manchas tratando de responder a sus preguntas. La foto de Sebastian en el aparador del cuarto de estar. Una idea fue abriéndose paso.

–Louise Hammarsten nos contó que Lina Rosén tenía muchos remordimientos por el accidente en el que murió Sebastian Österman –le dijo–. Al parecer, fue ella quien convenció a Sebastian para que condujera la lancha. Después de lo que ocurrió se culpaba a sí misma de su muerte.

–¿Ingrid y Bengt sabían eso?

–No lo creo. Louise nos confesó que no lo sabía nadie más que ella.

–¿Y si se enteraron de alguna manera? –La voz de Nora reflejaba ansiedad y preocupación.

Thomas se pasó la mano por el pelo tratando de reflexionar.

¿Cabía la posibilidad de que Bengt e Ingrid hubieran llegado a la conclusión de que Lina era la responsable de la muerte de su hijo? Quizá Ingrid Österman sola, o junto con su marido, le había quitado la vida a la joven. Y después, cuando ya no pudo soportar los remordimientos por lo que había hecho, se suicidó.

O tal vez Bengt Österman asesinó primero a Lina Rosén y después a su mujer cuando ella amenazó con delatarlo.

Una persona que pierde a un hijo es capaz de cualquier cosa, pensó Thomas. Cuando saltan los mecanismos de control que nos frenan, entonces, de repente, no hay nada que nos contenga.

Sintió vergüenza. Él acusó a Pernilla de la muerte de su hija, aunque en su fuero interno sabía que no era verdad. No quería ni pensar lo que hubiese hecho si alguien hubiera matado a Emily.

Thomas sintió que tenía que reflexionar a fondo sobre ello. Alcanzó la tetera y se llenó la taza. Después se apoyó en el respaldo de la silla blanca de la cocina y miró a través de la ventana. Nevaba tanto en ese momento que apenas se veían las casas de los vecinos.

Bengt e Ingrid Österman vivían todo el año en Sandhamn. Probablemente Bengt fuera cazador, como la mayoría de los habitantes de las islas. Debería llamar a Erik Blom y preguntarle si alguno de ellos estaba en la lista de los que tenían licencia de caza. Además, tenía que llamar a Margit, que había hablado con Ingrid días antes de su muerte. Quería saber si creía que aquella mujer podría haber sido capaz de asesinar a Lina Rosén.

El matrimonio había perdido a su único hijo en un accidente en el que Lina había estado implicada. ¿Podía haber sido esa la causa de que finalmente todo explotara? ¿O el razonamiento de Nora no era más que un tiro al aire, sin anclaje en la realidad?

–¿Por qué habría estallado uno de los dos precisamente en octubre? – objetó después de unos minutos.

–Puede que se enteraran entonces de lo que ocurrió cuando su hijo perdió la vida. Lo cual despertó la vieja amargura que sentían contra Lina y su familia. Cuando la vieron en Sandhamn durante el puente de Todos los Santos, se decidieron...

No había necesidad de terminar la frase. Thomas sabía cómo seguía. Y tomó una decisión.

–Voy a llamar al psiquiatra que se ha incorporado a la investigación para hablar con él. Quiero saber qué opina sobre tus conjeturas.

Mats Larsson se había pronunciado acerca del alcoholismo. Podía ser un factor importante en este caso. Thomas había visto con sus propios ojos la dependencia de Bengt Österman a la bebida.

Si Nora estaba en lo cierto, Jakob Sandgren no era más que un niño pijo malcriado que necesitaba una seria reprimenda antes de que ocurriera algo grave de verdad. Y el motivo del asesinato de Lina Rosén se remontaba mucho más lejos en el tiempo de lo que ninguno de ellos hubiera podido suponer.

Mats Larsson no contestó hasta el quinto tono. Debía de estar en un pabellón de deportes, Thomas podía oír de fondo voces de niños y el pitido de un silbato.

Le resumió la conversación que acababa de tener con Nora, le habló de las desavenencias familiares y del injusto testamento.

–¿Es posible que alguien pueda sentir tanto rencor por una cosa así que decida vengarse? –preguntó al final.

–¿Me estás diciendo que el hijo del matrimonio Österman murió hace un par de años?

–Sí, se ahogó en un accidente en barco. Quedó atrapado bajo el casco cuando su embarcación volcó.

Thomas aún podía recordar el silencio fantasmal que siguió a la colisión con la lancha neumática de casco duro en mitad de la noche. Luego, los gritos despavoridos de los jóvenes que luchaban en el agua.

–¿Y ahora ha sido asesinada la prima segunda del hijo? ¿Tenía algún hermano, la joven?

–No, era hija única.

–Así que los dos primos han perdido a sus hijos en tan solo unos años – resumió el psiquiatra.

–Sí –dijo Thomas.

Al otro lado de la línea, Larsson se quedó pensando mientras Thomas iba de un lado a otro de la cocina con el teléfono, a la espera de que dijera algo. La teoría de Nora parecía poco creíble, pero las piezas encajaban demasiado bien como para que la dejaran pasar. Recordó a la mujer muerta en el dormitorio y al hombre desaseado que apestaba a alcohol. Aquellas manzanas con las que había agarrado la botella de vodka en la cocina.

¿Se había quitado la vida la mujer porque no podía seguir viviendo con la verdad o la había obligado alguien a tragarse las pastillas que la mataron?

Se oyó un ruido en la línea del móvil cuando Mats Larsson empezó a hablar de nuevo.

–Evidentemente, es difícil pronunciarse sin haber visto a las personas en cuestión, pero desde un punto de vista puramente teórico puede que haya algo de cierto en todo ello. Parece como si se hubiera conseguido una suerte de equilibrio, por absurdo que resulte, entre las dos ramas de la familia.

Thomas escuchaba atentamente.

–La combinación de viejos rencores, una profunda pena y grandes cantidades de alcohol pueden, sin duda, despertar la cólera de un presunto asesino –dijo finalmente Mats Larsson–. Es cuanto te puedo adelantar sin tener más información, pero creo que deberías seguir esa pista. Vale la pena investigarla más a fondo.

–Gracias –dijo Thomas–. Era lo que quería saber.

Nora miró atentamente a su alrededor al acercarse a la casa de los Österman.

Las luces de las ventanas estaban apagadas y no se veía a ningún vecino. Delante de la casa había aparcado un *quad* con una pala quitanieves en la parte delantera, pero no parecía que hubiera nadie en su interior. La zona estaba completamente deshabitada, salvo unos carboneros comunes que piaban en los árboles. Un sutil aviso de que el tiempo empezaba a cambiar, que la oscuridad cedía y se acercaba el equinoccio de primavera.

Sin dudarlo, abrió la verja y entró en el jardín. La nieve estaba llena de pisadas, y Nora intentó no dejar nuevas huellas. Procuró pisar en las ya existentes para no revelar que había estado allí.

¿Dónde podría estar Österman? Eran más de las diez y media y no sería extraño que siguiera durmiendo. Si había bebido tanto como el otro día en la posada, seguramente estaría borracho y fuera de combate.

Nora no tenía ninguna gana de ser descubierta por un Bengt Österman cabreado, que le preguntara qué andaba haciendo allí. Ya tenía suficiente con haber salido de casa mientras Thomas hablaba por teléfono. Había murmurado algo de ir a comprar leche y luego se había ido discretamente. No pudo evitar comprobar si su teoría se confirmaba. No iba a pasar nada, se convenció a sí misma. Solo echaría un vistazo.

Se subió la capucha del anorak. Miró otra vez a su alrededor. No se oía nada en la zona. Enseguida llegó a la caseta de la que Thomas le había

hablado. No estaba cerrada con llave, abrió la puerta y se deslizó en el interior en penumbra.

El arcón congelador blanco llamaba la atención. Era de la marca Elektroheliös, un modelo antiguo, grande y rectangular. Tenía un candado al lado, pero estaba abierto. Sacó el candado y levantó la pesada tapa. Estaba vacío.

Nora alumbró bien las paredes con una linterna para ver si podía descubrir algo de interés. Restos de sangre, pelos, cualquier cosa que pudiera indicar que los restos mortales de Lina Rosén habían estado escondidos allí. Pero el arcón estaba completamente vacío y parecía limpio. Bajó lentamente la tapa y apagó la linterna. Allí no había nada. Se dio la vuelta para largarse.

Entonces se hizo una pregunta: ¿por qué colgaba un candado de la tapa de un congelador vacío? ¿Por qué querer cerrarlo?

Era solo un detalle, pero de alguna manera le dio qué pensar. El candado se podría haber utilizado para guardar en el interior algo bien distinto a carne o pescado, algo que no podía ver ningún intruso. Quizá estuviera vacío porque había servido para guardar grandes bolsas negras de plástico durante el tiempo en el que fue necesario tenerlas escondidas.

Un ruido repentino la hizo retroceder en las sombras. Parecía como si alguien hubiera cerrado una puerta justo al lado. A través de la pequeña ventana de la caseta vio que Österman se disponía a bajar las escaleras de la entrada.

Nora miró a su alrededor, no había ningún sitio donde esconderse, aparte del congelador. La idea le produjo una profunda sensación de claustrofobia que controló al instante. Se pegó bien a la pared de detrás de la puerta, de manera que, en el caso de que Österman la abriera, le sirviera de protección. Ya no podía mirar por la ventana y aguzó el oído para saber dónde dirigía Österman sus pasos.

Pasaron unos segundos, durante los cuales contuvo la respiración. ¿Se dirigía hacia la caseta o no?

Tuvo suerte. Se oyó un ruido sordo, seguido de los juramentos sulfurados de Bengt Österman, y Nora se atrevió a asomarse rápidamente a la ventana para ver cómo se levantaba y se encaminaba con paso torpe hacia el pueblo.

Nora aguardó unos minutos y después se largó rápidamente de allí. Pero la pregunta seguía en el aire. ¿Por qué tenía Österman un candado en el congelador?

Sandhamn, 1928

– ¡Thorwald! ¿Estás ahí?

La voz lo despertó. No sabía si lo había soñado, pero la oyó otra vez.

– ¿Thorwald, estás ahí dentro?

Él intentó contestar, pero solo le salió un graznido ronco. Tenía la garganta tan seca que no podía pronunciar palabra y la lengua se le pegaba al paladar.

– ¿Thorwald?

Lo intentó de nuevo, pero nada salió de su boca. Estaba muy cansado, desesperadamente agotado y sediento.

No sabía cuántas veces se había quedado dormido y se había despertado, y no tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido desde que Gottfrid lo encerró. Hasta ese momento había esperado en vano, pero ahora oía que alguien volvía a gritar. Había algo familiar en aquella voz, de pronto la reconoció. Era Arvid. Su amigo lo había encontrado.

Tenía que emitir algún sonido para que no se marchara. Se arrastró con dificultad hasta la portezuela e intentó golpearla, pero estaba demasiado débil. Su mano no quería obedecer, así que se agarró la muñeca con la otra mano y trató de dar un golpe más fuerte. Aquello no funcionó mejor. Agotado, volvió a caer sobre el suelo de tierra.

Arvid no podía marcharse.

Tomó impulso por última vez y dio una patada en la puerta. Se movió solo un poco, pero fue suficiente.

– ¿Thorwald, estás ahí dentro? Soy yo, Arvid.

El alivio fue indescriptible. Arvid lo había oído.

– Está cerrado con llave. Tengo que ir a buscar herramientas. Vuelvo enseguida.

No te vayas, quiso gritar Thorwald, no me dejes aquí. Pero en vez de eso, se volvió a acurrucar. Cerró los ojos y se adormeció.

La luz que le dio en la cara cuando se abrió la portezuela fue como una bofetada. Cerró los ojos varias veces y se echó hacia atrás como un animal asustado. Cuando volvió a abrir los ojos, vio la cara pálida y aterrada de

Arvid. Su amigo se inclinó hacia delante y agarró a Thorwald, que trataba de salir arrastrándose con los pies.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó, a la vez que le tiraba del brazo—. ¿Quién te ha encerrado aquí?

Thorwald consiguió apenas articular la palabra:

—Padre.

La duda en los ojos de Arvid era evidente, pero no dijo nada.

—Vamos, hay que sacarte de aquí.

Thorwald opuso resistencia apoyando el pie contra el suelo.

—A casa no —consiguió decir al final—. No con mi padre. Tengo que esconderme.

Arvid asintió para indicarle que lo había comprendido. Luego, bajo el pálido sol del atardecer, ayudó a su amigo a salir. Antes de marcharse cerraron otra vez la puerta, para que no quedara entreabierta y dejara ver que alguien había estado allí.

A Thorwald no le respondían las piernas, así que Arvid cargó con él para sacarlo del cementerio. Se formaban rayas en el suelo detrás de sus pies sin fuerzas.

—La cabaña —murmuró Thorwald.

Señalaba un cobertizo medio hundido que había justo delante de ellos, a unos cientos de metros, algo retirado del establo del matarife. Era donde la familia de Arvid guardaba la leña y las herramientas. De niños solían jugar en el cobertizo, que siempre estaba abierto.

Thorwald recorrió el último trecho dando traspiés hasta que llegaron a la puerta y se dejó caer en el suelo.

—Agua —le susurró a Arvid, que lo miraba preocupado desde la entrada—. Agua.

Cuando Arvid volvió a la leñera, Thorwald se había vuelto a desvanecer. Lo reanimó con cuidado y le acercó un vaso a los labios. Thorwald bebió despacio, estaba exhausto, Arvid era consciente de ello. Llenó otra vez el vaso y Thorwald se lo volvió a beber todo. Luego se apoyó contra la pared con los ojos cerrados.

Arvid sacó un trozo de pan blanco y se lo acercó. Thorwald lo agarró con

dedos temblorosos y se lo comió.

Una vez más se dejó caer sobre las toscas tablas.

–Debo descansar –susurró y cerró los ojos con un suspiro.

Arvid no sabía qué hacer. A Thorwald le había ocurrido algo terrible, pero le costaba creer que hubiera sido Gottfrid quien lo había encerrado.

Lo habían buscado por toda la isla. Se decía que se había fugado. Arvid se sintió decepcionado al pensar que Thorwald no se había sincerado con él, aunque no se lo reprochaba.

Había visto con sus propios ojos los moratones en su cuerpo cuando se bañaban, así como las marcas de los latigazos que le propinaba su padre. Thorwald se había pasado toda una semana en cama cuando la fiesta del solsticio de verano y, por la expresión de Vendela, Arvid comprendió que había estado muy grave.

En el pueblo corrían rumores sobre cómo metía en vereda a su familia el cofrade Gottfrid. En algunas ocasiones, Arvid había oído a su propia madre comentar en voz baja con otras mujeres lo que pasaba en casa de Thorwald. Cuando se daban cuenta de que él estaba escuchando, dejaban de hablar de ello. Pero Arvid era lo bastante mayor como para comprender lo que se comentaba en secreto.

Él sabía que a veces su padre encerraba a su amigo en la caseta. Pero cuando fue a buscarlo allí, la encontró vacía. Sin embargo, no podía creer que Thorwald se hubiera fugado sin contarle nada. Por pura casualidad, un compañero de la escuela dijo que había visto a Gottfrid caminando hacia el cementerio con Thorwald la misma tarde en que se suponía que se había largado. Arvid pensó que aquello era extraño y empezó a buscar a su amigo.

Fue a por una manta y arropó con ella a Thorwald. A pesar de que el suelo de tablas era duro, su amigo dormía profundamente. Tenía la cara sucia y la ropa manchada de tierra. Se había hecho desgarrones en una de las mangas.

Arvid confiaba en Thorwald, había sido su mejor amigo desde que empezaron en la escuela. ¿Sería capaz de contarle una mentira así sobre su propio padre? Negó con la cabeza para sí mismo. No podía creer eso de Thorwald. Si había alguien en esa familia que decía mentiras, era la hermana pequeña.

Thorwald lanzó un quejido y se dio la vuelta. Arvid le volvió a colocar bien la manta y se acostó a su lado.

Gottfrid había sido capaz de dejarlo encerrado sin comida ni agua durante

mucho tiempo, pensó Arvid. ¿Cuánto había pensado tenerlo castigado y encerrado en aquel lugar oscuro?

Arvid vaciló. No sabía a quién tenía que dirigirse. Quizá debería hablar con Vendela, pero decidió que era demasiado peligroso. Gottfrid podía obligarla a que le dijera la verdad, y entonces correrían un riesgo enorme de que se enterara de dónde estaba el hijo. Y de que volviera a hacer algo terrible contra Thorwald. El poder de Gottfrid sobre su hijo era absoluto. Hasta que el hijo fuera mayor de edad, nadie le podía decir nada. Arvid lo sabía de sobra.

Tampoco se atrevía a hablar con sus padres de lo que había ocurrido. Ellos solo insistirían en que Thorwald volviera a su casa y entonces se arriesgaba a recibir un castigo todavía más severo. Arvid no quería ni imaginárselo.

Mientras Thorwald dormía, Arvid comprendió que tenía que ayudar a su amigo a abandonar la isla para siempre. No había otra salida.

Había costado casi cuatro horas conseguir que un guía canino se trasladara a Sandhamn.

Nora le contó a Thomas que el arcón congelador estaba vacío y que había un candado en la tapa. Hizo cuanto pudo para convencerlo de que debían examinar ese congelador más a fondo.

Thomas pensó en la capacidad de los perros policía para rastrear con una precisión asombrosa cosas que ni siquiera los técnicos más expertos podían encontrar. Estaban entrenados para detectar olores tanto de personas muertas como de fluidos segregados por los cadáveres, y podían olfatear restos asombrosamente pequeños de un cuerpo sin vida. Si encontraban algún indicio en el congelador de Österman, sería una prueba contundente de que estaban en el lugar correcto. Él mismo había visto a los perros realizar su trabajo y siempre le resultaba igual de impresionante comprobar cómo marcaban con éxito un hallazgo.

Como era sábado, no se podía llamar directamente a la unidad de guías caninos, pero tras un rato de discusión había conseguido convencer al oficial de guardia de que realmente necesitaba un perro de evidencias de la Policía Científica, que era la correcta denominación de lo que los diarios comúnmente llamaban «perros de rastreo de cadáveres». Después había solicitado los permisos para llevar a cabo el registro de la casa. Eso también había requerido una discusión previa, pero ya estaba todo resuelto.

La hipótesis de que Bengt Österman y su esposa podían haber perdido el control una lluviosa noche de noviembre cobraba cada vez más fuerza.

El interrogatorio a Jakob Sandgren tendría que esperar.

Cuando el helicóptero aterrizó en el helipuerto cercano a la posada de Sandhamn, ya eran casi las tres de la tarde. Aún no había empezado a anochecer, pero la luz del día era más débil e incapaz de ofrecer resistencia

frente al cielo nublado. Había dejado de nevar y las ramas de los árboles estaban cubiertas de copos blancos.

Thomas esperaba impaciente. El frío húmedo se le estaba metiendo por debajo de la piel y ya tiritaba. En los límites exteriores del archipiélago siempre había mucha humedad, no había manera de protegerse del frío aunque uno se abrigara mucho.

Mientras esperaba la confirmación de que el transporte estaba en camino, repasaba mentalmente la teoría de Nora, que lo llevaba siempre a la misma conclusión. Si el perro marcaba el congelador de Österman, entonces Nora estaría en lo cierto. En ese caso, tendrían que llamar a un técnico de la brigada criminal para que pusiera la caseta y la casa patas arriba, detener a Österman y obligarlo a confesar. En caso contrario, les quedaba el interrogatorio con Jakob Sandgren, que no estaba de ninguna manera descartado de la investigación.

Valía la pena intentarlo.

La perra, una pastor alemán preciosa y obediente, no salió del helicóptero hasta que se detuvieron las palas giratorias. Se colocó al lado de su guía, que tendió la mano para saludar. Thomas la conocía, ayudaba a veces a la Policía de Nacka en algunas investigaciones. Se llamaba Sofia Granit y tenía unos sesenta años. La perra se llamaba *Raja* y tenía ocho años. Era una perra policía con experiencia, que se empleaba exclusivamente en la búsqueda de indicios de cadáveres.

Detrás de Sofia Granit, descendió Margit. Él levantó la mano a modo de saludo y ella le respondió con una sonrisa. Cuando la llamó para contarle las suposiciones de Nora, lo escuchó con atención. Le costaba creer que Ingrid Österman fuera responsable del asesinato, pero estaba de acuerdo con Thomas en que merecía la pena pedir la ayuda de un guía canino.

—Aunque solo sea por el matrimonio Rosén —añadió—. Mañana podremos interrogar a Jakob Sandgren. No desaparecerá en veinticuatro horas.

Mientras se dirigían a paso ligero a casa de los Österman, Thomas le iba comentando sus sospechas a Sofia Granit. En las callejuelas había una capa de nieve de unas cuantas decenas de centímetros, pero en las calles

principales ya la habían retirado, con lo que se libraron de hundir los pies hasta los tobillos.

La perra los seguía obediente con paso silencioso mientras cruzaban la plaza Adolf, donde solían levantar el poste floral cuando llegaba el verano. Österman vivía cerca de la escuela y no tardaron ni diez minutos en llegar.

–¿Crees que estará en casa? –preguntó Margit.

Dio una vuelta a la casa mientras Thomas llamaba a la puerta. No abrió nadie. Volvió a insistir. Después de esperar unos minutos se encogió de hombros.

–Vamos –dijo–. El congelador está en el cobertizo.

Se dirigieron a la caseta de color rojo que Nora había inspeccionado por la mañana. La puerta seguía cerrada sin llave y Thomas la abrió. No había nadie y entraron.

Thomas abrió con cuidado la tapa del arcón, sin quitarse los guantes.

–Busca –dijo Sofia Granit.

Raja sabía lo que esperaban de ella. Se veía que ya lo había hecho muchas veces y su cuerpo ágil irradiaba concentración. Meneaba el rabo a la expectativa y tenía las orejas de punta.

–Busca –le ordenó Sofia Granit de nuevo.

Thomas seguía con atención los movimientos de la perra. Su hocico negro no paraba quieto un segundo. Olfateaba incesantemente mientras exploraba el pequeño cobertizo.

Sin dudar, *Raja* se colocó al lado del congelador y lo marcó.

–¡Esto es la leche! –dijo Margit a media voz.

Thomas soltó un profundo suspiro.

–¿Estás contento? –Sofia Granit dirigió una mirada a Thomas antes de agacharse y darle a *Raja* unas palmaditas en la cabeza–. Eres una chica lista, muy lista.

Le dio una galleta a la perra y se levantó. Tenía la mirada seria.

–Eres consciente de lo que esto significa, supongo. Ahí han estado depositados restos humanos. De lo contrario, *Raja* no lo hubiera marcado. Es una de nuestras perras más expertas.

–Claro –respondió Thomas.

No sintió como un triunfo haber acertado, más bien fue tristemente consciente del dolor que aquello les iba a causar a los padres de Lina.

Margit ya había sacado el teléfono para llamar a los técnicos.

–Esto puede llevar tiempo –dijo, y miró el reloj–. Las cuatro menos cuarto casi, ¿cuánto crees que tardarán en llegar?

–Es difícil saberlo. En barco, por lo menos unas horas. En helicóptero menos, pero depende de adónde se haya dirigido después de dejaros a vosotras. Haz lo que puedas para que lleguen cuanto antes.

Thomas salió. El sol se iba a poner pronto.

–La cuestión es saber dónde está Österman –dijo, a la vez que echaba un vistazo a su alrededor.

Observó la silueta de una mujer que lo miraba con curiosidad a través de la ventana de la casa de enfrente. Debía de ser la vecina con la que había hablado el día anterior.

–Vuelvo enseguida.

Cruzó el terreno hasta la casa y llamó a la puerta.

–Perdone que la vuelva a molestar –le dijo a la mujer, que abrió ataviada con un delantal de flores–. Busco a Bengt Österman. ¿Sabe por casualidad dónde puede estar?

La vecina negó con la cabeza.

–No tengo ni idea. Con Bengt ahora nunca se sabe. –Frunció los labios, en un gesto idéntico al del día anterior–. Tiene problemas con la bebida, pero eso ya lo sabe.

–Gracias de todos modos –dijo Thomas, y se dio media vuelta para marcharse.

–Puede probar en la posada. Suele estar allí bebiendo cerveza. Si no, a lo mejor está abajo en su caseta de pesca. Suele ir a menudo allí.

Thomas se detuvo.

–¿Dónde está su caseta de pesca?

–En el antiguo puerto de pescadores –respondió la mujer, y cerró la puerta al aire frío.

Thomas volvió junto a sus colegas.

–Voy a buscar a Österman –le dijo a Margit.

–Te acompaño.

–Es mejor que permanezcas aquí por si vuelve. Alguien tiene que quedarse. Puedes meterte dentro si hace demasiado frío. Seguro que la casa está abierta.

Parecía que Margit había llegado a esa misma conclusión. La temperatura

era de doce grados bajo cero, y daba patadas contra el suelo para mantener el calor.

–De acuerdo –asintió–. Estamos en contacto a través del móvil.

Llamaron a la puerta.

–Simon, ¿puedes abrir? –gritó Nora desde la cocina. Estaba haciendo bollos de canela y tenía las manos llenas de harina.

Thomas se había ido para recibir al helicóptero y ella se encontraba llena de energía. Él había creído en su teoría acerca de Bengt Österman y las disputas familiares y, por primera vez en mucho tiempo, se sentía inteligente en lugar de tonta e ingenua. De pura alegría había decidido preparar algo rico para la merienda.

–Hay un señor que quiere hablar contigo –le dijo Simon desde la puerta de la cocina.

–Ya voy.

Nora se limpió lo mejor que pudo y, todavía con harina en las palmas de las manos, salió hasta la entrada. Delante de ella estaba Pelle Forsbeg con una enorme bufanda alrededor del cuello. La miró con cara de satisfacción y le dio una bolsa blanca de papel. A juzgar por el aroma, contenía algo comestible.

–Hola –dijo Nora–. Eres tú.

¿Qué hacía allí? Se sintió profundamente incómoda después de la conversación con Johanna Granlund y no tenía muchas ganas de hablar con él.

–Pensé que podíamos tomar un café. Si tienes tiempo...

No era fácil decir que no ante aquella cara tan expectante, así que Nora cedió. No se podía negar que el hombre ponía interés. Había tratado de invitarla varias veces y era absurdo ser tan reservada.

–Por supuesto, pasa. Pero te aviso, estoy haciendo bollos, así que está todo bastante desordenado.

–Tendrías que ver mi casa –dijo él–. Parece que haya caído una bomba. Mejor no comparar.

Se quitó el chaquetón y lo colgó en el perchero. Después la siguió hasta la

cocina. Nora le indicó una silla y retiró la bandeja del horno que estaba encima de la mesa.

–Siéntate, que pongo agua a calentar. Espero que te guste el café instantáneo, aquí no tomamos otra cosa.

–Yo tampoco.

Mientras charlaban, Nora extendió la masa y dejó los bollos preparados para que fueran creciendo con la levadura. Pelle Forsberg, por suerte, evitó hablar de la investigación policial, y ella pensó que tal vez no estaba tan mal recibir una visita. Incluso se sorprendió a sí misma varias veces riéndose de los comentarios que él hacía.

–¿Te sientes mejor ahora? –le preguntó después de un rato–. Parecías tan deprimida el otro día en el barco que me quedé bastante preocupado.

Nora lo meditó un momento. Sí, se sentía mejor. La noche anterior se había desahogado con Thomas y ahora estaba mucho mejor.

El café estaba listo, sacó dos tazas y lo sirvió. En la bolsa de Pelle encontró tres bollos de hojaldre rellenos de crema de vainilla, que sirvió en un plato. Se sentó y le dio un buen mordisco al que más vainilla tenía. Irresistible, pero se prometió a sí misma que a partir de ese día controlaría el nivel de glucosa.

–Mmmm, qué bueno –dijo con la boca llena.

Pelle Forsberg se rio.

–Con esa idea los he traído. Oye, la verdad es que tengo que confesarte una cosilla.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Nora. ¿Qué pensaba contarle ahora? Había algo sospechoso en él, lo había detectado desde el principio. Se le paralizó la sonrisa y lo miró a la defensiva.

–Estuve aquí la otra noche y llamé a la puerta. Vi que había luz, quería invitarte a un whisky.

Nora se puso tensa.

–Me asusté muchísimo –dijo–. Creí que era alguien que quería meterse en casa.

–No pretendía asustarte. Perdona. Me di cuenta de que era tarde cuando ya había llamado. Como no abrió nadie, pensé que estarías acostada. –Pelle meneó la cabeza–. Fue una estupidez, por supuesto. Pero mi intención era buena, te lo aseguro.

Parecía tan preocupado que Nora no pudo evitar echarse a reír.

–Está bien, pero no vuelvas a hacerlo. –Dudó un momento, y luego se

decidió—. Tengo que preguntarte una cosa. ¿Por qué me dijiste el otro día que habías estado cenando en casa de los Granlund, si no era cierto?

Pelle Forsberg parecía sorprendido.

—Pero es que es verdad, cené allí.

La irritación se dibujó en la frente de Nora. ¿Le iba a mentir delante de sus narices? Ese hombre tenía algo raro.

—Me encontré con Johanna en la tienda y me dijo que llegaron ayer. —Se quedó mirándolo fijamente, como para retarle a que se atreviera a mentirle otra vez.

Pelle Forsberg se rio.

—Ella y los niños, sí. Pero Hasse ha estado aquí toda la semana arreglando el baño de la casa. Se lo puedes preguntar a él si no me crees.

Nora se sonrojó. Dios mío, pensó, pronto voy a ver visiones. Para ocultar su azoramiento, inclinó la cabeza sobre la taza de café y dio otro mordisco al bollo.

Se había imaginado un montón de tonterías. Había explicaciones lógicas para todo. El hombre de la playa probablemente solo fuera un vecino que había salido a dar un paseo. Era una idiota por haberse asustado tanto.

Pelle Forsberg la observaba con gesto amable.

—Oye, que no pasa nada. Pero pregúntaselo a Hasse si quieres —repitió tomándose a broma.

Nora negó con la cabeza.

—No hace falta. —Hizo acopio de valor. Una última pregunta. Como ya había quedado en ridículo, la cosa no podía ir a peor—. Entonces, no has sido tú el que ha estado observando fijamente la casa de la familia Rosén por la noche.

Una mirada de desconcierto le dio enseguida la respuesta.

—No, ¿por qué demonios iba a hacerlo? —Sonrió de una manera que la desarmó y tomó un sorbo de café.

Nora volvió a enrojecer ligeramente. Pero la sonrisa de él parecía tan cargada de buenas intenciones que dejó de sentirse abochornada.

Sonó el reloj de la cocina y Nora se levantó para pintar los bollos antes de meterlos en el horno. ¿Si no era Pelle Forsberg la persona que estaba bajo la luz de la farola, quién demonios era? Nora trató de visualizar la figura que había visto. ¿Sería la pobre Ingrid Österman, quien, movida por la angustia, había salido fuera en aquellas noches invernales y había estado allí como un

fantasma deseando que el tiempo diera marcha atrás para evitar lo que había ocurrido?

Abrió la puerta del horno e introdujo la bandeja.

Podría ser, pero ya no importaba. Ingrid estaba muerta y un perro policía determinaría si los restos del cadáver de Lina Rosén se habían guardado en casa de Ingrid o no.

Pelle Forsberg carraspeó.

–No ha estado tan mal, ¿no? Tal vez quieras pasar por mi casa a tomar café algún día.

Nora se volvió hacia él. Su amabilidad reconfortaba.

–Sí, ¿por qué no?

La luz grisácea del atardecer se había apoderado del espacio y volvía borrosos todos los contornos. La nieve amortiguaba los ruidos y hacía que el paisaje pareciera uniforme. Los ángulos habitualmente nítidos y las marcadas esquinas de las casas se diluían en el paisaje.

Thomas se dirigía a la caseta de pesca de Bengt Österman. Su breve visita a la posada no había dado ningún resultado. El local estaba bastante lleno, pero nadie había visto a Österman.

El antiguo puerto de pescadores, del que había hablado la vecina, estaba justo al lado de Kvarnberget, al este de las rocas escarpadas y, por tanto, en un lugar bien protegido. Antiguamente, allí amarraban los isleños sus barcas y botes de remo. Los muelles estaban muy, muy juntos. Habían sido construidos con vallas que los protegían del viento, algo poco frecuente en la actualidad.

El levantamiento isostático era especialmente evidente en el lado norte. En los muelles interiores, donde antes había habido profundidad suficiente para amarrar veleros, ahora el agua apenas llegaba a las pantorrillas. Costaba sujetar incluso un bote. Las enormes argollas de hierro fijadas en la roca para servir de puntos de amarre quedaban demasiado lejos del agua como para poder cumplir con su objetivo. Mientras caminaba, Thomas iba pensando en el hombre que seguramente había acabado con la vida de Lina Rosén y después había descuartizado brutalmente su cuerpo.

Cuanto más lo pensaba, menos creía que Ingrid Österman hubiera estado implicada. Sachsen dijo que le parecía inverosímil que una mujer tuviera fuerza suficiente para cargar con el cuerpo de Lina y descuartizarlo. Pero Bengt Österman habría podido hacerlo. Ciertamente era un alcohólico, pero no era débil.

Las palabras de Mats Larsson aún resonaban en su interior. Existía una lógica, si bien retorcida, en la actuación de un descuartizador. ¿Habría sentido Österman un impulso repentino al que no pudo resistirse? ¿O estaba tan marcado por la amargura y el odio de su padre que llevaba años esperando la

oportunidad? Puede que él, incluso, hubiera interpretado su acción como algo justo y correcto.

Empezó a nevar de nuevo, la visibilidad era cada vez peor. Thomas aceleró el paso por la senda. Cuando llegó a los muelles no se veía un alma. El lugar parecía completamente abandonado, pero entonces descubrió unas huellas en la nieve. Unas pisadas que bajaban hasta los muelles y luego giraban hacia las casetas que había a la orilla del agua.

Miró a su alrededor e intentó captar algún sonido humano, pero no escuchó más que su propia respiración y el silbido del viento. La roca estaba resbaladiza y descendió con mucho cuidado. Si la nieve cedía, corría el riesgo de resbalar y darse un buen golpe.

Le llegó olor a tabaco. Luego vio la brasa de un cigarrillo a través de la nieve. Bengt Österman estaba de pie sobre la profunda capa de hielo, al lado de los muelles, fumando. Miró a Thomas como si lo estuviera esperando. Como si hubiera decidido soportar el frío invernal hasta que alguien fuera a buscarlo y pudiera contar la verdad.

–Tengo que hacerte algunas preguntas acerca de Lina Rosén, la hija de tu prima –empezó Thomas.

Österman dio una calada al cigarrillo y, por un momento, el ascua le iluminó el rostro estragado. Le tembló un músculo en la comisura de los labios.

Thomas se acercó un poco.

–Me pregunto dónde estabas la noche que desapareció.

El hombre que estaba sobre el hielo aún no había pronunciado palabra.

–Creo que te encontraste con Lina cuando ella volvía a casa desde Trouville, y que entonces perdiste el control.

Bengt abrió la boca.

–La estrangulé –confesó. La certeza de que había llegado al final del camino se reflejaba en su lánguida mirada.

Thomas se acercó un poco más, lentamente, para no asustar a ese hombre solitario. A punto estuvo de irse al suelo en aquella superficie tan resbaladiza, pero en el último momento consiguió recuperar el equilibrio.

–Venía pedaleando por el camino de Trouville –continuó Österman con un tono de voz apagado–. Era ya tarde, estaba oscuro y hacía un frío del demonio. Salí a dar una vuelta con el perro, pero había bebido bastante. Demasiado, para mi desgracia.

–¿Qué ocurrió? –preguntó Thomas.

–Paró la bicicleta y empezó a hablar de Sebastian. Me dijo que todo había sido culpa suya. Que si ella no le hubiera pedido llevar el barco, él estaría aún vivo. Empezó a llorar, como si quisiera que yo la perdonase.

Se llevó el cigarrillo a los labios y dio una calada profunda. Algunas pavesas revolotearon por el aire. La nevada arreciaba.

–Perdí la cabeza –dijo Österman–. No sé cómo ocurrió. Era culpa suya, como ella misma acababa de reconocer. –Sus labios pálidos dibujaron una mueca–. Debía pagar por ello. ¿Por qué iba a seguir viviendo, cuando mi hijo estaba muerto?

Hablaba como si estuviera en trance. Con la mirada perdida en algún punto inconcreto.

–Alcé las manos y no la solté hasta que dejó de moverse. Me sentí bien. ¿Puedes entenderlo?

Thomas no dijo nada.

–Su madre y su abuela se lo habían quitado todo a mi padre. Todo. Murió sin un céntimo. Mi madre se mató a trabajar para criarme, estirando al máximo cada corona. Kristina y sus hijos vivían en una casa grande y elegante mientras que nosotros casi no teníamos ni agua corriente.

Escupió en el suelo.

–Me arrebataron hasta a mi propio hijo. Lo único bueno que tenía en la vida. ¿Te haces una idea de cómo lo hemos pasado Ingrid y yo estos últimos años? Solo estábamos ahí, eso no es vida.

Se pasó la mano por la barbilla en un gesto de resignación.

–¿Por qué iba a vivir ella cuando Sebastian había muerto? – repitió–. ¿Por qué iba a librarse esa maldita familia cuando nosotros teníamos que sufrir tanto?

Detrás de Österman se dibujaba la silueta de la valla que protegía el muelle. Los postes desnudos de madera parecían picotas. A través de la nieve, daba la impresión de que se tambaleaban, aunque estaban sólidamente afianzados a los cimientos del muelle.

Thomas fue consciente de que Österman se hallaba en un mundo al que él no tenía acceso. El fuego de sus ojos al hablar de su crimen ponía de manifiesto una locura imposible de comprender. Bengt Österman consideraba que había realizado un acto de justicia al quitarle la vida a la hija de su prima. Ojo por ojo, diente por diente.

–¿Qué pasó después?

Österman hizo un leve gesto con la mano.

–Comprendí que tenía que deshacerme del cadáver. No podía quedarse allí, en mitad del camino. Así que decidí llevarla a casa.

–¿Llevarla a casa?

–Pensé esconder el cuerpo, ocultarlo en el congelador. Pero enseguida me di cuenta de que no cabía.

–Así que la descuartizaste.

–Sí.

Por un segundo se entrevió en su mirada algo parecido a la consternación.

–Soy cazador. Se cómo descuartizar un cuerpo. Después, quiero decir.

–¿Dónde lo hiciste?

–Me metí en el cobertizo de Grönberg.

–¿Fuiste tú quien le prendió fuego?

Bengt asintió.

–Para que nadie pudiera encontrar ningún rastro. Después guardé las bolsas en el congelador de casa.

Thomas se imaginó a Österman transportando las bolsas hasta su casa en mitad de la noche y metiéndolas en el congelador. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

–¿No estabas preocupado de que Ingrid sospechara algo?

–No, el congelador del cobertizo solo lo utilizaba yo. Los alimentos que comíamos a diario los conservábamos en el congelador de la cocina. Pero puse un candado para mayor seguridad.

–¿Y luego fuiste trasladando las partes?

Bengt asintió.

–Pasados unos meses. Enterré las bolsas en diferentes lugares de la isla. No podía seguir guardándolas en casa por más tiempo. No me parecía bien.

Había una pregunta que no dejaba de rondar por la cabeza de Thomas desde el principio.

–¿Por qué te tomaste la molestia de enterrarlas? Podrías haber salido con el barco y haber tirado las bolsas por la borda.

Bengt Österman apuró de una calada el resto del cigarrillo y lo tiró.

–Aquí fue donde empezó todo. En Sandön. Polvo eres... La devolví a la tierra.

Otro escalofrío recorrió el cuerpo de Thomas. El hombre que tenía delante

no estaba en su sano juicio. Lo observó a través de la nieve arremolinada. ¿Tenía delante de él a un doble asesino?

–¿Asesinaste también a tu esposa? –le preguntó, y se acercó un poco más a él. Ya solo los separaban dos metros.

Österman negó con la cabeza y por primera vez mostró algo parecido a la tristeza.

–Creo que no podía más. Seguramente Ingrid sospechaba lo que había pasado. Vería la ropa que llevaba aquella noche llena de sangre, y luego sacaría sus conclusiones. Pero nunca hablamos sobre ello. Nunca. –Un asomo de orgullo se deslizó en su voz–. De todos modos, creo que ella comprendió que estaba obligado a vengar la muerte de Sebastian. Puede que pensara que había hecho bien.

Thomas sacó con cautela su arma reglamentaria. Por seguridad. La mantenía a su espalda para que no se viera.

–Como comprenderás, tienes que acompañarme –le dijo Thomas–. Además, debes indicarnos dónde enterraste el resto de las partes del cuerpo.

Bengt Österman rompió a reír con una carcajada carente de alegría.

–¿Por respeto a sus pobres padres, quieres decir? ¿Para aliviar su pena? Jamás lo confesaré. Que sufran. Podéis levantar toda la isla si queréis, no pienso ayudaros.

Volvió a echarse a reír y la carcajada hizo retroceder a Thomas.

–La culpa fue de la chica. Y de su maldita madre y de su abuela también. Ellas lo empezaron todo. Yo solo lo terminé. Kristina y su familia se lo han buscado. –Escupió–. No soy responsable de que las cosas fueran así. La culpa no es mía.

Bengt Österman alzó el puño cerrado hacia Thomas.

–Yo no tengo culpa alguna.

Antes de que Thomas pudiera reaccionar, Bengt se volvió y empezó a correr sobre el hielo hacia el este.

Sandhamn, 1928

Era casi medianoche. Bajo la intensa luz de la luna, los muelles se recortaban contra la orilla formando una estampa que parecía dibujada con tinta china. Arvid abrió un poco la puerta y asomó la cabeza. Deslizó lentamente la mirada por los alrededores. Cuando estuvo seguro de que no había ningún curioso en las proximidades, le hizo señas a Thorwald para que saliera del cobertizo.

Se dirigieron medio agachados hasta uno de los embarcaderos más pequeños, donde estaba amarrado un viejo bote de remos. Arvid empezó a soltar los amarres.

–Les diré a mis padres que se debe de haber soltado.

Thorwald iba a protestar, pero luego cambió de idea. Había permanecido escondido en el cobertizo durante los últimos días, y Arvid le había llevado comida y agua para que recuperara las fuerzas. Habían hablado mucho del tema y no encontraron otra alternativa. Debía salir de la isla antes de que Gottfrid lo encontrara.

Llevaba un petate con agua y comida. La bolsa de piel con el dinero se la había guardado dentro de la cinturilla del pantalón. Arvid le había dado su mejor jersey para que no pasara frío durante la larga travesía hasta la capital. También le había conseguido una carta de navegación costera para que no se perdiera entre las islas.

La luz de la luna era una bendición. Facilitaba la navegación y le infundía una sensación de confianza. Por fin había algo que salía bien después de todas las contrariedades que había sufrido.

–Súbete –susurró Arvid–. Tienes que salir antes de que alguien nos descubra.

Thorwald se sentó en el viejo bote y agarró los remos. Se le hizo un nudo en la garganta al tratar de encontrar las palabras adecuadas para despedirse. Arvid le había salvado la vida, de eso no cabía duda. Si su amigo no lo hubiera buscado con tanto tesón, habría acabado sus días en aquel escondrijo

subterráneo del cementerio. Podrían haber pasado meses antes de que alguien lo encontrara.

Le fallaron las palabras. No se le ocurrió nada que decir. Era imposible expresar lo profundamente agradecido que estaba.

–Gracias –fue todo lo que dijo, con la voz empañada. Le habría gustado pedirle a Arvid que le dijera algo a Karolina, pero incluso pronunciar su nombre resultaba demasiado doloroso.

Su amigo guio el bote hasta fuera con un fuerte empujón para que Thorwald pudiera tomar más velocidad. También Arvid parecía estar buscando las palabras. Solo cuando Thorwald estaba ya casi fuera del alcance del oído fue capaz de decir algo.

–Ten cuidado –le gritó en voz baja–. Ten cuidado ahora. Parecía que levantaba la mano para despedirse, pero Thorwald no estaba seguro.

Echó una última mirada a Sandhamn. Un poco hacia la izquierda, en la parte alta, en Kvarnberget, divisó Villa Brandska, donde dormía Karolina. Él sabía exactamente cuál era su ventana, la tenía grabada en la memoria desde hacía mucho tiempo. Se imaginó su mejilla descansando sobre la almohada con el cabello castaño esparcido alrededor y *Missan* tumbada a los pies, encima del edredón.

Karolina. Miles de imágenes de la cara de su amada pasaron ante sus ojos: Karolina cogiendo flores; Karolina jugando en el jardín con el gato; su sonrisa cuando él decía algo divertido que les hacía reír juntos en la playa. Probablemente, no la volvería a ver nunca. Ni a Vendela tampoco. Lo más seguro era que no volviera a ver a su madre. Un sollozo quebró su garganta, pero consiguió ahogarlo con un furioso golpe de remos.

Todo era por culpa de su padre. El miedo y la angustia que habían marcado su vida aquellos últimos días se convirtió en un odio profundo.

–Te odio, padre –susurraba abiertamente aquella noche del mes de septiembre–. Pagarás por esto alguna vez.

Batió los remos con fuerza unas cuantas veces más antes de dejarlos descansar en las rodillas.

El bote se deslizaba a través de la superficie del mar en calma, donde se reflejaba, fría y blanca, la luz de la luna. Se encontraba en el centro de la ruta marítima y había pasado ya el cabo de Västerudd, sumido en las sombras.

Sandhamn quedaba a sus espaldas.

–Me las pagarás, padre –volvió a susurrar para sí mismo–. Te lo juro.

Hacía ya tiempo que se había formado una capa de hielo en la bahía, más allá de Fläskberget, entre el antiguo astillero y el cabo de Västerudd.

Thomas dudó un segundo antes de seguir a Bengt Österman. Apoyándose en un poste, se bajó del embarcadero. Luego echó a correr tras el hombre que huía y que le sacaba un trecho de ventaja.

–¡Vuelve! –gritaba Thomas tan alto como podía en medio del viento cortante. Le dolían los pulmones a causa del aire gélido, y apretó las manos para mitigar el dolor que sentía en el pecho y poder seguir corriendo.

Empezó a sonar su móvil en el bolsillo interior, pero no se atrevió a detenerse para no perder de vista a Österman. Aquí y allá se abrían grietas en el hielo, resquebrajaduras que se producían por las tensiones dentro de la capa de hielo y que le obligaban a mirar bien dónde ponía los pies.

Se encontraban a la altura de la playa cuando Österman de repente cambió de dirección y empezó a correr alejándose cada vez más de la orilla. Se estaba acercando a la ruta marítima por la que navegaban los barcos de la compañía Waxholm, y Thomas se dio cuenta de que pronto se hallarían muy cerca del mar abierto. Ya podía divisar las placas de hielo que flotaban en el amenazador canal. Una neblina surgía del agua, nieblas frías que se extendían por encima de la superficie del mar.

Si le ocurría algo, carecía del equipo adecuado. No llevaba crampones para andar sobre el hielo y sus pesadas botas lo hundirían en un instante si se caía al agua a través de una grieta. Pero no pensaba abandonar la persecución. Apretó los dientes mientras se obligaba a sí mismo a seguir.

Österman se dirigía ahora hacia el oeste y se acercaba cada vez más al canal practicado en el hielo. De pronto, Thomas vio que se paraba en seco, como si le ocurriera algo. Permaneció completamente inmóvil unos segundos, pero entonces se tambaleó. Justo cuando empezaba a retroceder, el hielo se abrió literalmente bajo sus pies. Parecía como si Österman diera unos pasos de baile. Se giró en todas las direcciones tratando de regresar por el mismo camino, pero el hielo no aguantó su peso. Thomas vio a cámara lenta,

ya demasiado tarde, que Österman alargaba las manos para agarrarse. Agitando los brazos, desapareció en las oscuras profundidades.

Thomas estaba muy cerca. Se tiró boca abajo y empezó a arrastrarse los últimos metros hasta llegar al borde. La cabeza de Österman apareció de nuevo fuera del agua.

–¡Agárrate! –gritó Thomas, y le alargó la mano. Pero no llegaba hasta él, por lo que se acercó a rastras un poco más.

El hielo crujía de forma alarmante debajo de él, y a lo lejos vio que se acercaba un barco de pasajeros de la línea Waxholm. Se le hizo un nudo en el estómago. Un barco de casco grande, eso era lo peor que podía ocurrir. El agua que desplazaban aquellos enormes barcos provocaba auténticas olas que, durante el verano, hacían temblar los muelles y los barcos. No quería ni pensar lo que podría pasar con el hielo, que ya había empezado a resquebrajarse.

Volvió a sonar el móvil, pero no respondió a la llamada. Tenía que sacar a Österman enseguida, antes de que el barco los alcanzara. De lo contrario, se hundirían los dos.

Thomas se deslizó hacia delante otro poco más, todo lo que fue capaz. Alargó tanto el brazo que creyó que se le iba a partir. Con las últimas fuerzas que le quedaban agarró a Österman por la muñeca. El hombre apenas se movía. La ropa mojada tiraba de él hacia abajo, entorpeciendo sus movimientos.

Desesperado, Thomas se preguntaba cómo iba a poder sacarlo de allí. El viejo debía de pesar más de cien kilos y con la ropa mojada todavía más. El barco estaba cada vez más cerca. Thomas podía oír el ruido de los motores.

Tiraba todo lo que podía, pero cada vez que empezaba a verse la parte superior del cuerpo de Österman en la superficie, se volvía a romper el hielo.

–Es imposible –murmuraba Thomas, agotado–. Es imposible.

Si al menos hubiera tenido algo contra lo que hacer fuerza con los pies, entonces quizá habría logrado sacarlo. Cualquier cosa que pudiera agarrarse al hielo. Si no, era imposible.

El ruido de los motores del barco ya estaba casi encima de ellos. Thomas apretó la mandíbula con fuerza. Con la mano que tenía libre buscó a tientas su arma reglamentaria. Sacó la pistola y consiguió lanzar un disparo.

Ojalá alguien lo oyera. Era su única posibilidad.

Los golpes en la puerta retumbaban en toda la casa. Los niños la miraron asustados y Nora se levantó inmediatamente del sillón y fue corriendo a abrir la puerta. Nada más ver el rostro de Margit comprendió que pasaba algo.

–¿Está aquí Thomas?

Nora negó con la cabeza.

–Hace un buen rato que se marchó. Desde que salió a recibirnos a ti y a la guía canina.

–No responde al móvil –dijo Margit–. No es propio de él. Salió hace una hora a buscar a Bengt Österman y ahora no puedo localizarlo.

–¿Crees que le puede haber pasado algo?

–¿Sabes dónde está la caseta de pesca de Österman?

–Sí, en el antiguo muelle de pescadores.

–Voy a ver si está allí.

Nora alargó la mano para alcanzar su cazadora.

–Te acompaño. Niños, quedaros aquí –les gritó por encima del hombro–. Adam, tú eres el responsable, prométeme que no vais a salir.

La expresión en los ojos de Margit la asustó. Si ella temía que a Thomas le hubiera pasado algo, la cosa era grave. Margit no era de las que se alteraba sin necesidad, al menos eso era lo que Nora había entendido cuando Thomas había descrito a su colega.

Bajaron corriendo hasta los muelles. Una farola solitaria iluminaba a duras penas el suelo, pero se podía ver que alguien había dejado huellas en el hielo alrededor de los muelles.

–Österman está loco. No debí permitir que Thomas saliera solo –dijo Margit.

Nora no supo muy bien si Margit hablaba con ella o consigo misma.

–¿Has oído? –gritó de repente.

Nora asintió. Un disparo a lo lejos. Sonaba como si viniera del este.

Margit ya había empezado a correr hacia el lugar de donde procedía el disparo.

–¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! –gritaba mientras corría.

El barco de la compañía Waxholm ya se encontraba casi a su altura. Thomas sabía que el oleaje llegaría enseguida. La proa cortaba la superficie levantando olas inexorablemente, y el mar se partía bajo la quilla recubierta de acero.

El primer temblor se propagó a través del hielo. Un movimiento suave que hizo que la superficie se abombara. De pronto, el hielo debajo de Thomas empezó a resquebrajarse. No pudo seguir sujetando a Österman, cuya mano se soltó de la de suya.

En el rostro de Österman apareció una sonrisa estrambótica. Su cerebro había empezado a dejar de funcionar con claridad a causa del frío.

–Me esperan –murmuró, y desapareció debajo de la superficie.

El agua oscura se lo tragó de inmediato.

–¡No! –gritó Thomas, y estiró la mano para agarrarlo. Pero sus dedos se deslizaron en el agua sin alcanzarlo.

Había sido incapaz de salvar al hijo y ahora el padre también moría ante sus ojos. La idea era insoportable. En ese momento, se oyó un crujido. No se parecía a nada de lo que hubiera oído hasta entonces, era alarmante y estridente, y Thomas comprendió que eso solo podía presagiar la muerte.

Intentó arrastrarse hacia atrás, pero el hielo seguía resquebrajándose mientras él retrocedía hacia la orilla. Tenía que largarse de allí. De lo contrario, él también se ahogaría.

Era demasiado tarde.

Con un ligero sonido se partió el hielo sobre el que se encontraba y cayó al agua fría, bajo la superficie. El choque fue tan grande que al principio ni notó el frío. Sentía como si lo hubiera atrapado una mano gigantesca y lo apretara con todas sus fuerzas.

Era imposible orientarse. No sabía lo que era arriba ni lo que era abajo y buscaba a tientas, desesperadamente, cualquier cosa a la que agarrarse. Pero entonces volvió a subir a la superficie y se golpeó la cabeza contra el borde del hielo.

Aire, tenía que tomar aire. Sus dedos se aferraron al techo de hielo y de repente pudo respirar de nuevo; tenía la cabeza sobre la superficie del agua. Probó a sujetarse a la superficie resbaladiza para subir, pero cada vez que lo intentaba se resbalaba. No conseguía hacerlo, por más que insistía.

El miedo a morir le recorrió el cuerpo como un cuchillo afilado. No ahora, no de esta manera, pensó, y vio la cara de Pernilla. Sobre él, el cielo estaba negro como el azabache, nunca se había sentido tan pequeño y tan solo.

El frío era insoportable. No podría aguantarlo mucho más, lo sabía. Empezaron a entumecerse los brazos. Era muy duro seguir colgado del borde.

–Pernilla –susurró para no darse por vencido–. Pernilla.

¿Cuánto tiempo había pasado ya? No sentía las piernas y era consciente de que pronto los pulmones no le proporcionarían oxígeno a todo el cuerpo. A través de su cerebro se deslizaban fragmentos de información. A cero grados de temperatura se podía sobrevivir durante quince minutos en el agua. ¿O eran cinco?

La tentación de soltar el hielo era cada vez mayor, tenía tanto frío. Había leído en algún sitio que la muerte por congelación era una muerte dulce. ¿De qué valía luchar?

–Ayúdame –susurró–. Pernilla, ayúdame.

Vagamente recordó el destornillador que había usado esa mañana para arreglar la pata de la mesa de Nora. Cuando llamó Sachsen se lo metió en el bolsillo trasero de los pantalones vaqueros. ¿Estaría todavía allí? No recordaba haberlo devuelto. Torpemente, soltó el borde del hielo con la mano derecha y se quitó el guante con los dientes. De todos modos, si iba a morir, poco importaba que se le helaran las manos.

Tenía los dedos tan rígidos que apenas podía moverlos. Pero consiguió meter la mano en el bolsillo y sintió que las yemas tocaban algo metálico. Allí estaba el destornillador.

–Dios mío, haz que el hielo aguante –murmuró, y clavó el destornillador en el hielo como si fuera un tornillo de seguridad.

Contra todo pronóstico, consiguió subir hasta la superficie helada. Le costaba respirar y la ropa se le congeló al instante. La distancia hasta la orilla parecía infinita.

Trató de acercarse a tierra, alejándose del mar abierto que exhalaba vapor a

tan solo unos decímetros de distancia. Pero avanzaba despacio, infinitamente despacio.

Después ya no pudo más.

Margit y Nora se detuvieron junto al viejo astillero, en la actualidad una casa de veraneo grande como un granero. Ante ellas se veía Fläskberget y la bahía en la que Nora y su familia se solían bañar en verano.

Margit barría insistentemente los alrededores con la mirada, como si, a fuerza de desearlo, pudiera conseguir que Thomas apareciera en su campo de visión.

–¿Ves algo? –le preguntó a Nora por tercera vez.

–No, nada –respondió jadeando. Le había dado una punzada y le costaba hablar.

La oscuridad era impenetrable, se veía muy mal. El miedo hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. ¿Dónde estaba Thomas? ¿Por qué no aparecía riendo y las sacaba de aquella angustia?

Una mirada al rostro serio de Margit hizo que se concentrara. Parecía que algo se movía afuera en la bahía. ¿O eran solo imaginaciones suyas?

Vio a lo lejos el barco de la naviera Waxholm que navegaba a través del canal en dirección a Sandhamn. Pero avanzaba inusualmente despacio y de pronto se paró.

Algo debía de haber pasado allí fuera.

En el puente de mando se encendió un foco de gran potencia y un haz de luz iluminó el hielo. En el cono de luz, Nora divisó a lo lejos, sobre el hielo, algo que parecía un bulto, justo al borde del canal abierto en la capa de hielo.

–Margit –dijo, y le puso la mano en el hombro–. Allí, en el cono de luz.

Margit se quedó paralizada. Luego echó a correr hacia la luz.

–¡Ten cuidado! –gritó Nora, que la seguía.

Parecía como si estuvieran bajando un bote salvavidas, porque ella alcanzó a ver que descendían algo del barco.

La luz seguía enfocando el bulto, que aún parecía inmóvil sobre el hielo. El agua abierta estaba alarmantemente cerca y el oleaje procedente de las maniobras del barco hizo que temblara la superficie del hielo.

Margit corría tan deprisa que Nora no podía alcanzarla. Nora se resbaló y

cayó, pero se levantó tan deprisa como pudo. La distancia entre ellas era ahora de casi treinta metros.

Podía ser Thomas quien estuviera allí fuera. La adrenalina le dio fuerzas para correr detrás de Margit, aunque el viento penetraba hasta los tuétanos y los copos de nieve se estrellaban contra su cara como pequeñísimas flechas mientras avanzaba.

Cuando ya estaba cerca, se sintió agotada. Tanto la tripulación del bote salvavidas como Margit ya habían llegado y estaban arrastrando a la persona hacia la orilla, donde el hielo era más seguro. Luego le dieron la vuelta.

Thomas yacía inmóvil delante de ellos. Era como si lo hubieran cubierto de hielo de los pies a la cabeza. Estaba muy pálido y tenía las mejillas espantosamente hundidas. El cabello rubio se había oscurecido a causa de la humedad. Nora no podía determinar si estaba vivo o no. Estaba tan exhausta que era incapaz de pronunciar palabra. Apretando las manos contra las costillas, intentó recobrar el aliento.

Observó muda que Margit sacaba el móvil y hablaba acalorada con alguien. Parecía que estaba pidiendo un helicóptero, esa fue la única palabra que Nora pudo captar en medio del viento.

Thomas estaba muy quieto.

—¿Está vivo? —susurró finalmente. Era como si el frío se tragara las palabras antes de haberlas pronunciado.

Sin embargo, Margit parecía haber oído su pregunta. La miró y asintió con la cabeza.

Nora cayó de rodillas al lado de su mejor amigo y le dio la mano. Solo llevaba un guante puesto y tomó los dedos desnudos de él entre los suyos para calentárselos un poco. Estaban tan inertes que apenas se atrevía a sujetarlos.

Se los sopló con cuidado, como si su propio aliento pudiera insuflar vida a aquellos nudillos inertes. A la luz del foco, comprobó que tenía las uñas de un azul extraño.

—Dentro de unos minutos llegará un helicóptero —dijo Margit—. Tenemos que trasladarlo al hospital urgentemente. Pero está vivo, eso es lo que importa. —Le dirigió a Nora una sonrisa temblorosa—. Ya verás como logran que entre en calor. Todo saldrá bien.

Sandhamn, 1962

La mujer que se encontraba en el umbral de la puerta llevaba el cabello corto, en un peinado que se rizaba alrededor de la cara. No se quitó el abrigo, únicamente se desabrochó el botón superior. Tenía buen aspecto, aunque pasaba de los cuarenta. Seguía teniendo el pelo rubio, pero no tan claro como él lo recordaba.

Fue evidente que ella se quedó aterrada al ver su cuerpo consumido. La piel tirante sobre el cráneo, la tez amarillenta, todo hablaba de su enfermedad y de su deterioro.

–El abuelo murió cuando tenía la misma edad que tengo yo ahora –dijo Thorwald en voz baja–. Aunque no de cáncer, él tenía tuberculosis.

La visitante asintió en silencio y dio unos pasos hacia el interior. Thorwald le ofreció una silla y ella vaciló un segundo antes de sentarse. No habían vuelto a hablar desde que eran niños. Con una excepción, cuando él regresó a Sandhamn tras la muerte del padre. Fue entonces cuando Thorwald descubrió que Kristina era la única heredera de los bienes de sus padres. No quedaba nada para él.

Vendela murió en 1944. Su corazón no podía más. Su voluminoso cuerpo llevaba forzándolo mucho tiempo y, al final, apenas podía dar un paso sin perder el resuello. Todo fue muy rápido, según le habían contado. Se acostó una noche y después no se despertó más.

Gottfrid contrajo una pulmonía grave cuatro años más tarde. No se curó, y cuando ingresó en el hospital, ya era demasiado tarde. Murió a los sesenta años.

La fortuna de Gottfrid había cambiado antes de ese suceso. Cuando el Real Servicio de Aduanas redujo la actividad, él empezó con los negocios de exportación e importación. Después de tantos años realizando inspecciones aduaneras, sabía lo que se demandaba. Los negocios le fueron cada vez mejor y a su muerte era un hombre rico.

Cambió la vieja vivienda por otra en el centro del pueblo. Una casa revocada en blanco, de dos pisos y terraza acristalada. Además, había

comprado terrenos en Runmarö y en Harö. Un barco elegante había sustituido al antiguo bote.

Kristina lo había heredado todo.

Cuando Thorwald volvió a la isla con Anna, su mujer, y con el hijo de ambos, todo estaba ya listo y escriturado. Las posibilidades de recuperar su parte eran escasas. No contaba con grandes ahorros después de sus años en la mar. Solo tenía una salud delicada y un deseo cada día más grande de volver a Sandhamn.

¿Cómo podría hacer valer sus derechos frente a su hermana? Kristina accedió finalmente a darle la vieja casa de sus padres, que aún tenía el retrete fuera de la vivienda y necesitaba una reparación urgente. Ella se quedó con todo lo demás, y desde entonces no volvieron a hablarse.

–Me estoy muriendo –le dijo lentamente.

Ella asintió, pero no dijo nada. El aire en la pequeña sala se volvió pesado.

–Mi hijo.

Thorwald señaló a Bengt, que estaba sentado en un rincón. Lo había bautizado con el nombre del viejo tío abuelo, cuyo segundo nombre era Bengt. El chaval tenía quince años, pero parecía más pequeño. Había salido a Thorwald, flaco y tímido. En la escuela tampoco era una lumbrera.

–Te he pedido que vinieras aquí para hablarte de mi hijo.

Kristina asintió de nuevo, pero seguía sin pronunciar palabra.

–Tienes que ayudarlo. Yo no tengo nada que dejarle, aparte de la casa. Los padres de Anna han muerto... –Un ataque de tos interrumpió la frase.

Bengt fue a buscar un vaso de agua que Thorwald se bebió jadeante. Luego, continuó hablando. El chico volvió al rincón y se sentó en una silla.

–Sé que padre dejó mucho dinero al morir. ¿No podrías ayudar a mi hijo?

Miró suplicante a su hermana, tosió otra vez y se limpió la boca con un pañuelo que enseguida se ensució de manchas rojas.

Kristina bajó la mirada. Jugeteaba con los dedos con un hilo que se había desprendido del abrigo.

–Ya hemos hablado de eso –dijo en voz baja–. No fui yo quien decidió cómo tenía que ser. El último deseo de padre fue que yo lo heredara todo. No te consideraba su hijo. Tú nos abandonaste.

Habían pasado treinta y cuatro años desde que Thorwald dejó la isla una noche de septiembre remando en un viejo bote. El recuerdo de las horas que pasó en el escondrijo subterráneo aún lo martirizaba. No sabía cuántas noches

se había despertado con sudores fríos, jadeante, convencido de que se encontraba encerrado de nuevo. Solo sabía que, desde entonces, había padecido un miedo paralizante a los espacios angostos y cerrados. Nunca se lo había perdonado a su padre.

No apartó la vista de su hermana. Ella era entonces una chica guapa con sus rizos rubios. Ahora era una mujer de mediana edad. Tenía dos hijas, Annika y Marianne. La primera tenía la misma edad que su hijo Bengt y Marianne era siete años más joven. Pero los primos evitaban encontrarse, tan grande era la animadversión entre las dos ramas de la familia. Evitaban coincidir aunque viviesen en una isla tan reducida como Sandhamn.

–Eso es injusto –dijo Thorwald serio–. Tú sabes lo que me hizo padre.

–Tú te fugaste.

–Me vi obligado a hacerlo.

–Madre no lo superó nunca. Sufrió por ti el resto de su vida.

–Me vi obligado a hacerlo –repitió con calma.

–Yo tuve que ayudar con todo en casa. Tú desapareciste y me dejaste sola con madre y padre.

Su voz había adquirido un tono de queja. Un eco de la infancia, cuando Kristina no conseguía lo que quería.

Thorwald se volvió a recostar en la almohada, incapaz de dar crédito a lo que estaba oyendo. Ella le estaba echando la culpa de que sus tareas en el hogar aumentaron cuando él se marchó. Él había temido por su vida y ella protestaba por los quehaceres cotidianos.

–Si me hubiera quedado, no habría sobrevivido. Y tú lo sabes.

Su hermana hizo un gesto de escepticismo.

–Exageras, como de costumbre. Padre no era peor que cualquier otro. Te has olvidado de lo difícil que eras de pequeño. Siempre causando problemas.

La sensación de estar siendo tratado injustamente se apoderó de Thorwald, como había ocurrido tantas veces a lo largo de su infancia. Había pedido ver a su hermana en un último intento de reconciliación. Pese a su amargura, había confiado en que pudieran acortar la distancia que había entre ellos. No por él. Ya era demasiado tarde para ello. Por su hijo.

Por las noches se inquietaba por su futuro. ¿Cómo iba a poder Anna mantener a los dos ella sola cuando él muriera? Cada vez que Thorwald pasaba por delante de la gran casa donde vivían Kristina y su familia escupía en el suelo. Pero Sandhamn era su hogar y no tenía otro sitio adonde ir.

–Kristina –dijo con la voz ronca–. Tú que tienes tanto, ¿no podrías ayudar a Bengt y a Anna?

Empezaban a abandonarlo las fuerzas. Las manos le temblaban por encima del edredón. Vio de reojo que Bengt lo observaba preocupado. El chico no debería estar escuchando aquella conversación, pero a él le gustaba tener al hijo a su lado el tiempo que le quedaba.

Kristina se levantó y empezó a abrocharse el abrigo. Su rostro seguía siendo hermoso, pero la mirada era dura.

–No puedo contrariar la última voluntad de padre, independientemente de lo que yo piense.

Kristina había abandonado la Misión pero no la religión, Thorwald lo sabía por los rumores. Hizo un último intento.

–¿Qué crees que pensará Dios de la forma en que tratas a tu propio hermano?

Ella suspiró, como si se arrepintiera de haber puesto el pie en la habitación de su hermano enfermo y pensara enterrar en lo más hondo aquel recuerdo tan pronto como saliera de allí.

–Dios no tiene nada que ver en esto. No puedo ayudarte. Es lamentable tu situación y la de tu familia, pero no es culpa mía. Tú solo te lo has buscado. Destrozaste la vida de madre y padre cuando huiste.

Una oleada de odio estuvo a punto de ahogarlo. Ese odio había ido con él a lo largo de los años y lo había acompañado en todos los viajes que lo llevaron muy lejos de Sandhamn. Se mantuvo alejado de la isla durante más de veinte años, hasta que el padre estuvo muerto y enterrado. Entonces era demasiado tarde para volver a ver a Vendela y a Karolina.

Miró a Kristina y vio en el rostro de su hermana los rasgos de Gottfrid. Hablaban la misma lengua, con el mismo convencimiento acerca de su propia virtud. Por un instante, fue como si tuviera otra vez a Gottfrid delante de él, sin ninguna compasión.

–No te librarás, Kristina. Tú y tu familia no os vais a librar. –Apretó el puño y lo levantó hacia ella–. Dios te castigará, escucha bien lo que te digo.

Ella se dio media vuelta y salió de allí.

Thorwald respiraba pesadamente. Se había humillado para nada.

–Papá. –Bengt estaba a su lado–. ¿Quieres un poco de agua?

Negó con la cabeza. No tenía fuerzas. Se encontró entonces con la mirada

de su hijo. Vio en sus ojos el mismo odio impotente y la misma rabia con la que él había vivido tantos años.

–Dios la castigará –le susurró–. Él hará justicia. Ella y su familia sufrirán por esto.

Agotado, se dejó caer de nuevo sobre la almohada. Su voz apenas se oía.

–Alguna vez pagarán por esto.

Domingo, 3 de marzo

Las velas despedían una luz clara alrededor de la delgada mecha. Nora había apagado todas las luces y había cerrado la puerta de la casa, ahora solo le quedaba apagar las velas del candelabro de cobre y acostarse. Ya eran más de las doce.

En vez de irse a la cama, se sentó en el sofá con la mirada fija en las hipnóticas llamas azuladas. Los minutos previos a la llegada del helicóptero habían sido los más largos de su vida. Estuvo contando los segundos hasta que finalmente apareció sobre la orilla y descendió lentamente con un ruido ensordecedor. Cuando aterrizó, envuelto en una nube de nieve, ella lloró aliviada.

Ver a Thomas inconsciente la paralizaba de miedo. La desesperaba su propia impotencia. Y fue aún peor cuando se dio cuenta de que no podía acompañarlo al hospital, porque no podía dejar solos a los niños. Había tratado de explicárselo a Margit con la voz entrecortada, pero ella ya había dado por hecho que subiría con Thomas al helicóptero. Le aseguró a Nora que todo estaba bajo control. El personal sanitario disponía de los instrumentos necesarios para ocuparse de Thomas hasta que llegaran al hospital Karolinska. Allí lo ayudarían a recuperar la temperatura corporal.

Cuando Nora llegó a casa al cabo de un rato, abrazó a los niños y lloró a lágrima viva, aunque comprendía que eso los asustaría. Pero no pudo evitarlo. Poco a poco se tranquilizó lo suficiente como para explicarles lo ocurrido. Después se puso en contacto con Pernilla, que estaba en casa esperando a Thomas. El día anterior él le había contado que el sábado por la tarde había quedado con ella, y Nora advirtió en su tono de voz que tenía muchas esperanzas puestas en aquel encuentro.

Pernilla le dijo que iría inmediatamente al hospital. Le devolvería la llamada tan pronto como pudiera verlo.

La preocupación volvió a hacer acto de presencia. ¿No debería de haber llamado ya Pernilla? ¿Y si Thomas tenía una lesión grave?

Contrólate, se riñó a sí misma. Estaba en buenas manos. Ella misma había visto cómo el personal médico había colocado a Thomas rápida y eficazmente en la camilla y lo habían subido al helicóptero. En unos minutos, se había elevado y se había marchado. Seguramente Pernilla estaría esperando a que él se despertara y pudiera contarle algo más.

Nora estaba infinitamente agradecida de que Thomas hubiera sobrevivido. Había estado tan cerca de la muerte que no quería ni pensarlo.

No le causó ninguna alegría haber acertado en lo referente a Bengt Österman. Más bien lamentaba el curso de los acontecimientos que, al parecer, se desencadenaron cuando el padre de Österman huyó de Sandhamn a finales de la década de 1920 y abandonó a Karolina para siempre. Su madre le había contado que Karolina nunca se casó. Se quedó en Sandhamn, donde murió de apendicitis durante el último invierno de la guerra. El canal estaba lleno de gruesas placas de hielo, lo que retrasó al barco que la llevaba hasta la ambulancia que la esperaba en Stavsån. Cuando llegaron, ya era demasiado tarde. Murió de una peritonitis con tan solo treinta años.

¿Qué había pasado realmente aquella víspera del solsticio de verano cuando Thorwald no apareció en el baile?, se preguntó Nora. Fuera lo que fuese tuvo unas consecuencias espantosas. Contempló su copa de vino a medio beber, que seguía encima de la mesa, y la alejó. Nada de vino por una temporada, ya estaba bien.

Al día siguiente se irían de Sandhamn y volverían a la península. Ella y los niños se dirigirían al chalé adosado de Saltsjöbaden. Para Adam y Simon ya era hora de volver a casa.

Tanteó la idea de volver a encontrarse con Henrik. No le hacía ninguna gracia, pero ya no le asustaba el encuentro. Tenían que sentarse y hablar de la separación. La casa, la custodia y todos los asuntos prácticos había que solucionarlos independientemente de lo que pensarán el uno del otro. La escuela empezaba el lunes. Había muchas cosas de las que ocuparse.

Custodia compartida, una semana con cada uno, ¿no lo hacía así la mayoría?

Incluso le podría venir bien a Henrik, pensó Nora con una leve sonrisa, hacerse cargo de sus hijos él solito una de cada dos semanas. ¿Cuántos años llevaba tirando sola del carro en casa? En honor a la verdad, ella se lo había

permitido, pero ahora era su turno. Había llegado el momento de que Henrik preparara la merienda, hiciera los deberes con sus hijos y les hiciera el bocadillo para ir a la escuela.

Veía con expectación una vida en la que Henrik asumiera la parte de responsabilidad que le tocaba con los niños. Si Monica ponía en marcha sus artimañas, le haría frente. No se trataba solo de que ella fuese jurista. Tenía que acabar de una vez por todas con la táctica de intimidación de su suegra. Se había dejado pisar ya durante demasiado tiempo. Le estaba bien empleado tener que enfrentarse a su nueva nuera. El romance de Henrik con una enfermera seguro que no era plato de gusto para su suegra. Seguro que preferiría que Henrik encontrara una nueva esposa, de buena familia, y ya puestos, a ser posible de la nobleza.

Aquella idea hizo que volviera a sonreír. Ya se arreglaría todo, sabría apañárselas sola. Tenía a sus hijos y un buen trabajo. Sandhamn era suyo, eso no podría quitárselo nadie.

Se incorporó y apagó la vela.

–¿Estás despierta?

Aquella voz amable pertenecía a una doctora de unos cincuenta años. Tenía el cabello castaño claro recogido con descuido en un moño y las gafas colgaban de una cadena metálica alrededor del cuello. Pernilla miró medio adormilada a su alrededor. Debía de haberse quedado dormida en el sofá de las visitas. Le parecía como si llevara una eternidad en la sala de espera, pero cuando miró el reloj en la pared se dio cuenta de que solo habían pasado unas horas.

Eran casi las dos de la madrugada. Margit le había hecho compañía por la tarde, pero al final accedió a marcharse ante la insistencia de Pernilla de que podía quedarse ella sola.

–¿Estás despierta? –repitió la doctora–. Me llamo Harriet Ström, soy la médica de guardia de urgencias.

Pernilla se levantó y se pasó las manos por el pelo. Se sentía aún confundida.

–¿Qué tal está Thomas?

–Acompáñame, vamos a hablar. ¿Quieres un poco de café?

Pernilla asintió, se colgó el bolso y siguió a la doctora hasta una pequeña cocina que se encontraba al fondo del pasillo.

–¿Quieres azúcar?

–Sí, por favor –susurró Pernilla.

Entraron en una sala en la que había un escritorio vacío. La doctora se sentó detrás de él y Pernilla en la silla que había enfrente.

–Entonces, ¿tú eres la esposa de Thomas Andreasson?

Pernilla dudó, pero luego asintió.

–¿Qué tal está? –volvió a preguntar. La taza de café le calentaba la palma de la mano, pero de todos modos estaba tiritando.

–¿Sabes lo que es una hipotermia?

Pernilla negó con la cabeza.

–Significa un descenso de la temperatura corporal por debajo de los treinta

y cinco grados. En los casos de hipotermia grave, baja por debajo de los veintiocho. En ese caso, el cuerpo no puede recuperar la temperatura normal sin ayuda.

Harriet Ström se aclaró la garganta y miró a Pernilla.

–Tu marido tenía una temperatura corporal de veintiocho grados cuando llegó a urgencias. Las funciones vitales eran débiles y el pulso muy bajo. En los casos de frío extremo, los vasos sanguíneos se contraen y no dejan pasar la sangre. A eso se le llama vasoconstricción. –La médica se detuvo–. Si hay algo que no entiendas puedes preguntarme.

–Sí.

Pernilla tragó saliva. Cuando Nora la llamó contándole lo que había pasado, se montó en un taxi hacia el hospital. Según le había explicado, parecía que todo estaba bajo control e iba a salir bien, aunque Thomas se había expuesto a una congelación severa. Ahora, la gravedad en el rostro de la doctora indicaba otra cosa.

Harriet Ström tomó un sorbo de café. Pernilla leyó en sus ojos algo más, ¿era compasión o tristeza?

–El personal del helicóptero que se hizo cargo de tu marido actuó correctamente. Le pusieron oxígeno y lo conectaron al ECG de inmediato.

Pernilla empezó a sentir frío. Escuchaba las palabras, pero era como si no las oyera. ¿Qué intentaba decirle la doctora?

–Pero el corazón presentaba arritmias. Justo antes de llegar aquí sufrió una fibrilación ventricular; es decir, una alteración grave del ritmo cardíaco que derivó en una parada.

Pernilla sentía un peso en el pecho y cada respiración era un tormento. Quería pedirle a la doctora que se dejara de rodeos y fuese al grano. Era insoportable la espera. Pero aún peor oír lo que se temía.

Repitió el nombre de Thomas para sí misma.

La imagen del cuerpo muerto de Emily en los brazos de él daba vueltas en su cabeza como un torbellino; el entierro, el pequeño féretro blanco, el pastor que no podía decir nada que aliviara la pena.

Otra vez más no, Thomas también no.

Perdóneme, debería haberme quedado a tu lado. ¿Qué va a ser de mí si tú me abandonas ahora? Una oración muda en sus labios. Dios mío, si no te lo llevas a él también, haré lo que sea.

Harriet Ström empezó a hablar de nuevo.

–El personal médico trató de usar un desfibrilador para recuperar la actividad del corazón, pero la baja temperatura corporal complicó las cosas. Cuando desciende por debajo de veintiocho grados, es muy difícil conseguir el efecto deseado.

Pernilla apenas podía respirar. Miraba fijamente a Harriet Ström.

–¿Está vivo? –prorrumpió al final.

Parecía como si las palabras hubieran quedado flotando en el aire.

Harriet Ström alargó la mano y apretó la mano de Pernilla. Su piel era caliente y seca contra sus dedos. Muchos años de guardias nocturnas habían dejado huella en su rostro, pero tenía una voz dulce y llena de humanidad.

–Consiguieron que su corazón volviera a latir. Pero aún sigue inconsciente. –Miró a Pernilla con compasión–. No podemos descartar que haya sufrido algún daño cerebral. Lo lamento. Lo siento mucho por ti.

Agradecimientos

Este es mi tercer libro ambientado en Sandhamn. La investigación sobre la vieja isla ha sido fascinante y muy instructiva. Además, he recorrido las tiendas de los librereros de segunda mano de toda Suecia en busca de libros del archipiélago en épocas pasadas.

El libro está acabado y ya echo de menos a Thorwald, a Karolina, a Nora, a Henrik y a Thomas.

La historia de Gottfrid y Thorwald es pura invención. La inspiración, no obstante, viene de un magnífico artículo de Jenny Wickberg publicado en el periódico *Sandhamns Tidning*, que trataba de la vida de su abuelo paterno, Adolf Wickberg, en Sandön, a principios del siglo pasado. La imaginación empezó a volar cuando leí que salía a la una y media de la madrugada para echar las redes, cuando su padre cayó enfermo y tuvo que contribuir al sustento familiar.

Una aclaración: el invierno de 2007 no fue tan frío como doy a entender. También me he tomado alguna libertad más, por ejemplo, al describir la actividad de la aduana. De esos y de otros errores que accidentalmente puedan haberse colado en la historia yo soy la única responsable.

Este libro no habría sido posible sin la amable colaboración de un buen número de personas que me han aportado sus sabios puntos de vista y comentarios. Estoy muy agradecida por los conocimientos profesionales que ha compartido conmigo Sonny Björk, comisario de la Policía Criminal, y el comisario Rolf Hansson, de la comisaría de Nacka. Gunilla Pettersson me ha ayudado generosamente a contrastar los hechos y los datos entre la Sandhamn del pasado y la actual.

Los familiares, amigos y compañeros que me han ayudado de palabra y con hechos son: Lisbeth Bergstedt, Tord Bergstedt, Anita Cassmer Bergstedt, Anette Brifalk, Barbro Börjeson Ahlin, Helen Duphorn y Göran Sällqvist.

Mi competente editora, Karin Linge Nordh, se merece un agradecimiento cálido y generoso, al igual que mi correctora, Matilda Lund, que ha puesto

tanto esfuerzo en esta obra. Gracias también a Jenny Sjernströmer Björk y a Emma Tibblin, de mi agencia literaria, Stilton Literary Agency.

Como siempre, mi hija Camilla ha sido una inestimable interlocutora, con la que he discutido pacientemente diferentes aspectos de la novela (incluso cuando yo, en realidad, iba buscando elogios).

Mis maravillosos hijos Alexander y Leo una vez más han soportado a una madre ocupada y concentrada en el proceso de escritura.

Y por último, y muy especialmente, gracias a mi querido Lennart, sin ti esto nunca habría sido posible. Sobre todo porque ni la escritura ni ninguna otra cosa en la vida sería particularmente divertida.

Viveca Sten

* Oxveckor, literalmente «las semanas del buey». Según la tradición oral, se llamaba así a las semanas que transcurrían desde la festividad de Reyes hasta la Cuaresma, por ser las más duras y pesadas del año. (*N. de la T.*)

* Monopolio estatal de bebidas alcohólicas en Suecia. (*N. de la T.*)

MAEVA defiende el copyright©.

El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

© Viveca Sten, 2018

© de la traducción, Gemma Pecharromán

© de la cubierta, Sylvia Sans Bassat

© Maeva Ediciones, 2018

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 9788417108656

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Viveca STEN

No culpable



MAEVA | NOIR